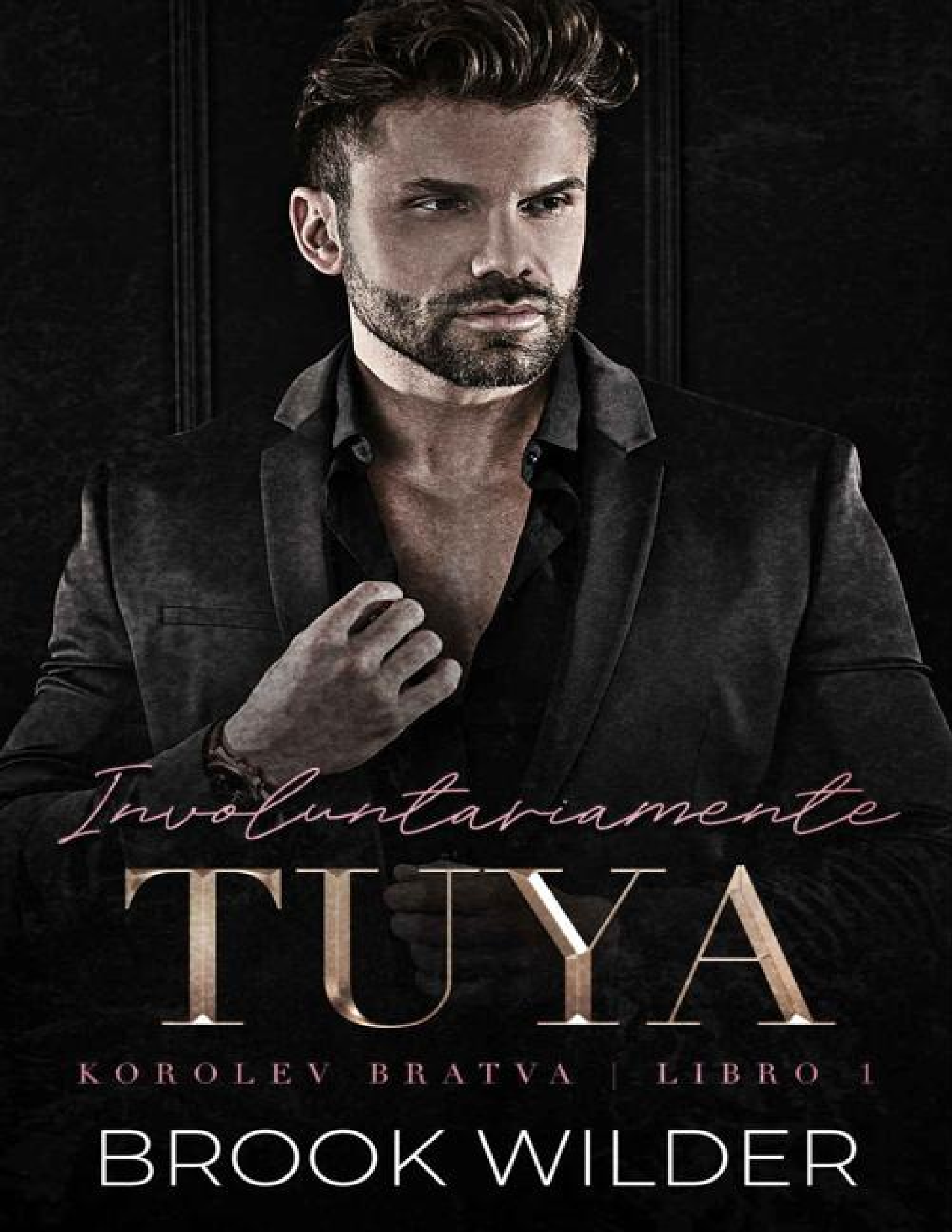


*Involuntariamente*

# TUYA

KOROLEV BRATVA | LIBRO 1

BROOK WILDER

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia y no deben interpretarse como verdaderos. Cualquier parecido con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, existentes o no, es pura coincidencia.

*INVOLUNTARIAMENTE TUYA* copyright @ 2024 por Brook Wilder y Scholae Palatina Inc. Todos los derechos son reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida de manera alguna sin permiso escrito, excepto en el caso de breves citas incluidas en artículos críticos o reseñas.

# TABLA DE CONTENIDO


INVOLUNTARIAMENTE TUYA

- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Epílogo

# INVOLUNTARIAMENTE TUYA

## Prólogo

## Elia

Me sentía mal delante de aquella gran puerta.

Cuando era niña, cada vez que Padre llamaba, sentía un nudo enorme en el estómago que me crispaba los nervios. Pero entonces, y cada vez durante años, sentía una mano cálida que apartaba la mía de mis labios y me daba un cálido apretón para evitar que mis dientes me royeran las uñas hasta dejarlas en carne viva. Mi hermano mayor, Luca, siempre me sonreía burlonamente y me alborotaba el pelo para fastidiarme. Por aquel entonces, siempre pensé que no era más que una tortura añadida a la espera…

Ahora me daba cuenta de lo mucho que intentaba mantenerme firme.

Pero Luca estaba muerto. Se ha ido. Y ahora, estaba sola para enfrentarme a lo que fuera que me esperaba en el estudio de mi padre.

Respiré hondo cuando giré el pomo de la puerta y esta se abrió. *Sé fuerte, Elia*, decía Luca. Intenté imaginármelo a mi lado, sonriendo y bromeando. *Los Tarallos siempre han tenido fuerza. Sólo tienes que encontrarla.*

*Encontrarla*. Como si fuera algo que pudiera buscar y descubrir, como un tesoro escondido en un mapa.

—Elia —escuché a mi padre, Ludovico, y su voz me empujó a cruzar el umbral.

Ocupé mi lugar frente al enorme escritorio de caoba y esperé en silencio mientras mi padre se volvía desde el ventanal y me miraba con inexpresivos ojos. El testimonio de nuestro linaje era evidente en la forma en que sus ojos me miraban, vacíos de emoción. Era la misma mirada que había visto cada mañana en el espejo tras la muerte de Luca.

—Tengo una gran noticia —dijo mi padre e hizo un gesto hacia el escritorio donde noté unos cuantos documentos colocados frente a mí. Lo miré antes de acercarme y eché un vistazo a los papeles, frunciendo el ceño mientras repasaba la información. Pero nada de aquello tenía sentido para mí.

Un rostro familiar pero odiado me miraba desde una fotografía encima de los papeles. En otra vida, me habría parecido guapo. Pero ahora, todo lo que podía sentir era un serpenteo de odio y repulsión. Me invadió tan bruscamente que tuve que apartar la mirada.

—¿Qué es esto?

—Nuestro billete hacia la paz —dijo mi padre.

Parpadeé, desconcertada. Guardó silencio un momento mientras sacaba la caja plateada de puros que guardaba en el cajón. Me llegó el olor y me mordí la mejilla para evitar que se me arrugara la cara de desagrado, esperando a que explicara algo. Dio una calada antes de señalarme con el puro como si fuera un puñal.

—Aleksey Korolev —comenzó—, por fin deja Nueva York para ocupar su puesto como Pakhan de la Bratva Korolev.

*¿Te refieres al bastardo que asesinó a Luca, o lo has olvidado?* Me guardé mis venenosos pensamientos, pero sabía que mi padre no era ciego al claro desdén de mi rostro.

—Y como sabes, llevo tiempo pensando en tu posible matrimonio —continuó—. He tomado una decisión. Una que garantiza el futuro de nuestra familia.

Tragué saliva con fuerza, el nudo de ansiedad de mis entrañas se apretó y se deshizo a la vez. Fue un alivio confirmar mis temores más profundos. Pero algo no iba bien. Me di cuenta por la forma en que mi padre me miraba.

—¿Con quién? —pregunté, tratando de mantener la voz neutra.

Suspiró, como si mi pregunta fuera la consulta más ridícula que jamás hubiera oído.

—Te casarás con el mismísimo Aleksey.

El corazón se me paró en el pecho y sentí que la sangre me abandonaba la cara y las manos. Un escalofrío sin igual me sofocó el pecho. Fue imposible contener la expresión de asombro y horror en mi rostro mientras procesaba la noticia.

—Los preparativos ya están en marcha —continuó él—. Una vez que Aleksey regrese a Chicago tras el funeral de Fyodor, haremos el anuncio en una cena con ambas organizaciones. Espero que seas cordial y estés preparada. Y después…

—¿Estás loco? —las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera contenerme.

La cara de asombro de mi padre me dice que no esperaba esa respuesta. ¿Por qué iba a esperarla? ¿Cuándo había esperado de mí algo menos que obediencia absoluta?

—Elia —su voz bajó una octava en señal de advertencia. Una oleada de pánico me retorció las entrañas y me moví para golpear con las manos la parte superior de su escritorio.

—¡Aleksey *asesinó* a Luca! —increpé, buscando en sus ojos una señal, cualquier señal, que mostrara siquiera un atisbo de humanidad—. ¡Tu hijo! Tu único hijo. ¡Lo masacraron a sangre fría y dejaron que su cuerpo se pudriera en las calles! Él es la razón por la que has perdido un heredero, y si crees que voy a inclinarme y aceptar esto…

—¡Basta! —increpó él y se puso en pie—. ¿Crees que lo he olvidado?

Me encogí ante su mirada. Y por un momento, volví a ser una niña, encogida ante él mientras me reprendía.

—Eres mi hija y respondes *ante mí* —gruñó—. Vuelve a replicarme así y no dudaré en golpearte hasta que tengas el *respeto* marcado a fuego en la carne. ¿Queda claro?

Retrocedí ante la negra ira de sus ojos y bajé la mirada, dirigiendo todo mi deseo de dolor y violencia a la mancha de ceniza que había bajo su cigarro, deseando poder prenderles fuego y quemarlo todo.

—He hecho una pregunta —retumbó la voz de Padre con fuerza.

—Sí, Padre —dije, clavándome los dedos en las palmas de las manos. El dolor me mantenía extrañamente conectada a tierra mientras el mundo giraba a mi alrededor.

—Bien —gruñó él—. Las condiciones han sido aceptadas. Partirás hacia Chicago mañana por la mañana. Ahora baja y elige tu vestido de novia. Y ni se te *ocurra* pensar en avergonzar a la familia.

# Capítulo 1
## Elia

—Otra ronda —punteó mi mejor amiga, Lana Keller, haciéndole señas al simpático camarero desde el otro extremo de la barra. Él nos sirvió dos nuevas copas y le guiñó un ojo a Lana, que le respondió con una risita inusualmente coqueta.

Puse los ojos en blanco y jugueteé con el vaso. El bar de Williamsburg estaba a reventar esta noche, lleno de universitarios y de cualquiera que buscara un ligue rápido. Además, estaba muy cerca de mi apartamento.

Necesitaba alejar mis penas bebiendo, y Lana estaba más que dispuesta a complacerme.

—¿Sólo una? —miré las bebidas.

—Es un maratón, no una carrera rápida —Lana se apoyó en la barra y sus ojos color avellana se rieron de mí—. Hay mucha travesía que cubrir.

—Por favor, no me lo recuerdes —murmuré mientras jugaba con un mechón de mi pelo.

No era como si no hubiera imaginado este día antes. Todas las chicas lo hacían. Pero de algún modo, no había esperado… *esto*.

Había soñado con el momento en que mi marido me pediría matrimonio, con la forma en que mi marido me miraría con amor en los ojos en el altar. Había pensado que al menos sería feliz. Pero en lugar de eso, lo único que sentía era una inminente sensación de *fatalidad*.

Al menos tenía la oportunidad de elegir mi propio vestido, aunque eso no significaba nada.

Por mí, podía llevar un saco a mi boda. No iba a tener el final de cuento de hadas de mis sueños. No me iba a enamorar del novio. No después de todo lo que él le había hecho a mi familia.

*Todavía no puedo creer que Padre estuviera de acuerdo con esto. No puedo creer que me hiciera esto.*

Pero en el fondo, sabía que era exactamente el tipo de cosa que Ludovico Tarallo le *haría* a su única hija.

Ladeé la cabeza hacia el camarero, que estaba ocupado sirviendo copas a un grupo de chicas que festejaban. En otro rincón del bar, dos hombres nos miraban mientras cuchicheaban entre ellos, con ojos hambrientos. Sacudí la cabeza, ignorándolos, y volví a centrar mi atención en Lana.

—¿Por qué no aceptas la oferta de Jake? —pregunté. El camarero se había presentado en cuanto entramos. En las horas que llevábamos allí, había visto a Lana dirigirle la mirada más de una vez.

—Porque —respondió Lana—, me gusta la cacería.

Sonriendo, negué con la cabeza. El alcohol me había proporcionado una cómoda dosis de insensibilidad, suficiente para permitirme soltarme y disfrutar del tiempo con mi mejor amiga antes de que toda mi vida se pusiera patas arriba.

No sabía qué me depararía el mañana ni qué me iba a encontrar cuando por fin conociera a Aleksey en persona, así que me conformé con lo siguiente mejor: emborracharme en el menor tiempo posible.

—Todo es un *desastre*, Lana —me desplomé contra la barra—. Me voy a casar con el gilipollas que mató a mi hermano… y no puedo hacer una mierda al respecto, excepto agacharme y que me den por el culo.

Lloriqueé patéticamente y gemí cuando sentí la mano de Lana en mi espalda, acariciándome por encima de la blusa con tono tranquilizador.

—Sé que probablemente esto no signifique absolutamente nada para ti —dijo—. Y te *juro* que es el alcohol el que habla, pero… ¡al menos es sexy!

La miré acusadoramente.

—Creía que estabas de mi parte.

—Lo estoy —Lana levantó la mano—, ¡y siempre estaré de tu lado! Pero vamos, podría ser peor. Mucho peor. Podría ser uno de esos tantos gordos grasientos que Berkowitz está procesando en estos días —levantó un dedo cuando abrí la boca para discutir—. Escucha, no, en serio, *escucha*, ese hombre debería estar en una pasarela. Si no supiera que iba a ser tu marido, me subiría a él como a un árbol.

—¿No va contra la ley confraternizar con el enemigo?

Ella puso los ojos en blanco.

—Si fuera así, podrías encerrar a media policía de Nueva York aquí y ahora —dio un sorbo a su bebida—. Sólo digo que… cosas peores son posibles. Y Dios sabe que he visto bastantes cosas peores en estos últimos dos meses.

—Sí, lo sé. —asentí con la cabeza. Lana trabajaba para la oficina del fiscal del distrito Berkowitz, que había encabezado, en los últimos meses, una de las mayores redadas contra el crimen organizado, después de que un escándalo revelara que una parte importante de la policía de la ciudad había estado a sueldo de uno de los mayores capos de la mafia de la Costa Este.

El hecho de que mi padre no se viera envuelto en todo este asunto fue pura suerte. Una parte de mí siempre sospechó que Lana había hecho todo lo que estaba en su mano para mantenernos fuera de los ojos de la ley.

Pero otra parte de mí sospechaba que la verdadera razón era que Padre sabía que no debía ir más allá… *hasta ahora*.

—Elia —Lana volvió a dejar la copa sobre la barra y se mordió el labio inferior—, tu situación es una mierda, y no puedo imaginarme lo que significa estar casada con el tipo que… —hizo una pausa, como si tuviera miedo de pronunciar las palabras en voz alta.

—¿El tipo que asesinó a mi hermano? —terminé la frase por ella.

—Sí… —asintió con la cabeza—, ese mismo.

*No es justo.* Miré fijamente mi bebida. *Solo, no es justo.*

—Sé que es ridículo esperar algo tan fantástico como el *amor*. Sobre todo, en mi caso —dije mientras seguía mirando mi bebida—. Pero ser… —suspiré— tratada como un trozo de carne y vendida al mejor postor. ¿Todo por el bien de Padre? ¡Es como si yo no le importara a nadie!

Cogí mi bebida y me la bebí de un trago, justo a tiempo para que Lana me pasara otra.

—A mí me importas —tomó mi mano con cautela—. Elia, te mereces lo mejor que el mundo puede ofrecerte, y sé que sientes que te están obligando a algo que no quieres.

—Asesinó a mi hermano, Lana —dije acalorada—. ¿Y se supone que tengo que mirarlo a los ojos, prometerle que lo amaré para siempre y luego abrirme de piernas para él? ¡Como si él no fuera la fuente de mi miseria!

Mi amargura se mezclaba con ira y odio. Pero, por encima de todo, estaba la implacable sensación de impotencia. No había habido un solo momento en mi vida en el que no temiera que llegara ese día: cuando mi padre me entregara a mi marido sin mi consentimiento.

Y ahora que había llegado, era peor que cualquier cosa que pudiera haber imaginado.

Sin previo aviso, Lana me estrechó en un fuerte abrazo y sentí que me derretía en él. Era literalmente la única persona que se preocupaba por mí. Ni mi padre, ni mi futuro marido. Solo ella. Y por un breve momento, eso era todo lo que importaba.

—No quiero hacer esto… —susurré, con los ojos llenos de lágrimas—, por favor, no dejes que me hagan esto.

—Lo sé, El —Lana me apretó con más fuerza—. Y si por mí fuera, créeme que los metería a todos entre rejas.

Me aparté y la miré.

—Es una oferta tentadora.

Lana levantó la copa con una sonrisa en los labios.

—Quiero decir que, si me das lo que necesito, podría hacerlo realidad.

—Eso es sólo un sueño, Lana —repliqué con tristeza.

Si Berkowitz no había encontrado la forma de atrapar a mi padre durante la redada, entonces había pocas posibilidades de que tuviera pruebas suficientes para algo.

Lo mismo ocurría con Aleksey. Llevaba diez años rondando la ciudad, pisándole los talones a nuestra familia, y no se había manchado las manos a pesar del rastro de cadáveres que había dejado a su paso. Por lo que contaba Lana, lo más que le tildaban era como '*persona de interés*' o '*para interrogar*'. Nunca '*se busca*'.

—No hace daño tener sueños —respondió ella, levantó la mano e indicó a Jake, el camarero, que trajera un par de chupitos de tequila, que llegaron absurdamente rápido dado lo abarrotado que estaba el bar.

—No, no hace daño —agarré mi bebida y la tomé de una. Mientras el alcohol me quemaba la garganta, hice una mueca de dolor y me volví hacia Lana—. Vienes conmigo, ¿verdad? No quiero enfrentarme a ellos sola.

—No me lo perdería por nada del mundo —sonrió con satisfacción—. ¿Una oportunidad para mí de ir directa al corazón del enemigo? Así es como se *construye* esta profesión. Y si necesitas a alguien que te robe, yo soy tu chica.

—Gracias, amiga —mirando mi reloj, gemí—. Tengo que irme. Mañana va a ser un día de mierda. Y el vuelo sale en unas horas.

—No es una gran despedida de soltera —Lana vació su copa y la dejó sobre la barra, haciendo otra señal a Jake para que trajera nuestra cuenta.

—Es mejor que nada, Lana —musité—. Gracias por venir. Y gracias por escucharme.

—Podría secuestrarte —dijo mientras firmaba la cuenta, incluía su número de teléfono con una propina gorda y apretaba el cheque con fuerza contra sus labios, dejando tras de sí una huella carmesí—. Sólo tienes que decirlo.

—Nos perseguirían —repliqué—. Si no Aleksey, mi padre.

Salimos juntas, compartiendo otro abrazo antes de que ella se echara el bolso al hombro.

—¿Estás bien para caminar a casa?

—Estaré bien —le dediqué una pequeña sonrisa—, no está tan lejos.

—Entonces nos vemos en Chicago —me lanzó un beso.

La miré alejarse, sintiendo que debía decir algo. Pero no salió ninguna palabra, y me volví en dirección a mi propio apartamento. Se acercaban las últimas horas de mi libertad y sentía como si una soga me estuviera apretando el cuello. En unas horas aterrizaría en Chicago.

Me estremecí en el aire quieto de la noche.

Para conocer al hombre que ha destruido mi vida.

## Capítulo 2
## Elia

Las calles estaban casi vacías, mi mente seguía acelerada ante la idea de ir a Chicago por la mañana para enfrentarme a mi destino. Era tarde y el aire estaba fresco. Agradecí el frío, que me hizo recuperar la sobriedad mientras disfrutaba de las vistas de estas calles familiares, la luz de las farolas y la disminución del tráfico peatonal. Podría ser la última vez que los volviera a ver.

*Solo, no es justo.*

—¡Oye, preciosa! —una voz me sacó de mis pensamientos y me di la vuelta para ver que los dos tipos del bar me habían seguido y me miraban con la misma hambre de entonces.

Me di la vuelta, tambaleándome ligeramente mientras el alcohol zumbaba en mi cerebro.

—¿Disculpe?

El más alto se rio, golpeando a su otro amigo en el pecho.

—¿Qué dices? ¿Quieres que te hagamos pasar un buen rato esta noche?

Pensé en la pistola que llevaba en la cartera, preguntándome cuándo podría sacarla. Era algo que mi padre me obligaba a llevar. Normalmente, mi padre me habría asignado un guardaespaldas, pero me había escapado esta noche para pasar mis últimas horas libres con Lana. Y ahora, mientras esos dos hombres se acercaban, deseaba desesperadamente que estuviera aquí.

—Déjenme en paz —dije con firmeza—. Y saldrán vivos de aquí.

—Oh —respondió el más alto, fingiendo agitar las manos con nerviosismo—. Estoy tan jodidamente asustado.

Retrocedí rápidamente, metiendo una mano en la bandolera en busca de mi pistola.

—Deberías estarlo —increpé.

Me habían instruido que distrajera al posible atacante el mayor tiempo posible para tener tiempo de coger una pistola. Pero el alcohol me había embotado los sentidos y el mundo daba vueltas, a pesar de mis esfuerzos por serenarme. Mis dedos apenas tocaron la pistola que llevaba en la mochila. Entonces sentí la pared a mi espalda.

Mierda. Había olvidado prestar atención a lo que me rodeaba.

—¿Se acabó la charla? —me preguntó el otro tipo, poniendo la mano sobre mi cabeza e inclinándose tanto que pude oler el alcohol de su aliento—. Mira a la ratita atrapada en su pequeño laberinto. No tiene otro sitio adónde ir, así que le toca arrodillarse.

El miedo empezó a arañarme la garganta al darme cuenta de lo que iban a hacerme. Podía luchar todo lo que pudiera, pero ellos eran dos y yo sólo una. Y así como así, ir a Chicago por la mañana se convirtió en la menor de mis preocupaciones…

—Vaya —dijo una voz grave y estruendosa detrás de los dos tipos—, ¿qué tenemos aquí?

Me flaquearon las rodillas cuando vi a un hombre alto. Llevaba un traje oscuro hecho a medida y el pulgar metido en los bolsillos. Pero me concentré en su rostro. La cara que sólo veía en mis pesadillas. La cara que odiaba.

Una cosa era ver esa cara sobre el papel… y otra muy distinta ver esos mismos rasgos tallados en carne y hueso sobre una imponente figura, no podía negar que me dejaba *con la boca abierta*.

Aleksey Korolev. El asesino de mi hermano. Mi futuro esposo. ¿Qué demonios estaba haciendo aquí? Pensé que se suponía que estaba en Chicago.

—Estamos ocupados, gilipollas —se mofó el más alto, con la atención puesta ahora en Aleksey —. Búscate a tu propia zorra.

—Ese es el problema —dijo Aleksey mientras se quitaba el abrigo y lo tendía sobre el muro bajo que tenía cerca—. Encontraron a la *mía*. Y no estoy de humor para compartirla.

La camisa limpia y planchada le apretaba el torso, ocultando a duras penas las bandas de músculos que llevaba debajo. Lana tenía razón. Aleksey Korolev pertenecía a la pasarela. Y si estaba tan guapo con la ropa puesta, no podía ni imaginarme cómo estaría desnudo.

*¿Qué demonios me pasa?*

Me quedé sin aliento cuando se subió las mangas de la camisa hasta los codos, dejando al descubierto los tatuajes que describían la historia de su vida en sus fuertes antebrazos. Se me aceleró la respiración y un temblor recorrió mi cuerpo. Era aterradoramente guapo.

Uno de mis asaltantes gruñó y cargó contra Aleksey, que esquivó fácilmente el torpe intento y lo tiró de cabeza al suelo con un empujón sin esfuerzo. El otro gritó y descargó un puñetazo contra la cintura de Aleksey. Pero el golpe no hizo nada. Ni siquiera le arrancó un gruñido.

Se me atascó el corazón en la garganta cuando agarró el brazo del hombre y, con un solo movimiento, se lo partió por la mitad con un crujido húmedo y despiadado. El hombre chilló de dolor y cayó al suelo justo a tiempo para que Aleksey le propinara una cruel patada en las costillas.

—Largaos de aquí —gruñó—, antes de que acabe con vuestras miserables vidas.

Los hombres se alejaron a toda prisa y yo respiré lentamente mientras lo hacían, demasiado aturdida por el repentino despliegue de violencia como para moverme.

*Este hombre arruinó mi vida. Y ahora acaba de salvarme*. Cuando se volvió hacia mí, sentí que se me revolvía el estómago.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente mientras recogía su abrigo y lo sacudía para quitarle la suciedad.

—Estoy bien —me obligué a decir, apartándome de la pared—. Solo me han sorprendido.

—No esperaba que la hija de Ludovico Tarallo se dejara sorprender tan fácilmente —se acercó más a mí, tanto que pude ver el brillo de sus duros ojos, como si estuviera drogado por la violencia que acababa de causar.

—No me asustas —le espeté.

Levantó sus labios en una rápida sonrisa y me olvidé de respirar. Me parecía atractivo cuando estaba oscuro y peligroso. ¿Pero cuando sonreía? Me temblaron las rodillas.

—No necesito asustarte, Elia Ludovicovna —replicó—. Sólo necesito que hagas lo que se te pida cuando llegue el momento. Eso es todo.

—¿Y crees que voy a obedecer? —le respondí desafiante—. ¿Crees que voy a darme por vencida y hacer lo que tú quieras?

Un nuevo destello de energía brilló en sus ojos. Me miró fijamente y tiró de mí hacia él. Me mordí el labio para no gemir cuando sentí que me acercaba a su pecho. Desde tan cerca, podía sentir lo *fuerte* que él era.

El hecho de que le hubiera visto romper el brazo de otro hombre sin esfuerzo era un recordatorio de la increíble cantidad de violencia de la que era capaz. *Podría hacerme daño,* pensé. Y en ese momento, por la forma en que me miraba, supe que estaba a su completa merced.

Sin embargo, el agarre de sus dedos grandes y cálidos sobre mi brazo era firme, sin amenaza de magulladuras.

—Lo harás —dijo, y había una oscura promesa en ello. Sus labios se curvaron en una mueca y tragué saliva—. Cuento con ello.

*¿Va a besarme?* Temblé de anticipación cuando se inclinó hacia mí. *No puede. No lo permitiré.*

Mis ojos se posaron en su boca, y el vientre se me revolvió cuando vi que se pasaba la lengua por el labio. Su agarre en mi muñeca se tensó un poco. Una ola de magnetismo se desplegó y se extendió entre nosotros, empujando y tirando con la promesa de algo más… algo más grande…

Algo que mi cuerpo *ansiaba*.

Sin previo aviso, aflojó su agarre y me alejé dando tumbos, sorprendida.

Aleksey retrocedió y se alisó el abrigo, con aquella sonrisa feroz en los labios.

—Estoy deseando que llegue nuestra noche de bodas, Elia.

No respondí nada y acomodé mi cabello mientras lo empujaba. Apreté los dientes e ignoré deliberadamente el insistente latido entre mis muslos y el hecho de que nunca antes en mi vida me había sentido tan *excitada* como en su presencia.

Odiaba eso. Lo odiaba a él. Odié que me rescatara.

Y ahora, más que nunca, quería desafiarlo.

## Capítulo 3
## Aleksey

Vacié el vaso de whisky, el hielo tintineó mientras lo colocaba de nuevo en la repisa. Había una ligera brisa en el aire mientras la noche daba paso lentamente a la mañana. Era mi última noche en Nueva York y no esperaba encontrarme con mi futura esposa.

Me había acostumbrado a las vistas, los sonidos y, por encima de todo, a los olores de esta ciudad, y mi pent-house ofrecía una increíble vista del horizonte, la que hacía tiempo se había grabado en mi memoria.

Cuando volviera a Chicago, todo sería diferente. Ya no era una ciudad que conociera o reconociera. Pero el deber me exigía volver. El deber, y una novia que nunca pedí.

—Aquí estás.

No me molesté en girarme cuando mi mano derecha, Boris, llegó a reunirse conmigo. Seguro sus manos estaban entrelazadas detrás de su espalda.

—Estaba empezando a preocuparme de que no volvieras —agregó.

Boris había estado a mi lado en Nueva York, luchando a mi lado en la guerra que mi padre había instruido. Había recibido una bala por mí en el pasado, y yo había recibido un cuchillo por él. Donde la mayoría lo veía como un brigadier más, yo lo veía como un amigo.

Diablos, en este momento, probablemente era mi único amigo.

—¿Y perderme el inevitable espectáculo de mierda dentro de unas horas? —contesté. Me serví otro whisky y tomé otro sorbo—. No todos los días un hombre es desdeñado del funeral de su propio padre, Borya.

—Lo siento, Alyosha —señaló Boris y agachó la cabeza.

—No lo sientas —repliqué—. No tengo ningún deseo de ver al Tío Misha haciendo cabriolas, actuando como si esto no fuera todo lo que él quería.

Y ahí estaba el problema. No sólo me habían informado de la prematura muerte de mi padre por un puto *mensaje de texto*, sino que también me habían dicho que no tenía que molestarme en ir al funeral. Que mi Tío se había encargado de todo.

Durante cuarenta y cinco años, Fyodor Korolev, mi padre, había gobernado la Bratva con puño de hierro. Durante cuarenta y cinco años, había polemizado sobre la importancia de la familia.

Sin embargo, fue ese mismo hombre quien me envió a mí, su único hijo, a Nueva York durante diez años para que me labrara mi propio sangriento camino. Un exiliado en todo menos en el nombre.

Ahora él estaba muerto y, por derecho, yo debería estar donde él se sentó una vez como el Pakhan de la Bratva Korolev. Pero de alguna manera, mi Tío Mikhail, o como a él mismo le gustaba llamarse, Tío Misha, era quien daba las órdenes.

Incluyendo la orden de que me casara, entre todas las personas, con la bendita Elia Tarallo. La chica cuyo hermano yo había matado.

*¿En qué demonios estaba pensando mi Tío? ¿O fue este otro trabajo secreto de mi padre sobre el cual una vez más me dejaron en la oscuridad? ¿Igual que en toda esta década en Nueva York?*

—¿Te has enterado de mi boda? —dije finalmente—. Con Elia Tarallo.

—Y ¿quién no? —respondió Boris.

—Me la encontré esta noche —señalé—. Saliendo de un bar, donde fue abordada por un par de tipos que querían aprovecharse de ella.

—Nunca te tomé por un tipo ‘caballero blanco’ —rio Boris. Era el único que podía hablarme así, bueno, aparte de mi hermana—. ¿No sabes que es de mala suerte ver a la novia antes de la boda?

—No me lo recuerdes, Borya.

Me di la vuelta mientras el sol empezaba a salir por encima del horizonte. Aun así, sus palabras me hicieron pensar en Elia Tarallo y en cómo se sintió bajo mi agarre. Era menuda, pero con curvas, y su cuerpo hizo que el mío reaccionara de un modo que yo no esperaba.

En cuanto la tuve cerca de mí, sólo pensé en sus labios suaves y seductores. La forma en que su oscura larga melena caía en ondas sobre un hombro me hizo desear recorrerla con los dedos. Sus ojos oscuros eran como el océano al atardecer, ocultando un torrente de fuerza bajo la superficie.

Estuve muy cerca de besarla. Lo noté, y ella lo notó.

Me costó un gran esfuerzo apartarme en el último momento. Porque algo me decía que, si probaba sus labios, si sentía el roce de su lengua contra la mía, sería incapaz de detenerme hasta que los dos nos quedáramos sin aliento y jadeáramos allí mismo.

Ella era una Tarallo. Era nuestra enemiga, *mi* enemiga. Sin embargo, yo estuve dispuesto a enterrarme en ella, sin importar las consecuencias.

—Y entonces —la voz de Boris me sacó de mi ensueño—, ¿qué piensas de ella?

*Es hermosa, mucho más hermosa de lo que imaginaba. Y si pronostico correctamente, una feroz gata con afiladas garras.*

—Es seductora —fue todo lo que dije en su lugar.

—Seductora —repitió Boris con una carcajada—, ¿quién eres? ¿Pushkin? ¿Eso es lo mejor que puedes hacer? Inténtalo de nuevo, Alyosha. Y esta vez sé sincero.

—Es jodidamente preciosa, animal —gruñí, entregándole mi vaso de whisky mientras me dirigía a la barra a por otro—. ¿Es eso lo que querías oír?

—Sí y no. La verdad sea dicha —aceptó la copa y se unió a mí en la barra—. Quiero oír lo que piensas tú de todo este matrimonio. Porque a mí no me gusta, Alyosha. Pasamos diez años peleando contra los hombres de Tarallo, y tú mataste al único hijo de Ludovico. ¿Pero ahora se supone que debemos besarnos y hacer las paces? ¿Como si toda esa mala sangre fuera a desaparecer?

—Mi Tío no me ha dado ningún detalle —volví a dejar la botella en la estantería—. Y no tengo ninguna gana de preguntarle.

—Qué raro —Boris agitó su vaso, se bebió todo el trago y se sirvió otro—. Ahora tu Tío lleva la voz cantante y está sentado donde deberías estar tú. Algo huele mal, y no es sólo el East River.

—Exacto —me pasé una mano por la cara—. No consigo averiguar si se trata de otra de las oscuras órdenes de mi padre o si es cosa de mi Tío.

Nada de esto tenía sentido, y desde luego mi padre no estaba aquí para responder a ninguna de mis preguntas.

—No me va a gustar este matrimonio —dije lentamente, mirando mi vaso—. No hay amor ahí.

—¿Aún crees en el amor? —me preguntó Boris—. ¿Después de la lección que te dio tu padre?

Miré furioso a Boris y él dejó de hablar. Nuestra amistad podía ser fuerte, pero aún había líneas. Y ahora mismo, Boris estaba peligrosamente cerca de cruzar una de ellas.

—Mis disculpas, Aleksey Fyodorovich —dijo Boris al cabo de unos instantes, cambiando a mi patronímico por respeto—. Es que parece que te diriges a tu ejecución en lugar de a tu boda.

Hice una mueca con los labios y cerré los ojos, burlándome.

—¿Hay alguna diferencia?

Sacudió la cabeza y me dio una palmada en la espalda.

—Quizá no. Pero al menos, en tu noche de bodas, no tendrás que cerrar los ojos y fingir que es alguien guapa. Especialmente si tu novia es, como dices, jodidamente preciosa.

—Eso es cierto —dije, mientras recordaba cómo le brillaban los ojos cuando dijo que se negaría a complacerme—. Al menos, será un divertido polvo.

Desvié la mirada hacia el sol naciente, pero en su lugar vi el calor en los ojos de Elia cuando me devolvió la mirada desafiante horas antes.

Aquella mirada había hecho que mi polla se agitara y me sorprendió la oleada de lujuria que me recorrió. *Un indudable divertido polvo*. Yo iba a disfrutar de esa parte concreta de nuestro matrimonio.

Y nada más.

## Capítulo 4
## Elia

Invitados con esmoquin y vestidos de cóctel iban y venían por el evento, mezclándose en un ambiente agradable, cortesía de la barra libre, que no cesaba de ofrecer bebidas alcohólicas. Las suaves notas de una banda de jazz flotaban sobre el barullo de las conversaciones.

Se respiraba calma mientras los invitados charlaban y reían. Pero, ¿y yo? Mis dientes rechinaban. Porque dondequiera que mirara había un cruel recordatorio de por qué yo estaba aquí.

*Esta era mi fiesta de compromiso.*

—Aún no puedo creer que me hayas traído a esto —dijo Lana cuando entramos—. Sabes que solo vas a cabrearlo.

La miré y sonreí satisfecha.

—Lo sé, pero de eso se trata.

No le había contado a Lana nada de mi inesperado encuentro con Aleksey unas horas antes, ni de los acontecimientos que lo precipitaron. Pensé que no tenía por qué aumentar su lista de preocupaciones.

—Si voy a hacer esto —dijo Lana, negando con la cabeza—. Voy a tener que emborracharme mucho más de lo que estoy ahora.

—Tú y yo, las dos —le hice señas a un camarero y cogí un par de copas con vodka—. Salud.

Instintivamente, mis ojos escudriñaron a la multitud, buscando una señal, cualquier señal, del asesino de mi hermano.

*Mi prometido.*

Esa palabra seguía sin sentarme bien. Y odiaba incluso pensar así en Aleksey Korolev. Por todos los derechos, nunca debería llamarlo así. Se sentía sucio. Casi prohibido.

Y entonces, en el peor momento posible, lo vi, con una copa en la mano. Vestía un traje azul marino con el cuello de la camisa abierto para dejar ver los músculos que llevaba debajo. Mis ojos viajaron de su pecho ancho a su rostro cincelado, observando la sombra de la barba en su mandíbula y la nariz ligeramente torcida que parecía perfecta en su cara y, finalmente, sus ojos.

Fríos y sin emociones, como trozos de hielo zafiro. Eran diferentes de los ojos ardientes que me retaron a desafiarle la noche anterior mientras me sostenía en sus brazos. Y aunque podría confundir las sombras que rodeaban sus ojos, no podía negar lo malditamente guapo que era a pesar de ellas. Era exactamente el tipo de hombre por el que otras mujeres babeaban: alto, moreno y peligroso.

Y todo lo que podía ver en su apuesto rostro ahora mismo era una expresión de leve disgusto mezclada con aburrimiento. *Casi como si él no quisiera estar aquí, tanto o más que yo.*

—¡Tierra a Elia!

La voz de Lana me sobresaltó y yo, atónita y un poco ruborizada, dejé de mirar a Aleksey.

—¿Qué pasa?

Enarcó una ceja y me miró con preocupación.

—¿Estás bien? Respirabas con dificultad.

No respondí nada. En lugar de eso, incliné ligeramente la cabeza hacia Aleksey. Lana me siguió con la mirada y soltó un grito ahogado.

—Hijo de la… —murmuró—. Es él de verdad.

—En carne y hueso —dije—.

*Y pronto será mío para siempre.*

Lana se abrazó a mí y me dio un suave apretón.

—Estoy aquí contigo hasta el final, ¿me oyes? Lo superarás. Te lo prometo.

Volví a mirar a Aleksey justo a tiempo para ver cómo me devolvía la mirada. De repente, el corazón se me subió a la garganta y sentí una oleada de electricidad estática que me recorría. Pasó bajo mi piel y atravesó cada terminación nerviosa, cada fibra y cada corpúsculo. En un instante, la sangre de mis venas se calentó y ardió, tras haber sido encendida por un interruptor de tensión que saltó tan de repente que me dejó la cabeza dando vueltas.

Lo único que quería era estar en otra parte, pero en aquel momento era incapaz de mirar a otra parte. A otro lugar que no fuera él. Su lengua salió rápidamente a humedecer sus labios, y el impulso de clavar mis dedos en algo se apoderó de mí. Y supe que él sentía lo mismo, aunque no intercambiáramos palabra alguna.

Desde el otro lado de la habitación, lo vi acercarse. Cada movimiento deliberado me producía una pequeña sacudida en las piernas. Me encontré igualándolo, paso a paso, como hipnotizada. Sus ojos me ordenaban y mi cuerpo obedecía. Se me revolvió el estómago, y no estaba segura de sí era por la ira o por algo más…

Algo peligrosamente carnal y *hambriento*.

Y en un segundo, se plantó frente a mí. Una arrogante mueca se mostraba en su rostro mientras

su mirada pasaba de mis ojos al revelador escote de mi vestido. Luché contra el impulso de retroceder ante su mirada y contra el impulso de levantar las manos y cubrirme.

Entonces sus ojos se apartaron de mí y se entrecerraron con rabia hacia Lana.

—Vaya, vaya —dijo Lana, ganándole la partida. —Y yo que pensaba que el único sitio donde me acostumbraría a ver tu cara era en el juzgado de Nueva York, Korolev.

—Tienes cojones de presentarte aquí sin invitación, Keller —replicó él con frialdad, escupiendo su nombre como una maldición—. ¿Sabe Berkowitz que te codeas con gente como nosotros cuando no estás de servicio?

—*Yo* la invité —dije secamente antes de que Lana pudiera replicar con algo que lo cabreara aún más—. Y mientras ella sea *mi invitada*, te comportarás. *Korolev*.

—Y si no me comporto —ladeó su cabeza hacia mí mientras el gris de sus iris se endurecía hasta convertirse en piedra—. ¿Qué harás, *Tarallo*?

*Te odio*, pensé, luchando contra la ira que me recorría el cuerpo ante su desafío. *Te odio. Te odio. ¡TE ODIO!*

Su mano se levantó y me acarició la mejilla, provocando otra oleada de calor en lo más profundo de mi ser. La yema de su pulgar trazó suavemente la línea de mi mandíbula prominente y una risita salió de su amplio pecho.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —inquirió— ¿O te has dado cuenta de lo vacía que es esa amenaza? Ahora estamos en Chicago, gatita. Y aquí jugamos según mis reglas.

Hizo falta cada fibra de mi ser para no tirarle la bebida a la cara. Pero tenía que hacer algo para romper nuestro contacto antes de que pudiera darse cuenta del efecto que tenía sobre mí. Di un paso adelante y, con fingida torpeza, derramé el vodka directamente sobre su traje perfectamente planchado.

—Ay —dije inocentemente.

Él se inclinó hasta ocupar la totalidad de mi visión. Y fue cuando sentí algo frío recorriendo mi piel desnuda, desde el profundo escote de mi vestido. Jadeé involuntariamente mientras la sensación recorría mi cuerpo. Él sonrió satisfecho, pero la sonrisa nunca llegó a sus ojos.

—Ay —se burló, cada letra lenta y deliberadamente—. Parece que *te mojaste*.

¡Uf! La forma en que las últimas palabras salieron de sus labios… De algún modo, siempre encontraba la forma de sacarme de quicio, de hacerme reaccionar a cada provocación, retándome a ir a más para demostrarme lo impotente que yo era ante él.

—¡Aleksey!

Alguien lo llamó desde el otro lado de la habitación. El tirón de gravedad entre nosotros se disipó en cuanto él apartó la mirada. Me lanzó una última mirada ardiente antes de mirar a Lana.

—Si tienes una pizca de respeto, desaparecerás, Keller.

—Hm —dijo Lana, con los labios fruncidos mientras daba un sorbo lento a su bebida y lo veía con una mirada que podía cortar el cristal—. No veo la hora de ver tu culo de vuelta en Nueva York. Creo que el naranja te quedaría *genial*.

Aleksey torció el labio y por un momento pensé que diría algo en respuesta. Pero se quedó callado, se dio la vuelta y se marchó. Miré mi vaso vacío y mi vestido empapado, deseando no haber hecho aquello.

—No puedo creer que tengas que casarte con ese gilipollas —dijo Lana mientras me tendía una servilleta.

—Pensé que querías subirte a él como a un árbol —le pregunté.

Lana dio un profundo trago a su bebida.

—Quizá sea mejor no trepar a algunos árboles.

—Qué suerte la mía.

—Señoras y señores —retumbó la voz de mi padre en la sala, reclamando atención.

La música y la charla se apagaron bruscamente cuando todos se giraron, y mi diversión murió cuando vi que me miraba, haciéndome señas con la mano para que me uniera a él. Arreglando mi cara para sonreír, me acerqué mientras él sonreía a la multitud, consciente de la parte delantera empapada de mi vestido.

—Gracias a todos por uniros a nosotros en la celebración de la feliz noticia que todos han estado esperando —dijo Padre—. Esta noche celebramos el final de una sangrienta disputa y un nuevo comienzo para nuestras dos familias.

Una salva de aplausos se levantó, y sentí cierta satisfacción por el hecho de que el discurso de Padre no hubiera encontrado la audiencia receptiva que esperaba.

—Tarallos y Korolevs ya no estarán enfrentados —continuó él—. Y esta unión no podría hacerse si no fuera por la devoción y dedicación de mi preciosa Elia al aceptar a Aleksey Fyodorovich Korolev como su esposo. Por favor, brindemos todos por esta feliz pareja.

*Un poco exagerado, ¿no, Padre?* Estaba agradecida por el alcohol en mis venas en ese momento.

—Y ahora, unas palabras de nuestro amable anfitrión y Tío del novio —prosiguió Padre—.

Damas y caballeros, un aplauso para Mikhail Yevgenievich Korolev.

Esta vez, el aplauso fue atronador. Mezclados con silbidos y hurras de algunos de los hombres más ruidosos de la Bratva Korolev. Sentí que mis propios labios se curvaban en una sonrisa cuando vi que la máscara de felicidad se deslizaba por una fracción de segundo del rostro de mi padre.

Puede que me hubiera vendido. Pero no había recibido nada comparable a cambio.

El Tío de Aleksey, un hombre corpulento cuyo pelo empezaba a ralear, subió al escenario y estrechó la mano de mi padre. Décadas atrás, podría haber sido guapo. Pero los años no habían sido benévolos con él. La sonrisa de su rostro me recordó a Aleksey. Y al igual que Aleksey, la sonrisa no llegaba a sus ojos.

—Gracias, Don Tarallo —habló despacio, pronunciando cada sílaba—. Y qué belleza tan deslumbrante es su hija. No puedo imaginar que le haya sido fácil aceptar este matrimonio. Ahora, ¿dónde está mi sobrino? ¿Alyosha? ¡Alyosha! ¡*Idi suda!*

La multitud se separó y Aleksey, con el ceño fruncido, se acercó a saludar a su Tío. Los dos hombres se miraron fijamente, y me di cuenta de que no había aprecio entre ellos.

—Ahora, como todos sabéis —continuó Mikhail—, mi hermano nos ha dejado para ir a ver al jefazo supremo. Y su último deseo fue que nuestras dos familias pudieran dejar de lado, de una vez por todas, estas disputas sin sentido que han dejado tanta sangre derramada.

Unos dedos ásperos pero cálidos se colaron entre mis dedos cuando Aleksey ocupó su lugar junto al mío. Apreté la mandíbula en una sonrisa y le devolví el apretón, sin hacer ningún esfuerzo por igualar la fuerza de su agarre.

Sin embargo, incluso ahora, oscuros pensamientos intrusivos me estremecían la piel, como si alguien me hubiera conectado a un cable con corriente. La misma gravedad que surgió antes entre nosotros, volvió con fuerza, burlándose de mi propia resistencia. Me obligué a concentrarme en Mikhail, mientras él seguía hablando.

—Por eso esta noche no tenemos solo una única celebración.

—¿Qué? —oí murmurar a Aleksey. Estaba claro que esto también era inesperado para él.

—Con gran alegría les anuncio que ¡Aleksey no será el único que se casará! —tronó Mikhail—. *Dorogyie druzya*. Con gran placer les informo que Raissa Antonovna, la esposa de mi difunto hermano Fyodor, ha accedido a hacerme el hombre más feliz de todo Chicago.

Los dedos de Aleksey se tensaron tanto ante el anuncio que luché por no gritar de dolor. Una mujer mayor y bien vestida se unió a Mikhail en el escenario mientras yo permanecía aferrada a la mano de Aleksey con todas mis fuerzas.

—¡Después de que mi querido sobrino y muy pronto hijastro se case mañana, Raissa Antonovna y yo también nos casaremos! *¡Dorogyie druzya!* ¡Un brindis por la felicidad eterna!

Oprimí el doloroso apretón de Aleksey hasta que pude sentir su corazón retumbando en mi palma. No me atrevía a mirarlo, no aquí, donde la farsa de nuestro compromiso se representaba ante toda la atención. Podía sentir algo más que odio corriendo por sus venas. Sentí su dolor. Su sufrimiento. Su indignación, ante todo.

Me bastó para olvidar mi propio odio hacia él.

Me bastó para olvidar mi propio deseo de hacerle daño.

Pero no lo suficiente para ignorar la oscura curiosidad que serpenteaba lentamente por mis venas como una serpiente asomando la cabeza. La oscura curiosidad que ansiaba saber cómo serían esas mismas manos ásperas recorriendo cada centímetro de mi cuerpo.

Que me arrojaran sobre su cama. Que me sujetaran, me arrancaran la ropa y me hicieran gritar.

La única cuestión era: ¿gritaría yo por placer, miedo o por dolor?

## Capítulo 5
## Aleksey

—¿Sabías que esto iba a pasar? —le pregunté a mi hermana Alya mientras me servía otro trago de vodka y lo bebía todo de nuevo. Pero ninguna cantidad de alcohol podía calmar la rabia que me azotaba por dentro.

—Alyosha, por favor —replicó Alya mientras intentaba arrebatarme la botella de la mano—. ¿No crees que te lo habría dicho si lo hubiera sabido? Me enteré igual que tú.

—¿Hubo algo inusual en el funeral? Estabas allí, ¿no?

—Lo estuve, pero nada parecía fuera de lo normal. Ya sabes cómo es Madre. Lo unidos que siempre han estado el Tío Misha y ella a lo largo de los años.

—Y resulta que esa cercanía era algo más que afecto familiar —volví a agarrar la botella—. *Chyort vozmi*. ¿Cómo pudimos estar tan ciegos? ¡Ese bastardo! ¿Acaso se había enfriado ya el cuerpo de Padre antes de que el Tío empezara a manosear a Madre? ¿A qué demonios juega?

Alya se cruzó de brazos, con el ceño fruncido tan característico de nuestra familia.

—No lo sé, Alyosha, y no quiero saberlo. ¿No puedes dejar de preocuparte por el Tío Misha, Madre o la Bratva? ¿Sólo por una noche?

—No debería sorprendernos —ignoré su súplica—. A Madre nunca le gustó pasar mucho tiempo con Padre, ni siquiera cuando estaba vivo. ¿Por qué coño se preocuparía por él ahora que está bajo tierra?

—¡Alyosha! —increpó ella, recordándome la manera de Padre—. Ya es bastante malo que no te haya visto en años. Pero que vengas aquí, borracho, mientras se supone que estás preparando tu boda para mañana en la mañana…

Volví a mirarla en silencio antes de hacerle un gesto seco de reconocimiento.

—Mis disculpas, Alyona Fyodorovna —dije, añadiendo incluso una pequeña reverencia para saciar su exigencia de respeto.

Puso los ojos en blanco ante la innecesaria formalidad y se limitó a extender la mano para coger la botella. En cuanto sus dedos rodearon el cuello, bebió un trago con una facilidad aterradora.

—¿Qué? —preguntó al verme—, Padre me envió a la universidad, no a un convento.

Me eché a reír. Había echado de menos a mi hermanita. La gente subestimaba a Alya la mayor parte del tiempo porque pensaban que era simplemente la hija de un Pakhan, una princesa mimada que lloriqueaba y lloraba para salirse con la suya. Lo que no sabían era que yo le había enseñado a ser despiadada, igual que yo.

Padre me dijo que perdía el tiempo enseñándole habilidades que no aumentaban su valor para un posible partido, pero no me importaba. Quería que fuera capaz de valerse por sí misma. Porque sabía en qué clase de mundo vivíamos. Le compré una pistola antes de que tuviera edad para conducir y me aseguré de que supiera usarla si llegaba el momento.

Y ahora, ella era la única persona que me importaba. *Y mañana, todo eso cambiaría*.

—Es sólo que… —dije— la última vez que te vi, aún eras una mocosa.

—Y la última vez que yo te vi —me devolvió la botella—, aún sabías sonreír.

Un fantasma me susurró en la nuca: *Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo*. Y mis fosas nasales se llenaron del inolvidable aroma de la sangre.

Apreté la mandíbula con fuerza y guardé silencio ante la réplica de mi hermana. *Deja morir el pasado, Aleksey*, me recordé a mí mismo. No podía haber hecho nada al respecto. Ni entonces ni ahora.

Dios, ¿cuántos años habían pasado desde aquella noche? Y durante todos esos años, había guardado silencio. El único otro miembro de mi familia que conocía aquel terrible secreto estaba ahora alimentando gusanos a dos metros bajo tierra.

*Él y Boris*, pensé amargamente. Boris había estado a mi lado aquella noche. Los dos habíamos bebido hasta las puertas de la muerte, pero nunca la habíamos cruzado. Y desde aquel día, nunca habíamos hablado de eso ni de ella. Pero en esas raras noches oscuras en las que el vodka y el whisky y otros licores se mezclaban en mi estómago, me perseguía esa misma súplica: *Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo.*

—Alyosha —la voz de mi hermana me sacó de mis recuerdos—, ¿qué te pasa?

—Nada —murmuré—, sólo trato de entender esta farsa.

—Tu futura esposa es muy guapa —dijo ella—. Y lleva la lucha adentro.

—¿Y cómo puedes saberlo? Ni siquiera has tenido la oportunidad de hablar con ella.

Alya dio otro trago a la botella.

—He visto cómo te cogía de la mano. No sabría decir quién se esforzaba más por aplastar los dedos del otro.

Eso era cierto. Cuando tomé la mano de Elia, la sujeté con fuerza, más de lo que ninguno de los dos esperaba. Y al igual que en nuestro primer encuentro, sentí que algo más se agitaba en mí al contacto. Un hambre carnal que exigía algo más que esas caricias pasajeras.

Pero este matrimonio sería imposible. Era como dijo Boris: demasiada mala sangre.

—Ella me odia, Alya —dije finalmente.

—¿Por qué? ¿Qué podrías haber hecho para ganarte su odio?

La miré. Y fue entonces cuando recordé que, a pesar de todos mis intentos por moldear a Alya hasta convertirla en una versión reflejada de mí mismo, siempre la había mantenido alejada de los entresijos cotidianos de la Bratva. No sabía nada de nuestra guerra de una década contra la Mafia Tarallo. Para Alya, Elia Tarallo simplemente me odiaba porque no era el hombre con el que quería casarse.

*Era hora de decirle la verdad.*

—Porque maté a su hermano —dije rotundamente.

La expresión de Alya se endureció un instante antes de hablar.

—¿Y ella *aceptó* este matrimonio? ¿Por qué?

—Porque es el mismo destino al que tú te habrías resignado —respondí—, si Padre hubiera vivido lo suficiente para venderte a un hombre de su elección.

Ahora le tocaba a ella guardar silencio. Mientras vivió, mi hermana supo cuál sería su destino. Era la maldición de haber nacido niña. Su único propósito era asegurar una alianza, mantener la paz y, si era necesario, ser los edulcorantes de un trato.

Alya tuvo suerte. ¿Elia? No tanta.

—*Blyat* —juró finalmente Alya, levantando una mano para pellizcarse la nariz—. Prométeme, hermano, prométeme que tendrás cuidado.

—No hace falta decirlo, Alya —dije y le puse una mano en el hombro.

—No, hay que decirlo —me dirigió una mirada severa—. No sé si creíste lo que dijo Tío Misha sobre el fin de la disputa, pero si lo que dices es cierto, entonces sabes tan bien como yo que este matrimonio no será el final. Sé que, si me vendieran al hombre que te asesinó, no descansaría hasta enterrarle un cuchillo en la espalda.

—Soy consciente de eso, Alya.

—Ya he visto sepultar a Padre —dijo ella—. No quiero que eso te ocurra a ti también.

—Alya —empecé, pero ella levantó una mano para detenerme. El feroz rizo de hierro de sus ojos me impidió querer burlarme de ella.

—¡Prométemelo, Alyosha!

—De acuerdo, *malyshka* —suspiré y le di otro suave apretón en el hombro—. Prometo no bajar la guardia.

—Más te vale —sus ojos brillaron furiosos. Me rodeó con los brazos y me abrazó con fuerza—. No puedo perderte, Alyosha. Sabes eso.

Yo le devolví el abrazo.

—No me iré a ninguna parte, *malyshka*.

Alya me soltó y se marchó poco después, dejándome solo con mis pensamientos. Sin embargo, tenía razón. Si Elia Tarallo se parecía en algo a mi hermana pequeña, nada le daría más placer que clavarme un cuchillo en la espalda.

Debe haber algún tipo de plan en marcha. Y necesitaba descubrirlo antes de que me cueste la vida. Eso, y asegurarme de que mi Tío no se limitará a robarme lo que era mío por derecho. Padre y yo teníamos nuestras diferencias. Eso era cierto. Pero su posición, su legado y su título de Pakhan me pertenecen. Él nunca habría querido que el Tío Misha se hiciera cargo.

De eso, estaba cien por ciento seguro.

# Capítulo 6
## Elia

—No puedo hacer esto —murmuré mientras la manicurista me arreglaba las uñas y la peluquera me aplicaba todos los productos capilares del universo para que mi pelo adquiriera la forma perfecta para complacer a mi futuro marido. Agradecí que al menos ya me hubieran maquillado para poder hablar. El anillo de compromiso que me habían puesto a la fuerza en el dedo la noche anterior, al terminar la fiesta de anuncio, se sentía como un ancla que me arrastraba a las profundidades de mi propia desesperación.

—¿Qué pasa? —preguntó Lana en la silla de al lado. Era la única persona de mi mitad del cortejo nupcial a la que conocía. Las demás damas de honor permanecieron en silencio todo el tiempo, y sospechaba que algunas estaban aquí para vigilarme por si intentaba echarme atrás.

No creía que pudiera sentir más pavor si me dirigía a mi propia ejecución.

*¿Cuál era la diferencia?* pensé con amargura. La fiesta de compromiso había sido un espectáculo de mierda de primer orden. Desde el anuncio sorpresa del segundo matrimonio por parte del Tío de Aleksey hasta la forma en que los dos intentamos aplastarnos los dedos.

*Y cómo él me hizo sentir*… ronroneó una bochornosa voz en mi cabeza. Cerré los ojos.

Desde aquella noche fuera del bar, Aleksey Korolev había estado rondando mis sueños. Odiaba eso. No era su despliegue de violencia lo que me ponía nerviosa. Era la forma en que provocaba que yo *quisiera* besarle, las palabras que me dijo para luego marcharse, lo que me molestaba.

Cuando sus dedos encontraron los míos… Mi cuerpo reaccionó como si siempre fuera a estar a su entera disposición.

El solo *pensamiento* de Aleksey hizo que otro calor vergonzoso surgiera entre mis piernas. Me debatía entre las pesadillas y los sueños cuando recordaba su salvaje mirada y su férreo agarre. Odiaba esta dualidad… No podía soportar saber que una parte de mí *quería* descubrir cómo sería dejar que me utilizara.

Permitirle esculpir valles de placer entre mis muslos y dejarme dolorida.

Quería que él pensara en lo que le había hecho a mi hermano. Quería que él supiera que no iba a casarme con él porque mi padre lo dijera. Que tendría que cruzar el mundo para volver a encontrarme. Quería desaparecer para que tanto él como mi padre perdieran este asalto.

Porque estaba cansada de que ellos ganaran.

—De acuerdo, tienes que contarme qué pasa.

Abrí los ojos y parpadeé.

—¿Eh?

No me había dado cuenta de que estábamos solas. Las otras damas de honor se habían ido. La manicurista se había ido. E incluso el peluquero se había ido. *¿Cuándo ocurrió todo esto?*

Lana me miró expectante, sus ojos buscaban una respuesta en los míos.

—Elia —dijo Lana—, eres mi mejor amiga, y sé cuándo algo te preocupa. Ahora bien, entiendo que no quieras casarte con Aleksey por razones muy obvias. Pero esto… algo más está pasando. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Me eché hacia atrás en mi silla. Ella tenía razón. No podía seguir ocultando cosas. No a ella.

Con una respiración temblorosa, admití:

—Vi a Aleksey.

—Sí, estuve allí.

—No, Lana —dije—. En Nueva York. Antes de la fiesta de compromiso.

—¿Qué? —Lana entrecerró los ojos, con expresión de ira controlada—. ¿Qué pasó? ¿Te amenazó?

—No.

Me tragué el recuerdo de cómo me había cogido de la mano, cómo me había mirado fijamente con una energía que me tentó a corresponderle y hacer algo estúpido… como dejar que me besara. *O algo peor*.

—¿Y bien? —la mirada de Lana exigía una respuesta—. Estoy esperando.

—Me vio en la calle cuando volvía a casa —le expliqué.

Un músculo se crispó en su mandíbula, pero no dijo nada más y me dejó continuar.

—Me vio y me acorraló. Hablamos de la boda… y básicamente de que le dijera que sí, aunque no quisiera.

—Eso me suena a amenaza, Elia —dijo Lana, con el disgusto claramente reflejado en el rostro. Yo sabía por qué ella estaba enfadada. Le había ocultado información. Y en su mundo, eso significaba que no confiaba en ella.

Y estaba a punto de volver a hacerlo, porque de ninguna manera iba a contarle de los dos tipos del bar que me habían acorralado primero. No necesitaba que se pusiera más furiosa de lo que ya estaba.

—Pero esa es la cosa —dije—, debí haberme sentido amenazada… pero no fue así. Algo en mí se *excitó* cuando me agarró. Yo… lo *desee*. Quería que me besara. Que me empujara contra la pared y…

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas y no quise terminar la frase.

—Y anoche, cuando me tomó de la mano en la fiesta de compromiso, volví a sentirlo. ¿Cuán enfermo es eso, Lana? No debería querer acostarme con el hombre que mató a mi hermano. No debería quererlo en absoluto. Punto.

—Elia… —Lana me cogió la mano. Sus ojos encontraron los míos, y entonces dijo tres palabras que yo deseaba oír tan desesperadamente—: ¿Qué quieres hacer?

El brillo de sus ojos me dijo que ella sabía *exactamente* lo que yo quería hacer. Que ella estaba esperando a que yo dijera las palabras y las hiciera realidad.

*¿Qué quiero hacer?* me pregunté. Una parte de mí sabía que no hay nada que *pueda* hacer. Aleksey nunca me permitiría escapar de él, y mi padre… casi jadeo. Mi padre me ataría y me entregaría a Aleksey en bandeja de plata si eso significaba conseguir lo que él quería.

Pero no se trataba de ellos. No se trataba de lo que *ellos* querían. Ahora mismo, solo éramos Lana, yo y una atrevida idea que me rondaba la lengua.

Me tembló el labio inferior cuando Lana me apretó la mano, lo suficiente para darme el valor de decir lo que quería, lo que de verdad quería.

—Quiero huir —admití.

La mirada de Lana se clavó en la mía y, por un aterrador momento, pensé que diría que no. La imaginé diciéndome que ése era mi destino y que no me serviría de nada soñar con lo imposible.

Pero entonces, una sonrisa se dibujó en su rostro y apretó mi mano con seguridad.

—Bueno, ¿y qué estamos esperando?

## Capítulo 7
## Aleksey

*¿Por qué carajos tarda tanto?*

Volví la vista al gran reloj de pie de la pared contigua. Fila tras fila de invitados a la boda esperaban sentados ante mí. El gran salón de bodas ya estaba acicalado y lleno de flores de todas las formas y variedades en arreglos que parecían interminables. La arpista, que estaba ocupada tocando *Canon en Do* de Pachelbel, me miró cuando me giré. Rápidamente desvió la mirada y siguió tocando cuando le hice un gesto con el dedo.

Habían pasado quince minutos desde el comienzo de la ceremonia y no había rastro de Elia por ninguna parte. En los primeros cinco minutos, pensé divertidamente que tal vez estaba haciendo una rabieta en algún sitio y que tendría que arrastrarla hasta el altar.

Cinco minutos después, la idea me pareció menos graciosa y más real, lo que me molestó sobremanera.

*¿Y ahora?*

Ahora empezaba a sospechar algo más. Dirigí una mirada a Boris, que simplemente asintió y desapareció en silencio para averiguar dónde demonios se había metido mi prometida.

Yo hice mi parte, de vez en cuando me encontré a algún soldado de Tarallo y le daba una buena paliza. Pero esto era diferente. Acudir a las citas no era sólo buena fe; era una muestra *directa* de poder. Dejar esperando era un insulto, una señal de que a quien se hacía esperar no merecía ningún respeto.

Por cada minuto que no estaba aquí, Elia podría haberme escupido en la cara. Al menos eso me habría resultado más fácil de aceptar.

Cuando la aguja larga pasó por el número cuatro del reloj, un movimiento repentino al fondo de la sala llamó mi atención. *¡Por fin, joder!*

Estuve a punto de lanzarme por el pasillo para agarrar a aquella maldita mujer y arrastrarla hasta aquí yo mismo cuando Boris reapareció con una de las damas del cortejo corriendo detrás de él. La pobre chica era alguien que el Tío Misha había arreglado para hacer el papel.

La presencia de Lana Keller ya era bastante problemática. El Tío Misha no permitiría que ningún socio de Tarallo, hombre o mujer, se *acercara* a la boda.

Cuando los dos caminaron por el lado opuesto de las filas de invitados, los murmullos de confusión aumentaron de volumen. Me incliné hacia él cuando Boris se acercaba y miré con desconfianza a la dama de honor cuando se detuvo a su lado.

—Elia Tarallo se ha ido —me susurró Boris al oído.

Mis dedos se estremecieron antes de cerrarse lentamente en puños. Me volví a mirar a la chica, quien se encogió visiblemente ante mi mirada.

—¿A dónde? —la frialdad de mi voz aceleró la respiración de ella.

—La oí hablar con su dama de honor. Algo sobre… ¿Nueva York? Por favor. No sé nada más. Eso es sólo lo que he escuché.

*Así que va a ser así,* pensé salvajemente.

Asentí con calma y me giré para mirar a la multitud.

—¡Me permiten su atención, por favor!

La multitud hizo silencio mientras yo le hice un gesto a Boris para que fuera a buscar el coche. Él ya iba de salida cuando despaché a la dama del cortejo.

—Me temo que la boda se pospondrá por un momento. Pido disculpas por las molestias y animo a todo el mundo a que empiecen a almorzar. Volveré en breve con mi encantadora futura esposa.

Seguí a Boris en cuanto terminé de hablar, ignorando los susurros escandalosos que se alzaban. Me mantuve frío y controlado. Boris me miró, pero no dije nada cuando me reuní con él en el coche. El motor ya estaba encendido y listo para arrancar. Boris me lanzó la llave y yo la cogí con facilidad en el aire mientras ambos nos sentábamos en nuestros asientos.

Puse el coche en marcha y los neumáticos chirriaron al dar marcha atrás y luego al salir a la calle. La rabia me mantuvo en silencio mientras tomaba las carreteras secundarias, ignorando las sugerencias del GPS sobre la llegada más rápida al aeropuerto internacional O’Hare.

*Puedes huir, Elia Tarallo.* Aferré el volante. *Pero cuando te ponga las manos encima, te haré suplicar.*

## Capítulo 8
## Elia

Estaba mirando por el retrovisor cuando sentí un repentino golpe en la muñeca que me arrancó los dedos de la boca. Miré sorprendida, y vi que Lana me fulminaba con la mirada antes de volver a la carretera.

—¡Deja de morderte las uñas! —increpó. De inmediato enrosqué los dedos sobre mi regazo y me acomodé en el asiento—. ¿Tienes idea de lo duro que trabajó la pobre manicurista?

—No puedo evitarlo —dije. Antes de que Lana pudiera reñirme, gemí y me incliné hacia delante, intentando atisbar el semáforo de la calle adyacente para ver si se pondría amarillo en breve.

Lana negó con la cabeza.

—Tu padre te va a matar, suponiendo que no nos maten antes de llegar.

—No me importa —respondí, apretando las manos mientras Lana conducía por la autopista en dirección al aeropuerto O'Hare.

Aleksey y sus matones podrían intentar perseguirme, pero si conseguía subir a ese avión, les iba a resultar muchísimo más difícil encontrarme.

Lana suspiró.

—Esto es una locura, Elia. Y no es que te culpe. Sólo desearía que tuviéramos más tiempo para idear un mejor plan que solo huir y no mirar atrás.

—Mira, fuiste tú quien me preguntó qué quería —le dije, con el corazón acelerado—. Y para bien o para mal, vienes conmigo.

Lo único que lamenté fue no poder ver la reacción de mi padre cuando se dio cuenta de que no estaba cumpliendo sus órdenes. O la de Aleksey.

—¿Cuánto nos falta para llegar al aeropuerto?

Lana no contestó, negó con la cabeza antes de chasquear la lengua con los dientes.

—¡Lana!

—No lo sé, Elia. No puedo controlar el tráfico.

Volví a gemir y me pellizqué la nariz. Me veía ridícula, completamente maquillada y peinada para la boda, vistiendo una camiseta y unos pantalones cortos rosas. Era lo único que había en el maletero del coche de Lana.

Pero sabía que, si llevaba el vestido de novia un segundo más, me volvería loca. Me froté los dedos sobre las palmas de las manos, contenta de haberme librado del anillo de compromiso después de haberlo tirado en la parte de atrás, donde también estaba el vestido de novia desordenadamente tirado.

—Quizá pueda hacer algunas llamadas —continuó Lana mientras cambiaba de carril, adelantándose al tráfico—. La fiscalía de Nueva York podría protegerte. Pero no va a ser fácil poner en marcha la protección de testigos en tan poco tiempo. Además, tu caso es muy complejo.

—No —negué con la cabeza—. Ya has hecho bastante por mí, Lana. Esta es mi elección. Encontraré la manera de que funcione, créeme.

—Escucha —replicó ella—. Lo único en lo que confío ahora mismo es en que estás a punto de meternos en un mundo de mierda. Lo único que necesitamos ahora mismo es tiempo. Tendrías que declarar ante la oficina del marshal de Nueva York que tienes motivos para buscar protección…

Miré por el retrovisor mientras la explicación de Lana se prolongaba y el estómago se me hundía en una oleada de inquietud. Un coche se desvió hacia otro carril y mis ojos se posaron en un elegante coche negro que circulaba no muy lejos de nosotros.

Volví la vista al tráfico que nos precedía. Era casi mediodía y la autopista hacía tiempo que había dejado de fluir como hora pico. Algo en la forma de moverse de ese coche, agresiva y deliberada, empezó a encender las alarmas de mi cabeza.

—Lana… —comencé. Pero ella no debió de oírme porque siguió hablando.

—…puede que pasen días antes de que pueda encontrar a un juez que acelere la aprobación de un aviso de protección de testigos. Es decir, ahora mismo están desbordados con todas las detenciones que han ido llegando…

—Lana —repetí, con urgencia en mi voz.

—…y eso sin contar con que Aleksey va a estar buscándote activamente. Es decir, estamos hablando de semanas como poco.

Mi mano voló hacia mi costado, buscando el peso familiar de la pistola en mi bolso. El pánico se apoderó de mi garganta y mi corazón se hundió cuando me di cuenta de que no la había traído conmigo.

—¡LANA! —grité.

—¿Qué?

—¿Tienes una pistola en el coche?

—Sí, en la guantera —respondió—. ¿Por qué?

Abrí la guantera y saqué una pistola. Comprobé si estaba cargada. No lo estaba.

—¿No la llevas cargada? —pregunté incrédula.

—Sabes que legalmente no puedo tenerla, ¿verdad? No soy policía —respondió—. Debería haber un cargador en una bolsa debajo de tu asiento.

—¿Por qué no lo guardas en el mismo sitio?

—Porque es la ley, Elia —las manos de Lana se apretaron contra el volante—. ¿Sabes en cuántos problemas me metería si me pillaran con una pistola *y* con munición en el mismo sitio?

—Bueno —suspiré mientras tanteaba debajo del asiento en busca de la bolsa—. No te asustes, pero estoy segura de que nos están siguiendo.

—¿Qué? —Lana miró rápidamente por el espejo—. ¿Qué necesitas que haga?

Miré hacia el coche que nos seguía, pero había desaparecido. *Oh, no.*

—Sigue conduciendo —Luché por mantener la voz firme mientras el corazón me latía con fuerza. De repente, vi un borrón negro y se me heló la sangre al reconocer el coche que nos había seguido y al hombre que lo conducía.

Era mi futuro marido. Sus ojos oscuros eran fríos e inexpresivos, como los de un tiburón.

Golpeó la ventanilla con un papel. DETÉNTE. AHORA MISMO.

Sacudí la cabeza horrorizada y me volví hacia Lana.

—¡VAMOS!

Presa del pánico, Lana pisó el acelerador y aceleramos aún más. Volví a lo que estaba haciendo, intentando evitar que me temblaran las manos, mientras encontraba por fin la bolsa y sacaba un único cargador. Rápidamente, lo introduje en el arma y accioné la corredera.

Cuando llegó el primer golpe en la parte trasera del coche, sentí que el cinturón de seguridad se enganchaba. De algún modo, Lana mantuvo el coche entre las líneas y en un solo carril.

—Elia —advirtió, sin soltar el acelerador—. ¡Lo que sea que vayas a hacer, hazlo rápido!

Levanté el arma, solo para que Aleksey chocara contra nosotros una vez más, con más fuerza que la anterior. Lana gritó mientras intentaba tomar una curva. Apunté y apreté el gatillo.

No ocurrió nada.

Al mirar la pistola, me di cuenta de que había olvidado quitar el seguro. Aleksey chocó contra nosotros otra vez. Lana gritó y corrigió la trayectoria, haciéndonos chocar contra el guardarraíl.

En el último momento, agarró el volante y mi costado se llevó la peor parte del impacto. El chirrido del metal retumbó en mis oídos mientras ella detenía el coche.

—¿Estás bien? —me preguntó con el rostro pálido.

—Estoy bien —dije, tirando del cinturón de seguridad hasta que se soltó—. Tenemos que salir de aquí.

Antes de que Lana pudiera reaccionar, la puerta se abrió de un tirón. Una figura voluminosa metió la mano, le desabrochó el cinturón con un rápido movimiento y la sacó del asiento.

Yo luchaba por salir del asiento cuando algo me agarró del pelo y tiró de él. Grité de dolor, forcejeando contra mi captor. Me arrancaron el cinturón de seguridad sin esfuerzo y me vi levantada en el aire mientras pataleaba y gritaba.

Cuando mis pies tocaron el suelo, apunté con la pistola al hombre que se escudaba con Lana. Su rostro no mostraba ninguna emoción, desafiándome a apretar el gatillo y disparar. Fue entonces cuando vi su pistola apoyada en la cabeza de mi amiga.

—Yo en tu lugar tiraría eso, Elia —dijo Aleksey con voz mortalmente calmada detrás de mí—. O podemos ver quién tira del gatillo más rápido.

No podía dejar morir a mi amiga. Bajé el arma, ni siquiera intenté luchar cuando me la arrebató y la arrojó por encima del guardarraíl hacia la maleza del otro lado.

Me tiré de espaldas contra el coche y exhalé un resuello agudo, sin aliento.

Aleksey se alzaba sobre mí, vestido de esmoquin, pero con la pajarita desabrochada, las dos tiras colgando alrededor de su garganta. Llevaba el pelo recogido como si se hubiera pasado las manos por él varias veces. Lo peor no era su aspecto desaliñado, sino la mirada violentamente fría que me dirigió, como si yo no fuera mejor que la roña que había bajo su zapato.

—¡Suéltame! ¡Déjame ir! —gritaba Lana detrás de mí—. ¡No le hagas daño!

—¡Lana! —grité también. Intenté correr hacia ella, pero Aleksey me atrapó entre sus brazos. Me invadieron la ira y la adrenalina, y deseé desesperadamente no haberle obedecido.

—¡Vete a la mierda! —Grité de frustración antes de sentir que unos dedos ásperos me tapaban la boca y me empujaban contra el coche.

Me agarró de la barbilla y me obligó a mirarle. Gemí contra la fuerza de su mano en mi garganta.

—Tengo que admitirlo, Tarallo, casi te sales con la tuya —dijo. La despreocupación de sus palabras, como si no fuera más que otro día para él, me asustó. ¿Este fue su aspecto antes de matar a Luca? ¿Estaba a punto de correr yo la misma suerte?

Me di cuenta de lo cerca que estábamos. Ni siquiera podía darle una patada, aunque quisiera.

—No mucha gente ha conseguido llegar tan lejos como tú para *cabrearme* —gruñó—. ¿Qué creías que iba a pasar? ¿Creías que te *dejaría* desaparecer así, sin más?

Intenté apartarlo, pero otra firme sacudida de su mano me mantuvo flexible. Lágrimas de dolor y frustración ardían en mis mejillas. Me sentía impotente ante él y odiaba eso.

—Te dejaré ir con una simple advertencia, Elia —dijo Aleksey, con sus ojos oscuros duros como un cuchillo ansioso por morderme—. Por respeto al contrato que nuestras dos familias han firmado. Pero me pedirás disculpas. Como es debido.

—Vete a la mierda —Escupí las palabras en su mano. Hice lo que pude para mirarle con mi propia mirada. Enfadada y desafiante.

—Volvamos a intentarlo —dijo. Hizo un gesto y oí gritar a Lana. Se me hizo un nudo en el estómago de miedo al imaginar lo que podría estar haciéndole aquel otro bruto—. Discúlpate conmigo como es debido. Volveremos, superaremos esta farsa de boda. Y si te comportas el resto del día, entonces tal vez… sólo tal vez, podría considerar la posibilidad de ser amable esta noche.

Me negué a obedecer y continué mirándole. Lana volvió a gritar y yo cerré los ojos con fuerza. *Lo odio. Lo odio tanto que podría morirme.*

—Mírame, Elia —me ordenó, y obedecí—. Si no te disculpas, tendré que descargar mi ira con nuestra común amiga de la fiscalía. Y realmente *quiero* hacerlo, Elia. Así que, si tienes siquiera una pizca de respeto por la vida de tu amiga, entonces me darás la disculpa que exijo.

Me di cuenta de que no había otra opción. Asentí y me soltó la boca. Respiré entrecortadamente y forcé las palabras.

—Lo siento.

Resopló con oscura diversión y tardé un segundo en ver que su mano libre se afanaba en desabrocharse el cinturón.

—¿Qué… qué estás haciendo?

—Dije una disculpa como es debido, Tarallo —sus labios se curvaron en una oscura mueca mientras su mano se movía para desabrochar sus pantalones.

## Capítulo 9
## Elia

Intenté apartar la mirada, pero no pude. Una oscura curiosidad me impulsó a mirar. No podía apartar la mirada del grosor de su polla, que brotaba furiosa y palpitante de entre sus pantalones. Se elevó amenazadoramente en el aire y tragué saliva ante su enorme tamaño.

En contra de mi voluntad, sentí que un ardiente deseo se encendía en mi interior, extendiendo su calor entre mis piernas como una húmeda traición. Allí estaba él, mi pesadilla y mi fantasía en la cruda realidad. Imágenes de él presentándose ante mí sólo para que yo abriera la boca y le sacara la lengua con avidez y desesperación pasaron por mi mente, provocándome con oscuras promesas.

Mis propios deseos se burlaban de mi propio corazón por querer odiarle.

—Ahora, Elia —siseó Aleksey—. *O si no*.

La insistencia grave en su voz me obligó a obedecer su orden. Deslicé los ojos por su pecho hasta encontrarme con su mirada. Eso aún podía controlarlo. Con una mirada de odio, me arrodillé.

La grava me mordía la carne mientras apoyaba las manos en sus caderas. Ya no quería prolongar esto. Estábamos en público. En medio de una autopista, ¡por el amor de Dios! *Cualquiera* podía verme. ¡Podían vernos!

Aquello debería haberme repugnado aún más, pero lo único que conseguí fue que otra odiosa oleada de excitación me palpitara entre los muslos, y sentí que una cálida gota asomaba entre mis pliegues y rodaba lentamente por mis piernas.

—Abre esa boca tan bonita que tienes, Elia —su voz zumbó en mi oído—. Estoy esperando.

Alargué la mano y le agarré la polla suavemente, maravillada por su tacto mientras recorría la suave piel con los dedos. Juraría que escuché sisear a Aleksey, pero no me atreví a levantar la vista para confirmarlo. No era la primera polla que veía. En otro tiempo, había estado dispuesta a entregar mi virginidad a un chico al que amaba hasta que mi padre se interpuso.

Pero esto… esto era diferente. Una mezcla de emociones recorrió mi cuerpo, cada una en conflicto con la otra. Lo único en lo que podía concentrarme eran mis acciones mientras estaba arrodillada en la carretera y frotaba el pulgar sobre su hinchada cabeza. Una perla de semen adornaba la punta. ¿Reaccionaba a mí o por el hecho de que me arrodillara ante él?

—Bien —gruñó, y su mano se posó en mi nuca, empujándome hacia él.

A pesar de la vergüenza que me producía lo que estaba ocurriendo, me sentí ansiosa y abrí la boca lo suficiente como para recibirlo por completo. Por un segundo me pregunté qué pasaría si lo mordía, pero la presión constante en mi nuca me recordó que no estaba en condiciones de

hacerlo.

Su almizcle salado llenó mi boca y oí un gemido de agradecimiento escapar de sus labios por encima de mí. Durante una fracción de segundo, estuvo completamente a mi merced. Bajo mi control. Podría haber estado furiosa y avergonzada por lo que me estaba obligando a hacer, pero al darme cuenta de ello, una sensación inesperada recorrió mi cuerpo.

*Poder.*

Me lo llevé a los labios y empecé a darle vueltas con la lengua mientras levantaba la vista para encontrarme con su mirada. Los ojos de Aleksey se ensombrecieron de satisfacción y me observó con una sonrisa de satisfacción mientras aflojaba la mandíbula para poder hundirme más en su gruesa longitud.

La intensidad de sus ojos era casi excesiva, y rápidamente bajé los ojos, cerrándolos para concentrarme en la tarea que tenía entre manos. Mi cabeza se balanceaba arriba y abajo, y la saliva resbalaba por mi barbilla. Un pulso de placer hambriento entonó una canción burlona entre mis piernas, exigiendo que le dejara hacer más.

Para mi alivio, mi calvario no tardaría mucho en terminar. Gemí cuando sentí que la mano de Aleksey me agarraba el pelo. Sin previo aviso, empezó a empujar sus caderas hacia delante. Una respiración controlada brotó de sus labios sobre mí mientras utilizaba mi boca para acercarse. Intenté no atragantarme, aguantarlo obedientemente incluso cuando la gruesa cabeza me golpeó la garganta. Se me saltaron las lágrimas.

Su polla pareció endurecerse en mi boca y, sin previo aviso, palpitó contra mi lengua. Un gruñido salió de su pecho cuando el primer chorro de semen, caliente y salado, salpicó mi boca. Me acercó más a él, obligándome a tragarlo para no ahogarme. Pero se corrió más rápido de lo que yo podía tragar, y tosí, sintiendo cómo el líquido caliente y pegajoso se derramaba desde mi barbilla hasta salpicarme el pecho.

Justo cuando terminó, contemplé la posibilidad de dejar que se me cerrara la mandíbula para oírle gritar como había hecho gritar a mi mejor amiga. Sus dedos volvieron a acercarse a mi nuca, sujetándome mientras se vaciaba, casi como si intuyera lo que yo quería hacer.

—Ahora sí que es una disculpa como es debido —dijo, con la voz teñida de sadismo.

Lo saqué con cuidado de mi boca, sintiendo cómo su polla rozaba mis labios antes de que él retrocediera. Mirándole fijamente, hice lo que pude para escupir el resto de su semen. Pero de repente volvió a tirar de su mano en mi pelo y grité mientras me levantaba.

Me arrojó al asiento trasero de su coche, donde Lana se apresuró a abrazarme. Me aferré a ella mientras las puertas se cerraban de golpe.

Aleksey y Boris subieron a la parte delantera. Miré a Lana, buscando en ella señales de malos tratos. Parecía estar bien. Agitada, pero por lo demás intacta. A lo lejos, las luces intermitentes de

un coche de policía se acercaban. Pero para entonces ya nos habíamos apartado y nos habíamos incorporado al tráfico.

Vi mi vestido de novia al otro lado de donde estaba sentada Lana, y ninguna de las dos dijo nada. Me dolían la boca, la garganta y el cuello. *Este fue el precio de la rebeldía*, pensé, sin molestarme siquiera en limpiarme el poco de semen que aún sentía en la barbilla mientras Aleksey me llevaba de vuelta a la iglesia.

*Esto va a ser el resto de mi vida. Y empezará de lleno esta noche.*

Una parte de mí se estremeció al pensarlo. Pero otra parte retorcida de mí ya se vanagloriaba con anticipación.

## Capítulo 10
## Aleksey

Llegamos a la iglesia en tiempo récord y no perdí de vista a Elia hasta que la llevé sana y salva a la habitación donde se había estado preparando antes. Le arrojé el vestido sin miramientos.

—Vístete —le dije.

Sostuvo la costosa tela de encaje en la mano y me miró fijamente, esperando que me marchara. Pero yo no me moví del sitio. ¿Por qué iba a hacerlo? Ya se había escapado una vez. No me arriesgaría a que volviera a hacerlo.

—Es de mala suerte ver a la novia antes de la boda —dijo en voz baja.

¿Intentaba despertar mi compasión? La Elia que tenía ante mí era una contradicción. Llevaba el pelo despeinado, pero por lo demás no se le había estropeado el maquillaje. Las uñas, en las que seguramente se había esmerado la manicurista, parecían mordidas hasta el muñón. Pero su *belleza* era incomparable.

Aunque llevara una camiseta y aquellos ridículos pantalones cortos rosas. Sus pezones asomaban por delante de la fina tela, y sentí que mi polla se ponía tiesa al pensar en ellos. Su disculpa en la carretera me había dejado casi sin fuerzas. Era muy consciente del efecto que tenía sobre mí, y había tenido que hacer todo lo posible para no empujarla contra el coche y tomar lo que era mío por derecho.

Pensé en lo que le había dicho a Boris cuando le informé por primera vez de mi próxima boda. *Un buen polvo, sin duda.*

Lentamente, se agachó y se levantó la camisa por encima de la cabeza. Mi pulso se aceleró al ver su cuerpo expuesto. Por un momento, pensé que levantaría la mano para cubrir su vergüenza. Pero no lo hizo. En lugar de eso, me miró desafiante mientras se quitaba los pantaloncillos, dejando al descubierto su franja de pelo entre las piernas.

Sin dejar de mirarme, se puso el vestido y se lo subió lentamente hasta cubrirse el cuerpo. Pero el vestido no hacía más que acentuar sus curvas y hacerla aún más irresistible.

Estaba, en una palabra, impresionante.

Entonces se dio la vuelta y me lanzó una rápida mirada. Tardé un segundo en darme cuenta de que me estaba pidiendo que le subiera la cremallera del vestido. Acorté la distancia que nos separaba y accedí lentamente. Mi dedo recorrió el contorno de su columna y juraría que oí un jadeo tembloroso salir de sus labios.

Pensé en girarla en ese momento para besarla, para saborearla. Pero el instante pasó y ella se dio la vuelta. Una gota de semen seguía pegada a su barbilla y levanté la mano para limpiársela, pero ella me detuvo.

—¿No es esto lo que quieres? —susurró ella, con el desafío y el odio ardiendo en sus ojos—. ¿Mostrarle al mundo que te *pertenezco*? Que debo arrodillarme ante ti en señal de sumisión.

No respondí mientras me deleitaba con su aspecto. Mis ojos se desviaron hacia el profundo escote en V de su vestido, que me dejaba entrever sus pechos, y mis dedos se movieron hacia la curva de sus caderas. Me pregunté qué más encontraría cuando quitara la tela más tarde, cuando estuviéramos solos.

Era mía. Mía para abrazarla. Mía para poseerla.

Mía para usarla.

—Tu mano —le dije, y ella obedeció.

Metiéndome la mano en el bolsillo, saqué el anillo de compromiso que Boris había recogido del asiento trasero del coche. Ella lo había tirado allí junto con el vestido. Sin romper el contacto visual, se lo coloqué en el dedo. Mantuvo la expresión quieta, pero tenía la mandíbula apretada. ¿Por miedo? ¿Odio? ¿Ira?

Nada de eso importaba, decidí.

—Vamos —me di la vuelta y le ordené—, tenemos una boda que terminar.

***

Ella dijo ‘Acepto’. Tal como le dije que haría. Aceptó mi anillo de boda en su dedo, tal y como le dije que haría. E inclinó su rostro y sus suaves labios para que los devorara, tal y como le dije que haría.

Pero fue la forma en que me miró, con un destello inconfundible de ira y frustración todo el tiempo, lo que me dejó duro como una roca en el altar.

Después de la ceremonia, me quedé en un rincón del salón de baile, observando cómo mi mujer conversaba con su padre a unos metros de distancia. Nunca se me había dado bien leer los labios, pero a juzgar por la forma en que se miraban el uno al otro, no fue difícil imaginarme lo que se decían.

Estaba segura de que él le estaba echando la bronca por avergonzarle el día de su boda. No les quité ojo de encima. Por un momento, un impulso protector casi me hizo interponerme entre ellos. Después de todo, era mi esposa y ya no estaba bajo el control de su padre. Pero algo más me detuvo. Tardé un segundo en darme cuenta de que era la imagen de otras dos personas en plena conversación.

Tío Misha y Madre también cuchicheaban en su mesa. Y de vez en cuando, ella soltaba una risita, cogía un trozo de comida y se lo daba a él. Parecía muy contento con todo aquello. Sentí

que mi ira volvía a subir y me obligué a volver a centrar mi atención en Elia.

No podía negar lo guapa que estaba con aquel vestido. En cuanto entró, las cabezas se giraron para contemplar su impresionante belleza. Un orgullo salvaje se había apoderado de mí cuando se dispuso ante mí, y me fijé en algunos de los invitados cuyas miradas se detuvieron demasiado en la V de su escote o en las curvas de sus caderas.

*Todos esos cabrones quisieran un trozo de ella*. E incluso ahora, capto algunos ojos errantes que vuelan en su dirección. Los celos furiosos y la terrible sensación de posesión volvieron a apoderarse de mí, y tuve que respirar hondo para calmarme.

Aun así, mi polla se estremeció ante el pensamiento de lo que encontraría esta noche cuando la desvistiera. Ya había sentido un ligero sabor antes, cuando la vi cambiarse. Pero algo me decía que tocar esas llenas caderas sería algo totalmente distinto.

*Mía*, pensé salvajemente. *Mi mujer. Mi posesión*.

*Mi enemiga*, susurró una vocecita en mi cabeza.

Bajé la mirada hacia la mano que sostenía mi copa, la que ahora lucía un anillo de boda negro a juego con el suyo dorado. Por fin estaba hecho. Me había casado. Era una sensación peculiar saber que había borrado el nombre de otra persona en favor del mío.

Le había prometido amor, honor y respeto. Desde hoy hasta el día de nuestra muerte. Y aunque esta boda se había celebrado bajo coacción y fingimiento, existía una innegable atracción entre Elia y yo, una que ambos sentíamos. No se podía ocultar. Lo sentí cuando la acorralé en Nueva York, y lo había vuelto a sentir cuando se metió mi polla hasta la garganta.

Me había sorprendido, eso estaba claro. Sabía que era virgen. Eso había estado en el contrato, y yo sería el primer y único hombre en conocerla y tocarla.

Pero la forma en que tomó mi polla en la carretera me dijo que no era totalmente *inexperta*. Era imposible que no hubiera chupado una polla antes. Desde el momento en que sus labios me rodearon, necesité todo lo que tenía para no derramarme inmediatamente en su boca.

Mi entrepierna se tensó y ajusté mi postura, deseoso de que terminara la fiesta para poder llevarla a mi pent-house y enterrarme entre sus muslos.

—Luces cómodo.

Me giré y encontré a Boris a mi lado, con una copa en la mano.

—Estoy bien.

—Sabes que puedes ser sincero conmigo, ¿verdad, Alyosha? —dijo—. No has dejado de mirar a tu novia desde que regresamos.

Fruncí el ceño y di un sorbo a mi bebida. ¿De verdad había sido tan descarado? Normalmente, se me daba mucho mejor ocultar mis emociones. Pero cuando estaba cerca de Elia, era casi como si ya no pudiera controlarme.

—Es por lo de antes —mentí rápidamente.

—Nunca debiste tocarla, *bratok* —replicó Boris—. No hasta esta noche.

Tenía razón. Nunca debí haber llegado tan lejos, pero ella me había forzado. Necesitaba recordarle que no era una boda normal. Que había más en juego de lo que ninguno de los dos podía entender. Pero por encima de todo eso, no iba a permitir que faltara el respeto. Tenía que ponerla en su lugar.

Porque si no lo hacía, podría haber otros que buscaran aprovecharse de mi percibida debilidad.

Sin embargo, en ese momento, todo había salido mal. En lugar de recuperar el control, me encontré perdiéndolo cada vez más. Donde se suponía que mi mente debía centrarse en la Bratva y en los planes del Tío Misha, estaba Elia. Su mirada desafiante. Sus labios tentadores. Y sus llenas y curvilíneas caderas.

—¿Estás seguro de que estarás bien esta noche? —preguntó Boris, con una nota de preocupación burlona en la voz—. Puedo hacer guardia.

Lo miré, el único que conocía mis secretos más oscuros y las sucias acciones que mi padre me había obligado a cometer.

—Creo que puedo encargarme de una simple chica Tarallo yo solo, Borya.

—Eso dices, Alyosha —sonrió—. Y cuando llegue mañana, seguro que oiré que te ató y te cortó las pelotas mientras dormías.

Ahora me tocaba a mí sonreír.

—No creo que Elia venga a por mis pelotas esta noche.

Aunque un persistente sentimiento de sospecha rondaba en el fondo de mi mente. Sospechaba que ella haría *algo*. ¿Intentaría vengar a su hermano? ¿O su propia lujuria la dominaría como lo había hecho en la carretera? Independientemente de lo que hiciera, sabía que esta noche iba a ser inolvidable.

Hacía mucho tiempo que nadie me excitaba así. Y esa era la verdad. Elia me excitaba. Tal vez era su puro desafío. O tal vez era la forma en que luchaba consigo misma en un vano intento de ocultar sus propios deseos.

O quizá, sólo quizá, porque me había mostrado una pizca de cómo sería en la cama. Lo último

que quería era una esposa que se quedara tumbada y aguantara. Si tenía que casarme contra mi propia voluntad con la hija de mi enemigo, al menos quería que fuera capaz de igualarme golpe a golpe.

Y hasta ahora, Elia parecía prometer que lo haría. Embarazarla no sería una tarea hercúlea; de eso estaba seguro.

—Entonces, espero verte mañana en la reunión —dijo Boris, dándome una palmada en la espalda y riendo—. Preferiblemente de una pieza.

No respondí mientras él se alejaba. Unos minutos después, llegó mi hermana Alya, con los ojos brillantes.

—Alyosha —dijo—, ha sido una boda preciosa, querido hermano. Espero que seas feliz con ella —luego añadió—: Y que estés seguro.

*¡Prométemelo, Alyosha!*

—Lo estaré, Alya —respondí con ligereza. Fueran cuales fueran las preocupaciones de mi hermana, aún conservaba un punto de romanticismo.

—Y procura ser un poco amable —Alya se encogió de hombros—. Cualquiera que sea lo bastante valiente como para intentar huir de ti, seguro está a tu propio nivel.

—Todo el mundo tiene su propia opinión sobre mí esta noche, ¿no?

—Todo lo que quiero decir es… —Alya me puso la mano en el brazo—, que estaría bien tener a otra mujer que no sea Madre con la que hablar cuando todo esté dicho y hecho.

En ese momento, vi la propia soledad de mi hermana y me pregunté si mi nueva esposa podría entenderla mejor que yo. Padre había muerto, lo que significaba que la vida de Alya podría cambiar, sobre todo si era yo quien ponía las reglas en lugar del Tío Misha. Pero hasta que eso no fuera cierto, seguiría el mismo camino que Elia: casada con un maldito idiota por una alianza de mierda que podría derrumbarse si alguien estornudaba en la dirección equivocada.

No me gustó lo que sentí con esa comparación.

—Creo que todo el mundo está esperando el primer baile —la voz de Alya cortó mis pensamientos—. Así que, ¿por qué no dar a la galería de embobados lo que han venido a ver?

Me volví hacia Elia, que me miraba con expresión expectante en los ojos. Recorrí con la mirada el resto del salón de baile, la expectación era palpable.

—¡Ve! —me espetó Alya, arrebatándome la copa de la mano y empujándome hacia delante.

En cuanto llegué a Elia, la canción ‘Al fin’ de Etta James empezó a filtrarse por el salón y apreté

los dientes.

—¿Bailamos, mi querida esposa? —murmuré, tendiéndole la mano.

Los ojos de Elia se abrieron de par en par cuando tiré de ella hacia mí. Una llamarada los recorrió antes de que cambiara la mirada y la sustituyera por la ira y el desafío habituales que yo ya esperaba.

—Rodéame el cuello con los brazos —murmuré cerca de su oído, interpretando al marido cariñoso que baila con su mujer—. Y haz tu papel.

Eso la hizo reaccionar. Obedientemente, me rodeó el cuello con los brazos, y el más leve rastro de su aroma, floral y único, flotó en el aire. Mi polla se tensó cuando mi nariz acarició la sensible piel detrás de su pelo y su respiración se aceleró. Sus dedos me rozaron la nuca a la vez.

Joder. Quería esos dedos por todas partes. De repente, me vinieron a la mente imágenes de ella acariciándome el cuerpo, aquellos dedos ágiles rozándome los duros planos del pecho antes de descender hasta envolver el grosor de mi polla.

Lo *deseaba*. Lo ansiaba.

—¿Te ha gustado chupármela antes? —le susurré al oído mientras la balanceaba por el salón de baile—. ¿Te gustó el sabor de mi semen en tu garganta y en tus labios?

—Si vuelves a hacer eso —siseó, apretándome el cuello con los brazos—, te la arrancaré de un mordisco.

Solté una risita oscura en su oído.

—Pero entonces, ¿de qué otra manera podría complacerte? —mi mano encontró el lugar de su espalda donde la tela dejaba un hueco. Mis dedos presionaron la piel expuesta y la acariciaron suavemente—. Tal vez lo prefieras con mis dedos.

Hizo todo lo posible por ocultar el rubor que cruzaba su rostro. Acerqué la cabeza para que nadie viera la sonrisa que yo tenía.

—¿O tal vez te gustaría con mi boca? —agregué.

—En tus putos sueños —resopló entrecortadamente.

Si, yo iba a disfrutar esto mucho más de lo que pensaba.

Cuando los últimos acordes de la música se apagaron, di un paso atrás y apreté los labios contra su mano antes de alejarme. Un pensamiento persistente surgió en mi cabeza.

Yo iba a disfrutar esto *demasiado*.

***

Después de lo que me parecieron horas de interminables buenos deseos, nos metimos en el coche y nos conducían a mi pent-house con vistas al río Chicago. Observé a Elia con la mirada perdida e ilegible y me pregunté qué se le pasaría por la cabeza ahora que estábamos solos.

—¿Tienes hambre? —le pregunté suavemente, intentando romper la tensión asfixiante que había entre nosotros.

—No —dijo y negó con la cabeza, mientras se alisaba la falda de encaje con las manos—. ¿A dónde vamos?

—A mi pent-house —respondí, tamborileando con los dedos en la rodilla para mantenerme ocupado.

La sorpresa se reflejó en sus hermosas facciones.

—Pensé que nos alojaríamos en la mansión de tu familia.

Claro que lo pensó. ¿Por qué no iba a pensarlo? A los ojos de los demás, la mansión técnicamente me pertenecía ahora. Pero ni mi Tío ni mi madre habían decidido tener la conversación conmigo sobre su situación final. Y yo no estaba dispuesto a abrir esa caja de Pandora cuando había tantas otras cosas de las que preocuparme.

—Prefiero mi intimidad —dije en su lugar, las palabras saliendo más duras de lo que pretendía.

Elia no hizo ningún comentario. O no entendió mi tono, o simplemente prefirió ignorarlo. Por eso, le concedí un poco de gratitud a regañadientes.

—Eso lo comprendo —dijo—. Yo odio la mansión de mi padre. Es demasiado grande y siempre hay gente merodeando por las esquinas. Como fantasmas.

Bueno, eso fue interesante. Yo habría supuesto que era una de esas princesas mimadas de la mafia que disfrutaban con ese tipo de cosas. Parecía que, hiciera lo que hiciera, Elia Tarallo siempre tenía formas de sorprenderme. Me preguntaba qué más estaría ocultando y qué más descubriría yo.

## Capítulo 11
## Aleksey

Miraba hacia el piso desde donde estaba sentado tranquilamente en el sillón de mi pent-house.

Incluso ahora, el recuerdo de Elia de rodillas me producía escalofríos. Veía cómo me metía en su boca. *Sentía* sus gemidos en mi polla. *Seguro creyó que no noté cómo apretaba sus perfectos muslos*. Una oleada familiar de excitación se hinchó ardientemente entre mis piernas.

En cuanto llegamos, me quité rápidamente la opresiva tela del traje y la corbata. Lo único que llevaba puesto era mi bóxer de seda negra y la confianza de mi dominio sobre mi mujer. Escuchaba el sonido del agua en la ducha.

No me había dirigido la palabra desde que entramos. Sin duda, ahora Elia comprendía que desafiarme tenía un precio. Por leve que fuera su desafío.

La puerta del baño se abrió y el tenue aroma floral del champú y la crema hidratante flotó deliciosamente en el aire. Me giré para ver a Elia entrar en nuestra habitación, vestida sólo con una gruesa y esponjosa bata de baño.

No dije nada y preferí observarla desde mi asiento mientras ella me ignoraba y se dirigía hacia la mesa. Cogió algo de fruta, con los hombros tensos. Me permití saborear la vista y cómo su cabello oscuro se amontonaba en ricas y oscuras ondas sobre la parte superior de los hombros. La bata dejaba poco a mi imaginación.

Aún recordaba cómo sentí su cuerpo cuando la saqué del coche. La camiseta y los calzoncillos rosas habían hecho su parte para ponerme de humor para chuparle la boca en la carretera.

Mi polla se estremeció al recordarlo, y casi estuve tentado de empezar a acariciarme hasta que Elia se volvió y me miró desde el otro lado de la habitación. Sus ojos se fijaron en mi visible bulto antes de apartar la mirada, con las mejillas sonrojadas.

Para tener una boca como la suya, sabía hacerse la mojigata.

—Como te dije en la pista de baile… —volvió a mirarme, con voz firme, mientras ignoraba mi polla para encontrarse con mi mirada.

Arqueé una ceja, pero guardé silencio.

—Si vuelves a intentar que haga lo que hicimos en la autopista… —se cruzó de brazos—. Te *arrancaré* la polla de un mordisco.

Me estaba provocando, retándome a que aceptara el reto y poniendo a prueba mis límites. En circunstancias normales, probablemente habría aceptado el reto. Era lo que sabía hacer mejor. Para lo que fui educado. Estaba en mi derecho de ordenarle que volviera a arrodillarse y utilizarla hasta que no fuera más que un caparazón gastado y quejumbroso.

Era lo que cualquier Pakhan de Bratva debía hacer.

Pero no hice nada de eso. No vi ninguna razón para hacerlo. Ella sólo intentaba hacerse la dura, probándome para ver lo cruel y despiadado que podía ser. Todo para que pudiera odiarme como el monstruo que ella creía que yo era. Y luego usaría ese odio para justificar su futura traición.

Pero, yo no le daría eso. En lugar de eso, me limité a mirarla en silencio.

Después de un momento, empezó a quebrarse. La vi empezar a retorcerse. Sus brazos se cruzaron con más fuerza y su figura se contrajo ante mi mirada. Me devolvió la mirada, pero me di cuenta de que luchaba por mantenerla.

—Señora Korolev —dije con una sonrisa burlona, eligiendo deliberadamente pronunciar despacio para recordarle a quién pertenecía—, pudo haberme mordido entonces. Y, sin embargo, no lo hizo.

Sus ojos se endurecieron como piedras.

—Tenías a mi amiga como rehén. No fue justo.

—No, no lo fue, pero —me encogí de hombros—, ¿qué te hizo pensar que lo sería?

Me incliné hacia delante y la miré a los ojos mientras esbozaba una sonrisa serena.

—Si sus amenazas tuvieran algún fundamento, señora Korolev, no estaría aquí de pie, empapada y chorreando ante mí.

Se puso rígida, y pude *sentir* su deseo de hacerme daño enrollarse en sus ojos. Sus nudillos estaban pálidos de agarrarse los brazos.

—La realidad no golpea igual, ¿verdad, Elia? —pregunté, observando cómo su respiración se aceleraba con cada paso lento y agónico que daba hacia ella—. Te arrodillaste y te tragaste mi polla porque *quisiste*. Te dejaste mi semen en el labio porque te *gustó* cómo te marqué. Al final dijiste ‘acepto’ en el altar porque sabes *exactamente* cuánto poder tengo sobre ti.

Su quijada cayó, se ruborizó y me miró boquiabierta en lugar de responder. Era toda la prueba que yo necesitaba saber: Había dado justo en el clavo. Mis dedos encontraron la base de su barbilla y tiré de ella hacia mí para que no pudiera apartar la mirada.

—Probablemente me odies, pero ahora te odias más a ti misma porque sabes que yo tengo razón —dije—. Porque *quieres* que te tome ahora mismo. Que te tire en esa cama, te abra de piernas y te dé el mejor *polvo* de tu vida.

Finalmente, una oleada de rabia ardió en su rostro enrojecido y se zafó de mi agarre.

Ella giró y su mano se extendió hacia una botella de champán que estaba cerca. Pero yo ya estaba estallando en acción. La botella ni siquiera se levantó un centímetro de la cubitera cuando mi mano agarró la de ella.

Jadeó y su espalda chocó contra la pared con un golpe seco.

—¡Suéltame! —siseó entre dientes apretados.

—¿Para que puedas desperdiciar una buena botella de champán rompiéndomela en mi cabeza?

En el breve forcejeo, su albornoz se abrió de golpe y el calor, abrasador y húmedo contra mi piel, brotó de su cuerpo. Gimoteó cuando apreté con fuerza mis caderas contra ella y volví a estrecharla contra mí sin esfuerzo.

Un mechón de pelo colgaba sobre sus ojos y giró la cabeza hacia un lado para quitárselo, mientras su respiración se aceleraba hasta jadear en mis manos. Me miró como un animal salvaje acorralado. Pero bajo su fuego y su furia, pude ver un profundo instinto primario que se apoderaba lentamente de ella.

—Vete a la mierda… —mostró los dientes y luchó contra mí con todas sus fuerzas. La rodeé con mis brazos, saboreando la sensación de su piel contra la mía. Me dolía la polla con el pulso retumbando contra sus caderas, exigiendo liberación.

—¿Por qué niegas lo que sabes que es cierto? —susurré contra su oído. Se dobló contra mí y sus rodillas temblaron ligeramente—. Puedo sentirlo.

—Eso es mentira… —jadeó, pero el movimiento de su cuerpo no hizo más que acercarnos más. Sentí sus muslos, resbaladizos y tentadores, presionando contra los míos con necesidad. Jadeó cuando sus caderas se inclinaron lo suficiente para situar su ardiente entrada justo encima de mi polla. Nuestras miradas se cruzaron exactamente al mismo tiempo cuando me di cuenta de lo mismo.

Sus mejillas se sonrojaron aún más mientras una risita retumbaba en mi pecho.

Maniobré fácilmente sus muñecas con la mano derecha y liberé la izquierda, sin romper el contacto visual mientras acariciaba lentamente su brazo, su bata arrugada y la temblorosa carne expuesta de su pecho. Sus ojos se abrieron de par en par y se quedó inmóvil, con las pupilas dilatadas, mientras mi palma se deslizaba por la curva de su pecho y le acariciaba suavemente el pezón. Un escalofrío la acercó más a mí. Se estremeció cuando seguí arrastrando la palma hacia abajo hasta que mis dedos encontraron el suave lecho de ricitos recortados entre sus piernas.

Abrió la boca, como si quisiera ofrecer algún tipo de resistencia simbólica. Pero las palabras murieron en sus labios en cuanto hundí más los dedos y encontré la sedosa humedad que la había inundado. La abrí, apartando los delicados pliegues que cubrían mis dedos con su excitación. Estaba *empapada*.

—¿Quién miente ahora? —le susurré al oído.

Un gemido se agitó en su garganta como música para mis oídos. Mis dedos siguieron recorriendo la resbaladiza zona entre sus muslos, acariciando su clítoris con pequeños círculos que la dejaron jadeando. Sus ojos se vidriaron con una fina capa de lujuria, aturdidos, necesitados y sinceros por primera vez.

—Lo único que tienes que hacer es pedírmelo —dije, con voz suave y baja. Sus ojos volvieron a endurecerse y, sin previo aviso, aspiró con fuerza y escupió.

Sentí que la saliva me golpeaba la mejilla. Una sonrisa salvaje se dibujó en mi rostro mientras le enseñaba los dientes.

—Está bien —dije—. Si eso es lo que quieres.

Fue la única advertencia que le di antes de agarrarla rápidamente y hacerla girar para ponerla de cara a la pared. No hizo nada por resistirse cuando agarré la bata y la arranqué de su cuerpo. Con un rápido movimiento, mis calzoncillos cayeron por mis tobillos y los aparté de un puntapié para que se unieran a la bata en el suelo.

Me apreté contra ella con fuerza e insistencia. Mis manos se clavaron en su suave piel.

Elia gruñó e intentó apoyar las manos en la pared para apartarme. Pero un rápido movimiento de sus caderas y un empujón de mis rodillas entre sus muslos fue todo lo que necesité. Lo único que tenía que hacer era inclinar ligeramente las caderas y mi polla se deslizaría más allá de sus preciosas nalgas hasta el calor sediento de ser llenado.

*Oh, no te vas a librar tan fácilmente.*

Elia soltó un fuerte jadeo y sus dedos se enroscaron contra la pared al sentir el roce de mi polla contra sus pliegues. Un calor húmedo me recorrió cuando encontré un ritmo fácil, un burlón recordatorio de lo que ella misma deseaba. La giré nuevamente.

La cabeza de mi polla coqueteaba con el pequeño manojo de nervios en la cúspide de su sexo, y los gemidos que salían de sus labios con cada lenta caricia eran *deliciosos*.

Agaché la cabeza y hundí mi nariz en su húmedo pelo. Un aroma floral llenó mis fosas nasales y gemí cuando mis manos subieron por sus caderas para sujetarla y deslizar mis pulgares por los bonitos hoyuelos de la parte baja de su espalda.

Elia volvió a gemir y su cuerpo se estremeció de anticipación mientras yo seguía provocándola y deslizando mi polla contra ella. Con pequeños empujones mi hinchada cabeza presionaba su clítoris. Sus caderas se agitaron cuando retrocedí, pero me contuve.

Ella gimió y yo sonreí de vuelta. *Sentí* cómo sus defensas se rompían con cada caricia. Le corría el sudor por la frente y necesité toda mi fuerza de voluntad para no enterrarme hasta la

empuñadura.

Pero sabía que no era así como yo quería jugar. Quería que se sometiera. Quería que admitiera su propio deseo, que me lo dijera entre jadeos y gemidos.

Porque estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta, por mucho tiempo que me llevara.

Hasta que ella me *rogara* que la tomara.

## Capítulo 12
## Elia

Mi cuerpo ardía.

Jadeaba mientras me aferraba a la pared y clavaba los dedos en el liso yeso. Con cada embestida que sentía entre las piernas, otra violenta oleada de deseo recorría mis nervios, encendiendo cada fibra de mi ser.

Cada empuje de la polla de Aleksey contra los tiernos pliegues de mi coño me estremecía. Sus fuertes dedos agarrándome las caderas me obligaron a arquearme sobre las puntas de los pies y apretarme desesperadamente contra la pared mientras mi cerebro y mi cuerpo me gritaban que cediera, que me rindiera, que *sucumbiera*.

Estaba perdiendo el control. Lo sabía. Lo supe en el momento en que reclamó mis labios en el altar. En el momento en que me acercó a él en la pista de baile.

Sabía que me enfrentaría a una dura batalla en el momento en que decidiera desafiar a mi marido e intentar recuperar una apariencia de control. *No soy tuya para que me uses como quieras. No voy a dejar que me trates como si estuviera a tu entera disposición.*

¿Cómo pude ser tan ingenua?

Ahora daba risa. Debería haber sabido que no había ninguna posibilidad de tener el control en su presencia. Me había engañado a mí misma creyendo que podría ser yo quien le hiciera arrodillarse para variar.

Yo era una bola de nieve en el infierno, y Aleksey Korolev era el diablo. Nunca tuve una oportunidad. Y ahora, me apretaba contra la pared, sin poder resistirme. Cada embestida lenta y burlona desprendía otra capa de mi peligrosamente delgada coraza de resistencia. Era sólo cuestión de tiempo antes de que él consiguiera exactamente lo que quería.

*Exactamente lo que yo quería también*… pensé con vergüenza.

Lo deseaba.

Lo *deseaba*, Dios… lo deseaba tanto.

Y no era *justo*.

Pero eso era lo que él había dicho, ¿no? Que nada de esto iba a ser justo.

No debería desearlo. No debería sentir un impulso tan violento de tocarle, de dejar que me reclamara, de permitirle que me tomara como suya y me tuviera en todas y cada una de las formas en que un hombre puede tener a una mujer.

Me aferré al único hilo de odio de mi cuerpo que me ataba de regreso, a la única cosa que sabía que podía usar para culparlo. *Luca*.

Intenté recordar cómo lucía la cara y el cuerpo destrozados de mi hermano, cortado y descuartizado. Intenté recordar lo fuerte que grité contra la almohada y lloré por la pérdida de mi hermano, mi amigo, mi único apoyo en este mundo.

*Los Tarallos siempre han tenido fuerza.*

Pero otro empujón lento y el rostro de mi hermano se desvaneció. Mis rodillas recordaron el arenoso mordisco de la carretera. Mi nariz recordaba el irresistible almizcle que desprendía el cuerpo de Aleksey. Y juraría que mi lengua volvió a saborear la esencia salada de su semen.

*Asesinó a Luca. Y, sin embargo, todo lo que quiero es abrir las piernas para él.*

Por mucho que intentara apretar los dientes y aferrarme a la vil verdad que me avergonzaba, mi odio se deshacía como agua entre los dedos con cada resbaladiza caricia de su polla. En su lugar, la implacable llama del deseo quemaba todos los pensamientos hasta abrumar mi mente y mi corazón.

Cada roce de sus dedos enviaba otra chispa de electricidad estática a través de mí mientras deslizaba las palmas de sus manos por mi espalda, a través de mis costillas, hasta que me acariciaron los pechos.

Apretó y provocó sacudidas de placer por todo mi cuerpo. Luché contra el impulso de gemir y reaccionar. Pero mis caderas traidoras empezaron a moverse por sí solas, acelerando el ritmo entre nosotros, mientras él seguía provocándome y tocándome.

Me atraía como un tirachinas. Cada movimiento creaba una profunda tensión que exigía ser liberada. Cada roce, respiración y dulce caricia me dejaba temblando por más.

Quizá podría odiarle más si me agarrara y me magullara. Si me doblara los miembros por la articulación hasta que se rompieran como hizo con el matón que intentó hacerme daño, quizá encontraría el fuego en mí para contraatacar.

¿Pero esto?

Esto era la muerte por mil pequeños cortes. No lo suficiente para herirme, pero sí para debilitar mi determinación. Podía *sentir* su aliento acelerándose contra mi nuca, haciéndome cosquillas. Oía gemidos suaves y ahogados contra mi pelo mientras sus caderas se mecían contra las mías.

Esta tortura me llenó los ojos de lágrimas. Quizá no podía odiarle… Por mucho que lo intentara.

La idea me hizo odiarme por haber cedido. Mis límites se retorcieron y se doblaron. La parte más primitiva de mí, la que había cacareado de alegría cuando se corrió en mi garganta, se apoderó de mí. Y dos palabras resonaron en mi mente, ahogando todos los demás pensamientos.

*Por favor, por favor, ¡por favor!*

Me mordí los labios y apreté más los dedos. Cerré fuertemente los ojos y sentí que una lágrima caliente se deslizaba por la comisura de uno de ellos para unirse a las gotas de sudor que ya salpicaban mi cara.

Apreté mi cabeza contra la pared, intentando pensar literalmente en *cualquier* otra cosa que no fuera lo *bien* que Aleksey me hacía sentir. Yo era un instrumento, y sus manos me tocaban como si estuvieran hechas para tocarme, como si yo estuviera hecha para él.

—Vamos, Elia —le oí retumbar en mi oreja, vertiendo su delicioso veneno. Me incliné hacia él sin pensarlo mientras intentaba reprimir otro gemido.

—Todo lo que tienes que hacer… —dijo, rodando sus caderas a la par que la sensación de su mano arrastrándose por mi vientre, arrastrando chispas de fuego a su paso. Me estaba quemando viva.

—…es decir…—sus dedos bajaron más hasta que empujaron más allá de los suaves rizos y presionaron contra el endurecido botón de mi clítoris, frotando sucios y deliciosos círculos contra mí mientras su polla seguía frotando.

Me estremecí y temblé mientras fingí que podía aguantar. Y entonces sus dedos volvieron a abrirme y sentí la punta penetrarme. Lo suficiente para que me recorrieran oleadas de placer.

Mi cuerpo reaccionó con una sacudida; mis caderas persiguieron la sensación por sí solas. Y de repente, lo único que podía pensar era… *¡Sí! Por favor*.

Volvió a gemir en mi oído justo cuando yo estaba al borde de mi propia cordura. Sus palabras llegaban calientes y pesadas al oído.

—…que quieres que te *folle*.

*Sí*… me estremecí y sentí que mi cabeza asentía levemente. *Sí. Sí. ¡Sí!*

Sus caderas se apartaron, su hinchada y tentadora cabeza se deslizó hacia fuera y de repente me inundó una desesperada sensación de vacío. Mi cadena de odio se deshilachó y se rompió, y un grito lujurioso brotó de mi garganta.

—¡POR FAVOR!

Mis manos saltaron de la pared y alcanzaron las suyas, trabándose alrededor de sus muñecas y dedos para mantenerlo en su sitio mientras mi cerebro suplicaba. *No te vayas, no te vayas, no te vayas*. Mis caderas empujaban contra él, desesperadas por ser llenadas. Desesperada por sentirme llena.

—Por favor —grité.

Me sujetó, manteniéndome a raya mientras yo luchaba por acortar distancias.

—Por favor ¿qué? —su voz burlona retumbó con triunfo.

—Por favor, fóllame… —supliqué, gimoteando.

Sus manos sobre mi piel apretaron con más fuerza y me sacudieron hasta que por fin, *por fin*, sentí cómo empujaba lentamente dentro de mí. Solté un grito lascivo al mismo tiempo que lo oía gruñir de alivio.

Grueso y caliente, entró en mí. Sentí la misma curva que había contemplado antes, la misma curva que había sentido contra mi lengua. Pero esta vez, empujó *profundamente* dentro de mí, empujó, empujó, empujó… hasta que alcanzó lugares que nadie había tocado nunca. Sus caderas chocaron contra mí cuando se enterró firmemente contra aquel singular punto de mi interior, reclamándome para sí y marcándome como suya.

Se me doblaron las rodillas y me desplomé contra la pared, aferrándome a ella con todas mis fuerzas mientras Aleksey seguía empujando. Caricias largas y profundas encendieron mi cuerpo de placer mientras él arrancaba gemidos profundos y roncos de mis labios.

Le oí gemir con fuerza en mi oído, y parecía que él también estaba a punto de perder el control. Nos encontramos deslizándonos por la pared hasta que mis rodillas tocaron el suelo y su enorme cuerpo envolvió el mío. Sus manos recorrieron libremente mi piel hasta que se apoderaron de mis caderas.

Me invadió un placer tan intenso que empezaron a pitarme los oídos. Me oía vagamente gritar en un bucle inútil de ‘¡Sí! ¡Sí!’ mientras el clímax se abalanzaba sobre mí con la fuerza de un tren de mercancías.

Aleksey resoplaba. Su cuerpo temblaba encima de mí mientras le daba todo lo que él pedía. Su peso me oprimía, pero yo sabía que, si él se apartaba, yo me arrastraría sobre mis manos y rodillas, suplicándole que volviera.

Sus manos bajaron hasta mis muslos y los abrió para tener mejor acceso. Y en ese momento, un placer al rojo vivo palpitó en lo más profundo de mi ser, culminando en un punto singular que me hizo ponerme de rodillas. Me eché el pelo hacia atrás y sentí cómo sus labios me acariciaban el cuello. Sus dientes rozaron la delicada carne mientras me dejaba pequeños mordiscos en el hombro.

Gemía como una puta bajo sus caricias. Mis paredes se cerraron sobre él y estuve débilmente consciente de sus palabrotas en ruso. Las rápidas sílabas me provocaron otro escalofrío. Sus dedos se tensaron. Su polla se puso aún más dura.

Y entonces sucedió. Sentí que me rompía bajo él. Un largo grito de placer salió de mi garganta

mientras me agarraba al suelo para salvar mi vida. Apoyé mi cabeza más duro en el suelo mientras él me acercaba más a él. ¿Dónde acababa yo? ¿Dónde empezaba él? Ya no lo sabía.

Durante una fracción de segundo, nos convertimos en una sola unidad. Esto no era nada que pudiera haber imaginado antes. Sentí cómo llevaba mi cuerpo más alto de lo que nunca había llegado, y lo único en lo que mi mente podía concentrarse era en su palpitante vara dentro de mí.

Con un rugido, se unió a mí en un placer mutuo. Una oleada de calor húmedo inundó mi interior. Era delicioso, y cada embestida se convertía en un deslizamiento espeso y cremoso de carne sobre carne que me hacía poner los ojos en blanco. Dio un último empujón dentro de mí, vaciándose mientras mi vientre bebía ávidamente hasta la última gota de su esencia.

Aleksey volvió a gemir mientras las olas de placer nos engullían bajo el oleaje del deseo. Sus manos se aferraron a mis caderas y, por un momento, pensé que continuaría. Una dulce y deliciosa eternidad después, se retiró y la sensación de vacío volvió en cuanto se fue.

Sus manos me soltaron lentamente y me desplomé, temblando y jadeando en un montón poco elegante en el suelo. Estaba vagamente consciente de que su semen rezumaba de mi dolorido sexo.

Y en ese momento, me di cuenta de que nunca me había besado. Incluso cuando se levantó y miró mi cuerpo en el suelo. Me acurruqué, envuelta en la niebla de la lujuria y el deseo, mientras me estremecía en el resplandor.

Él tenía razón… había sido el *mejor* sexo de mi vida.

Pero yo quería algo *más*, y mi mente se aferró al recuerdo de sus labios en el altar. Había sido un beso contundente, como si me estuviera marcando delante de todos para recordarme a quién pertenecía.

Cuando mi respiración se hizo más lenta, sentí que sus fuertes brazos me levantaban y me llevaban a la enorme cama. Sus pasos desaparecieron en el cuarto de baño sin decir ni una palabra más. La puerta se cerró y, mientras yo miraba el semen caliente que seguía deslizándose lentamente por mis muslos, me pregunté cómo se sentiría que me abriera los labios con su boca como me había abierto el coño con su polla.

Al otro lado de la puerta, la ducha rugió. Mi cerebro se recompuso lentamente.

De repente me avergoncé de lo que acababa de hacer.

*Dejé que me follara. Le supliqué que me follara.*

Cerré los ojos, jadeando, y me pregunté si mi corazón podría perdonarme alguna vez.

## Capítulo 13
## Elia

A la mañana siguiente, desperté sola. Por un momento miré alrededor de la habitación, intentando orientarme. Entonces todo llegó de repente.

*La boda. Mi marido. El sexo.*

Tenía una molestia entre las piernas que ayer no tenía, pero no me dolía.

Era inusual. Aparté las sábanas, me paré sobre la alfombra y me estiré mirando el río Chicago. Hacía un día precioso, uno que habría aprovechado para correr por el parque o tomar un café temprano con Lana si aún estuviera en Nueva York.

Pero estaba en Chicago ahora. Todas las vistas y sonidos familiares, mis lugares habituales, ya no existían.

Aquí no tenía nada, excepto a mi marido. Y él también había desaparecido.

Aplacando la soledad, me aseé en el cuarto de baño y me puse una ropa cómoda que encontré en el armario. El armario estaba bien surtido.

Había de todo, desde costosos vestidos de diseñadores hasta ropa de entrenamiento de alta gama. También había un montón de lencería de todos los colores y todo de mi talla.

Todo para la esposa de un Pakhan de la Bratva y la madre de su futuro heredero.

Mirando mi mano, la giré a la luz para que los diamantes brillaran. Nadie podía negar que se trataba de un precioso anillo, que cualquier chica habría deseado llevar. ¿Pero yo? Sabía que no significaba nada más que el hecho de que estaba atada a Aleksey.

Con un suspiro, bajé la mano. No podía esconderme el resto de mi vida. Era hora de enfrentarme a mi marido y averiguar cómo iba a ser el resto de mi vida.

Yo era una Tarallo, independientemente de cuál fuera mi apellido ahora. Era más fuerte que esto.

Tenía que serlo.

Atravesé el pasillo hasta el salón abierto y la cocina, observando el aspecto minimalista que se había puesto de moda. Los electrodomésticos plateados ocultaban una frialdad que parecía absorber toda la calidez del espacio.

Mis ojos se desviaron hacia una cafetera exprés situada sobre la encimera de granito.

*Gracias a Dios.*

Me acerqué a la cafetera, cogí una taza del estante cercano y la coloqué debajo de la boquilla, pulsando unos botones para ponerla en marcha.

—¿Qué estás haciendo?

Sobresaltada, me di la vuelta y vi a Aleksey de pie, vestido de traje. Me dio un vuelco el corazón al verlo, y los recuerdos de la noche anterior volvieron a mi mente.

—Solo… —tartamudeé—, estoy haciendo café. ¿Quieres un poco?

Apoyó las manos en la isla.

—Ya he tomado mi taza. Pero gracias por el ofrecimiento.

Fue lo más civilizado que habíamos sido desde que nuestros caminos se cruzaron oficialmente. Mis ojos recorrieron su cuerpo, recordando todo lo que había tocado la noche anterior.

Desnudo, había sido como un dios griego. ¿Pero con traje? Algo en la forma en que la tela finamente entallada delineaba cada ángulo agudo de su cuerpo atrajo mi atención.

Sentí que mis propios deseos asomaban lentamente en lo más profundo de mí y, sin darme cuenta, me mordí el labio inferior.

—Anoche no fue suficiente, ¿verdad?

Maldita sea, ¡me estaba ruborizando! Por suerte, el café completó su ciclo y me proporcionó la distracción que necesitaba para apartarme de él antes de decir algo auto incriminatorio.

—Hay crema en la nevera —dijo—. Y azúcar en el armario de arriba.

—Yo… gracias —murmuré, decidiendo que probablemente sería mejor idea para mí sufrir bebiendo café solo esta mañana—. ¿Adónde vas?

—Tengo una reunión con mi Tío para discutir el futuro de mi Bratva —respondió Aleksey cuando dio la vuelta a la isla—. No eres prisionera, Elia. Eres libre de ir y venir cuando quieras.

—¿Dentro de estos muros? ¿Mientras tenga un guardia? —terminé por él.

Conocía el procedimiento. Sabía que podía prometerme la libertad, pero no había forma de que me dejara *en* libertad. Mi padre nunca lo hizo. ¿Por qué iba a ser diferente mi marido?

La mandíbula de Aleksey se apretó con fuerza.

—Esta es nuestra forma de vida, Elia.

—Lo sé —desvié la mirada hacia el café. Esas palabras me las habían dicho toda la vida. No

necesitaba que me las recordara—. Está bien.

Aleksey deslizó un delgado teléfono por la isla.

—Este es el tuyo. Mi número y el de Boris están programados, por si necesitas algo. Tengo a alguien que viene a limpiar y a reponer la nevera y un cocinero viene ocasionalmente, cuando lo necesito. Siempre vendrán acompañados por un guardia. No dejes subir a nadie que no lo esté.

Sus palabras rodaban por su lengua, pero apenas las escuchaba. Eran más o menos las mismas instrucciones de la casa de mi padre.

Bueno, al menos me dejaba salir cuando quisiera. Eso me había llevado bastante tiempo.

—¿Y qué hay de mi guardaespaldas? —pregunté, incapaz de contenerme—. ¿Tendré uno?

—Elia.

Me obligué a girar para mirarlo, encontrándolo a escasos centímetros de mi cara.

—¿Qué? —espeté, apenas reconociendo mi propia voz.

—*Yo* soy tu guardia —dijo, escrutando mis ojos—. No irás a ninguna parte sin mí. Y si no es conmigo, entonces irás con Boris. Eso no tiene discusión.

—Bien —le dije—, entiendo.

Aleksey alargó la mano y me agarró ligeramente la barbilla, el olor de su colonia me hizo temblar por dentro. Y la sensación de anhelo volvió a mis labios cuando me pregunté si me besaría.

—Volveré más tarde —dijo al cabo de un momento.

—De acuerdo —susurré, deseando desesperadamente que bajara los labios y los apretara contra los míos.

*Pero no lo hizo.*

Quitó sus dedos de mi barbilla y se marchó sin decir nada más. Esperé a que se cerraran las puertas del ascensor para desplomarme contra el mostrador, con el corazón acelerado en el pecho.

Era casi como si intentara deliberadamente evitar besarme. ¿Por qué? Anoche no me había besado, y lo achaqué a la frenética necesidad que teníamos el uno del otro. Pero, ¿ahora? ¿Qué le retenía? ¿Acaso me consideraba su esposa?

Apenas llevábamos un día casados y ya me costaba contenerme cuando estaba con él. Quería que

me tirara a la cama, que me empujara sobre la encimera, que hiciera *algo* más que la fría indiferencia que me había mostrado hacía unos instantes.

Como si fuera una invitada en vez de su esposa.

Suspirando, me aparté del mostrador. No sabía mucho sobre ser esposa o sobre el día después del matrimonio, pero esto no podía ser por lo que pasaba la gente normal.

Pero, claro, nada acerca de nosotros era normal.

Y me preguntaba si alguna vez podríamos serlo.

## Capítulo 14
## Aleksey

Salí del coche y me arreglé la chaqueta. Lo último que quería hacer hoy era reunirme con mi Tío, pero él había insistido. Y no podía ignorarlo. En cierto modo, aún tenía mi futuro en sus manos y quería saber a qué atenerme.

En lugar de reunirnos en la mansión, mi Tío había decidido hacerlo en la oficina de mi padre. El imponente edificio brillaba bajo el sol de la mañana, y me ajusté las gafas de sol contra el resplandor.

—Bueno —dijo Boris mientras se colocaba a mi lado—. ¿Valió la pena dejar a tu mujer esta mañana?

No le contesté, recordando que la necesidad imperiosa de tener a Elia esta mañana casi me había hecho llegar tarde a la reunión.

Después de lo de anoche, quise mantener la distancia. No porque no la deseara, sino porque si no lo hacía, no podría evitar follármela repetidamente hasta que no pudiera pensar con claridad.

Y ahora mismo, necesitaba estar alerta.

Avancé y Boris me siguió como siempre, cuidándome las espaldas. Atravesamos las puertas de cristal y un hombre vestido con un traje oscuro se apresuró hacia mí.

—Aleksey Fyodorovich, por aquí.

Mantuve una expresión neutra y caminé detrás de él hacia los ascensores. Joder, odiaba esta parte del trabajo. Preferiría estar matando a mis enemigos que sentarme en una habitación con mi puto Tío ahora mismo.

Aun así, seguí al hombre hasta la oficina y encontré al Tío Misha sentado en el elegante despacho que había sido el de mi padre.

Lo primero que noté al entrar fue que todos los cuadros favoritos de mi padre habían desaparecido de sus posiciones habituales en las paredes. En su lugar había réplicas baratas de paisajes, barcos a la deriva en el mar, montañas cubiertas de nieve que dominaban valles. Arte barato que se podía comprar en la calle.

Esos cambios me golpearon las tripas, recordándome que mi padre se había ido de verdad. Y que, por mucho que lo odiara o le guardara rencor, una parte de mí lo echaba de menos.

A mi lado, Boris se detuvo y me lanzó una rápida mirada. Su expresión pasó de una leve confusión y desconcierto a una de silenciosa comprensión. No dijo nada mientras yo respiraba lenta y profundamente y apretaba los puños con fuerza.

—Alyosha —me saludó el Tío Misha mientras Boris cerraba las puertas—. Me alegro de verte. Siento apartarte de tu luna de miel.

—Aleksey Fyodorovich —le corregí—. No presumas de ser tan familiar, Mikhail Yevgenievich. Ni siquiera Padre me llamó así en esta oficina.

—Alyosha, por favor —rio mi Tío entre dientes y me sirvió una copa, entregándomela antes de ocupar la silla frente a mí—. No hay necesidad de ser tan hostil. Yo no soy mi hermano.

—Soy muy consciente de eso.

La expresión del Tío Misha se ensombreció por un momento, y supe que había tocado un nervio.

—Alyosha. Sigo siendo tu Tío. Y pronto, tu padrastro.

—¿Y te enorgulleces de ello, Mikhail Yevgenievich? —refuté—. ¿Puedo preguntarte cómo tuviste el descaro de tirarte a mi madre antes de que el cuerpo de mi padre siquiera se enfriara? —me incliné hacia él y agregué—: O cómo decidiste desdeñarme de su funeral. ¡A mí! Su único hijo. ¿O cómo me informaste de esta boda absurda un día antes de que se celebrara?

Su mano apretó el vaso.

—Cuidado, sobrino —dijo finalmente—. Hay mucho más en juego de lo que te imaginas.

Solté una carcajada hueca y tomé asiento.

—¿Me estás amenazando?

—Por supuesto que no. Ni se me ocurriría hacerle daño a mi sobrino —esbozó una lenta sonrisa —. No me atrevería a ir en contra de mi Pakhan.

Me senté lentamente, manteniendo mi rabia al mínimo. No le tenía miedo. Yo podía matarlo antes de que tuviera la oportunidad de sacar su arma. Desde el momento en que me habían informado de la muerte de padre, había pensado en ello muchas veces.

—¿Qué es lo que querías discutir, Tío?

—*Khorosho* —respondió el Tío Misha, golpeando su vaso con el dedo—, primero debes saber esto, Alyosha. Yo sólo miro por el futuro de nuestra Bratva y el tuyo.

Me eché a reír. Si no creyera que había matado a mi padre, su pequeño discurso podría haber sido conmovedor.

—Por favor, dime Tío. ¿Qué has estado haciendo?

—Me aseguré de que se cumpliera el contrato de tu padre —dijo, antes de beber un trago—.

Ahora tienes al heredero de los Tarallo en tu cama, resolviendo por fin esta sangrienta disputa, y tú podrás asegurarte de que nuestro nombre continúe. Seguro que hasta mi hermano se habría sentido orgulloso de tan magistral golpe. Y seguramente podrías decir gracias.

—¿Crees que debo darte las gracias? ¿Por poner esa víbora en mi cama? —pregunté, manteniendo mi ira bajo control por ahora—. ¿Es eso lo que crees de verdad?

—Te olvidas de tu lugar, Alyosha —respondió él, con sus ojos oscuros fijos en mí.

—Conozco mi puto sitio, y está en esa silla donde estás sentado —dije y me levanté.

Toda mi vida me habían dado órdenes en un sentido u otro, me habían obligado a seguir una puta línea que odiaba seguir. Mi Tío no había sido diferente a mi padre, aunque en presencia de él, siempre parecía fundido con el mobiliario.

No era de extrañar que tuviera que colarse en la cama de mi madre.

—Debo preguntarte, Tío —continué—. ¿Has olvidado el tuyo?

—¿Olvidado? —sonrió satisfecho mientras se levantaba también de la silla y colocaba el vaso sobre la mesa—. ¡Dios mío, no! No, querido sobrino, yo no he olvidado nada. Si algo se *ha* olvidado aquí, es tu papel en nuestra familia.

Me reí, sólo porque si no lo hubiera hecho, podría haber sucumbido al impulso de matarlo.

—Dime, *Tío*. ¿Cuál crees que *es* mi papel? Porque creo que estás intentando robármelo. Sentado ahí, en la silla de mi padre, un puesto que nunca te perteneció. Afirmando que te preocupas por la familia, por la Bratva, y que nunca irías en contra de tu Pakhan. Sin embargo, tus acciones te traicionan a cada paso.

*Él no era el jefe de esta Bratva. Lo era yo.*

Para mi sorpresa, mi Tío no reaccionó a mis palabras. Se pasó una mano por el pelo.

—No quiero pelear contigo, Alyosha. Tu padre no vio todo tu potencial. Siempre te ocultó.

Solté una carcajada.

—¿Y tú? ¿Qué pretendes, Mikhail Yevgenievich? ¿Fingir que puedes llenar algún puto hueco que mi padre no llenó?

*¿De verdad pensaba que sus gilipolleces de bienhechor iban a funcionar conmigo?*

—No, claro que no —soltó, volviéndose hacia mí—. Tienes que asegurarte de que entiendes cuáles son tus prioridades, sobrino. La Bratva debe ser lo primero.

Yo había terminado con esta conversación. Dejé el vaso sobre la mesa, me abotoné la chaqueta y tiré del dobladillo para enderezarla.

—No te atrevas a pensar ni por un segundo que no he dado puta prioridad a la Bratva —dije—. He pasado diez años en Nueva York, lejos de casa. Diez años al servicio de esta Bratva. Mientras tú estabas sentado a la sombra de mi padre, viviendo de él.

—Así que no te preocupes, Tío Misha —agregué, dando un paso adelante, palmeando con mi mano sobre el pecho de mi Tío—. Entiendo dónde están mis prioridades. Sólo te pregunto si sabes cuáles son las tuyas.

Su mandíbula se tensó, y por un momento pensé que diría algo inteligente en respuesta. Una sombra pasó sobre sus ojos, pero desapareció tan rápido como apareció. Finalmente, inclinó la cabeza.

—Mis disculpas, Aleksey Fyodorovich —dijo—. Hablé fuera de lugar. Sólo quería informarle de que nuestros aliados aquí en Chicago le envían sus saludos y buenos deseos. Esperan un matrimonio fructífero en celebración de la paz que usted ha forjado. Y yo me limitaba a mantener caliente este asiento para usted.

Su mandíbula se tensó mientras caminaba hacia el otro lado del escritorio, inclinándose una vez más antes de salir del despacho.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Boris mientras cerraba la puerta tras el Tío Misha—. ¿Llamo a un limpiador para que procese pronto su cuerpo?

—No —le dije, mirándolo—. No haremos nada con él ahora. Lo quiero vivo para saber qué demonios está planeando a mis espaldas.

—¿Algo más?

—Vigila al resto de los brigadistas. Quiero saber quién es leal a mí y quién es leal a mi Tío. No confío en él, Borya. Y no tengo intención de unirme a mi padre.

***

El resto del día lo pasé revisando los documentos que mi padre había dejado. La mayor parte de nuestro dinero estaba invertido en el juego clandestino y las drogas. Todo se blanqueaba a través de los bufetes de abogados que mi padre había fundado a lo largo de los años. Pero en los últimos diez años nos habíamos dedicado al comercio de armas.

*Por eso me habían enviado a Nueva York.*

Cuanto más intentaba la policía de Nueva York acabar con el comercio ilegal de armas, más se traducía en una explosión de empresarios creativos. Uno de los más astutos no era otro que Ludovico Tarallo, que tuvo la genial idea de comprar armas legales en estados como Pensilvania,

en efectivo, por supuesto, borrar los números de serie y reensamblarlas para venderlas a ansiosos compradores en los cinco distritos.

Pero cuanto más tiempo permanecía yo en Nueva York, luchando en lo que parecía una guerra inútil, menos sentido tenía todo aquello. La Bratva Korolev hacía dinero más que suficiente aquí en Chicago. No necesitábamos expandirnos a Nueva York. No teníamos ninguna razón para hacerlo.

Padre había insistido en que yo sabría la razón cuando llegara el momento. Pero ahora él estaba muerto, y las únicas respuestas que podía encontrar estaban en estos documentos. Los estudié detenidamente, y cada uno tenía menos sentido. Al final del día, llegué a la conclusión de que no había forma de descubrir la intención de mi padre en una sola tarde.

***

Boris me siguió hasta el ascensor y pulsó el botón para llevarnos de vuelta al coche que nos esperaba.

—¿Cómo te fue en tu primer día como Pakhan?

—Fue agotador —respondí honestamente—. Quiero decir que todo esto tiene sentido, pero no lo tiene. Cuantos más documentos veo, menos sentido tiene. Siempre pensé que Padre tenía un plan para esto. Pero empiezo a pensar que no.

Frustrado, saqué el móvil y me aseguré de que Elia no había intentado ponerse en contacto conmigo en todo el día. Cuando le había dado el móvil esta mañana, tenía la esperanza de que lo usara. Claro, le había instalado un programa de rastreo después de su intento de fuga antes de la boda. ¿Pero qué hombre en mi posición no lo haría?

Este matrimonio no era algo que ninguno de los dos quería. Mi trabajo era casarme con ella, follármela y dejarla embarazada.

Eso era todo.

Me importaba una mierda lo que ella hiciera, y en el fondo, no creía que Elia fuera a burlarse de mí como mi madre lo hizo con mi padre.

Llegamos al coche sin incidentes, y Boris cerró la puerta tras de mí.

—¿A dónde?

—A casa —gruñí—. Ahora tengo una esposa con la que volver, Borya. Y sería descortés de mi parte hacerla esperar.

*Mi esposa*, me burlé para mí mismo. Seguía sin parecerme real. *Ahora tenía a alguien esperándome en casa.*

***

Seguimos conduciendo en silencio, y yo continué dándole vueltas a todo en mi mente. ¿Preparaba Padre una guerra aquí en Chicago cuando me envió a destruir a la Mafia Tarallo? Pero, no tenía sentido. Podríamos haber hecho aquí todo lo que yo estaba haciendo en Nueva York. Cuanto más lo pensaba, más me parecía que me habían enviado a Nueva York para que no estorbara.

Los pensamientos seguían dándome vueltas en la cabeza mientras subía en el ascensor hasta el pent-house, con la energía del día agotada. Cuando las puertas se abrieron, me asaltó el aroma del ajo y los tomates, y entré en el espacio con cierta sorpresa.

Elia estaba en la cocina, canturreando mientras removía algo en una olla grande. Llevaba unos pantalones cortos, un sujetador deportivo y una chaqueta por encima. Llevaba los pies descalzos, el pelo suelto y la cara sin maquillaje. Sin embargo, había algo absolutamente delicioso en su aspecto en ese momento.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Estás en casa —dijo y se giró, curveando sus labios—. Hice la cena mientras esperaba —dijo lentamente, con las mejillas sonrojadas—. Me gusta cocinar. Me relaja.

Me acerqué a ella, los tentadores olores me hicieron rugir el estómago. Joder, tenía hambre.

—No me lo habría imaginado.

Me dedicó una pequeña sonrisa antes de volver a la olla.

—Cuando eres la hija de un Don, no hay mucho que hacer aparte de aprender estas cosas. Nuestro cocinero fue paciente y me enseñó todo tipo de recetas.

Juntando las manos a la espalda, miré por encima de su hombro y me tomé un momento para saborear el aroma floral tan suyo mezclado con el olor de la comida que cocinaba. No me lo esperaba. No esperaba que se convirtiera tan pronto en la esposa doméstica.

Esperaba que estuviera armada con un cuchillo o una pistola, esperando a que yo llegara a casa para enviudar en un tiempo récord.

Sin decir una palabra más, me acerqué a la barra cercana a la ventana y me serví una copa, despojándome del abrigo mientras lo hacía.

—Podrías haber llamado al chef.

—No quise hacerlo —replicó ella, con el sonido de un cuchillo golpeando una tabla de cortar llenando el aire.

Tomé un sorbo y otro, hasta que me lo bebí entero, con la esperanza de que me ayudara a mantener la cordura esta noche.

Sin embargo, cuando me volví, Elia me estaba mirando.

—¿Estás enfadado porque hice la cena?

—No, en absoluto —dije con firmeza, apretando el vaso. Parecía preocupada, así que dejé el vaso y me acerqué a ella, la apreté contra la encimera—. Pero, quiero follarte.

Se estremeció y supe lo que ella quería.

—¿Sólo piensas en eso? —dijo.

—Más de lo que te imaginas —contesté. Con un gruñido, la giré y la apreté contra la encimera, con la mano recorriéndole el culo—. Porque llevo todo el día pensando en esto.

Con otro gruñido, aparté sus pantaloncillos, bajándolos por sus piernas. Cuando vi su tanga de encaje, gemí para mis adentros.

*Esta mujer me va a matar*.

Mi mano tiró de su sujetador hasta que pude ponérselo por encima de los pechos. Ella gimió cuando aparté el tanga y la coloqué en una posición en la que pude ver sus labios brillantes. Estaba mojada, empapada, y mi polla rugió.

Le pellizqué un pezón hasta que gritó, y me abrí la cremallera hasta que mi polla salió disparada. Sin esperar, la introduje en su interior, gimiendo mientras la llenaba hasta el fondo.

Agarré sus caderas con la mano libre y con la otra me acerqué a su cara, metiéndole mi pulgar en su golosa boca. Ella lo chupó obediente y ávidamente.

—¿Has hecho todo esto por mí? —pregunté con voz ronca.

Ella gimió y yo me aparté lo suficiente para volver a penetrarla, saboreando cómo sus paredes se cerraban a mi alrededor. Ella lo deseaba tanto como yo.

Por lo menos, íbamos a follar hasta la vejez.

Solté su pecho para agarrar con ambas manos sus caderas y aumenté la velocidad a un ritmo constante.

—Vente por mí —gruñí—, córrete conmigo, Elia.

—Oh —suspiró en un jadeo, con las manos agarrando con fuerza la encimera y el cuerpo

estremeciéndose a mi alrededor—. Si, por favor.

Sabía lo que suplicaba. Podía verlo en la forma en que giraba la cara y sus ojos se centraban en mis labios. Me suplicaba ese beso, lo único que me negaba a darle.

Elia gimió mi nombre mientras se movía contra mí, y cuando le toqué el clítoris, explotó, gritando mientras su humedad me envolvía. Con un gruñido salvaje, me empujé profundamente contra ella, enterrando la cara en el pliegue de su cuello y chupando la piel sensible hasta vaciarme.

Permanecí un minuto encima de ella, con el corazón acelerado y la sangre retumbándome en los oídos. Mi cuerpo estaba saciado, pero aún deseaba más.

Ansiaba lo mismo que ella suplicaba. Pero no podía dárselo. No se lo daría. Porque hacerlo significaba que ella tendría verdadero poder sobre mí. Y hasta que no corrigiera los males de mi vida, no podía arriesgarme a eso.

Después de unos minutos, me aparté de ella con cuidado. Ella jadeó cuando lo hice.

Volví a meterme en los pantalones y vi cómo Elia se subía temblorosamente los suyos, ofreciéndome una tentadora vista de su culo mientras lo hacía.

—La salsa se ha estropeado —dijo, corriendo hacia el fogón para apagarlo. La ayudé a retirar la pesada olla del fuego.

—Voy a cambiarme —dije, necesitando poner distancia entre nosotros—. Regreso después.

No respondió y me dirigí al dormitorio, golpeando la puerta con la mano. *¡Maldita sea!* Me dejaba insaciable. Cada momento a su lado me hacía desearla más y más.

Entre lo que estuviera tramando mi Tío y Elia, mi vida no iba a ser tranquila durante mucho tiempo.

Suspirando, me dirigí al baño y me quité el resto del traje. Tenía que volver a controlarlo todo.

Antes de que todo se fuera a la mierda.

## Capítulo 15
## Elia
*Tres semanas después*

Gemí contra la almohada mientras Aleksey me llenaba desde atrás, empujando hasta que encontró resistencia. Como siempre, hacía arder mi cuerpo con cada uno de sus movimientos. Mis pezones rozaban el edredón, haciendo que pequeñas chispas de excitación me recorrieran la espina dorsal. Cuando su mano se aferró a mi pelo, tirando de mí para que soltara un largo grito de placer, arqueé instintivamente la espalda contra él. Mi cuerpo rechinó contra el empuje de sus caderas de un modo que provocó en él el mismo estruendoso agradecimiento.

—¡Joder! —murmuró él por encima de mí mientras empujaba y tiraba insistentemente del pelo —. Eres increíble.

Jadeé contra la almohada y la utilicé para amortiguar mis gritos de placer mientras él tiraba de la tensión de mi cuerpo un poco más que antes, lo suficiente para hacerme añicos bajo él. Sus embestidas se volvieron más frenéticas hasta que finalmente se desplomó sobre mí, estremeciéndose, y se vació profundamente. Su pesado cuerpo se apoyó brevemente en el mío antes de que sintiera sus labios rozándome la columna, trazando una línea limpia y uniforme hasta la parte baja de mi espalda.

Y entonces, sin más, Aleksey se retiró y desapareció.

Suspirando, me tapé con el edredón y me acurruqué en la cama mientras lo oía meterse en la ducha para prepararse para el día siguiente. Mi cuerpo temblaba por las réplicas. Mi respiración y mi corazón volvieron poco a poco a su cadencia habitual, antes de que Aleksey los acelerara.

Pero seguía teniendo una emoción persistente, que me tiraba de las tripas como siempre lo había hecho durante todas las noches de las últimas tres semanas.

Siempre aparecía cuando el placer se desvanecía. Y su estela era un vacío insoportable. *No me había besado desde nuestra boda. Ni una sola vez*.

Ni durante nuestros encuentros matutinos, cuando me sujetaba mientras me dejaba hecha un desastre jadeante. Ni por las noches, cuando sus fuertes dedos me separaban las piernas para darse un festín con mi temblorosa humedad. Ni en mitad de la noche, cuando sus ojos oscuros se clavaban en los míos mientras sus poderosos brazos me sujetaban firmemente bajo él y su puño me tiraba del pelo como un jinete tira de las riendas de su montura hasta que yo quedaba afónica de tanto gritar.

Nunca me había sentido tan plena y vacía al mismo tiempo. Agradecía la cercanía de su cuerpo, el sonido de los gemidos que brotaban de sus labios y el leve roce de sus dientes al mordisquearme el cuello, los pechos y los muslos. Pero había algo que seguía negándome.

Algo que yo ansiaba y que nunca podría tener.

Tampoco me permitía mirarle. Me negaba el afecto que yo anhelaba, prefiriendo penetrarme siempre por detrás. Y siempre, el vacío persistente se desvanecía inevitablemente. Y en su lugar quedaba una vergüenza indescriptible.

Me sentía utilizada. Sin embargo, cada vez que su tacto, áspero, insistente y suave a la vez, llegaba a mí, me encontraba deseándolo.

Era enloquecedor.

El chorro de la ducha tronó al otro lado de la puerta cerrada y me planteé unirme a él por una vez. Quería ver cómo el agua caía a chorros sobre su exquisito y firme cuerpo. Quería tocarle como él me tocaba a mí. Hacer que sucumbiera ante mí como él me hizo sucumbir a mí.

Debería odiarle. Quería odiarle.

Pero, de algún modo, él siempre encontraba la forma de disipar mi odio y convertirlo en lujuria.

*No es justo*… gimiendo, empujé mi propia cara contra la almohada. Odiaba este ciclo interminable de mis pensamientos. La ducha se cerró. Un minuto después, Aleksey salió del cuarto de baño, con el cuerpo desnudo y reluciente, mientras se dirigía al vestidor.

—¿Vendrás a cenar? —le pregunté, sentándome en la cama.

—Debería —dijo, pero sus ojos no se encontraron con los míos.

Me aclaré la garganta y me tapé con las sábanas.

—Tendré la cena en la mesa a la hora de siempre.

Aleksey se encogió de hombros y se abrochó los botones de la camisa.

—Está bien.

Así eran las cosas entre nosotros. En el mejor de los casos, cordial; por lo demás, fría e insensible para una pareja de recién casados. El único momento en que el hielo se descongelaba entre nosotros era cuando él me abrazaba. Se me formó un pozo de preocupación en el estómago.

¿Así sería el resto de mi vida?

Aleksey terminó de vestirse y se puso los zapatos.

—Que tengas un buen día, Elia.

—Tú también —murmuré en voz baja mientras él salía del dormitorio. Cuando se marchó y me quedé sola, me volví a meter bajo las sábanas, con la mirada perdida en el techo.

Cogí el teléfono y marqué el número de Lana. Aparte de algunos mensajes, no había vuelto a ponerme en contacto con ella desde el día de mi boda. Estaba preocupada, por supuesto, y me preguntaba constantemente si quería aceptar su oferta original. *Si supiera lo adictivo que puede llegar a ser Aleksey.*

—¡Estás viva! —dijo ella, a modo de saludo—. Empezaba a pensar que estarías en el fondo del río Chicago. ¿Cómo marcha todo?

—Bueno, definitivamente marcha —suspiré mientras bajaba las piernas de la cama y caminaba hacia el salón.

En un rincón, los hombres de Aleksey permanecían como estatuas, fingiendo no prestarme atención. Pero yo sabía que estaban esperando para informarle de cualquier cosa inusual.

En muchos sentidos, seguía siendo una prisionera. No importaba lo bueno que fuera el sexo.

—Recuérdame que nunca vaya por ese camino —dijo ella.

—Si te soy sincera —suspiré—, es un dos sobre cinco.

—¿Sólo un dos? —musitó Lana, con humor en la voz—, ¿Es un mal polvo o algo así?

—No, esa es la cuestión —suspiré, apoyándome en la pared—. Es lo *único* que hacemos, Lana. Pero no me mira. No me besa. Se siente… impersonal. Como si yo fuera una puta y no su esposa. ¿Sabes lo que quiero decir?

*Eso era…* pensé. Eso era realmente lo que me molestaba cada vez que Aleksey lo sacaba de mí. Esa era la fuente de mi vacío. La fuente de mi vergüenza. Estaba casada con Aleksey, pero nunca tendría su amor.

*¿Acaso yo quería su amor?*

Se quedó en silencio mientras procesaba mis palabras. Finalmente, preguntó:

—¿Te hace daño?

—¡No! —respondí rápidamente—. No, no me hace daño.

*Al menos, no físicamente.*

—¿Te ha dado alguna razón?

—No —contesté, mientras me paseaba por el suelo. Me apoyé en la isla—. Sólo desearía que fuera diferente.

—Elia —dijo Lana con suavidad—. Te obligaron a casarte con un hombre al que juraste odiar.

Ya es bastante diferente.

Ella tenía razón. Se *supone* que debía odiar a Aleksey. Pero no, no lo *odiaba*. Había asesinado a mi hermano, la única persona que me importaba más que nadie. La única persona que significaba el mundo para mí. Y ahora, cada noche, me usaba como a una puta.

Y como una puta, se lo permití. Porque, ¿qué otra cosa podía yo hacer? No había forma de desafiarle. Y aunque quisiera, mi cuerpo me traicionaba cada vez que me pasaba un dedo por la piel. Bastaba una caricia para que mis piernas se abrieran lentamente para él. Casi como si me hubiera condicionado en estas tres semanas a responder así. ¿Era todo esto una parte más de su plan? ¿Terminaría todo esto cuando su hijo creciera dentro de mí? ¿Me dejaría sola en mi miseria una vez que le diera lo que quería?

No quería pensar en eso.

—Tienes razón —dije rígida—. No debería quererle. Ni siquiera debería dejar que me tocara. Pero Lana…

—¿Sí?

Tenía que decirle la verdad. No podía ocultárselo.

—Me gusta —susurré. Lo había dicho. Lo había dicho y lo había hecho realidad.

Esta vez, su silencio fue aún más largo que el anterior. Finalmente, suspiró.

—Oh, cariño… realmente me gustaría poder sacarte de esto. ¿Has encontrado algo que me pueda servir? Porque el hecho de que te guste que te folle tu marido no es precisamente un argumento ganador que pueda utilizar.

Suelto una pequeña carcajada ante su comentario, sintiendo que una pizca de vida vuelve a mí.

—No te preocupes por mí, Lana. Sé cuidarme sola.

—Mi trabajo es, literalmente, preocuparme por ti —me corrigió Lana—. Bueno, más correctamente, preocuparme por tu marido. Nunca olvides quién es, Elia. Toda su buena polla no cambiará el hecho de que es un bastardo de corazón negro hasta la médula.

—Lo sé, Lana —respondí—. Créeme. Lo sé.

—Mira, eres una mujer fuerte, ¿de acuerdo? —me dijo—. Si quieres algo con todas tus fuerzas, tienes que alcanzarlo y agarrarlo fuertemente por el cuello.

Me reí por primera vez en tres semanas. Era agradable volver a oír su voz.

—Lo digo en serio, Elia. No dudes en ir a por lo que quieres.

Pasamos el resto de la mañana poniéndonos al día. Me habló de otra tanda de delincuentes a los que se les había acelerado el proceso de detención y encarcelamiento en Nueva York. Me alegré de que al menos uno de nosotros pareciera estar avanzando en su vida. Pero, sobre todo, me alegré de tener a alguien a mi lado que me escuchara.

El ascensor sonó detrás de mí y vi salir a Aleksey con el teléfono pegado a la oreja.

—Tengo que irme —le dije rápidamente y colgué antes de que ella pudiera contestar.

Pero la voz de Lana resonó en mi cabeza mientras mi mirada seguía a mi marido. *No dudes en ir a por lo que quieres.*

*El único problema es, Lana…* —pensé para mis adentros—. *¿Qué es lo que realmente yo quiero?*

## Capítulo 16
## Elia

Los ojos de Aleksey se cruzaron con los míos y el corazón se me subió a la garganta. Sentí un hormigueo en todo el cuerpo ante su mirada, y una parte de mí deseaba arrancarle el traje del cuerpo y navegar por todo él, hasta que jadease bajo mis caricias.

Quería poseer el cuerpo de mi marido tanto como él me poseía a mí.

*No dudes en ir a por lo que quieres.*

Las cosas iban a cambiar, a partir de ahora.

Aleksey colgó el teléfono y lo guardó en el bolsillo interior del traje.

—Esposa— dijo sin rodeos.

—Esposo —respondí yo—. Volviste pronto.

—¿Te disgusta? —preguntó despacio, con sus fríos ojos recorriendo el vestido que me puse cuando él se marchó.

Sus palabras ni siquiera me molestaron. Ya estaba acostumbrada.

—No, me sorprende —contesté, volviéndome hacia la isla—. Si lo hubiera sabido, habría preparado el almuerzo más temprano.

Su mano se dirigió a mi cadera y respiré hondo. *Concéntrate, Elia. No te rindas*.

—Tenía en mente otra cosa que quería comer —murmuró en mi oído, su cálido aliento hizo que mi piel se estremeciera en respuesta.

Apreté mi cuerpo contra su fuerte figura, sintiendo el calor que me abrasaba mientras él se acariciaba insistentemente contra mi culo. Era como si la fina tela que nos separaba no existiera. Le resultaría fácil levantarme el vestido y hacer lo que quisiera conmigo allí donde estábamos. De hecho, tenía la sensación de que eso era exactamente lo que él quería hacer.

Pero no era lo que yo quería. Me apetecía otra cosa.

Giré en sus brazos y lo miré fijamente.

—No —empecé, buscando sus ojos—. Quiero que me mires, Aleksey. Quiero que me beses. No quiero mi cara enterrada en tu almohada. No quiero que me uses como a una puta. Impersonal y fría. Soy tu mujer y quiero sentirme *deseada* por mi marido.

Los ojos de Aleksey se oscurecieron y apreté mi mano contra su pecho, sintiendo el constante

latido de su corazón.

—Demuéstrame eso, Aleksey.

Su mano me agarró la mandíbula.

—No juegues conmigo, Elia.

Se me escapó una carcajada mientras el corazón me retumbaba en el pecho. Esta muestra de desafío, por pequeña que fuera, bastó para incitarme a hacer algo más. Una nueva audacia parecía haberse apoderado de mí y seguí adelante.

—No estoy jugando contigo —dije, negándome a desviar mi mirada de la suya—. He sido sincera contigo desde el primer día. Juré que nunca te amaría y, sin embargo, me dejaste rogando por ti en nuestra noche de bodas. Me dejas deseándote más cada noche cuando me abrazas. Quiero más que eso.

Busqué en sus ojos al monstruo que imaginaba que era y sentí que mi frustración aumentaba cuando ese monstruo no me devolvió la mirada. Habría sido mucho más fácil si lo hubiera hecho. Me habría resultado más fácil odiarle. En lugar de eso, mientras miraba su inexpresivo y apuesto rostro, lo único que sentía era un hambre imposible por él.

—Quiero saber —dije, agarrando en mi mano la camisa que él aún sostenía, sentí el calor que desprendía su cuerpo—. ¿Soy tu mujer? ¿O soy tu puta?

Soltó su mano de la mía, atrapándome en la jaula entre sus brazos mientras agarraba la isla detrás de mí. La distancia entre nosotros se estrechó y sentí su bulto empujar contra el dobladillo de mi vestido, burlándose en mi entrada.

—No me provoques —dijo él en voz baja, suave y sedosa.

—¿O harás qué? —pregunté desafiante. En ese momento sentí que me recorría una oleada de placer mientras empujaba contra él. Había un poder que no sabía que tenía sobre él. Podía sentirlo. Quería seguir empujando contra él, porque una parte de mí quería ver qué aspecto tendría él cuando perdiera el control.

—¿Qué podrías hacerme que no me hayas hecho ya? —susurré.

Gruñó por lo bajo y pude ver cómo se le aceleraba el pulso en el cuello, justo por encima del cuello. Puedo hacerlo, me dije. Lo *estaba* haciendo. Estaba presionando como él me presionaba.

—Bésame —le desafié, susurrando—. Te reto.

Por un momento, Aleksey pareció que iba a echarse atrás. Pero entonces sus manos se alzaron para agarrarme la cara y la elevaron al mismo tiempo que él bajaba la suya. Sus labios chocaron contra los míos y capturó mi boca en un beso feroz y posesivo a partes iguales. Su lengua se

abrió paso a través de mis labios entreabiertos y encontró la mía. Lo saboreé, me perdí en su embriagador aroma y me puse de puntillas mientras mis labios se entreabrían para invitarlo a profundizar. El deseo se arremolinó a mi alrededor, envolviéndome como una cálida manta.

Mi sorpresa duró sólo unos segundos, luego deslicé mis manos alrededor de su cuello y le devolví el beso, encontrándome con su lengua como me encontré con su polla cuando la introdujo en mi cuerpo.

No había suavidad en su beso, pero no me importaba. Por fin mi marido me estaba besando, y mi corazón tronó en señal de aprobación mientras me dejaba llevar más profundamente.

Sus labios rozaron los míos y le mordí ligeramente la lengua, rozándola con los dientes para incitarlo. Sentí sus manos en mis caderas y me levantó sobre la isla, sin romper en ningún momento la conexión entre nosotros. Aleksey se colocó entre mis piernas, sus manos buscaron mi cara y la enmarcaron para mantenerme en mi sitio.

Su calor se deslizó sobre mí mientras nos fundíamos el uno en el otro, mordiéndonos y chupándonos hasta que por fin se separó. Su pecho se agitaba tanto como el mío. Mi fuerte y poderoso marido parecía agitado, con los labios enrojecidos por mi asalto.

—¿Por qué te casaste conmigo? —me preguntó de repente.

Sorprendida, tragué saliva varias veces para recomponerme.

—No tuve más remedio.

*¿Se había vuelto loco con aquel beso? Sabía exactamente por qué me había casado con él.*

—No —soltó, pasándose la mano por el pelo—. ¿Por qué te envió tu padre a casarte conmigo?

—¿Crees que tengo tanta influencia sobre mi padre? —solté una pequeña risa sin gracia—. No soy más que un peón en sus juegos. Ese ha sido siempre su plan para mí.

La verdad era: si no hubiera sido Aleksey, habría sido otro el que hubiera ocupado su lugar. Este siempre iba a ser mi destino. Y por lo que valía, podría haber sido muchísimo peor, todo sea dicho.

Mi marido seguía mirándome, estupefacto. ¿No se daba cuenta de que no le estaba mintiendo? Seguro que él, el heredero de la Bratva de su padre, conocía la injusta carga que recaía sobre las mujeres de las familias mafiosas. Seguro que sabía que nunca tuvimos voz en nuestro futuro.

Seguro que sabía que su propia hermana estaría un día en mi lugar, suplicando a su propio marido que la besara y le demostrara que era una esposa a la que había que apreciar y amar.

¿Qué había pensado? ¿Creía que yo era una especie de espía de mi padre? El calor y el triunfo que había sentido tan recientemente desaparecieron, y en su lugar quedó un frío temor. ¿Por eso

se negaba a besarme? ¿No confiaba en mí?

—¿Qué crees que sentí aquel día cuando me enteré de nuestro matrimonio? —le pregunté. Mi voz era baja y uniforme—. Cuando me dijeron que tendría que abrir mis piernas para ¿el hombre que asesinó a mi hermano?

Se me entrecortó la voz con la última palabra, pero me tragué la emoción. No. Al diablo con esto. No iba a llorar delante de él.

—¿O que yo llegaría a ansiar tu tacto, sabiendo que esas mismas manos se habían manchado con la sangre de mi hermano?

Aleksey se quedó muy quieto, con la expresión apagada una vez más, pero no pude evitar insistir. Él tenía que saber que no era mi elección. Él nunca habría sido mi elección si alguna vez hubiera tenido una.

—¿Cómo te sentirías tú —continué— si obligaran a tu hermana a follarse a tu *asesino*?

—Basta —gruñó Aleksey.

—Sólo te estoy diciendo la verdad —sacudí la cabeza, deslizándome fuera de la isla—. Eso es todo lo que he hecho contigo. Se supone que eres mi enemigo —dije, clavándole la mirada—. Y, de algún modo, te has convertido en el hombre que juró protegerme el resto de mi vida.

Aleksey se movió rápidamente, sus labios cubrieron los míos, y sucumbí a otro beso, aunque mucho más suave que el último que acabábamos de compartir. Cuando se separó, apoyó la frente en la mía.

—No más —dijo suavemente mientras yo luchaba por recuperar el aliento—. Lo hecho, hecho está. No necesitamos pelearnos por cosas que no podemos cambiar, que no podemos controlar.

Sus palabras me sorprendieron, dadas las últimas semanas, pero no me atrevía a replicar. Algo estaba a punto de romperse dentro de mí y no quería que me viera débil.

No quería que él pensara que yo le necesitaba. Yo era más fuerte de lo que él pensaba. *Quería* ser más fuerte de lo que él pensaba.

Cuando Aleksey se dio la vuelta, no le detuve. En lugar de eso, observé su ancha espalda mientras desaparecía por el pasillo. Había conseguido lo que quería con su beso, pero ¿obtendría algo más de él?

¿Habría algún momento en el que yo no quisiera que él me tocara?

Horas después, estaba tumbada en la cama, con las piernas abiertas ante la expectación y preguntándome adónde iríamos desde aquí. Yo le había dicho lo que quería, pero sus palabras me atormentaban.

*¿Por qué te envió tu padre a casarte conmigo?*

¿Acaso era *él* también un peón en este juego? ¿Nos manipulaban a los dos? ¿Estábamos obligados a bailar como marionetas movidas por los hilos de unos amos invisibles? ¿No tenía él el poder para cambiar este contrato matrimonial cuando su padre murió? Él era el jefe de la Bratva Korolev. Podría haber deshecho este matrimonio con el chasquido de sus dedos. Y aunque no quería admitirlo, no podía evitar sentir curiosidad.

Él sabía quién yo era y lo sabía el día en que le habían presentado el contrato.

Sin embargo, había seguido adelante. ¿Por qué?

Mis pensamientos se dispersaron cuando él se unió a mí en la cama, pero no me tocó. Me atreví a respirar. No iba a tener sexo conmigo esta noche.

¿Por qué? Sus palabras, sus acciones, estaban empezando a volverme loca, y no sabía si me gustaba exactamente.

¿Había cambiado algo entre nosotros?

Y de ser así, ¿había cambiado para mejor?

¿O estaba ante el precipicio de algo mucho, mucho peor?

## Capítulo 17
## Aleksey

—¿Entonces? ¿Crees que su padre está en algún tipo de plan con nuestro Tío?

Vi cómo la mirada de mi hermana se entrecerraba, levantando la vista del plato de pasta que comía.

—No lo sé, Alyosha. ¿Has pensado en preguntarle a tu mujer?

Fruncí el ceño y cogí mi copa de vino, dándole vueltas con cuidado. El restaurante era propiedad de un amigo de la familia, y siempre era la elección para las cenas de Alya conmigo.

—Le he preguntado —dije, irritado—. Y ella negó saber nada de un plan distinto al que figuraba en el contrato.

—Entonces ahí está —mi hermana me hizo un gesto con el tenedor—. A lo mejor no te está ocultando cosas. Si quisiera matarte para vengar a su hermano, ya lo habría hecho. ¿Por qué alargarlo tanto?

Fruncí el ceño y volví a dejar la copa sobre la mesa sin beber. Los acontecimientos de la noche anterior seguían atormentándome. Las palabras de Elia me habían sorprendido. Justo cuando pensaba que todo era como debía ser entre nosotros.

Ella no quería que solo la follara y la dejara sola, como yo había estado haciendo. De algún modo, nuestra farsa de matrimonio se había vuelto real de una forma que nunca esperé.

Me había incitado a besarla. Y en el momento en que lo hice, todo cambió. Una cosa era follármela por detrás sin emoción, sin verle la cara y sólo oyendo sus gemidos. Pero otra muy distinta era tener sus labios contra los míos, saborear su boca en la mía y sentir su propia hambre.

Había sentimientos con los que no quería lidiar, sentimientos que no quería tener por ella. Ella había sido elegida *para* mí, no *por* mí.

—Hablo en serio, Alya —le dije bruscamente a mi hermana—. Creo que Tío Misha trama algo.

Alya puso los ojos en blanco, claramente no intimidada por el tono de mi voz.

—Suenas como Padre cuando dices esas cosas. ¿Alguien te ha dicho lo molesto que es?

—No me compares con él.

—De acuerdo —suspiró ella, dejando el tenedor sobre la mesa—. Pero que conste, Alyosha. Papá era taimado y astuto. ¿Y tú? No tanto. Así que no te hagas ilusiones.

Se me escapó una carcajada.

—Querida hermana, me temo que no me conoces en absoluto.

—Te conozco demasiado bien —replicó ella—. Y puedo decir que necesitas concentrarte en tomar este matrimonio y hacer algo de él en lugar de preocuparte por el Tío Misha. Si está tramando algo, estoy segura de que lo descubrirás. Pero tienes una esposa a la que cuidar, una esposa cuyo perdón todavía tienes que ganarte. Concéntrate en *eso*.

*Yo no pedí esto*. Elia diría lo mismo si escuchara el consejo de Alya. Ella no había pedido esto. No había tomado la decisión consciente de casarse conmigo. Yo era la última persona en su lista a considerar.

—Este matrimonio es un contrato, nada más —dije—. Y no había forma de romperlo sin que nuestra reputación se fuera por el desagüe.

—¡Oh, vamos, Alyosha!

A Alya le gustaba tener ridículas nociones románticas de vez en cuando, y de ninguna manera iba a dejar que tuviera una sobre Elia y yo. Pero no se podía negar la pasión que había entre nosotros. Tampoco era sólo el beso. Elia era una pareja perfecta para mí en la cama, y yo estaba ansioso por explotar lo que podíamos hacer bajo las sábanas.

—Esto no es un cuento de hadas —le recordé—. Es un contrato de negocios, nada más. Un contrato de negocios que no tiene sentido, pero un contrato, al fin y al cabo. Estoy obligado a cumplirlo. Tú lo sabes.

—Pones todos tus pensamientos en preocuparte por todas las cosas equivocadas —mi hermana sonrió con satisfacción—. Todo lo que tienes que hacer es ser un buen marido para tu esposa, Alyosha. Eso es todo. ¿Por qué te molestas en pensar en esos interminables escenarios?

*Porque si no lo hago, el Tío Misha se irá con todo lo que debería ser mío. Y entonces nadie estará a salvo*. Quise gritarle a mi hermana, pero me contuve.

Todo esto había sido forzado por la mano de mi Tío por una razón. Yo no estaba ciego al hecho de que él quería algo de esta unión. Sólo por esa razón, tenía que mantener la guardia alta. Tenía que estar alerta.

Pero la cara de Elia seguía apareciendo en mi mente. Cuando me dijo que no era más que un peón en el juego de su padre, algo en mí *quiso* creerle. ¿Y si decía la verdad? ¿Y si realmente no sabía nada? ¿Qué pasaría entonces?

—Además —continuó Alya, metiéndose un trozo de pan en la boca y masticando—. Elia es una Tarallo, aunque lleve nuestro apellido. No va a olvidar lo que le hiciste a su hermano, y no lo mejorarás siendo un gilipollas con ella.

## Capítulo 18
## Aleksey

Estaba sentado en mi despacho, con un vaso de whisky a medio terminar, hace rato olvidado, mientras reflexionaba sobre todo en mi cabeza.

Por mucho que odiara admitirlo, sabía que Alya tenía razón. Una parte de mí *quería* seguir tratando a Elia con indiferencia. Por derecho, ni siquiera deberíamos estar juntos en la misma habitación. Y por mucho que sintiera su hambre en la forma en que recibía mi beso, no iba a empezar a bajar la guardia con ella. Alya podría creer que Elia no iba a matarme mientras dormía, pero yo no era tan ingenuo.

Pero ella estaba tan resignada a nuestra inseparable unión como yo. Igual de resignada al hecho de que la felicidad en el matrimonio no era algo que ninguno de los dos tuviéramos en nuestro vocabulario. Elia había sido criada igual que Alya y yo. El poder era la única moneda con la que comerciábamos, y con matrimonios como el nuestro era como se multiplicaba el poder.

Pero, aun así, ¿por qué hacer una unión entre dos familias enemistadas? ¿Dos familias enemistadas que hubieran preferido no volver a cruzar sus caminos?

De repente, deseé que Padre siguiera vivo. Quería que me explicara su plan. Él *sabía* lo que yo le había hecho al heredero Tarallo. Lo *sabía*. Que yo había matado a Luca Tarallo. Sin embargo, si lo que decía Tío Misha era verdad, Padre todavía me quería atado a Elia.

*Si lo que decía Tío Misha era verdad,* susurró una voz en mi cabeza.

Odiaba esto. Odiaba no saber qué se avecinaba, y algo me decía que mi mujer pensaba igual.

Aun así, me había despertado esta mañana con su sabor todavía en mis labios. El beso que me había destrozado la noche anterior me hizo preguntarme qué demonios quería realmente de ella.

¿Podría este matrimonio convertirse en algo significativo? ¿Tendría razón Alya al pensar que Elia algún día superaría el hecho de que yo le hubiera quitado la vida a su hermano y me vería como alguien importante en su vida?

*¿Qué crees que sentí el día en que me enteré de nuestro matrimonio? Cuando me dijeron que tendría que abrir mis piernas para ¿el hombre que asesinó a mi hermano?*

Esas palabras siguieron atormentándome. Porque sabía que no había manera de que yo pudiera ser alguien a quien ella perdonara.

Y mucho menos alguien a quien ella pudiera amar.

Enderecé las piernas y cogí el móvil, hojeando los numerosos mensajes y correos electrónicos que reclamaban mi atención. El hecho de que ya no estuviera en Nueva York no significaba que no siguiera lidiando con las consecuencias de lo que estaba ocurriendo allí.

Siempre había algo de lo que ocuparse, tratos que negociar y gente a la que mantener a raya. Lana Keller y la fiscalía estaban tomando medidas enérgicas en todo Nueva York. Cada vez más organizaciones eran barridas y desarticuladas en la despiadada lucha de Berkowitz por acabar con el crimen. Habría sido admirable si no hubiera corrido el riesgo de convertirme en su principal objetivo una vez que hubieran acabado con los ruidosos, los descarados y los tontos.

Y aunque confiaba en que los brigadistas de mi padre y gente como Boris hicieran su trabajo sin llamar la atención, no podía evitar sentirme un poco paranoico por todo eso.

Mi padre solía decir que la paranoia era una debilidad que algún día comprendería, pero yo le recordaba que yo era igual que él. Siempre vigilaba hasta el más mínimo detalle. Era de los que aparecía al azar para asegurarse de que sus órdenes se cumplían al pie de la letra.

Y yo odiaba eso. Odiaba su interferencia, como si no confiara en mí lo suficiente como para hacer el trabajo yo mismo. Desde pequeño me había enseñado a convertirme en él. Sin embargo, nunca había confiado en que yo pudiera hacerlo.

Y ahora se había ido. Había puesto mi sangre y mi sudor en Nueva York, y no iba a dejar que mi Tío viniera y jodiera lo que yo había construido. Había cosas que había hecho para asegurar la supervivencia de nuestra familia, para cimentar mi legado en el camino hacia la cima.

Pero Nueva York era la menor de mis preocupaciones. Ahora que el Tío Misha estaba a punto de casarse con mi madre, el juego seguía cambiando. Él me había casado con Elia por una razón. Una razón de la que él se beneficiaría, no yo. Estaba seguro de ello.

Seguí rumiando mientras salía de mi despacho, me metía en el coche y volvía a casa.

Golpeando el teléfono con la pierna durante todo el trayecto, vi pasar por la ventanilla el horizonte de Chicago, que me resultaba familiar pero totalmente ajeno debido al tiempo que había pasado fuera. Elia había jurado que no era más que un peón en el mismo juego en el que me habían metido a mí.

Pero, ¿podía yo confiar en ella? ¿Podía confiar en que no la habían puesto en mi vida para joderme? O peor aún, ¿para matarme?

No lo sabía. Realmente no lo sabía, y eso me preocupaba. Todo esto se estaba convirtiendo rápidamente en un ovillo que no tenía fácil desenredo.

Pasándome una mano por la cara, hice mentalmente una lista de lo que podía pasar si decidía tirar la cautela al viento y confiar en ella. Tal vez podríamos sacar algo de esta relación. Tal vez podríamos hacer algo más que ser un buen polvo.

Porque si no lo hacía, nada cambiaría. Eso era seguro.

Pero al mismo tiempo, nuestro acuerdo era la única constante en mi vida. Ambos sabíamos qué

esperar el uno del otro. Ninguno de los dos tenía sorpresas. Al menos, ninguna que fuera claramente visible. Y, aunque sólo fuera eso, ahora necesitaba estabilidad en mi vida.

No había casi nadie en quien pudiera confiar aparte de Boris, pero Boris no podía estar cerca de mí todo el tiempo. Y menos aquí, en Chicago, donde tenía otras responsabilidades.

Se me escapó una pequeña risita. Tal vez era apropiado que Elia y yo estuviéramos juntos, sin confiar nunca el uno en la otra. Quizá teníamos más en común de lo que creíamos.

Cuando entré en el oscuro pent-house, me quité el abrigo y las armas mientras me dirigía al dormitorio, deteniéndome en el umbral. La luz de la luna se colaba por las ventanas e iluminaba a la mujer que ocupaba demasiado mis pensamientos estos días.

Elia dormía, con las manos recogidas bajo la cabeza y la sábana apenas tapando sus hombros. Mi polla cobró vida cuando di un paso hacia el interior del dormitorio antes de darme cuenta de que vacilaba. No la necesitaba esta noche.

No, eso no era cierto. Yo la necesitaba como al aire que respiraba. Cada vez que estaba en la misma habitación que ella, quería quitarle la ropa y hundirme en su húmedo coño. La necesidad de que su piel desnuda tocara la mía era como una droga a la que era adicto sin remedio.

Al principio había pensado que era sólo porque era una buena folladora. Pero ahora me daba cuenta de que debía ser algo más.

Algo más.

Salí del dormitorio y caminé por el pasillo hasta el salón. No la despertaría esta noche. Necesitaba reflexionar sobre la relación entre nosotros y averiguar primero qué demonios quería yo de este matrimonio.

Después de servirme una copa, salí al balcón y dejé que la brisa nocturna me despeinara. La ciudad estaba viva bajo mis pies, y el flujo constante de faros pintaba las calles como un par de serpientes en duelo.

No tenía ningún punto de referencia para un matrimonio que no fuera una transacción comercial. Mi madre siempre estaba borracha y mi padre la había ignorado en la medida de sus posibilidades.

No era ningún secreto que ninguno de los dos se era fiel. Al menos habían tenido la cortesía de no traer a casa a sus ligues al mismo tiempo. Esa era la única regla que ambos cumplían.

Yo no quería eso en mi vida. Joder, prefería estar soltero a tener una relación miserable con alguien con quien no soportaba estar.

Tomé un sorbo de whisky y me pasé una mano por la cara. Mis crecientes sentimientos por Elia estaban nublando mi propio juicio.

*Quizá Alya tenía razón*, pensé divertido mientras me bebía el whisky de un trago. Tal vez *debería* reconsiderar mis pensamientos en lo que se refería a mi mujer. Al fin y al cabo, era mi mujer y la madre de mis futuros hijos, me gustara o no.

Y por lo que yo sabía, ella podría estar ya embarazada en ese momento, dado el sexo que habíamos tenido desde nuestra boda.

*Pero, ¿dónde empezar?* me pregunté. Y la aterradora verdad era: No lo sabía.

## Capítulo 19
## Elia
*Dos semanas después*

Incliné la cabeza hacia el sol y cerré los ojos, sintiendo cómo el viento tiraba de mi ropa y mi pelo. Hacía tiempo que había renunciado a domarlo aquí, en Chicago, dejando que soplara a su antojo alrededor de mi cabeza. Probablemente lo pagaría más tarde cuando intentara desenredar los nudos, pero hoy era un día tan perfecto que no iba a preocuparme por ello.

Al abrir los ojos, percibí la presencia de mi marido a unos metros de distancia, al mando del velero como si llevara toda la vida haciéndolo. Aleksey iba vestido con una camiseta y unos pantalones cortos de color caqui, con un par de deslizadores de muelle en los pies. Sus gafas de sol ocultaban sus ojos, pero no era difícil ver que estaba totalmente en su elemento en ese momento. La enorme y relajada sonrisa de su rostro lo delataba.

Nunca le había visto tan feliz, tan fuera de sí.

—¿Qué pasa?

Su voz grave se propagó en el viento y me ardió la mejilla al ver que me había sorprendido mirándole.

—Nada —respondí—. Es que pareces tan cómodo al volante.

—Es porque lo estoy —dijo con seguridad—. Llevo haciendo esto desde muy joven, Elia. Estás segura conmigo.

—No me preocupa mi seguridad —me reí, sabiendo perfectamente que podía protegerme o tirarme por la borda en un capricho. Cuál de las dos opciones elegiría seguía en el aire, si quería ser sincera.

Seguíamos ocultándonos muchas cosas. Incluso después de tantas semanas de casados, era la primera vez que me enteraba de que le gustaba algo como navegar. Nuestras conversaciones seguían limitándose a lo imprescindible, como qué íbamos a hacer ese día o si habíamos tenido éxito en nuestra jornada.

El sexo, en cambio, era tan ardiente como siempre. Después de nuestras discusiones, más bien exigencias, Aleksey ya no me tomaba por detrás sin emoción. Ahora, explorábamos juntos una variedad de posiciones diferentes.

Y ya no nos conformábamos con limitar nuestras actividades al dormitorio.

Pero no era la variedad lo que me deleitaba. Eran sus besos. El hombre sabía besar, y cada uno de ellos me hacía mover los dedos de los pies sin mucho esfuerzo. Y era cuando nos besábamos cuando por fin me sentía como una recién casada que no podía saciarse de su marido.

Hoy era uno de esos días, y pensaba aprovecharlo al máximo. Cuando Aleksey había sugerido que saliéramos a navegar esta mañana, me había sorprendido. Siempre estaba tan ocupado con el trabajo que rara vez lo veía.

Y nunca me había pedido que le acompañara a ningún sitio.

Era una petición inesperada, eso estaba claro. Y dada la palpable desconfianza mutua que había entre nosotros, enseguida pensé que debía de tener algún plan subyacente. Pero hasta el momento, él parecía contentarse con navegar.

Sus acciones me estaban confundiendo.

—¿Algo de beber?

Levanté la vista y lo encontré de pie ante mí.

—Sólo un poco de agua, gracias —le contesté mientras me entregaba una botella y él se tomaba una cerveza.

Se sentó a mi lado, estirando sus largas piernas.

—¿Por qué te fuiste de Chicago? —le pregunté—. Parece que te gusta mucho estar aquí. ¿Por qué te fuiste?

Dio varios tragos a su cerveza, dejando la botella colgar entre los dedos mientras el barco se mecía con las pequeñas olas.

—Mi padre —dijo finalmente, con los ojos clavados en el agua—. Quería que fuera a Nueva York a supervisar las operaciones allí.

Oh. Así que él había seguido órdenes. Yo sabía mucho de eso.

—Todos seguimos órdenes de nuestros padres —dije lentamente, sintiendo un pequeño parentesco con mi marido—. Como peón alcancé mi nivel de valía, y me sacaron del tablero.

—¿Eso es lo que crees? —arqueó una ceja—. Que estás en la Tierra ¿sólo para esto, Elia?

Dios, la forma en que pronunció mi nombre hizo que me estremeciera por dentro. Anoche me lo había susurrado al oído mientras me taladraba. No estaba segura de cómo me sentía, pero era una sensación diferente a las habituales que tenía por él. Mis sentimientos empezaban a ser confusos.

Ya no podía mantener una fría indiferencia hacia él. Ya no. La intriga se abría paso poco a poco en mi forma de mirarle. Y ahora todo lo que quería era saber más sobre él.

—Claro que no —respondí, suspirando—. Es difícil expresarlo con palabras.

Yo había hecho exactamente lo que mi padre quería, no es que tuviera muchas opciones, pero yo tenía mis propios sueños y esperanzas. Quería ser feliz. Quería perderme en algo que no fueran las organizaciones criminales de mi familia. Quería hacer del mundo un lugar mejor. No destruirlo todo como haría mi padre.

Quería encontrar a alguien que pudiera cumplir todos los requisitos de un marido y no sólo estar a mi lado porque se viera obligado a ello.

Aparté la mirada, sin decir nada. Pero, de algún modo, sentí que Aleksey me entendía sin necesidad de palabras.

Finalmente, él rompió el silencio.

—Estás cansada de que te controlen —dijo.

Sus palabras me sorprendieron.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eso fue lo que hizo mi padre al enviarme a Nueva York —respondió—. Era su forma de controlarme. Tú y yo no somos tan diferentes, Elia. Siempre hemos ansiado el control en nuestras vidas, después de haber vivido con tan poco —sus ojos oscuros me miraron fijo—. Sabes, por si sirve de algo, no me propuse matar a tu hermano intencionadamente.

Era la primera vez que me hablaba de Luca, y el corazón me dio un vuelco. De repente, me encontré llena de vergüenza por estar a su lado. Me avergonzaba haber deseado, prácticamente suplicado, que me besara.

*¡Maldito sea todo! ¡Y maldito sea él!* pensé amargamente. Con una sola afirmación tan descuidada, había desgarrado una herida que casi me había hecho creer que estaba cerrada. Volví bruscamente a mi cruel realidad.

Este hombre había masacrado a Luca. Lo había dejado muerto en las calles… y aun así le había permitido poner sus manos sobre mí. Le había permitido tenerme. Que me reclamara.

Y quizá lo peor de todo: *me había permitido desearle a él, a su beso y a su tacto*.

Me rodeé con los brazos, insegura de lo que podría decir. Mi corazón luchaba contra sí mismo. Olas de odio hacia mí misma me golpearon, recordándome lo que había hecho en mi momento de debilidad.

—¿Elia? —la voz de Aleksey sonaba lejana, pero había algo más allí. Algo que me obligaba a responder.

—¿Qué quieres decir? —por fin reuní fuerzas para preguntar.

—Es un acuerdo no escrito —explicó Aleksey, con los ojos clavados en mí—. Los hijos de las Mafias no se matan entre sí, no cuando son los herederos. Una vez que nos ponemos en la piel de nuestros padres, no hay restricciones. Pero hasta entonces, debemos mantener nuestro pacto de caballeros.

Nunca lo había oído, pero yo había sido la niña olvidada hasta la muerte de Luca, al menos a los ojos de mi padre. Mi futuro ya había sido trazado, así que no me había prestado tanta atención.

—Tu hermano era intrépido, Elia —Aleksey dio un sorbo a su cerveza—. Luca siempre tenía que estar al frente de la lucha. Siempre quería estar en primera línea. Era diferente de los demás herederos.

*Los Tarallos siempre han tenido fuerza*. Sus palabras resonaron en mi mente. Orgullo y tristeza me invadieron al mismo tiempo.

Aleksey tenía razón. Luca montaba en cólera cuando mi padre le gritaba por hacerse el más mínimo corte en el cuerpo. No recordaba cuántas veces había escuchado sus discusiones. Luca siempre le decía a mi padre que, si no estaba dispuesto a derramar su sangre, no tenía derecho a pedir a sus hombres que hicieran lo mismo. Las discusiones siempre acababan igual. Mi padre abofeteaba a Luca en toda la cara y Luca le ignoraba.

—Fue culpa mía —continuó mi marido, con voz cada vez más suave—. Fui a uno de los clubes de tu padre en Nueva York sin pensar que tu hermano aparecería, dispuesto a pelear. Y cuando llegó, corriendo al frente de los hombres, fue inevitable. Uno de los dos estaba obligado a dejar al otro muerto en la calle.

Me tragué el repentino torrente de lágrimas que se agolpó en mis ojos. No estaba segura de creer que Aleksey dijera la verdad. Pero oír que no se trataba de un cruel golpe dirigido, sino de una necesidad casi infantil de ser el más grande del patio de recreo, resquebrajó de algún modo la coraza endurecida que rodeaba mi corazón.

Había cargado con la ira, la amargura y el dolor durante tanto tiempo que ni una sola vez había intentado averiguar los detalles de aquel horrible día.

Había anhelado el día en que pudiera mirar a Aleksey cara a cara y hacerle pagar por lo que me había arrebatado. Sin embargo, ahora mismo, al escuchar su confesión, la venganza parecía ser lo último en lo que pensaba.

—Sé que tienes todo el derecho a no creerme —terminó él—. Y no espero que lo hagas inmediatamente, pero quería que lo supieras.

—Gracias —dije en voz baja, la pesadez familiar que me oprimía el pecho ya no era la de la venganza, sino la de la preocupación de que realmente pudiera creerle.

Aleksey terminó su cerveza antes de ponerse de pie.

—Deberías preguntarle a tu padre por el broche de Luca.

Levanté la cabeza y le miré.

—¿Un broche?

Asintió con la cabeza, colocando la botella vacía en la pequeña papelera que había debajo de los asientos.

—El broche con cara de demonio.

No podía respirar, aferraba con fuerza mi botella. El broche al que se refería Aleksey era uno que yo le había regalado a mi hermano cuando tenía quince años. Había sido un regalo de broma, un estúpido broche que había comprado con mi propio dinero porque pensé que a él le quedaba bien. Luca se rio cuando se lo regalé y, a pesar de las objeciones de mi padre, había decidido llevarlo todos los días, prendido en la solapa como una insignia de honor.

Cuando recuperamos los restos de Luca, el broche no estaba entre sus pertenencias y supuse que se lo habían quitado, como un trofeo enfermizo.

¿Y ahora Aleksey me decía que lo había visto?

—¿Por qué debería preguntarle a mi padre? —forcé, luchando contra la emoción.

—Porque se lo devolví a tu padre —respondió, con los ojos clavados en mí—. Como disculpa. Tu hermano no llevaba el abrigo cuando se me echó encima y lo encontré prendido en la solapa. Pensé que debía de ser muy importante si lo llevaba en una pelea. Pensé que querrías enterrarle con él, ya que parecía importante.

Me levanté tan deprisa que mis pies resbalaron en la cubierta y Aleksey tuvo que agarrarme para evitar que cayera por la borda.

—¿Qué fue? —preguntó urgido, con lo que parecía verdadera preocupación en su rostro—. ¿Qué te pasa?

—Yo le regalé a mi hermano ese broche —respondí, con la voz espesa por la emoción. Ya no podía contener las lágrimas—. Pero papá hizo incinerar a Luca. Nunca lo enterramos. Y nunca volví a ver ese broche.

Había sido por insistencia de mi padre. Él no quería que yo tuviera un lugar para llorar, un lugar para visitar a mi hermano. Decía que era para que nadie profanara el lugar de descanso de Luca. Pero yo no le creí. Y ahora guardaba las cenizas de Luca en su estudio, el único lugar al que él sabía que yo no podía ir, a menos que me llamaran.

Aleksey me miró antes de que sus manos subieran para enmarcarme la cara. Jadeé ante el repentino contacto de sus cálidas manos en mi piel agrietada por el viento, pero más porque me

estaba tocando con tanta ternura y no porque estuviéramos a punto de acostarnos.

—Yo no mentiría sobre esto —me dijo, su mirada en la mía, para qué, no estaba segura—. Sé lo que significa la familia, la verdadera familia.

*Que el cielo me ayude*, le creo. Creo que quiere a su hermana como yo había querido a mi hermano. En mi opinión, un vínculo entre hermanos era mucho más importante que cualquier vínculo parental.

—Vale —dije finalmente, levantando mis manos para cubrir las suyas—. Está bien.

Algo en los ojos de Aleksey cambió antes de que se inclinara y rozara sus labios sobre los míos una vez, luego dos, antes de alejarse de nuevo hacia el timón del barco.

—Siéntate —me dijo—. Disfruta de la puesta de sol, Elia.

Así lo hice, observando cómo los rayos atravesaban el aire mientras Aleksey dirigía el barco de vuelta al puerto.

***

Una vez asegurado el barco, caminamos de vuelta al coche que nos esperaba. Hoy no nos había acompañado ningún guardia, lo cual me sorprendió. Pensaba que siempre habría alguien presente, pero cuando me condujo al elegante deportivo negro, supe que sólo seríamos nosotros a dondequiera que él nos llevara.

Agradecí el descanso y, después de lo que me había contado hoy, me alegré de que sólo estuviéramos los dos. Abrió la puerta y me deslicé en el interior del coche, colocando mi bolso a mis pies. Me sentía relajada, y era una sensación extraña.

Aleksey se sentó en el asiento del conductor y despegamos hacia la ciudad, con el olor del agua aún pegado a la ropa.

—¿Has disfrutado el día de hoy? —me preguntó al cabo de unos instantes.

—Sí —admití, apretando las manos sobre el regazo—. Gracias.

—Hacía tiempo que no salía a navegar —respondió, con una mano apoyada en su pierna— Solíamos salir todo el tiempo cuando Alya y yo éramos niños.

—¿Por qué la llamas Alya? —le pregunté con verdadera curiosidad—. Creía que se llamaba Alyona. Al menos, eso decía el expediente de mi padre sobre tu familia.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en su rostro.

—Es una cosa de nombres rusos. Diminutivos. Un apodo, podría decirse. Son los nombres que se

reservan para la familia y unos pocos amigos íntimos.

—¿Y el tuyo? —pregunté—. ¿Cuál es tu diminutivo?

—Alyosha —dijo, la palabra rodando por su lengua como miel—. Puedes llamarme así si quieres, Elia.

Pensé en la rama de olivo que me tendía.

—Creo que me gusta más Aleksey —dije finalmente—. Suena más regio.

—Lo que tú quieras —dijo, acercando su mano para tomar la mía entre la suya—. No tengo ninguna preferencia.

Miré su mano antes de entrelazar nuestros dedos, con el corazón acelerado por el contacto de su piel contra la mía. La última vez que lo habíamos hecho fue en nuestra ceremonia de compromiso. Allí habíamos intentado aplastar los dedos del otro.

¿Y ahora?

Ahora había una ternura que no habíamos experimentado antes.

Estábamos en medio de algo que no entendíamos, que no podíamos entender, sinceramente, pero no sentía que fuéramos enemigos en ese momento. Yo todavía estaba molesta porque había matado a mi hermano. Pero si lo que había dicho era verdad, entonces traía un nuevo nivel de complejidad a este matrimonio.

Uno que no era impulsado por la venganza.

Así que cogí la mano de Aleksey durante todo el camino de vuelta al pent-house, y sólo la solté cuando aparcó el coche en el garaje. Después de ducharnos, nos metimos en la cama.

Por un momento estuvimos tumbados uno junto al otro, con la respiración como único sonido en la habitación.

Cuando se acercó a mí, no intenté detenerlo y me acurruqué contra su cuerpo cálido y fuerte con un suspiro de felicidad. Sus labios se apretaron contra mi pelo.

—Buenas noches, Elia —dijo, rodeándome la cintura con el brazo.

—Buenas noches, Alyosha —susurré, preocupada por los tiernos sentimientos que se arremolinaban en mi cuerpo.

No quería derribar mis barreras, pero por la forma en que me abrazaba, era imposible no hacerlo. Le preguntaría a mi padre por el broche. Y si era cierto, tal vez podría empezar a confiar en mi propio marido.

Eso era aterrador en sí mismo. Confiar en alguien así, alguien que se suponía que era mi enemigo, era la máxima forma de debilidad a los ojos de mi padre.

No estaba segura de poder seguir ese camino.

Aun así, tal vez había algo más entre nosotros que este matrimonio por contrato. Hoy habíamos tendido un frágil puente entre ambos, encontrando un terreno común sobre el que empezar a construir.

Mientras nos dormíamos, escuché su respiración uniforme y me permití soñar un poco.

La felicidad que había esperado. ¿Estaba más cerca de lo que había imaginado? ¿Podría ser feliz con él?

¿Podría ser él el futuro que yo buscaba?

¿Me atrevo a tener esperanzas?

## Capítulo 20
## Aleksey

Me desperté con un rayo de sol que me daba directamente en los ojos y parpadeé para despejar la vista. Otro día perfecto en Chicago me saludaba desde fuera de las ventanas, pero nada comparado con la sensación que sentía en mi interior.

Era la misma sensación que había experimentado desde que habíamos hecho el viaje en barco por el lago Michigan.

Era por ella.

Elia se movió entre mis brazos y la abracé con fuerza, sin querer desprenderme aún de su cálido cuerpo. Había demostrado ser mucho más de lo que esperaba: inteligente, cariñosa y divertida. Pero eso era sólo la superficie. Poco a poco, empezaba a ver emerger su verdadera naturaleza, tanto dentro como fuera de nuestra cama.

*Nuestra cama*. Nunca pensé que diría eso de alguien de quien se suponía que era mi enemiga. Ella había caído en mi vida sin previo aviso. Y en las semanas transcurridas desde nuestro primer encuentro en Williamsburg, se había vuelto claramente obvio que aquí era donde ella pertenecía.

Y ahora me resultaba muy difícil imaginar mi vida sin ella.

Elia murmuró mientras dormía y me di cuenta de que la había estado abrazando con demasiada fuerza. No tenía miedos en la vida. Mi padre me había inculcado que mi muerte era inevitable, y no tenía sentido vivir temiendo lo inevitable.

*Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo*. El mismo inquietante susurro resonó, sacándome de mi ensoñación y provocándome un escalofrío.

Una cosa sí me *aterrorizaba*. Un temblor familiar me recorrió las yemas de los dedos y respiré hondo, inhalando el aroma familiar de Elia en un intento de ahuyentar a los fantasmas que me susurraban al oído. La calma y la quietud de la mañana me resultaban sofocantes.

De algún modo, se me había metido en la piel. Poco a poco, se había incrustado profundamente en mi alma ennegrecida. Y sabía que desenterrarla significaba desgarrarme a mí mismo.

*Ella ya no puede hacerme daño. No más de lo que yo puedo hacerle daño a ella*, me recordé mientras me inclinaba y acercaba los labios a la sien de Elia.

Abrió los ojos con una sonrisa soñolienta.

—Buenos días.

—Buenos días —murmuré contra su piel. Ella no sabía nada ni sospechaba nada. Justo como yo quería—. ¿Has dormido bien?

Elia se estiró, todavía en el círculo de mis brazos.

—Sí.

Cubrí su cuerpo con el mío y sus ojos se abrieron de sorpresa.

—¿Qué haces? —susurró ella, mientras yo metía mi polla entre sus piernas.

—Un apropiado saludo matutino —enmarqué su cara con mis manos— a mi encantadora esposa.

Sentí su sonrisa bajo mis labios mientras la besaba suavemente, saboreando la suavidad que se agitaba sobre los míos. Ella me devolvió el beso con ternura y sus manos subieron para recorrer mis hombros desnudos.

Le mordisqueé el labio inferior y dejé que mi mano recorriera su costado, acariciando posesivamente su cadera desnuda. Hacía poco que Elia había renunciado a llevar ropa en la cama, y me gustaba la idea de tener acceso total a ella siempre que quisiera.

Rompió el beso con un grito ahogado cuando mi mano se introdujo entre nuestros cuerpos y la encontró ya húmeda.

—¿Has vuelto a soñar? —suspiré, presionando mi frente contra la suya— ¿Sobre este momento exacto?

—Sí —jadeó, cuando mis dedos tocaron su hinchado clítoris.

Deseaba liberarse tanto como yo. Su fluidez cubría mis dedos con cada caricia, y sentí su necesidad desesperada, caliente y palpitante, mientras sus caderas se movían a mi ritmo.

—Entonces, ¿a qué esperas? —murmuré—. Toma lo que quieras. Lo que necesites.

Mordisqueé su hombro con los dientes, rozándole la clavícula con los dientes, los labios y la lengua. Su respiración se hizo más entrecortada y errática, y sus piernas se separaron lentamente.

—Métete dentro de mí —jadeó Elia—. Métete ahora.

Mi polla se tensó dolorosamente al abrirle las piernas, sin retirar los dedos mientras me deslizaba dentro de su calor. Se apretó contra mí y gritó cuando el placer la invadió.

—Fóllame Elia —gruñí, retirando la mano para agarrarla por las caderas e inclinarla más—. Fóllame como tú quieras.

Sus piernas se cerraron en torno a las mías y me correspondió con cada embestida, sus gemidos se hicieron más fuertes con familiares pero excitantes movimientos.

—¿A quién perteneces? —dije, clavando mis dedos en su suave piel.

—A ti.

La penetré más profundamente.

—¿A quién pertenece este coño?

— A ti.

Reclamé sus labios una vez más, tragándome sus gritos de placer mientras sus paredes temblaban y ordeñaban mi necesitada polla. La sangre me latía en los oídos mientras la penetraba, y mi visión se nublaba brevemente por la fuerza de mi propio placer. Y sólo cuando mi cuerpo estuvo vacío y agotado, me aparté lentamente de ella y me tumbé boca arriba.

Elia se giró y apoyó la cabeza en mi pecho, con la mano en mi abdomen.

—¿Por qué no voy a prepararnos el desayuno? —preguntó, mientras me arañaba suavemente la piel con sus uñas—. Y quizás después… ¿pasamos el día juntos?

Oí la vacilación en su voz, casi como si no supiera que no había una maldita cosa que yo prefiriera hacer antes que pasar tiempo con ella.

Había un millón de cosas que exigían mi atención, pero en ese momento, ninguna de ellas importaba. Lo único que importaba era la mujer que tenía entre mis brazos y la forma en que sus dedos devolvían lentamente la vida a mi polla agotada.

La parte de mí que exigía llegar al fondo de la razón de nuestro matrimonio quería dejarla fuera. Exigía que me callara y le dijera que no tenía tiempo para estar con ella más que ahora. Exigía que endureciera mi corazón y la dejara de lado.

Pero yo no podía.

Elia estaba bajando sus muros, y después de mi propia confesión sobre su hermano, supe que yo también podía.

Yo podía convertirme en alguien distinto de Aleksey, hijo de Fyodor y enemigo jurado de todos los Tarallos.

Al no oír respuesta por mi parte, empezó a alejarse. Mi mano encontró el camino hacia la suya, agarrando suavemente sus delicados dedos hasta que nuestros ojos se encontraron.

—Me encantaría pasar el día contigo.

Su rostro se fundió en una sonrisa que me llegó al corazón.

—Entonces será mejor que vaya a preparar el desayuno.

La solté y la vi saltar de la cama. Su forma desnuda era irresistible a la luz de la mañana, y consideré brevemente decirle que se quedara así todo el día. Sabía que sólo tenía que pedírselo y ella accedería.

Pero guardé silencio. Se puso una de mis camisas y su figura menuda quedó oculta por la tela. Me lanzó una última mirada furtiva antes de salir de nuestro dormitorio. Me invadió un salvaje sentimiento de orgullo.

*Mía. Total, y completamente mía.*

Por derecho, debería haber sentido sólo poder y satisfacción. Sin embargo, una repentina sensación de aprensión se apoderó de mí.

*Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo*. ¿Por qué? ¿Por qué esas palabras volvían a perseguirme ahora? Tiene que haber una razón.

Tragándome el doble sentimiento de desconcierto y aprensión, salí de la cama y cogí algo de ropa. ¿Era malo que quisiera pasar el día con mi mujer? Las últimas semanas me habían sentado bien.

Ya no estaba centrado únicamente en el trabajo y, cuando lo estaba, tenía a alguien esperándome en casa. Elia siempre tenía una sonrisa preparada y, la mayoría de las noches, la cena esperando. Y todas las noches me contaba su día y yo la escuchaba.

Ella me importaba. Pero tal vez por eso esas palabras volvieron a atormentarme.

Porque hubo un tiempo en que alguien me importaba. Y aún recordaba cómo resultó.

Descalzo, entré en la cocina, donde los tentadores olores de huevos y tocino llenaban el aire. Me rugió el estómago cuando me coloqué detrás de Elia, apartándole el pelo para darle un ligero beso en el cuello.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Café —respondió, manteniendo la atención en las cacerolas que tenía delante—. Yo me encargo de esto.

Sí, se encargaba. Se encargaba más de lo que ella creía ahora mismo.

Poco después nos sentamos a desayunar.

—¿Qué quieres hacer hoy? —pregunté.

Se recogió el pelo detrás de la oreja.

—No estoy segura. ¿Qué tenías pensado?

Me vi limpiando la mesa de un solo empujón, con sus piernas abiertas sobre la mesa a la luz de la mañana mientras me deleitaba con la dulzura que había entre ellas.

En mi mente, me vi besando cada parte de su cuerpo hasta dejarla sonrojada y temblorosa. Aparte de eso, no tenía otros planes ni pensamientos.

—Conozco algunos sitios por dónde empezar —me dijo ella, cuando yo no le ofrecí ninguna sugerencia.

Pero justo entonces, mi teléfono zumbó junto a mi plato. Lo cogí y fruncí el ceño al ver el mensaje de Boris.

*Tenemos un problema.*

Maldición.

—Tengo que atender —le dije a Elia, poniéndome de pie—. Termina de desayunar.

Ella no respondió mientras yo salía al balcón. Boris contestó al primer timbrazo.

—Más vale que sea un buen problema —dije.

—¿Cuándo un problema ha sido bueno? —respondió—. Faltan algunos pagos.

—¿De qué estás hablando?

—La red de apuestas se está quedando corta —soltó un fuerte suspiro al teléfono—. Llevo desde ayer intentando averiguar qué ha pasado. Hasta ahora, o me he topado con un muro o he acabado con más preguntas. Pensé que sería mejor decírtelo ahora, para que podamos controlar las cosas antes de que se conviertan en un problema aún mayor.

Me pasé una mano por el pelo con brusquedad. La red de apuestas era un negocio rentable, que se ocupaba de todo, desde los acontecimientos deportivos hasta la política.

Yo tenía unos cuantos brigadistas que se encargaban de coordinar las apuestas de nuestros clientes y de asegurarse de que se repartieran los pagos correspondientes una vez finalizado el evento. Lo último que necesitaba oír era que nos estábamos quedando cortos.

—¿Y estás seguro de que no has encontrado nada?

—No soy idiota, Alyosha —repitió—. Alguien nos está jodiendo.

Mi boca se tensó. Si tuviera que adivinar quién podía ser el responsable, el Tío Misha era sin

duda el primero de la lista. Tomar los pagos de la red de apuestas para cualquier uso que él quisiera sería una manera rápida y fácil de mantenerme ocupado y fuera de su vista.

—Ven a buscarme. Tenemos que profundizar en eso.

—Ya estoy de camino —respondió Boris antes de terminar la llamada.

Apreté el teléfono en la mano, mi felicidad anterior se había evaporado en una furia apenas contenida. Prefería que alguien se me acercara cara a cara a que se entrometiera a mis espaldas.

Lo peor de todo es que ahora iba a pasarme medio puto día buscando a quienquiera que pensara que era buena idea cabrearme.

Volviéndome hacia la puerta, vi a Elia dentro, sorbiendo su café. Parecía muy contenta de pasar el día juntos. Y ahora yo estaba a punto de arrancarle esa felicidad.

No iba a dejarla sola en el pent-house, esperando a que volviera. Envié un mensaje rápido a mi hermana Alya. Ya había expresado su deseo de conocer mejor a Elia. ¿Qué mejor momento que hoy?

Abrí la puerta y entré. Elia me miró en cuanto lo hice.

—¿Todo bien?

—No —me forcé a salir, deslizando mi teléfono en el bolsillo—. Lo siento, pero tengo que atender un asunto urgente.

Su sonrisa se atenuó un poco.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

—No —sacudí la cabeza y me dirigí al dormitorio—. Tengo que salir.

Elia me siguió hasta el dormitorio y me observó mientras buscaba ropa en el armario.

—Mi hermana llegará dentro de una hora —le expliqué mientras me ponía unos pantalones de vestir planchados—. Me ha pedido pasar el día contigo. Pueden hacer lo que quieras.

Alya sabía cómo gastar el dinero. Se aseguraría de que mi mujer disfrutara de lo mismo.

Elia se apoyó en el marco de la puerta, con el ceño fruncido.

—¿Seguro que no puedo hacer nada, Aleksey?

Metí las pistolas en las fundas que llevaba a los lados y me puse el abrigo encogiéndome de hombros.

—No. Pero no te preocupes por esto. Me ocuparé de ello y estaré en casa esta noche.

No parecía creerme y me acerqué a ella, posando mis labios sobre los suyos. Sus manos se alzaron y agarraron las solapas de mi traje, tirando de mí en un beso más profundo hasta que tuve que finalmente retroceder o ella iba a ser follada contra la pared y yo iba a llegar tarde.

—Te veré esta noche —le dije antes de salir del dormitorio.

—Aleksey.

Me giré y la encontré en el pasillo, con los brazos alrededor de la cintura.

—Ten cuidado, ¿vale?

—¿Es un atisbo de preocupación lo que oigo? —bromeé, sin dejar traslucir lo mucho que me habían afectado sus palabras.

Elia me dedicó una pequeña sonrisa y me dirigí al ascensor antes de que pudiera cambiar de opinión. No fue hasta que me dirigía escaleras abajo que me di cuenta de que mi matrimonio con Elia podría ser todo un fin en sí mismo.

¿Qué mejor manera de atarme que tenerme tan preocupado por mi nueva esposa que me viera impotente para gestionarlo todo en la Bratva mientras el Tío Misha seguía dejándome de lado en todo momento?

*¿Había puesto a Elia en mi vida para distraerme?* Porque si lo había hecho, había sido un éxito rotundo. En las últimas semanas, desde que la llevé a navegar, no había salido mucho del penthouse. No había estado pendiente de todos los asuntos normales de la Bratva que solía vigilar. Y me había contentado con dejar que los negocios se movieran solos.

¿Era esto lo que el Tío Misha había esperado?

Bueno, ahora, no podía dejar que eso pasara. No podía permitir que mi Tío se metiera en todo. No ahora. Él pensaba que tenía la sartén por el mango, pero ese no iba a ser el caso. No más.

*Descubrí tu juego, Tío*, pensé. *Te creías muy listo. Ya no*.

Las puertas se abrieron y Boris estaba de pie en el vestíbulo del edificio, con los ojos ocultos por sus gafas oscuras.

—Quiero una lista —empecé mientras caminábamos hacia la puerta—. Del paradero de mi Tío en las últimas dos semanas.

—¿Tu Tío? No está cerca de la red de apuestas. Ya lo sabes.

—No —respondí—, pero tengo la sensación de que él está detrás de esto. Si no directamente, indirectamente. No me extrañaría.

—Sí, a mí tampoco —respondió Boris mientras me deslizaba en el coche.

Era hora de demostrarle a mi Tío que sus planes no iban a funcionar.

## Capítulo 21
## Elia

—Oh, creo que este te quedaría perfecto.

Agarré el vestido que me tendía Alya, la hermana de Aleksey, y lo acerqué a mi cuerpo.

—No sé. No suelo elegir colores así —le dije.

Me hizo un gesto con la mano antes de arrastrarme hasta un espejo para que pudiera verlo por mí misma.

—¡El amarillo es tu color, Elia! Confía en mí.

Suspiré mientras me miraba en el espejo. Puede que Alya tuviera razón sobre el color. Tendía a resaltar mis rasgos más oscuros, y el vestido no era más que una sencilla funda amarilla, cuyos delicados tirantes parecían demasiado pequeños para la tela.

—*Es* un vestido bonito.

—¡Lo sé! —se rio Alya— ¿Ves, Elia? Es una ventaja tener una cuñada como yo. Tu armario va a cambiar por completo, y no aceptaré un no por respuesta.

Le dediqué una tímida sonrisa antes de que ella volviera corriendo al perchero y sacara unas cuantas prendas de colores brillantes. Cuando Alya se presentó en el pent-house esta mañana, no sabía qué esperar. Estaba empezando a entender los estados de ánimo de Aleksey, y a comunicarme con él, y me aterraba la idea de que su hermana no fuera más que una versión femenina de él.

Pero no había sido así en absoluto.

Ella era todo lo que Aleksey no era. Alya parecía entusiasmada con la perspectiva de sacarme del pent-house, y yo no tardé en caer rendida a sus encantos. Podía ver las similitudes entre los dos hermanos, pero sus personalidades no podían estar más alejadas la una de la otra.

En cierto modo, ella me recordaba a Luca, que siempre había sido el rebelde entre nosotros, el que podía enfrentarse a nuestro padre sin preocuparse por ningún tipo de reacción.

Alya era igual, aunque su padre ya no estuviera para dictarle un futuro contra el que ella se rebelaría instintivamente. Pero, aun así, la compadecía. Era una princesa de la Mafia, lo que significaba que ella podía estar en la misma posición que yo dentro de unos años. Y aunque el mío era un arreglo extraño para empezar, odiaba saber que Alya podía estar experimentando la misma impotencia sobre su propio futuro.

Me aparté del espejo y la observé mientras sacaba más prendas del perchero, pensando en lo que podría haber pasado esta mañana entre Aleksey y yo. No podía evitar el hecho de que había

estado deseando pasar el día con él. Lo que yo era antes de casarnos y mi realidad actual se habían difuminado tanto que no estaba segura de poder volver a separarlos.

Me gustaba mi marido. Empezaba a preocuparme por él, a disfrutar de su compañía fuera del dormitorio. Toda mi vida se iluminaba cuando él me sonreía, cuando me besaba, lo cual estaba muy lejos de lo que éramos hacía apenas unas semanas.

Todo era extraño. No sabía cómo explicarlo.

—¿Elia?

Saliendo de mis pensamientos, sonreí a Alya.

—Lo siento. Estaba ensimismada.

Ella arqueó una ceja.

—¿En tus propios pensamientos o pensando en mi hermano?

Me acomodé el cabello detrás de las orejas, esperando que mis mejillas no estuvieran sonrojadas.

—Yo…

—Oye —me interrumpió, poniéndome una mano en el hombro—. No pasa nada. No te juzgaré.

—Las cosas ciertamente han sido… —no pude evitar sonreírle—, interesantes entre nosotros.

—Claro que lo han sido —rio ella—. Estás hablando de mi hermano. No es la persona más fácil de conocer. Pero desde luego no es aburrido.

Su conocimiento compartido de mi marido me hizo reír a su vez.

—Es verdad. No lo es.

—Pero hay que tener paciencia —añadió ella, recogiendo los artículos en sus brazos para llevarlos a la caja registradora. No estaba segura de si eran para mí o para ella en ese momento, pero supongo que realmente no importaba—. Merece la pena, conociendo a Alyosha, quiero decir. Es la mejor persona, y no lo digo sólo porque sea mi hermano y todo eso.

—Nadie te culparía si lo hicieras —respondí, llevándome el vestido amarillo mientras la seguía hasta la caja registradora.

Alya me quitó el vestido de las manos y lo añadió a la pila antes de sacar una elegante tarjeta negra.

—Alyosha me dijo que hoy te invitara a lo que quisieras —dijo mientras se la entregaba a la

cajera—. Si él quiere gastar su dinero como si fuera a desaparecer mañana, por mí está bien.

Estaban muy unidos. Eso estaba claro. Saberlo me alegraba el corazón. Cuando conocí a Aleksey, no era más que el enemigo frío y cruel que me arrebató a mi hermano. Pasar tiempo, no sólo con él, sino también con su hermana hoy, me había obligado a ver otro lado de él.

Y cuanto más veía, más difícil me resultaba aferrarme al odio. Una parte de mí seguía aferrándose desesperadamente a él, sintiendo que traicionaba a mi hermano al dejarlo ir. Pero otra parte de mí anhelaba dejarlo ir, dedicarme plenamente a mi marido y aferrarme a lo que significaba ser suya para siempre.

Luca me habría dicho que viviera mi vida siempre como si él estuviera aquí. Pero tampoco estaría casada con Aleksey si Luca siguiera vivo. Pero no podía pensar en eso, ¿verdad? Porque si lo hacía, me volvería loca.

Alya y yo recogimos nuestras compras y nos dirigimos al otro lado de la calle, a una encantadora cafetería que tenía deliciosos cafés con leche y maravillosos pasteles caseros.

—Bueno —empezó Alya una vez sentadas ante nuestros refrigerios—. Cuéntame cómo es estar casada con mi hermano.

—Él es… —golpeé el lateral de mi taza con la uña—, intenso.

*Era intenso cuando hablaba y cuando follaba. Con él no había término medio.*

Ella soltó una risita.

—Porque le importas, Elia —sacudió la cabeza cuando le dirigí una mirada incrédula—. Le importas, aunque tú no lo creas. Tendrías que haber visto cómo reaccionó cuando le hablé de ti en la cena. Fue bonito.

Más de una razón para estar tan confundida acerca de esta relación entre nosotros.

—¿Y tú? —le pregunté, intentando cambiar el tema—. ¿Hay alguien especial en tu vida?

—No —ella negó con la cabeza, la vivacidad en ella de repente fue bajando ligeramente—. Sé que es mejor no traer a nadie a mi vida ahora mismo.

Y ahí estaba. La cruel realidad de nuestra suerte en la vida. Sabía exactamente de qué estaba hablando. Nuestras vidas ya estaban trazadas desde el día en que nacimos. Y aunque tuviéramos la ilusión de poder elegir, siempre sería sólo eso: una *ilusión*.

—Lo entiendo —le dije.

—Lo sé —me dedicó una cálida sonrisa—. Los demás no entienden lo que es ser *nosotras*, ¿verdad? No saben lo que es no tener control. Creo que ni siquiera Alyosha se da cuenta, por

mucho que intente decírmelo.

—Él no dejaría que te pasara nada —dije, comprobando que mis palabras eran ciertas.

—Bueno, puede que no tenga mucho que decir —suspiró, picoteando el bollo que había elegido —. Nuestro Tío lleva las riendas del legado de nuestra familia ahora.

—Pero ¿cómo? —pregunté, con un repentino y renovado interés dando vueltas en mi cabeza—. Creí que tu hermano iba a sustituir a tu padre.

De repente volvió el dolor a mi mano, un recuerdo de lo fuerte que Aleksey me había agarrado cuando se enteró del matrimonio de su Tío con su Madre. Algo podrido estaba pasando aquí. Y Alya me lo acababa de confirmar.

—En teoría —dijo Alyona, encogiéndose de hombros—. Pero la realidad es otra. La verdad es que no estoy al tanto de nada de esto. Me deprime pensar en ello. Así que no me preocupo por nada de eso. ¿Por qué preocuparme por algo que no puedo cambiar?

Tenía razón. ¿Por qué preocuparse? Así que lo dejé pasar, sabiendo que husmear no me llevaría a ninguna parte. La única persona que podría saberlo era Aleksey, pero estaba segura de que ni siquiera *él* tendría una buena respuesta para todo esto.

—En cualquier caso —continuó Alya—. Me alegro de que le des una oportunidad a Alyosha. Es bueno ver que aún recuerda cómo sonreír, después de todo lo que ha pasado.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con ligereza.

¿Sabía lo que le había hecho a mi hermano? Seguro que sí. No era un secreto que éramos enemigos. Luca era el heredero del legado de nuestra familia. Su muerte había sido muy importante por varias razones.

Algo parpadeó en su mirada, algo que me dijo que había dicho demasiado.

—Me refiero a la muerte de nuestro padre, por supuesto —dijo rápidamente.

El tono de su voz me hizo difícil creer que esa fuera la única historia.

—¿Eso es todo?

La joven tomó aire y reconocí el pánico en sus ojos. Había dicho algo que no debía.

—Bueno, no… no es todo.

Fingí que jugueteaba con mi taza, intentando averiguar cómo podía sacarle más información. Aleksey no me decía nada y, si iba a seguir siendo su esposa, necesitaba saber todo lo que pudiera afectar a mi futuro con él.

—Deduzco que tu padre no le importaba mucho —intenté, tirando de los conocimientos que tenía para hacer la suposición.

Alya guardó silencio unos instantes antes de asentir con la cabeza.

—Algo pasó entre ellos hace mucho tiempo. Algo malo.

Lo sabía. Por dentro me estaba animando, esperando que se abriera otra puerta en la vida secreta de Aleksey y pudiera empezar a entender de dónde había salido.

—¿Qué fue? —le pregunté.

—No lo sé —respondió Alya rápidamente, con las mejillas sonrojadas—. Realmente no lo sé. Pero cambió a mi hermano para siempre. Por favor, no me preguntes más, Elia. Por favor.

El dolor en su voz era tan evidente que supe que no debía seguir insistiendo. Intenté ponerme en su lugar, sabiendo que, si fuera yo, también querría guardar secretos sobre mi familia.

—Y yo quiero que tú seas feliz —continuó, extendiendo el brazo por encima de la mesa para agarrarme la mano—. Así que, por favor, tampoco se lo pidas a él. Por favor, no excluyas a mi hermano. Puede que sea difícil, pero vale la pena dedicarle tiempo. Te lo prometo.

Sentí en sus palabras que creía lo que decía, y no podía culparla.

Tampoco podía culparla por el hecho de que yo quería que fuera verdad, y no sabía qué iba a hacer al respecto. Debería odiar a Aleksey. Debería odiarlo con cada fibra de mi ser, pero con cada beso, cada momento con él, me resultaba más difícil odiarlo.

Me aterrorizaba lo que él pudiera hacerle a mi corazón al final.

O lo que yo estaba dispuesta a hacer por él.

—Haré lo que pueda —le dije a Alya, con la esperanza de calmar un poco su preocupación. Pero yo iba a averiguar lo que el padre de Aleksey le había hecho y lo que lo había destrozado.

Sólo tenía que ser inteligente.

—Creo que deberías ponerte ese vestido amarillo esta noche —cambió ella de tema rápidamente —. Te queda increíble.

A pesar de todos mis pensamientos e intentos de racionalizar mis sentimientos por Aleksey, me sonrojé ante la idea de tener toda su atención esta noche.

Tras despedirme de Alya, cogí el coche que me esperaba de vuelta al pent-house, sumida en mis pensamientos durante todo el trayecto. ¿Qué había ocurrido entre Aleksey y su padre? ¿Me lo

diría si se lo preguntara?

No estaba muy segura. Aleksey era claramente una persona reservada, y yo apenas estaba empezando a romper el muro de hielo que lo rodeaba. Además, él sospechaba que yo tenía otros planes al casarme con él.

Como si yo fuera a ayudar a mi padre. Podría haber seguido adelante con este matrimonio, pero no buscaba destruir a mi propio marido.

*Ya no.*

Las cosas habían cambiado entre nosotros. Yo no quería ser mi padre. No quería pensar que todo el mundo era un objetivo, un peón que se podía utilizar en beneficio.

Casarme con Aleksey podría haber sido una frase más al principio, pero ahora me daba cuenta de que me había abierto puertas en las que antes no había pensado. Aún tenía que aprovechar lo que me aportaba el apellido que llevaba y lo que podía darme en mi vida.

Tras entrar en el pent-house, me dirigí al dormitorio y dejé las bolsas sobre la cama, sacando el vestido amarillo de su bolsa. Era un vestido bonito, con un escote en V que dejaba ver mi pecho. Tenía una abertura a lo largo del muslo, lo que daría a Aleksey mucho que mirar cuando llegara a casa.

Sentí una secreta emoción al pensar que no solo miraría el vestido, sino que se tomaría todo el tiempo que quisiera para quitármelo. Quería ver ese brillo en sus ojos, el que iba seguido de un beso abrasador, o tal vez de él apretándome contra cualquier pared del pent-house.

Me abaniqué. Era fácil olvidarme de cualquier otra cosa cuando pensaba así en mi marido.

Me colgué el vestido del brazo y me dirigí al baño. Aleksey llegaría dentro de un rato y pensaba dejarle ver el vestido en plena acción.

Tal vez, sólo tal vez, al hacerlo, podría conseguir que se abriera un poco sobre sí mismo y sobre esa tensión que había vivido entre él y su padre.

¿Era lo que había pasado la razón por la que él se había ido a Nueva York? ¿Era algún extraño giro del destino entre su padre y él la razón por la que yo ya no tenía a mi hermano aquí en la Tierra?

Mis pasos vacilaron y respiré hondo. Parecía que nuestras familias habían estado entrelazadas mucho antes de que yo entrara en escena, y a un nivel más alto de lo que yo podía imaginar.

¿Le había enviado el padre de Aleksey a matar a mi hermano en Nueva York?

Si era así, al parecer el contrato estaba decidido desde hacía mucho tiempo, según mi padre. Si ese era el caso, ¿cómo podía el padre de Aleksey enviar a su hijo, sabiendo que, en algún

momento, él y mi hermano se cruzarían?

Sacudiendo la cabeza, continué hasta el cuarto de baño, colgando el vestido en la parte trasera de la puerta para poder desvestirme.

Había muchos agujeros en esa situación, yo necesitaba obtener información para llenarlos y poder entenderlo todo, y mi marido iba a ser el comienzo de mi investigación. Si él no compartía nada conmigo, entonces tendría que darle una razón para hacerlo.

Su hermana tenía razón. No quería ser infeliz en mi vida ni en mi matrimonio. No podíamos tener secretos entre nosotros para ser felices.

## Capítulo 22
## Aleksey

—Asegúrate de que se revisen esos documentos —dije al entrar en el vestíbulo del edificio—. Y que nadie diga una palabra hasta que esté seguro de que mi Tío no ha tenido nada que ver con esto.

Boris asintió mientras me seguía.

—A estas alturas da igual que pongas un puto cartel.

Me pasé una mano por la cara, sintiendo el cansancio de los acontecimientos del día sobre mis hombros. Había realizado innumerables entrevistas con los implicados en un intento de averiguar qué demonios estaba pasando con los pagos desaparecidos.

Pero nadie parecía saber qué había pasado.

No estábamos hablando de un par de cientos de dólares. Hablábamos de cientos de miles de dólares, lo suficiente para que se notara. O alguien era jodidamente estúpido, o quería llamar mi atención.

Pulsé el botón del ascensor y me volví hacia Boris.

—Necesito más pruebas.

—Entendido —dijo él, señalando las puertas cerradas—. ¿Vas a ir a algún otro sitio esta noche?

—No —pensé en Elia y en nuestro arruinado día juntos, negando con la cabeza—. A ningún otro sitio.

La sonrisa comemierda de su cara me dio ganas de darle un puñetazo.

—No te atrevas a decir una palabra —le dije.

Levantó las manos.

—A sus órdenes, Aleksey Fyodorovich.

Lo fulminé con la mirada cuando se abrieron las puertas y entré.

—Estaré en contacto —le dije desde adentro.

Boris se despidió y las puertas se cerraron, dejándome solo por primera vez desde que salí del pent-house esta mañana. Qué día tan agotador. No había conseguido nada que pudiera ayudarme, nada que pudiera darme siquiera los medios para ir tras mi Tío.

Todo lo que había conseguido de este día era un dolor de cabeza y más rabia que antes.

Alguien intentaba enviarme un mensaje. Y yo no podía entenderlo.

Las puertas se abrieron y entré en el pent-house; el olor a ajo y tomate flotaba en el aire. Elia estaba cocinando otra vez. Me rugió el estómago.

—¿Elia? —grité, me quité el abrigo y lo dejé sobre la silla.

Oí las pisadas de sus pies descalzos moviéndose por el suelo de madera antes de que apareciera por el pasillo, recogiéndose el pelo detrás de las orejas.

—Hola. Ya estás en casa.

No podía moverme, y mucho menos hablar. Estaba guapísima. Llevaba un vestido que dejaba ver sus hombros y un poco de escote, así como la mayor parte de sus piernas. Llevaba el pelo recogido, pero un rizo le colgaba tentadoramente cerca de la oreja.

Pero fue su sonrisa la que me dejó sin aliento. Me había preocupado de enviarla hoy con Alya, sólo porque mi hermana podía ser un poco difícil de tratar.

Al final, debería haberme preocupado por mí.

Encontré mi voz y me aclaré la garganta.

—¿Cómo ha ido tu día?

—Genial —dijo, juntando las manos. El movimiento hizo que se le movieran los pechos y gemí para mis adentros, sintiendo un tirón demasiado familiar en la ingle.

¿Cuánto tardaría en quitarle el vestido? ¿O quería dejárselo puesto para poder disfrutar de la insinuación de sus curvas ocultas bajo él?

Decisiones, decisiones.

—Tu hermana es increíble. Creo que nos vamos a hacer buenas amigas.

De repente se me secó la boca y me obligué a acercarme a la barra, esperando que no notara el bulto en la parte delantera de mis pantalones. Me temblaba la mano cuando cogí la botella de whisky y me serví un vaso, dando un sorbo lento para calmarme.

—Está bien —dije finalmente—. Ella no se parece en nada a mí.

Elia vino a ponerse a mi lado, el olor de su perfume burlándose de mis sentidos.

—Y tú, ¿Has conseguido todo lo que te habías propuesto hoy, Alyosha?

Mi nombre salió como un ronroneo de sus labios y tuve que luchar para no llevarla contra la pared, para no apretar mi cansado cuerpo contra el suyo y perderme durante unas horas.

—No, no lo hice.

Su mano se apoyó en mi brazo y me obligó a mirarla, con el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

Mil pensamientos surgieron de repente. Lo que ella podría ayudarme es a olvidar todo lo que ha pasado hoy.

—Sólo busco un dinero que me falta —le dije.

Elia arqueó una ceja.

—Debe de ser mucho para que salgas corriendo de aquí y estés fuera todo el día.

—Lo es —admití—. Alguien ha decidido robarme, y estoy intentando averiguar quién coño tiene los cojones para hacerlo.

Para mi sorpresa, Elia no se inmutó ante mi repentino arrebato.

—¿Has encontrado algo? —preguntó, claramente preocupada por mis asuntos. Supongo que también eran suyos, pero hasta ese momento ella no me había planteado que le interesara saber qué pasaba con la Mafia.

Ella podría ser un activo que yo no había esperado encontrar. ¿Cuánto sabía Elia sobre los negocios de su padre? ¿Cuánto lo entendía?

No esperaba que fuera una participante voluntaria, pero sentí que no era sólo una cara bonita que su padre guardaba en el bolsillo. Era más astuta de lo que creía. Y su amistad con Lana Keller… Ninguna princesa de la Mafia podría equilibrar la devoción a su familia con una relación personal tan estrecha con alguien de la oficina del fiscal.

No era alguien a quien subestimar.

Aún me quedaba la duda de que estuviera trabajando para su padre con el fin de conseguir algún objetivo no revelado hasta el momento. Pero ahora necesitaba toda la ayuda posible.

—No he encontrado nada importante, no —dije finalmente, pensando que era lo más seguro por el momento hasta que pudiera pensar un poco más. Quería confiar en ella. De verdad.

—Tu hermana —empezó tras unos instantes de silencio, con los dedos quemándome a través de la manga de la camisa—, dijo que tú y tu padre no teníais la mejor de las relaciones.

Maldita Alya. Por mucho que quisiera a mi hermana, a veces era una bocazas.

—Y ¿quién lo hace?

—Yo sé que yo no —admitió Elia.

La miré. Se mordía el labio inferior, como solía hacer siempre que se ponía nerviosa a mi lado.

De repente quise abrirme a ella. Quería contarle todos mis secretos. Quería que supiera todo lo que mi maldito padre me había hecho. Quería que oyera todo lo que había sufrido para convertirme en el hijo que mi padre necesitaba, el heredero que la Bratva necesitaba.

De algún modo, me hacía sentir así con una sola mirada.

Eso era peligrosísimo. Porque yo no podía confiarle mis secretos.

¿Podría confiar en que seguiría queriendo estar conmigo si lo supiera?

*No*… decidí. Nadie podía saberlo. La única persona a la que le permití conocer este oscuro secreto era Boris. E incluso entonces, ambos sabíamos que no debíamos hablar de ello tan abiertamente.

Yo no podía decirle a ella lo que había hecho. Nunca podría saber lo que mi padre me obligó a hacer. Yo no podía hablarle a ella del monstruo en su cama. El monstruo para el que ella se desnudaba cada noche.

Pero si me negaba a hablar, Elia iba a empezar a indagar en mi pasado. De eso estaba seguro. Y de ninguna manera podía dejarla hacer eso. Necesitaba que confiara en mí, lo que significaba que tenía que decirle *algo*.

—No teníamos la mejor de las relaciones —empecé, decidiendo que podía ocultar los detalles más oscuros de lo que había pasado sin contárselo todo—. Yo era su heredero. Me exigía lo que él pensaba que debía ser para continuar su legado.

Elia no retiró su mano de mi brazo, sólo la apretó con más fuerza, y eso me tranquilizó un poco.

—Él quería demostrarme algo —continué, y mis pensamientos se remontaron a aquellos días de antaño—. Que las mujeres sólo buscaban el poder.

Se le cortó la respiración.

—¿Qué hizo?

Tragué saliva, con las palabras en el borde de la lengua para decirle exactamente lo que me hizo hacer. Sería fácil decírselo de una puta vez y acabar de una vez, pero algo me contuvo.

—Me tendió una trampa —mentí—. Y una vez tendida la trampa, me hizo daño. De la peor manera que un padre puede herir a un hijo. Demostró su punto. Y me obligó a recoger los pedazos.

Elia guardó silencio, y me alegré. La rabia me corría por las venas al pensar en lo que realmente había pasado y en las secuelas que habían quedado.

*Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo.*

Aquel día, había querido matar a mi padre. Quería acabar con su miserable vida. En cambio, me quedé allí, impotente, mientras él miraba con aprobación. Y cuando me puso las manos en los hombros, diciéndome en voz baja que ya había aprendido la lección, me sentí impotente. Sin esperanzas. Me obligó a hacer algo imperdonable y luego me hizo sentir que estaba equivocado.

Como si *yo* lo hubiera arruinado a *él*.

—Y ¿es verdad?

Las tranquilas palabras de Elia llegaron hasta mí y me obligué a volver al presente, metiendo los acontecimientos de aquel día de nuevo en la caja en la que residían.

—¿Qué dices?

—El poder —dijo—. ¿De verdad crees que las mujeres sólo buscan el poder? ¿O crees que fue una mentira que inventó para que siguieras haciendo su voluntad?

Yo no sabía qué pensar. Había crecido en un hogar donde el poder lo era todo. En cuanto intentaba salirme de la línea, mi padre me obligaba a volver a ella, eligiendo lo único que sabía que podía mantener sobre mi cabeza. Arruinó mi vida, destrozó mi alma y rompió cualquier ilusión de que yo pudiera ser algo distinto de lo que exactamente él quería que yo fuera.

—No importa —dije finalmente—. El pasado es el pasado. Lo único que podemos hacer es dejarlo morir.

Elia deslizó su mano para retirar el vaso de la mía, dejándolo suavemente sobre la barra antes de tomar mi mano entre las suyas.

—Ven conmigo.

Curioso y tenso por nuestra conversación, dejé que me llevara hasta el sofá, sentándome cuando me empujó hacia él.

—¿Qué haces? —pregunté con la voz tensa.

Se subió a mi regazo, con el dobladillo del vestido amarillo subiendo peligrosamente por su

muslo cremoso.

—No pienses —empezó mientras sus dedos tiraban de mis botones—. No preguntes. Relájate y confía en mí.

*Confiar*… yo no conocía el significado de esa palabra. Nunca había sido capaz de aceptarlo. Entre mi Tío, el dinero desaparecido y la confusión de este matrimonio, no tenía nada en lo que confiar.

Pero cuando sus dedos desabrocharon los botones de mi camisa y la sacaron de la cintura, sentí que la tensión empezaba a desaparecer de mis hombros. Ella podía ser el ancla que había estado buscando, la razón por la que mantenía la cordura en estos momentos.

Elia podría ser algo importante en mi vida.

Ella podría hacerme confiar de nuevo.

Mi camisa cayó silenciosamente en el suelo y los delicados dedos de Elia se deslizaron por mi pecho.

—Por favor —murmuró mientras sus labios encontraban el lateral de mi cuello y su lengua se deslizaba hasta la línea de mi mandíbula para depositar pequeños besos a lo largo del hueso—. Yo estoy aquí para ti.

Incliné la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, permitiéndome olvidar todo lo que no fuera lo que Elia estaba haciendo en ese momento. Bajo sus caricias, sentí que podía ser otra persona. Sentí que podía ser algo más que un monstruo con el corazón marchito y muerto.

Cuando sus uñas rozaron mi abdomen, gemí en el fondo de mi garganta, sabiendo hacia dónde se dirigían sus manos.

Ella era todo lo que quería en ese momento. Todo lo que yo necesitaba.

Yo necesitaba esto. La necesitaba a *ella*.

Así que dejé que me quitara el cinturón y me desabrochara los pantalones, bajando la cremallera hasta que mi polla brotó en sus manos. Con la mirada perdida, la vi deslizarse hasta el suelo, colocándose entre mis piernas.

—¿Qué estás haciendo? —susurré, sabiendo la respuesta.

Me dedicó una sonrisa pícara mientras me agarraba la polla con la mano, frotándola de la raíz a la punta. ´

—¿Qué te parece que estoy haciendo, Alyosha?

Le dediqué una sonrisa torcida.

—Parece que tus benditos labios están a punto de estar en mi puta polla, Elia.

—Esa es la respuesta correcta —sonrió antes de bajar la boca hacia mí. Siseé cuando su boca se deslizó sobre mi polla, llevándome hasta el fondo de su garganta hasta que no pudo más. Era buena en esto, entre un millón de otras cosas que se le daban bien. Pero en esto no tenía parangón.

Mis manos se deslizaron por su pelo, pero dejé que ella tomara el control, moviendo la cabeza mientras su lengua recorría en círculos la sensible cabeza.

Tarareó y yo casi perdí el control en ese mismo instante, sacudiéndome con fuerza contra su boca. Casi podía sentir la sonrisa en sus labios mientras envolvían mi dureza, decidiendo que probaría de su propia medicina cuando me tocara a mí.

Porque al final me iba a tocar a mí.

Sus uñas rozaron la piel sensible y tiré de su pelo, apartándola de mi dolorida polla.

—Todavía no —dije cuando sus ojos se encontraron con los míos—. No vas a ganar tan rápido.

Parecía satisfecha de sí misma mientras se balanceaba sobre sus talones, con los ojos llenos de un calor que podía sentir correr por mis venas.

—Quítate el vestido —dije con voz ronca, agarrando mi polla con la mano—. Quiero verte.

Los ojos de Elia viajaron hasta donde yo me tocaba y cuando su lengua rosada recorrió sus labios, apenas pude controlar el torrente de deseo que se agolpaba en mi polla.

—Cuidado Elia —gruñí—. O podría perder el control.

—Esa es la idea.

Volvió a sonreír mientras se ponía de pie descalza y se llevaba la mano al dobladillo del vestido, tirando de él con cuidado por encima de su cabeza para revelar un conjunto de lencería que no dejaba nada a la imaginación.

Si esto era lo que yo conseguiría enviándola de compras, entonces iba a hacerlo más a menudo.

También me di cuenta en ese momento de que mi mujer era preciosa de una forma que le era propia. No era una modelo delgada como un palo, pero tenía curvas en todos los sitios adecuados. No importa cuántas veces se desnudara ante mí, nunca sería capaz de saciarme.

Ella era una flama, y yo la polilla atraída irresistiblemente hacia ella. Y cada vez que se encendía, yo quería quemarme en su luz.

—Ven aquí —dije con voz ronca.

Elia se acercó a mí hasta situarse entre mis piernas abiertas y yo le pasé las manos por los costados antes de encontrar el broche de su sujetador. Con un movimiento práctico, lo desabroché y lo dejé caer. Cogí sus pechos con las manos y acaricié los sonrosados pezones.

—Preciosa.

—Oh, Aleksey —gimió ella, apretándose contra mis manos.

Me incliné hacia delante y me llevé su pecho a la boca, oyendo cómo ahogaba un grito ahogado. Ella estaba intentando que yo moviera la mano hacia el sur, donde sabía que estaría empapada. Pero me contuve. Me concentré en la tarea que tenía entre manos.

Aún no había terminado con sus pechos. Ni mucho menos.

Cambié de lado y ella deslizó los dedos por mi pelo, sujetándome mientras le devoraba el otro pecho con la misma intensidad, rozando con los dientes el sensible pico más de una vez.

Iba a devorarla.

## Capítulo 23
## Elia

Aleksey iba a ser mi muerte. Mi cuerpo estaba tenso como la cuerda de un arco y cada caricia suya me dejaba con ganas de más. Me dolía por él, y anhelaba que calmara ese dolor de la forma en que sólo él podía hacerlo.

Lo quería dentro de mí. Nunca había pensado que desearía tanto a alguien en mi vida, pero Aleksey lo hizo.

Me hizo desearlo.

Cuando se separó de mí, solté un pequeño gemido.

—Tranquila —murmuró mientras se levantaba—. Te quiero en nuestra cama.

*Nuestra cama*. Se me estrujó el corazón al pensarlo. Era *nuestra* cama. Era *nuestro* matrimonio. No importaba lo que pasaba fuera de estas paredes o los secretos que Aleksey guardara en su corazón. Cuando él entraba en este pent-house, entraba en otro mundo, en otra vida.

Era sorprendente lo rápido que habíamos caído el uno en el otro desde nuestro primer encuentro oficial. Habíamos jurado que nunca dejaríamos que nuestros sentimientos se interpusieran en nuestro camino, pero eso fue exactamente lo que ocurrió. En algún momento, nos habíamos vuelto adictos el uno al otro. Y nada podía quitarnos el hábito.

Aleksey no se molestó en abrocharse los pantalones, sino que se los dejó colgando de las caderas mientras me cogía de la mano y me llevaba por el pasillo hasta el dormitorio.

—Súbete a la cama, Elia —gruñó, con voz dura e insistente.

El corazón me retumbó en el pecho y obedecí. Cuando me subí a la cama, me aseguré de levantar el culo hacia él para que pudiera ver bien a través del endeble material de mi ropa interior. Ni una sola vez se quejó de mi actuación, pero yo seguía sintiendo la necesidad de probarme ante él. Tentarle y hacer que me deseara hasta que él apenas pudiera controlarse.

Tal vez fuera su silencioso dominio. Aleksey nunca levantaba la voz para ejercer su poder.

Sólo tenía que entrar en la habitación.

Se acercó a la cama y mi estómago se estremeció de anticipación cuando sus manos se deslizaron desde mis tobillos hasta mis pantorrillas.

Cuando me empujó hacia el borde de la cama, sentí que todos los nervios de mi cuerpo se disparaban a la vez en rápida sucesión.

—Aleksey —dije, con la respiración entrecortada—. ¿Qué estás haciendo?

—Relájate —dijo contra la parte interior de mi muslo, subiendo la mano hasta que sus dedos rozaron el encaje de mis bragas—. Te estoy adorando, Elia.

*Adorándome*. ¿Me estaba adorando? Desde donde yo estaba, parecía más bien que me estaba torturando.

Su dedo enganchó el borde de mis bragas y las apartó. Casi de inmediato, su boca presionó mi húmeda raja. Jadeé al notar el pinchazo de su barba en mi sensible piel desnuda. Mis piernas se abrieron más ante su contacto, para darle mejor acceso mientras me retorcía bajo sus caricias. Me sentía desvergonzada de lujuria cada vez que él se deleitaba con mi sexo. Podía hacer lo que quisiera entre mis muslos y no me importaría.

Aleksey separó mi raja y su lengua encontró mi clítoris, duro y dolorido por la necesidad. Su lengua azotó la sensible carne y mis dedos se clavaron en el edredón. Estaba tan cerca, tan cerca, pero su lengua me hacía sentir demasiado bien como para soltarme.

*No quería que este momento terminara.*

Cuando deslizó un dedo en mi interior, gemí con fuerza y mi cuerpo se tensó contra la agradable intrusión. Ardía por él, conteniendo desesperadamente la liberación que se acumulaba en lo más profundo de mi ser. Aleksey levantó la cabeza y me encontré con su mirada ardiente, con el corazón dándome un vuelco en el pecho al ver mi humedad brillar en sus labios.

—Sabes como el puto cielo —dijo, metiendo y sacando el dedo lentamente—. A miel.

Apenas le oí mientras el placer me invadía poco a poco, mordiéndome el labio inferior al sentir que mi inevitable orgasmo se acercaba lentamente.

—No te atrevas a apartar la mirada —gruñó—. Quiero verte perderte en lo que te estoy haciendo, Elia.

Gemí, pero no rompí nuestra conexión visual, rogándole en silencio que no dejara de hacer lo que estaba haciendo. Su mano libre se apoyó en mi clítoris tembloroso y grité cuando el placer me invadió, una oleada tras otra en una sucesión extática sin fin, dejó mi cuerpo temblando.

Aleksey retiró la mano y se colocó entre mis piernas, rozando mi entrada con su polla.

—Mía —dijo, su mano recorriendo posesivamente mi cuerpo aún tembloroso—. Mía. Mía. Mía.

Sí, yo era suya. No podía negarlo. No quería a nadie más. No quería dejar este matrimonio, como lo había hecho cuando me lo informaron por primera vez. No importaba quién había sido él en el pasado y lo que le había hecho a mi familia.

El odio que le tenía se me escapaba poco a poco, como agua entre los dedos. No importaba lo desesperada que estuviera por aferrarme a él, no podía.

Rodeé su cintura con mis piernas y le obligué a entrar en mí, viendo su rostro mientras lo hacía. Antes había estado tan cerca que sabía que él tampoco podría contenerse mucho más.

—Mírame Aleksey —le dije en voz baja, inclinando las caderas para que pudiera introducirse hasta el fondo—. Mírame mientras me follas.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Y qué más quieres que haga, Elia?

—Quiero que pierdas el control —susurré, jadeando mientras mi cuerpo se estiraba para acomodarse a él—. Quiero sentir cómo te vacías en mí. Quiero que te rompas dentro de mí como tú me rompes en tus manos. Quiero no saber dónde acabo yo y dónde empiezas tú.

Las fosas nasales de Aleksey se encendieron y sus manos buscaron mis caderas.

—¿Es esto lo que quieres? —bromeó mientras se apartaba—. Dime la verdad, Elia.

—Sí —gemí, apretando las piernas alrededor de sus caderas para atraerlo de nuevo—. Dios, sí.

Me dio lo que quería. Me aferré a él mientras me penetraba una y otra vez. Cada profundo golpe dentro de mí me llevaba a otra altura que me dejaba colgando peligrosamente del momento en que me caería, perdiendo todo el sentido de quién y qué era yo.

Aun así, Aleksey no aflojó el ritmo, sus dedos se clavaron en mis caderas mientras nuestros cuerpos se levantaban para recibir cada embestida, sin apartar los ojos de los míos.

—Vamos —dijo, con la respiración agitada—. Córrete conmigo, Elia.

—Aleksey —le supliqué, clavándome las uñas en las palmas de las manos—, si, por favor.

Su expresión se endureció cuando por fin soltó el control, mi nombre en sus labios mientras se derramaba dentro de mí, todo su cuerpo tenso y tembloroso.

Observé fascinada cómo echaba la cabeza hacia atrás y rugía. No había nada más sexy que lo que estaba presenciando ante mí.

Aleksey me hacía explotar. Podía sentirlo en mis huesos, mientras mi cuerpo se arqueaba de placer. Podía sentirlo en mi coño, mientras ordeñaba su preciosa y perfecta polla. Podía sentirlo en mi vientre, mientras bebía hasta la última gota de su ardiente semilla.

Finalmente, él salió de mi cuerpo tembloroso y me miró. Apenas podía recuperar el aliento, un millón de emociones diferentes luchaban en mi interior y apenas podía desahogar una sola.

Por mucho que quisiera negarlo, yo tenía una conexión con Aleksey.

Cuando él volvió a bajar para reclamar mis labios, mi ritmo cardíaco se triplicó y cualquier atisbo de determinación que pudiera tener se desvaneció.

Yo podría enamorarme de él. Sería fácil.

Una persona normal probablemente vería nuestra relación y pensaría que nunca funcionaría, pero los dos veníamos del mismo tipo de problemas familiares. Nos entendíamos a un nivel diferente, y algunas de las cosas que otros no podían superar, nosotros sí.

Juntos.

## Capítulo 24
## Elia

Me permití, jadeante, fundirme en el calor del espacio entre nuestros cuerpos.

—¿Te encuentras mejor? —pregunté suavemente, con los dedos recorriendo el antebrazo que me rodeaba la cintura. En sus brazos, me sentía segura, protegida.

—Sí —suspiró, y sus labios rozaron mi piel—. Es bueno volver a casa después de la *mierda* con la que he lidiado hoy.

Encerré esas palabras en particular, tratando y fallando en no dejar que me impactaran.

—Siento que tengas que lidiar con algo de eso.

Se rio, y el sonido de su risa me calentó hasta los pies.

—Es parte del trabajo, me temo.

Me giré en sus brazos hasta que estuvimos cara a cara.

—¿Crees que tu Tío está detrás de esto?

La sorpresa brilló en sus ojos.

—¿Eso crees tú?

Me encogí de hombros.

—¿Quién si no él querría hacerte daño así?

Aleksey tragó saliva y yo alcé la mano para acariciarle la frente, sin saber por qué me preocupaba tanto por él o por esto. Oírle decirme algo así era un gran paso. Podría haberme ignorado fácilmente, como muchos hombres de su posición hacían con sus esposas. Pero él estaba compartiendo la información, y yo estaba feliz por ello.

—Tienes razón —dijo finalmente, exhalando un suspiro—. Tengo mis propias sospechas, pero tengo que probarlas.

—Es probable que mi padre también forme parte de esto —dije lentamente, dándome cuenta. Ellos hicieron posible este matrimonio. Yo no creía que hubieran acabado aún con nosotros—. Incluso si no me lo dice. Le va como anillo al dedo.

Aleksey se quedó callado y yo calmé mi tacto, preguntándome qué estaría pensando.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Sus ojos se encontraron con los míos y vi una guerra en sus profundidades. La profundidad de sus emociones casi me deja sin aliento.

—Me has sorprendido —dijo por fin, subiendo la mano para apartarme el pelo de la cara—. Eso es todo.

—¿En qué sentido?

Una sonrisa se dibujó en sus labios y todo mi cuerpo se ablandó. Dios, ¡estaba guapísimo cuando sonreía así!

—Sabes muy bien cómo fluye el poder dentro de las familias, aunque hayas tenido que recomponerlo todo tú sola.

Le dediqué una pequeña sonrisa, intentando no ceder al cumplido al pensar en cómo podría sorprenderle.

—La gente me subestima todo el tiempo —confesé—. Mi padre siempre lo ha hecho. Pensaba que no le escuchaba, y después… —se me cerró la garganta y tuve que aclararla—, después de la muerte de Luca, pareció volverse un poco más libre con su información.

La mayor parte del tiempo, nadie se daba cuenta de que yo estaba en la habitación. Siempre había sido una mosca en la pared, el niño adicional que podía ser ignorado porque mi presencia era insignificante.

Aleksey guardó silencio unos instantes antes de inclinarse y rozar sus labios con los míos.

—Yo nunca te subestimaré, Elia.

Había algo en la forma en que pronunció esas palabras que me produjo un escalofrío. Una cosa era decírmelo en broma. Pero lo había dicho tan en serio, tan en serio, que enseguida reconocí la intención que había detrás de sus palabras.

*Nunca bajaré la guardia contigo.*

Entonces volvió a sonreír. El hechizo se había roto, pero el daño permanecía. La sospecha se me quedó en la nuca cuando apretó sus labios contra mi piel.

Tiernas oleadas de emoción entraron en conflicto en mi corazón. Un día iba a destrozarme. Yo iba a quererle demasiado. Yo iba a darle demasiado de mí misma. Un día él tendría mi corazón en sus manos y lo rompería.

Estaba segura de ello.

—Eres tan jodidamente hermosa —respiró mientras sus labios bajaban hasta mi oreja y su

aliento caliente me hacía cosquillas en la piel—. No puedo quitarte las manos de encima.

—Nunca te he dicho que lo hagas —suspiré, feliz por la distracción que nos consumía.

Aleksey levantó la cabeza. Pude ver la ardiente intensidad en sus ojos, pude sentir cómo su polla empezaba a endurecerse contra mi pierna, y pude percibir que su mente giraba de un lado a otro con pensamientos. Levanté la mano y recorrí la pequeña cicatriz que tenía cerca de la ceja izquierda. Algún día le preguntaría por sus cicatrices, pero ahora no quería estropear el instante.

Era demasiado perfecto. Demasiado bueno. Quería concentrarme en el rayo de sol que atravesaba las nubes de tormenta entre nosotros, y no en las nubes negras que amenazaban con ahogar toda luz en la distancia.

En un instante, Aleksey tiró de mí hasta que me senté a horcajadas sobre su cuerpo. Su polla presionó insistentemente contra mi culo. La expresión de su cara me dolió en el alma. Había una vez un hombre despreocupado detrás de esos ojos. Pero ese hombre había muerto, y en su lugar estaba mi marido.

Mi marido que no confiaba en nada ni en nadie. *Le obligaron a casarse, igual que a mí*, me recordé. No importaba lo bien que lo ocultara, si él hubiera tenido alguna opción en esto, nunca lo habría aceptado.

Igual que yo.

Sin embargo, aquí estaba. No, aquí *estábamos*. Cuerpos sudorosos y agotados, pero listos para entregarnos el uno al otro. Una y otra vez hasta que finalmente nos derrumbábamos el uno sobre el otro, saciados pero hambrientos, juntos pero separados. Todo en nuestro matrimonio era una contradicción. Cuanto más nos hundíamos en ella, más ansiaba yo la sencillez.

Estábamos atrapados juntos. Hasta la muerte.

Este era el hombre que iba a estar a mi lado mientras ambos estuviéramos vivos.

—Me alegro de tenerte —me dijo, devolviéndome al presente, con sus manos recorriendo mis costados de arriba abajo.

La naturaleza burlona de su tono me ablandó, y opté por creer que era sincero en su palabra. Incluso si algo nos esperaba, para arruinar esto que empezaba a crecer entre nosotros, recordaría este momento. Este era el Aleksey que podía engañarme a mí misma para amar.

El que podía romperme el corazón.

Así que me incliné y le besé, dejando que mis manos se deslizaran por su pelo. En ese momento, no existía nadie más que nosotros dos.

Nadie más.

Aleksey inició el beso y, antes de que me diera cuenta, yo estaba de espaldas una vez más y él se deslizaba dentro de mí hasta que no pudo moverse más.

—Elia —respiró contra mis labios.

El secreto que estaba a punto de revelar murió en sus labios cuando cerré los míos contra los suyos. No quería que terminara. No quería adivinar qué más intentaría decirme. Porque si lo decía, podría demostrar que estábamos dispuestos a derribar nuestras barreras.

Y yo no estaba preparada para eso. Ni mucho menos.

—Aleksey —dije en su lugar mientras sus manos me acariciaban los pechos.

Mi marido levantó la cabeza y nos miramos fijamente, buscando mentiras entre nuestras miradas.

—Di mi nombre —dijo por fin mientras empezaba a moverse—, dilo otra vez, Elia.

Hice lo que me pedía, gritando su nombre una y otra vez bajo él, a veces como una súplica y a veces como una cura. Pero si me pidiera una aclaración, no podría decírselo. Los dos sonábamos igual en nuestros estertores de pasión.

Mucho más tarde, después de que ambos estuviéramos envueltos el uno sobre el otro, me encontré deseando que lo que fuera aquello pudiera mantenerse. No nos habíamos unido por un futuro para nuestras familias. Ninguno de los dos lo creía. Pero tal vez, sólo tal vez, podríamos sobrellevarlo juntos hasta el final. Si fingíamos lo suficiente, todo podría volverse real.

Porque la dura verdad era esta: Aleksey estaba empezando a convertirse en alguien muy importante en mi vida. Y yo haría todo lo posible para no perderlo. Haría todo lo posible para que no dejara mi corazón hecho pedazos.

Sacudiéndome la familiar preocupación, me arrimé más a mi marido y me dejé impregnar por el calor de su firme y ancho cuerpo.

En *eso* era en lo que tenía que concentrarme.

Porque si me atrevía a concentrarme en otra cosa, podía perderlo *todo*.

## Capítulo 25
## Aleksey

Miraba por la ventana de mi despacho, tamborileando con los dedos sobre el escritorio. Esta mañana, después de una ronda de llamadas telefónicas y reuniones, estaba cansado de mirar el paisaje.

Estaba en mi pent-house, unas puertas más abajo de donde sabía que estaba mi mujer. Normalmente no me gustaba hacer negocios donde me alojaba. Pero algo me decía que no quería alejarme demasiado de Elia. No era ella en concreto. Era la sensación de que, si me iba, la burbuja que nos rodeaba se rompería y perdería algo que me era muy querido. Algo frágil.

Habían pasado tres días desde que me enteré de la desaparición del dinero de la red de apuestas, tres días de silencio y tres días de preguntas interminables, cada una de ellas una versión ligeramente reformulada de una pregunta ya formulada.

Me estaba cansando de las preguntas constantes.

Quería acción.

Suspirando, me pasé una mano por la cara. Quería demostrar de algún modo que mi Tío estaba detrás de todo aquello. Aunque no quería aceptar que él pudiera estar intentando destruir intencionadamente la Bratva y nuestro propio sustento desde dentro, creía que quería demostrar que podía crear una crisis y luego intervenir como quien la arreglaba.

Si lo hacía, reforzaría su caso para ser él el Pakhan. No yo.

Odiaba pensar de esa manera. Cuando era niño, el Tío Misha había sido uno de mis héroes. Él era lo que mi padre nunca fue: un hombre que me dio una apariencia de infancia. Me proporcionó todas las cosas normales que un niño puede desear. Donde mi padre no era más que un frío negociante, el Tío Misha había estado ahí para ser el tío divertido.

Las cosas cambiaron cuando cumplí trece años. Una vez que mi padre empezó a moldearme como el heredero que se suponía que debía ser, el Tío Misha mantuvo las distancias. En aquel momento no lo entendí. Pero ahora estaba claro que todo no había sido más que una coreografía cuidadosamente planeada entre ellos.

Papá me había enseñado a cortar todas las relaciones que me importaban. Y Tío Misha cumplió.

Suspiré mientras volvía a tamborilear con los dedos. *¿Y Elia?* ¿Tendría que cortar también esa relación cuando me dispusiera a hacer lo que mi padre quería, fuera lo que fuese?

No tenía una buena respuesta. Una parte de mí me decía que debía, que tenía que hacerlo. Pero otra parte de mí se atrevía a contemplar un camino diferente.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. Me aclaré la garganta.

—Adelante.

La puerta se abrió y Elia entró, con expresión ansiosa. Mi polla se agitó al ver su falda lápiz y su blusa de flores, la forma en que llevaba el pelo peinado hacia un lado, dejando al descubierto la columna de su cuello donde habían estado mis labios a primera hora de la mañana, y la preocupación que brotaba de sus ojos.

Ella no tenía ni idea de lo que me había hecho. Incluso ahora empezaba a olvidar por qué le había pedido que viniera a mi despacho, dividido entre el deseo de hablar con ella y el de despejar mi escritorio para poder inclinarla contra él.

Nunca había deseado nada tanto y con tanta frecuencia como a ella. Debería preocuparme, pero no podía evitar desearla.

—¿Querías verme? —preguntó, mientras cerraba la puerta tras de sí.

Señalé una de las sillas delante de mi escritorio.

—Sí, quería. ¿Tienes tiempo?

Asintió y tomó asiento, visiblemente nerviosa. Mantenía la mirada baja y las manos cuidadosamente cruzadas sobre el regazo, casi como si lo hubiera practicado.

—No pasa nada —añadí apresuradamente.

La verdad era que disfrutaba con ella. Vivía por sus risitas, por cómo jadeaba en mis brazos. Vivía por la forma en que se apretaba contra mí, por las sensaciones que me hacía sentir en los momentos tranquilos. De alguna manera, ella se había convertido en una válvula de escape, en una forma de echar un vistazo a las posibilidades de abrir mi corazón.

Y a pesar de las dudas que aún me quedaban sobre ella y las intenciones de su familia, mentiría si dijera que no la añoro cuando se va.

Aun así, me preocupaba. Todo estaba funcionando jodidamente bien, y sabía que las cosas así no funcionaban para siempre.

—Lo siento —dijo en voz baja—. No me gusta que me llamen a la oficina de un Don.

*Por supuesto,* noté.

¿Cuántas veces le había hecho esto su padre? ¿Cuántas veces escuchó malas noticias sobre cosas que estaban fuera de su control y que destruirían su vida? ¿Una llamada vacilante, la inevitable invitación y, finalmente, sentarse antes de verse obligada a escuchar y aceptar lo que la otra parte dijera?

Asentí con la cabeza y salí de detrás del escritorio, acomodándome en la silla junto a ella.

—¿Mejor así?

Elia sonrió, pero siguió desviando la mirada.

—Un poco.

¿Así se había enterado acaso de la muerte de su hermano? ¿Fue así como se enteró de este matrimonio? ¿Qué más había hecho Ludovico? Cada pregunta no formulada despertaba curiosidad, pero detrás de ellas había llamas de ira. *Era tu hija, bastardo*. Si se parecía en algo a mi padre… si le había hecho alguna de las cosas que mi padre me hizo a mí…

*Entonces nuestros padres no eran diferentes el uno del otro*. Monstruos. Demonios.

—¿Dijiste que querías hablar conmigo? —preguntó finalmente.

—Sí, quiero —respondí—. Necesito tu consejo.

El asombro en su rostro era real, e incluso yo mismo aún no podía creer que las palabras estuvieran saliendo de mis labios. Nunca pedía ayuda a los demás. Pero esto era algo que ya no podía manejar solo. Tenía que tener cuidado con mis próximos pasos. Y de alguna manera, sentí que Elia me ofrecería otra perspectiva que necesitaba urgentemente.

—Muy bien —entrelazó sus dedos en su regazo y me lanzó una rápida mirada—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías? —le pregunté, sin encontrar amargura en mi voz. Sorprendentemente, me pareció normal. Demasiado normal.

Elia respiró hondo y pude ver cómo le daban vueltas las cosas en la cabeza. Me excitaba que reflexionara tan profundamente cuando se trataba de negocios y de ganarse la vida, como si lo hiciera a largo plazo.

—Bueno —dijo finalmente—. Si yo pensara que mi Tío quiere arruinarme, lo último que haría sería asustarle. Cuanto más le presiones, más probable es que intente cubrir sus huellas. Yo digo que lo dejes pasar.

*Interesante…*

—De esa manera —continuó Elia—, puedes encontrar a cualquiera que él esté utilizando y que no esté totalmente de acuerdo con sus planes, y abrir una brecha entre ellos. Entonces, y sólo entonces, ejercer presión.

—Impresionante —admití, sorprendidísimo. No sabía por qué me sorprendía—. ¿Cómo has llegado a esta conclusión?

Me sonrió tímidamente.

—Cuando Luca y yo éramos más jóvenes, solíamos actuar así para nuestra propia obra. Nos preguntábamos qué hacer, como si fuéramos pequeños jefes. Creo que me utilizaba como estrategia para el día en que él sustituyera a mi padre.

En cuanto las palabras salieron de su boca, se *congeló*, como si hubiera dicho demasiado.

Era imposible no ver el dolor que se reflejaba en su rostro. Sus dedos se apretaron entre sí, con los nudillos blancos por la presión, y volvió a apartarse para ocultarse tras una cortina de su pelo.

—Ustedes eran muy unidos.

Elia asintió.

—Tan unidos como tú y Alya. Quizá más.

Abrí la boca para disculparme, pero sabía que no podía. Ninguna disculpa podría deshacer el pasado.

Nada de lo que yo dijera podría llenar el vacío de su corazón. Las palabras serían huecas. Porque la fea verdad era que yo no me arrepentía de haber matado a Luca Tarallo. Él me habría hecho lo mismo. Sólo me sentía mal por haberla herido a ella. Eso era todo.

Aunque Elia y yo nos hubiéramos casado antes de la muerte de Luca, habríamos seguido siendo enemigos bajo el barniz de una alianza.

Tras un rato de silencio, Elia volvió a mirarme. Esta vez me sostuvo la mirada un poco más.

—Estás pensando en algo más, ¿verdad?

—Sí —admití—. Creo que nuestro matrimonio está siendo utilizado en otro asunto.

—¿Como qué?

*Como una forma de distraerme contigo. Como una forma de que mi Tío me saque convenientemente del camino. Como una forma de enamorarme tan profundamente de ti que incluso podría considerar abandonar todo esto.*

Pero no podía decir ninguna de esas cosas. No a ella.

Y justo entonces, volvió a sonar el mismo inquietante estribillo.

*Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo.*

—No lo sé —dije finalmente—. No sé para qué se utiliza nuestro matrimonio, pero se utiliza para algo.

Ella levantó la vista, y esta vez no la apartó.

—¿Sabes cuándo una amenaza deja de serlo, Aleksey?

Negué con la cabeza.

—Cuando la amenaza ya no tiene fuerza —suspiró ella—. Es lo que yo creo. Soy el único heredero de los Tarallo. Al unirnos, ya no hay amenaza para el futuro de nuestras familias por parte del otro. Juntos, podríamos enfrentarnos a una amenaza mayor. Una que nos amenaza a todos por igual.

Ella tenía razón. Si estuviéramos luchando entre nosotros, entonces sería fácil para algún tercero colarse en uno u otro bando. Mi padre estaba muerto. Su hermano estaba muerto. Para los que miran desde fuera, ambos bandos parecen inestables en el mejor de los casos.

—¿Cómo quién? —pregunté—. ¿Tu amiga en la oficina del fiscal?

—No —respondió—. Alguien más. Alguien peor.

—¿Quién podría ser peor que la ley para la gente de nuestro mundo? —pregunté.

Elia se levantó de repente y se acercó a las ventanas que daban a la bulliciosa ciudad.

—Tal vez alguien que planea *utilizar* la ley para conseguir sus fines —dijo.

Me uní a ella, la estreché contra mi cuerpo y me sorprendió sentir cómo temblaba entre mis brazos.

—Estás temblando.

Respiró entrecortadamente.

—Creo que hay algo mucho más grande en juego. Algo que va mucho más allá de la rivalidad entre nuestras dos familias. Sea lo que sea, nos necesitará a ambos.

—¿Tienes alguna idea? —pregunté, apoyando la barbilla sobre su cabeza. Estaba de acuerdo con todo lo que decía.

Elia jadeó.

—Oh, Dios.

La giré en mis brazos y vi el pánico en su cara.

—¿Qué pasa? —pregunté con más urgencia. No me gustaba su expresión.

—Tu Tío —tragó saliva, como si le costara decir las palabras—. Debe querer usarme para crear un heredero… Uno que pueda heredar el legado de ambas familias. Uno que él pueda controlar. Me casó contigo y me trajo aquí porque… porque así *él* estaría cerca de *mí.*

Me di cuenta como un rayo, y de repente me alegré de haberme aferrado a Elia. *Él no*… pensé amargamente. *No se atrevería a hacer algo así.*

—Debe de ser eso —continuó Elia—. ¿Por qué si no iba a socavarte así? ¿Por qué si no querría hacerte parecer incapaz de controlar tu propia Bratva? Ha planeado todo esto hasta el más mínimo detalle. Y una vez que te hayas ido… él… él…

La abracé mientras la rabia hervía bajo mi piel. De todas las cosas que pensé que el Tío Misha podría hacer, esto era lo más bajo de lo bajo. Realmente *pensó* que podía poner sus manos en lo que era mío. Primero fue la Bratva, y ahora *mi esposa*.

*Si te atreves a tocarla, Tío, te destrozaré con mis propias manos. Si la miras mal, acabaré contigo.*

—Él no se atrevería.

—¿Qué otra cosa podría ser? —susurró ella, apartando la mirada—. Prácticamente tiene todo lo que necesita. Pronto no te necesitará más. Y sin ti para protegerme… —se le quebró la voz—, estaré a su merced.

Maldije mientras la estrechaba contra mí, mi mente se arremolinaba con posibilidades, cada una peor que la anterior. Pero lo que dijo Elia tenía sentido. Tenía mucho sentido.

El Tío Misha ya había clavado sus garras en mi madre, pero ella no podía darle el heredero que él necesitaba. Lo que sí le *dio* fue un aire de legitimidad. Todo el mundo seguía conociendo a Raissa como la esposa de Fyodor, la reina viuda de la Bratva. El anillo del Tío Misha en el dedo de Madre significaba que se le asociaría con ella. Pero mi madre nunca fue su objetivo. Ella nunca podría darle un heredero.

Y mientras yo había pasado diez años en Nueva York, el Tío Misha había pasado ese mismo tiempo cultivando aliados aquí, en Chicago. Un escalofrío me recorrió las costillas. *Me ha aislado en mi propia casa. Puede reemplazarme en un instante.*…

—¿Aleksey? —Elia rompió mi pensamiento.

—No dejaré que te tenga —le di un beso en la sien—. Lo mataré si tan solo te mira mal. Nadie te hará daño, Elia, no mientras yo esté aquí.

Y si yo no estaba, Boris garantizará su seguridad.

Un cóctel embriagador de emociones diferentes me invadió a la vez. Si no fuera por Elia, me habría perdido esto. Pero ahora que lo había dicho tan claramente, era tan obvio.

*La necesito*, pensé. *La necesito más de lo que jamás creí posible*.

—Por favor, Aleksey —Elia me rodeó la cintura con los brazos y se aferró a mí—. Por favor, no dejes que me haga esto…

Me aparté para enmarcar su rostro con las manos, apartando las lágrimas que habían escapado de sus ojos aterrorizados.

—Te lo prometo —dije suavemente—. Estás a salvo conmigo.

La protegería con mi vida si fuera necesario. Mil palabras más se precipitaron hacia mis labios, pero me las tragué. Ninguno de los dos estaba preparado para esas palabras por el momento.

—Confía en mí —agregué.

—Confío —dijo finalmente, dedicándome una sonrisa vacilante—. Confío en ti.

Soltando un doloroso suspiro, apreté los labios contra su frente.

—No debería haberte retenido aquí en Chicago después de la boda —admití, odiando tenerla preocupada ahora—. Perteneces a Nueva York, donde puedes estar a salvo. Debería enviarte allí.

*Lejos de las garras del Tío Misha.*

—No —interrumpió ella, presionando su mano contra mi pecho y obligándome a encontrar su mirada—. Si me envías de vuelta a Nueva York ahora, eso sólo espantará a tu Tío y le hará saber que hemos descubierto su plan. No podemos permitirlo. Para bien o para mal, debo quedarme aquí. Este es mi lugar —sus ojos se clavaron en los míos—. Justo aquí contigo.

—Hay otra forma de frustrarlo —agregó ella, con la voz un poco temblorosa.

—¿Cuál es? —pregunté, con el corazón agitado. Sospechaba lo que estaba a punto de sugerir, pero necesitaba oírselo decir.

Elia respiró entrecortadamente.

—Podemos tener un hijo. Nuestro hijo.

Y ahí estaba. *Nuestro hijo*… Sabía que esa era la eventualidad. Pero escuchar esas palabras y hacer que existiera…

—Elia… —empecé.

—No, escucha —dijo y puso un delicado dedo en mis labios para detenerme—. Me pediste que confiara en ti. Y ahora yo te pido que confíes en mí. Esta es la única manera.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunté, agarrando su mano entre las mías.

—¿Cuándo le ha importado a alguien lo que yo quiero? —dijo amargamente—. De cualquier forma, puede que incluso ya haya ocurrido, Aleksey.

Había tristeza en sus ojos al decirlo. Vi cómo una lágrima se deslizaba por su rostro antes de que pudiera secarla. Se quedó callada. Sabía que se le partía el corazón de pensarlo. La habían obligado a abrirse de piernas para mí. Y ahora se daba cuenta de que la única forma de salvarse de un destino peor era mi bebé creciendo en su vientre.

—Elia…

—Basta, Aleksey —se apartó de mí y se sentó en el escritorio—. Deja de compadecerte de mí. No quiero tu compasión. No quiero tus disculpas.

Abrió mucho las piernas y su postura me atrajo como una polilla a la llama.

—Quiero sobrevivir. Y si esto es lo que hace falta, eso es exactamente lo que haré —dijo.

Sentí que la habitación se llenaba de pesadez cuando me acerqué a ella y la aprisioné entre mis brazos. Mi polla cobró vida cuando ella me miró fijamente a los ojos. Las lágrimas habían desaparecido y en su lugar había una determinación que me produjo un escalofrío.

Estaba mirando a los ojos de una loba, una que se arrancaría la pierna para sobrevivir.

—¿Te vas a quedar ahí parado? —susurró—. ¿O vas a follarme?

## Capítulo 26
## Elia

Jadeé cuando los dientes de Aleksey me mordisquearon la sensible piel del cuello, sin creerme lo mojada que ya estaba. Cuando me invitó a su despacho, supuse lo peor.

En cierto modo, yo tenía razón.

Ambos habíamos tardado en llegar a la sorprendente conclusión. Pero una vez dicho, el cruel camino que ambos debíamos seguir se hizo evidente.

Su mano se deslizó por mi pierna y por debajo de mi falda, sus dedos dejaron un rastro de calor fundido a su paso, lo cual contuvo brevemente el escalofrío que se apoderaba de mi corazón.

—Te mantendré a salvo —murmuró mientras besaba mi piel—. Te lo prometo.

Presioné el escritorio con los antebrazos y abrí más las piernas.

—Deja de jugar conmigo, Aleksey. Deja de jugar conmigo y fóllame.

Las siguientes palabras nunca salieron de mi garganta mientras él tomaba posesivamente mi boca con la suya, besándome hasta que me quedé sin aliento. Sus dedos masajeaban mi coño a través de la fina barrera de mis bragas, provocando y presionando con una insistencia que no había existido antes.

—Por favor —le supliqué cuando soltó mi boca—. ¿A qué esperas?

Aleksey retiró la mano, con voz dura como el acero.

—Recuéstate.

Con el corazón acelerado, hice lo que me pedía, y la fría superficie del escritorio se filtró a través de mi fina blusa. Tenía los pezones duros como piedras y el dolor aumentaba por momentos, pero seguí esperando.

Esto me gustaba.

Unos dedos ásperos encontraron el dobladillo de mi blusa y sentí cómo la apartaba. El aire frío rozó mi cuerpo y la punta de su polla presionó insistentemente contra la fina tela de mis bragas mientras se acortaba la distancia entre nosotros.

Jadeé, arqueándome ante sus caricias. Esos mismos dedos encontraron mis pechos y los apretaron posesivamente, arrancándome un gemido de placer.

Su otra mano bajó y apartó mis bragas, sin molestarse siquiera en quitármelas. Suspiré cuando pasó su mano por mi raja una última vez antes de que su polla tanteara mi entrada, empujando

lentamente, centímetro a centímetro.

—Aleksey —jadeé mientras me llenaba lentamente, dejándome sentir el detalle familiar de cada duro y palpitante centímetro. Mi cuerpo reaccionó y un torrente de calor acompañó sus movimientos, y fue su turno de gemir.

—Fóllame —le supliqué mientras empujaba hasta el fondo, haciendo una pausa para que pudiera sentir la pesadez—. Fóllame.

Se retiró hasta que estuvo a punto de sacarla del todo, para volver a metérmela de un solo empujón. Me agarré el borde del escritorio mientras él aumentaba su movimiento, construyendo mi orgasmo como un arquitecto construiría una casa. Cada movimiento era deliberado.

Estábamos follando por nuestras vidas. Pero él seguía intentando volverme loca de necesidad. Sus labios volvieron a capturar los míos y su lengua se precipitó dentro de mi boca. Mis manos se alzaron para agarrarle el culo y acercarlo aún más a mí, para que no pudiera desperdiciar ni una sola gota.

Sentí una presión familiar que empezaba a aumentar. Quería decirle que iba a hacer que me corriera, pero lo único que podía hacer era dejar que se tragara mis gemidos mientras su cuerpo golpeaba el mío.

Me quedé tumbada como una muñeca de trapo mientras su dura polla se deslizaba aún más dentro de mí. Con cada pequeño movimiento de sus caderas, arrancaba otro gemido. Levanté las manos y acaricié la ancha extensión de su poderoso torso mientras él gemía sobre mí. Fue entonces cuando por fin soltó mis labios. Di un largo y profundo suspiro mientras él seguía follándome. Una oleada tras otra de placer recorrió mi cuerpo.

Sus dedos buscaron mis pezones y los pellizcaron. Su polla parecía más grande que nunca. Nunca me había sentido tan llena como en aquel momento. Ni en nuestra primera noche. Ni todas esas noches en las que me cabalgaba sin piedad. Pero aquí, en su despacho, estaba completamente a su merced. Me había entregado a él voluntariamente.

En ese momento, sentí que así era como debía ser. Mi cuerpo estaba hecho para que él lo disfrutara. Mi coño se estremecía y mi cuerpo empezó a temblar.

Aleksey emitió un sonido de aprobación y aceleró el paso; los pocos objetos de su escritorio se balanceaban con cada movimiento. Apreté los dientes y arqueé la espalda, esperando que diera en el punto que me hacía ver las estrellas. Su mano se deslizó hasta mi hombro y me utilizó como palanca, golpeando justo en el punto que me hizo gritar su nombre mientras me inundaba.

Soltó un gruñido áspero y me siguió de cerca, muy dentro de mí. Por un momento, ninguno de los dos nos movimos, con las piernas débiles por lo que acababa de causar en mi cuerpo.

—Joder —dijo él por fin, inclinando su firme cuerpo hacia mí.

Tuvo cuidado de rodearme con sus propios brazos, aprisionándome contra el escritorio para no aplastarme, pero lo bastante cerca como para que su calor recorriera mi tembloroso cuerpo.

Me deleité con su peso mientras intentaba recuperar el aliento.

Apretó los labios contra mi cuello y, entre sus pantalones, le oí preguntar:

—¿Estás satisfecha?

Sin palabras y obedientemente, asentí. Y sólo cuando se apartó y vi mi reflejo en la ventana cada vez más oscura me di cuenta del *desastre* que yo era. Tenía la blusa abierta, el pelo pegado a la cabeza y las mejillas rojas de lujuria. Una gota de semen rodó por mi muslo, mojando mi falda lápiz, toda arrugada, mientras intentaba dar un paso adelante con piernas de goma.

El mundo me dio vueltas y me sentí caer. El calor y el cansancio me invadieron. Aleksey me cogió en sus fuertes brazos y me llevó al dormitorio. Cuando me tumbó en la cama y me quitó rápidamente la falda y las bragas, sentí que algo cambiaba entre nosotros.

Estábamos en la misma página, luchando por lo mismo, y eso me asustó muchísimo.

## Capítulo 27
*Dos semanas después*
Elia

Me desperté lentamente con la luz del amanecer, sintiendo el peso del brazo de Aleksey sobre mi vientre. Miré hacia él y recorrí con la mirada sus apuestos rasgos; se me apretó el corazón al ver su ceño fruncido, incluso mientras dormía.

La discusión sobre su Tío de hacía dos semanas me había dejado mucho más alterada de lo que yo había creído. Sabía que en el mundo en que vivíamos ocurrían cosas, cosas horribles. Había oído hablar de esas cosas en el despacho de mi padre. Pero ésta era la primera vez que me veía a mí misma como *objeto y trofeo de lucha*.

La idea de que el Tío de Aleksey intentara hacerme algo era tan horrible que me provocaba náuseas. Se me revolvió el estómago y de repente me levanté de la cama. A duras penas conseguí llegar al retrete, con arcadas.

Sentí la mano de Aleksey en la nuca, rápidamente sustituida por una toallita fría.

—Vamos, déjalo salir.

Me limpié las lágrimas de las mejillas mientras me sentaba sobre los talones, tirando de la cadena.

—Siento que he vomitado algunos órganos también.

Se sentó en el borde de la bañera y me dedicó una sonrisa comprensiva.

—¿Tengo algo de lo que preocuparme?

Quitándome la toallita del cuello, la utilicé para limpiarme la cara y las manos.

—Creo que no.

Me miré desnuda. ¿Tenía los pechos más grandes de lo que recordaba? ¿O siempre habían sido así? ¿Tenía siempre el pelo tan abundante? Y el baño. Olía *diferente*. Pero aquí no había cambiado nada. Estaba segura de ello.

Me di cuenta de repente. *Tal vez ya había sucedido hace semanas…*

—Aleksey… —forcé mi voz, sin aliento—. Creo que ya ha ocurrido.

Lució nervioso de repente. Aleksey nunca estaba nervioso. Exhalando un suspiro, se apartó de la bañera.

—Sólo hay una forma de averiguarlo.

Le escuché salir del baño, sintiéndome como si viviera en el cuerpo de otra persona. ¿Podría de verdad estar embarazada? ¿No habíamos tenido esa conversación ayer? Si lo estaba, estaría embarazada del hijo de Aleksey, su heredero, la *clave* de su propio futuro.

Y la clave para garantizar mi *propia* seguridad.

Con el cuerpo temblando, me obligué a ponerme en pie. Aleksey tenía razón. Sólo había una forma de averiguarlo.

Lo encontré en el dormitorio, con una camiseta puesta.

—Voy a vestirme —le dije a Aleksey mientras me acercaba al armario. Nunca había ido a comprar una prueba de embarazo, pero seguro que no era tan difícil de hacer.

—No —me dijo Aleksey—, quédate aquí —afirmó, señalando hacia la cama caliente que acabábamos de dejar.

—No estoy enferma —argumenté mientras él se calzaba las botas—, solo quizás embarazada.

Los ojos de Aleksey se cruzaron con los míos y vi un remolino de emociones en aquellas oscuras profundidades.

—Razón de más para que te quedes aquí, Elia. Hasta que estemos seguros.

—De acuerdo —asentí temblorosa—. ¿Puedes traerme Ginger Ale y galletas mientras estás fuera? Es lo único que creo que puedo digerir ahora mismo.

Él dio un paso hacia mí y yo cerré la brecha entre nosotros.

—Ya le he enviado un mensaje a Boris —dijo, rodeándome con sus brazos—. ¿Por qué no descansas hasta que vuelva?

Se me escapó una carcajada.

—Enviaste a *Boris* a comprar una prueba de embarazo?

Sus labios rozaron mi sien.

—Y Ginger Ale y galletas. Creo que tú me necesitas más aquí.

Mi corazón se derritió.

—Gracias.

Me soltó y me llevó hasta la cama, dándome una palmadita en el costado.

—Vamos, métete.

Pensé en discutir con él que, si estaba embarazada, entonces iban a ser nueve largos meses, pero en lugar de eso me subí a la cama y él me arropó con el edredón.

—Digamos que estoy embarazada —empecé en voz baja, viendo cómo Aleksey sacaba el móvil —. Entonces, ¿qué?

Aleksey levantó la vista, con expresión tensa.

—Te mantendremos a salvo, Elia.

Jugueteé con el edredón, sintiéndome de pronto pequeña y asustada por lo que podríamos estar afrontando.

—Esto es lo que hablamos —dijo Aleksey—. Las cosas han cambiado y tenemos que planear nuestros próximos movimientos antes de que mi Tío se entere. Puedo jurar que Boris guardará el secreto, pero llegará un momento en que ya no podrá esconderse.

—Sé lo que quieres decir —admití, el nerviosismo hizo que me temblara la voz.

—Yo te protegeré —terminó, acercándose para agarrar una de mis manos—. Te lo prometo, Elia.

Le apreté la mano. En mi interior se agitaban emociones contradictorias. Podría estar embarazada de Aleksey. Una parte de mí estaba radiante de felicidad. Pero otra parte de mí, la que me avergonzaba cada vez que estaba con él, estaba muy decepcionada.

Se suponía que éramos enemigos, pero aquí estábamos. No podía asimilar el concepto. No creía tener la capacidad de hacerlo.

***

Treinta minutos más tarde, me quedé mirando la prueba que estaba sobre el mostrador, con las dos tenues líneas rosas devolviéndome la mirada.

*Estaba embarazada.*

Se me fue el aire de los pulmones y me tropecé con el mostrador, tocándome el vientre. Había un niño dentro de mí, mío y de Aleksey. Dentro de ocho meses, más o menos, tendría a ese niño en mis brazos.

—¿Elia?

Tragándome la risa histérica que amenazaba con invadirme, me acerqué a la puerta del baño y la abrí. Aleksey estaba allí de pie, sin expresión alguna en el rostro.

—Estoy embarazada —dije, sintiendo una repentina emoción al pronunciar esas palabras—. Ha sucedido.

Su expresión se quebró entonces y, por un momento, vi algo que parecía esperanza brillar en sus ojos antes de que la apartara y me estrechara entre sus brazos.

—Elia, no sé qué decir.

Me acurruqué contra su pecho, empapándome de su calor.

—No hay nada que tengas que decir. Pero mataría por ese Ginger Ale.

Él dejó escapar una risa ahogada y me abrazó con más fuerza, probablemente pensando en las ramificaciones de este sorprendente descubrimiento.

Estaba embarazada de su heredero, el heredero de la Bratva Korolev. Este niño me mantendría a salvo de cualquier malvado plan que su Tío tuviera para mí.

Me di cuenta de repente. Lo que estaba en juego ahora era más alto que nunca para nosotros.

—*Tienes* que irte a Nueva York —dijo Aleksey.

—¿Qué dices? —le miré—. Aleksey, ya hablamos de esto. No *puedo* ir a Nueva York. Tu Tío sabrá que pasa algo si me voy.

—Él sabrá que algo pasa a pesar de todo —apretó la mandíbula—. No puedo correr ese riesgo. No ahora. Estarás a salvo en Nueva York.

—¿Y tú? —toqué su mejilla—. ¿No me digas que te vas a quedar aquí para enfrentarte solo a tu Tío?

—Eso es exactamente lo que pienso hacer —tomó mi mano entre las suyas y la estrechó con fuerza—. Tú estarás a salvo en Nueva York. Puedo decirle que hay una emergencia que requiere tu presencia allí.

—¡La única emergencia que podría tener involucraría a mi padre, y estoy segura de que tu Tío lo sabría en un instante! —protesté.

—Entonces podría decirle que estás embarazada de mi hijo. Le obligaríamos a actuar antes de lo que él creía posible.

—Aleksey, no —negué con la cabeza—. No puedes enfrentarte solo a él. Me necesitas aquí.

—¡Te necesito a salvo! —bramó de repente.

La felicidad que había surgido entre nosotros se evaporó. Nunca me había levantado la voz, nunca me había mostrado ningún arrebato de emoción. Me encontré mirando no al padre de mi hijo, sino al hombre con el que me habían obligado a casarme.

*Tiene miedo…* noté.

—Elia, sé que hablamos de esto, de cómo este niño jodería los planes de mi Tío. Pero eso no cambia el hecho de que él pretende matarme —me agarró suavemente de los hombros—. Aunque no te tenga a ti, tendrá a nuestro hijo si consigue matarme. Este niño une a nuestras dos familias. Si estás aquí, en Chicago, y yo muero, nada impedirá que mi Tío te quite al niño y lo críe bajo su tutela. Por eso necesitas ir a casa con tu padre. Estarás a salvo con él.

Me reí.

—¿De verdad crees que estaré más segura con mi padre que aquí contigo?

Él no tenía ni idea del tipo de relación que yo tenía con mi padre. En el momento en que ese hombre me fichó, ya no fue mi padre. A ese hombre nunca le importé una mierda.

—Sé que él no permitirá que el bebé esté en peligro —respondió, soltando mi mano—. No creo que ni siquiera tú puedas discutir eso.

En eso tenía razón. Por mucho que supiera que yo no le importaba una mierda a mi padre, sabía que si podría importarle el bebé que crecía en mi vientre. Pero Aleksey ignoraba la posibilidad de que mi padre tuviera sus propios planes. No estaría a salvo en Nueva York. No podía confiar en mi padre, no sin mi hermano para protegerme.

—Por favor —le rogué a Aleksey—. No me envíes a casa.

—No hay otra manera —suspiró él, pasándose una mano por el pelo.

—Puedes mentir —le dije.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Puedes mentirle a tu Tío —dije—. Miéntele que me has enviado de vuelta a Nueva York. A ver cómo reacciona. Y cuando reaccione, mírale las manos.

Arqueó una ceja.

—¿Por qué?

Tomé sus manos entre las mías y les pasé los pulgares por el dorso.

—Si él juguetea con sus manos, sabrás que está nervioso. Entonces tú sabrás que tiene algo que ocultar.

Era una de las primeras lecciones que me había dado Luca. Me dijo que esa era la razón por la que tanta gente optaba por mantener las manos ocupadas cuando estaban nerviosos, como sujetar un vaso o metérselas en los bolsillos.

—Queda con él. Encuéntralo. Miéntele. Luego vigila sus manos.

Aleksey me dirigió una mirada inescrutable.

—De acuerdo —dijo él finalmente—. Pero si llego siquiera a oler peligro, te vas a Nueva York.

Me acercó a él para abrazarme, dejándome sentir el latido de su corazón al compás del mío. Sabía por su tono que no podría discutir con él si decidía enviarme de vuelta con mi padre a Nueva York.

Pero yo sabía que al menos había retrasado lo inevitable.

Sabía que había ganado una pequeña victoria.

*Y eso será suficiente por ahora.*

## Capítulo 28
## Aleksey

Ajusté mi chaqueta mientras esperaba a mi tío, observando la lápida que ahora decoraba la tumba de mi padre. Ni siquiera ver su nombre grabado en ella me hacía sentir que se había ido.

Era la primera vez desde su muerte que lo visitaba. Lo había evitado con todas las excusas posibles. Primero la boda, luego la transición de poder dentro de la Bratva. Luego otras excusas que casi había olvidado.

Todas mentiras.

La verdad era que no creía estar preparado para verle aquí. No creía estar preparado para afrontar el hecho de que él realmente se había ido.

No le odiaba del todo, ni siquiera después de lo imperdonable que me hizo.

*Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo.*

Apreté el puño, obligando a la fantasmal voz a alejarse para poder concentrarme en el presente.

Tenía que hacerlo. Si iba a enfrentarme a mi tío, primero tenía que aceptar la realidad de que mi padre ya no estaba. Así que permanezco arraigado aquí, mirando fijamente la silenciosa lápida y esperando a que llegue el tío Misha.

—Alyosha.

Me giré y encontré a mi tío de pie a unos metros de distancia con rostro inexpresivo.

—Tío Misha —saludé con una inclinación de cabeza—. Gracias por venir.

Se acercó con los ojos fijos en la lápida.

—Este no es precisamente el lugar que yo habría elegido.

No reaccioné. No podía dejar que pensara que sospechaba algo de él. No sabía lo que él haría si pensaba que lo hacía.

—El último lugar donde nos podrían tender una emboscada —dije—. ¿No crees?

Se rio, pero su actitud despreocupada no alivió la tensión de mis hombros.

—Está bien, Alyosha —dijo y se volvió hacia el montículo de tierra que cubría la tumba de mi padre—. Cuesta creer que se haya ido. Él estaba deseando que volvieras. Te echaba mucho de menos.

—Y yo a él —dije lentamente, con el rabillo de la mirada clavado en las manos del tío Misha—. Lástima que le traicionaran antes de que pudiera volver.

Tío Misha se aclaró la garganta, apretando y soltando las manos a los lados.

—¿*Traicionaran*?

*Cuando reaccione, mírale las manos*. El susurro de Elia flotó junto a mi oído.

—Llámalo presentimiento —me encogí de hombros—. Me niego a creer lo contrario.

El tío Misha se metió las manos en el bolsillo.

—Déjalo, Alyosha. Sigue adelante con tu encantadora esposa —me miró de reojo—. ¿Cómo le va a ella? ¿Ya se conocen bien?

—Eso no es asunto tuyo —respondí acaloradamente.

Mi tío levantó las manos en señal de rendición.

—Perdóname. No pretendía tocar ningún punto sensible.

No me disculpé.

—Elia está embarazada.

Sus manos no se movieron ante el anuncio. Las dejó caer a los lados mientras una amplia sonrisa se abría en sus facciones.

—¡Es una gran noticia, sobrino! —se acercó y puso la mano en mi hombro—. Ahora entiendo por qué querías reunirte aquí.

Arqueé una ceja.

—¿Por qué?

—Para decírselo a tu padre —miró la tumba—. El legado familiar continuará a través de tus hijos.

¿*El legado familiar*? Se suponía que era *mi* legado. Incluso ahora, el tío Misha reclamaba como suyo todo lo que me pertenecía por el simple hecho de negar que me perteneciera.

—Espero que felicites a Elia de mi parte —continuó él, bajando la mano mientras esa estúpida sonrisa de mierda permanecía en su rostro—. A menos que desees que la felicite en persona.

—¿Por qué? —solté sin poder evitarlo—. ¿Por qué quieres estar tan cerca de mi mujer?

—Alyosha… —su mirada se ensombreció—. ¿Qué insinúas?

No dije nada, dejando que mi tío se metiera en el silencio.

—Por favor, Alyosha —soltó una breve carcajada y sacudió la cabeza, pasándose la mano por el pelo—. Sólo estoy velando por esta familia. Todo lo que he hecho ha sido por esta familia y su futuro. Hay tantas cosas en juego ahora mismo, cosas que ni siquiera puedes empezar a entender.

—Entonces quizás te gustaría compartirlas conmigo —añadí—. Después de todo, *soy* el Pakhan.

—Por supuesto —respondió, sonriendo—. Pero hay cosas que incluso es mejor que el Pakhan no sepa. Tu padre nunca se enteró de algunos de los planes que ya se habían puesto en marcha.

—¿Por qué?

—Compartimentación, Alyosha —se frotó los dedos—. Si lo sabía todo, se arriesgaba a divulgar algo.

—¿Crees que alguien lo silenció?

El mundo se paralizó de repente. Tío Misha me miró con un nuevo brillo en los ojos. Me vi obligado a desviar mi atención de sus manos, pero vi que volvía a metérselas en los bolsillos.

—Si —respondió lentamente—. Pero no debemos hablar de estas cosas en público. En todas partes hay ojos y oídos indiscretos. Especialmente del Bogatyr.

¿*Bogatyr*? Era un nombre que no conocía.

—¿Quién?

—Un enemigo —mantuvo la voz uniforme—. Como dije, esto no es algo que debamos discutir en público. Tú y Elia deberíais venir a una cena familiar. Raissa Antonovna querrá saber que pronto será abuela. Y querrá oírlo de vosotros dos.

—Me temo que eso no es posible, Tío —ahora me tocaba a mí mentir—. Elia ha sido enviada a casa en Nueva York.

Incluso a través de sus bolsillos, el apretón de sus puños era inconfundible.

—¿A Nueva York? ¿Por qué? ¿Por qué la enviarías allá, Alyosha?

—Allí estará a salvo.

—¿De quién, Alyosha? —preguntó el tío Misha, con las manos aun cerradas en puños—. ¡Has

puesto el futuro de nuestra familia en manos de nuestro enemigo!

—¿Nuestro enemigo? —pregunté, fingiendo confusión—. ¿No les habíamos convertido en nuestros aliados?

—¡*Kozle proklyatiya*! —maldijo mientras se pasaba los dedos por el pelo con tanta rapidez que pensé que podría arrancárselo de raíz—. Alyosha, chico estúpido. Se suponía que tenías que casarte con ella, acostarte con ella y ponerle un bebé. Nada más. Sin embargo, de alguna manera, ¡has ido y la has devuelto directamente a su padre! ¡Todo en lo que tu padre y yo trabajamos, deshecho! ¡Por una simple decisión estúpida!

—A menos que… —sus movimientos frenéticos se detuvieron y me miró fijamente—, a menos que esto sea sólo una prueba… —sus ojos se entrecerraron—. Lo es, ¿verdad? Me estás poniendo a prueba. Para ver cómo reacciono…

El corazón se me subió a la garganta.

—¿Por qué iba a ponerte a prueba, Tío?

—No, no, no, me estás poniendo a prueba —me señaló acusadoramente con el dedo—. Nunca se te dio bien mentir, Alyosha. Elia Tarallo no está en Nueva York; está aquí, en Chicago. ¿Te ha estado ella envenenando el oído con sus mentiras?

En ese momento, sonaba igual que mi padre… *Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo*, susurró de nuevo el fantasma.

—No, Tío, no lo ha hecho —dije—. Pero tal vez te gustaría explicarme ¿con qué mentiras crees que Elia me está envenenando el oído?

—La mentira de que yo podría estar trabajando en tu contra —respondió—. Ahora todo esto empieza a tener sentido. Por qué has seguido tratándome como a un enemigo desde la boda. Por qué elegiste reunirte aquí, de todos los lugares.

Me miró fijamente, con una incredulidad casi creíble.

—¿Qué sospechas de mí? —extendió las manos—. ¿Imaginas que he estado planeando a tus espaldas? ¿O de algún modo te ha convencido de que yo maté a tu padre? Era mi hermano, Alyosha, ¡mi carne y mi sangre! ¿Qué más te ha dicho esa víbora?

*Qué gracioso, tío, ahora la llamas víbora, después de que te dije que fuiste tú quien la metió en mi cama…*

—Alyosha… —continuó él—. Alyosha, tienes que confiar en mí. Debemos estar unidos como una familia. ¡Todos nosotros! Tal vez si ustedes dos vinieran a cenar. Todo puede ser explicado y las preguntas contestadas.

La ira estalló. De ninguna manera iba a dejar que se acercara a Elia.

—No.

Sus ojos se volvieron fríos de repente antes de que su rostro se volviera inexpresivo de nuevo.

—¿Qué me has dicho?

—He dicho que no, Mikhail Yevgenievich —me acerqué a él, sintiendo una salvaje satisfacción cuando retrocedió—. Sigo siendo tu Pakhan, y esto es una orden: no hablarás más de mi mujer, y no te acercarás a mi mujer. ¿Entendido?

—Alyosha… —empezó, con las manos apretándose y soltándose.

—Lo dije una vez, y no lo volveré a preguntar. ¿Entendido?

Finalmente, soltó las manos y exhaló. Cerró los ojos y asintió.

—Entendido, Aleksey Fyodorovich. Pero te aconsejo encarecidamente que también le aclares algo a ella. Hazle saber que, si se le *ocurre* traicionarte, no dudaré en darle una dura lección.

Mi ojo se crispó ante aquella frase tan familiar y querida por mi padre. Una vez ya *me* había dado una dura lección. Y el fantasma me había perseguido desde entonces.

—¿Es eso una amenaza, Tío?

—Sólo si ella la convierte en una —dijo—. Saluda a tu mujer de mi parte. Tengo otros asuntos que requieren mi atención.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y se alejó, cada paso más rápido que el anterior. Sin dedicarle una segunda mirada, yo también me alejé, con el único deseo de ver a mi mujer y sacarla de Chicago lo antes posible.

## Capítulo 29
## Aleksey

Elia estaba en la cocina cuando entré en el pent-house y dejé la chaqueta a un lado. Sus ojos siguieron todos mis movimientos mientras me servía un trago en la barra y lo tomaba de un solo golpe para dejar que el líquido me quemara la garganta.

—¿Y bien? —preguntó apoyándose en la isla.

—Mintió todo el tiempo —respondí—. ¡Todo el puto tiempo!

Ni siquiera me di cuenta de que se había acercado hasta que su mano se posó en mi brazo, impidiéndome servirme otro trago.

—Todo va a salir bien, Aleksey. Lo solucionaremos.

Exhalando un suspiro, la miré.

—Mañana te vas a Nueva York.

Las palabras me supieron amargas, pero sabía que tenía que hacerlo. El tío Misha era demasiado peligroso. La necesitaba en un lugar donde pudiera estar protegida.

Necesitaba que estuviera a salvo más que nunca.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué dices?

—Te vas a Nueva York —repetí—. Te necesito fuera de Chicago por un tiempo, hasta que yo pueda ir a buscarte.

Quitó la mano de mi brazo y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No.

Dejando escapar una oscura carcajada, terminé de servirme la bebida y volví a colocar el tapón en la botella.

—Te dije que esto no tenía discusión.

—Aleksey.

La miré, sintiendo una punzada en el pecho. Elia se había convertido en la persona más importante de mi mundo.

—Debes hacerlo.

—Estoy más segura aquí contigo —dijo y tragó saliva—. ¿No te das cuenta? Si nos separamos, tu Tío tendrá la oportunidad de actuar contra ti.

Me acerqué a ella y le rodeé los brazos con las manos.

—Y contra ti —dije con fuerza, intentando no notar cómo sentía su piel contra mis manos—. Te necesito a salvo.

Su mirada se suavizó.

—¿Estás preocupado por mí, Aleksey?

—Por supuesto —más de lo que ella podría imaginar—. Llevas en tu vientre a mi hijo. Todo esto será temporal —añadí, con la esperanza de que viera razón en mis palabras—. Y cuando todo esté bajo control, iré a buscarte. Te lo prometo.

Quitó mis manos de sus brazos suavemente y rodeó mi cuello con las suyas, atrayéndome contra su cuerpo. Gemí al sentir su suavidad presionando mis duros planos, y mi polla se levantó en mis pantalones, suplicando ser liberada.

—No puedes tentarme para que te quede —gruñí.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? —preguntó inocentemente, sus dedos jugueteando en mi cabello, rozando mi cuello.

Mis manos buscaron sus caderas, tocando la endeble camiseta de tirantes y los diminutos pantalones cortos que separaban su seductora carne de mí.

—No voy a cambiar de opinión.

La sonrisa en su cara me dijo que mis palabras no iban a impedir que lo intentara.

—¿Quieres que te deje y *me* vaya a Nueva York?

—Sí.

—¿Y qué harás cuando me haya ido? —se burló, deslizando sus manos por mis hombros—. ¿Vas a masturbarte en la ducha?

—Puedo manejarme solo.

Elia soltó una carcajada. Sus manos se deslizaron por mi pecho, pasando por los botones de la camisa y la hebilla del cinturón, hasta que se posaron en mi polla abultada.

—A mí no me lo parece.

Se me calentó la sangre al saber que ella tenía toda la razón.

Sus manos volvieron a subir. Unos dedos hábiles desabrocharon los botones de mi camisa hasta que esta cayó al suelo. Me recorrió el pecho desnudo, rozándome la piel con las uñas y haciendo que se me pusiera la piel de gallina.

—¿Estás seguro? —preguntó Elia, poniéndose de puntillas para rozar mi mandíbula con sus labios—. ¿Acaso no sabes lo que te vas a perder?

—Elia.

Sus manos volvieron a pasar por la hebilla de mi cinturón y me tocaron a través de la parte delantera del pantalón.

—¿Ajá?

Un gemido salió de mis labios antes de que pudiera detenerlo, apretando su mano desesperadamente, mi cuerpo traicionándome.

—Me estás matando.

—No, Aleksey —dijo suavemente, ahora con los labios en mi cuello—. Ni siquiera he empezado.

No quería echarla. Cuando ella estaba aquí, mi vida era diferente. *Yo era diferente*.

De repente, sus manos burlonas se apartaron.

—Será mejor que empiece a hacer las maletas —dijo.

Con un gruñido, la apreté contra el cristal. Bajé la cabeza para aspirar su aroma.

—¿Qué te da derecho a burlarte así de mí?

Inclinó la cabeza hacia atrás, dándome más acceso a su largo y hermoso cuello.

—El anillo que me pusiste en el dedo.

—Tal vez necesites una lección —le dije—, sobre cómo ser una esposa mansa.

Elia jadeó cuando le pellizqué la sensible piel del cuello.

—*Nunca* seré una esposa mansa.

A veces me enfurecía, pero sólo me excitaba cuando lo hacía. Me apreté contra ella, dejándola sentir lo que ella me hacía. Mi mano recorrió su costado posesivamente, tirando de la cintura de sus calzoncillos.

—Dime que obedecerás —le susurré al oído—. O atente a las consecuencias.

—Haz lo mejor que puedas —su risa ronca me provocó una oleada de necesidad que casi me hizo caer de rodillas—. Y muéstrame qué clase de castigo tienes en mente.

## Capítulo 30
## Elia

Estaba desafiando a mi marido y me gustaba.

Por la forma en que Aleksey respondía a mis burlas, sospeché que a él también le gustaba. *Este* era el marido que yo anhelaba, el que no parecía llevar el peso del mundo sobre sus hombros. Supe que algo andaba mal desde el momento en que entró por la puerta.

En el fondo, sabía que su Tío le mentiría. Fuera lo que fuese lo que había planeado, Aleksey no saldría vencedor.

Por desgracia, eso significaba que yo iba a ser un peón más en un juego en el que no quería tener nada que ver. La realidad era que Aleksey y yo éramos más parecidos de lo que ninguno de los dos esperaba o quería. Y por mucho que quisiera odiarlo, Dios sabía que lo había intentado, no podía hacerlo.

No cuando me besaba el cuello como lo estaba haciendo ahora. Mi cuerpo ardía, un fuego lento y vacilante se avivaba con cada caricia suya.

Pero todo era una distracción. Él seguía queriendo enviarme a Nueva York, lejos de su lado, a pesar de mis protestas. Ahora teníamos que ser un equipo; teníamos que permanecer juntos frente a las fuerzas que se alzaban contra nosotros. Pensé que él lo entendería.

Le echaría de menos. Cada vez que pensaba en no verle, el corazón se me estrujaba dolorosamente en el pecho.

¿De verdad me había enamorado tan rápido de él?

Frustrada ante la idea, me alejé de su cuerpo. Cuando giró, le empujé contra la pared de cristal.

—Quiero mi turno primero —dije.

—No —sus ojos se oscurecieron—. Tendrás que ganártelo.

*Oh, eso pensaba hacer.*

Me incliné hacia delante y apreté los labios contra su pecho desnudo, justo encima de su corazón. No levanté la vista, esperando que no estuviera tomando demasiado contexto. No estaba segura de lo que quería decir con aquel gesto, ni de por qué había decidido empezar por allí.

Pero me pareció lo correcto. Todo lo que hacía con Aleksey me parecía bien.

Y eso era suficiente para aterrorizarme.

Mi mano bajó hasta su abdomen, rozando su piel con mis uñas. Era hermoso, demasiado

hermoso para su bien o para el mío.

Me acerqué a su otro pectoral, recompensándolo con la misma atención.

Cuando mi mano bajó hasta la hebilla de su cinturón, él la alcanzó, obligándome a romper el contacto con su piel y levantar la vista.

—Elia —dijo tragando saliva—. ¿Deberías estar haciendo esto?

Mis labios se curvaron en una sonrisa mientras volvía a desabrochar el cinturón.

—Estoy embarazada, Aleksey, no muriéndome.

Tiré de la cintura de sus pantalones y se los bajé por las caderas, mientras mi boca se humedecía al ver cómo su polla salía, moviéndose al compás de los latidos de su corazón.

—Ya estás listo —murmuré, agarrándolo ligeramente.

—¿Para ti? —susurró, apretándose contra mi palma con avidez—. ¡Siempre!

Un secreto escalofrío me recorrió la espina dorsal al pensar que él pensaba en mí lo suficiente como para que su polla se pusiera dura como una roca. Siempre tenía una forma de hacerme sentir deseada. Y en esos momentos, me hacía creer que podía haber algo bueno en este matrimonio, un bien en esta unión que ni su tío ni mi padre podían destruir.

*Eso era suficiente esperanza a la que aferrarme.*

Trazándolo con el dedo, bajé al suelo, con las rodillas meciéndose en el frío suelo. Cuando levanté la vista, Aleksey me miraba fijamente, con la mandíbula apretada.

—¿Qué quieres, marido? —suspiré, pasándole los dedos de la raíz a la punta—. ¿Lo quieres duro y rápido hasta que no puedas respirar? —sus ojos se abrieron de par en par—. ¿O lento y constante hasta que tu semen llene mi sucia boquita?

—Joder —gimió—, ¿y las dos cosas?

—Codicioso, codicioso —sonreí.

Tras unas pocas caricias que me dejaron tan impaciente como a él, me lo llevé a la boca. Siseó de placer en respuesta, y sus dos manos se aferraron a mi pelo. Pero a diferencia de antes, no estaban allí para guiarme. Parecía que se aferraban a mi vida.

Lo recorrí con la lengua, chupando y zumbando con cada caricia, hasta que sus manos me apretaron tanto el pelo que sentí que me tiraba de la raíz. El ligero dolor me excitaba. Me recordaba que ahora yo tenía el control. Que tenía su polla y sus huevos en mi mano y en mi boca. Que, si yo quería, podía *hacerle* suplicar. Podía *ponerlo* de rodillas.

*¿No sería un espectáculo digno de ver?*

Mientras mi cabeza subía y bajaba por su pene, sentí que mi propia humedad me empapaba. Mi cuerpo palpitaba en espera del inevitable momento en que nuestros papeles cambiaran y me tocara a mí sentir su boca sobre mi piel. Sin embargo, ahora lo estaba disfrutando demasiado.

Aleksey maldijo cuando le rodeé el pene con los dedos para bombearlo mientras seguía chupándole la punta, dibujando círculos con la lengua alrededor de su sensible cabeza. Estaba cerca, podía sentirlo. Estaba tan cerca que tuve que contenerme para no ir demasiado rápido, aun así, yo *quería* que me llenara la boca con su almizclada semilla.

Cuando él trató de apartarme, levanté una mano para acariciar su torneado trasero, acercándolo a mí para advertirle que no lo hiciera.

Lo quería todo.

Empezó a empujar sus caderas hacia mi boca y yo me entregué a sus movimientos. Relajando la mandíbula, dejé que me follara la boca y la garganta. La saliva goteaba por la comisura de mis labios mientras me penetraba con rudeza.

Cogí su polla obedientemente. La gruesa cabeza golpeó el fondo de mi garganta y me incliné hacia atrás para devolverle el control. Pulsaciones de hambriento placer recorrieron mi cuerpo cuando sentí que se ponía rígido. Y entonces se corrió.

Calientes y deliciosos chorros de semen salpicaron mis labios, mi lengua y mi garganta. Me lo tragué con avidez, sin desperdiciar ni una sola gota mientras empujaba mis labios a lo largo del eje hasta que se corrió directamente en mi garganta. Frunciendo los labios, lo mantuve en mi boca hasta que su polla empezó a ablandarse. Entonces, y sólo entonces, lo solté, lamiendo los restos de su semen de la comisura de mis labios.

—Elia —su voz era tensa.

Me limpié los labios y me levanté hasta encontrarme con su mirada.

—¿Eso es todo lo que puedes decir?

Su sonrisa era despiadada, alargó el pulgar y me tocó la comisura de los labios.

—Soñaré con esos labios mientras estés fuera.

—Entonces no me envíes —respondí con firmeza. No quería dejarle.

—Tengo que hacerlo —replicó—. Mi Tío supo que le estaba poniendo a prueba. Se dio cuenta de la treta. Sabe que estás embarazada y que sigues aquí. La única forma de que estés a salvo, realmente a salvo, de él es estando en Nueva York.

—Sigo sin entender por qué crees que estaré más segura en Nueva York que a tu lado —dije.

—Porque él me amenazó —admitió finalmente mi marido.

La realidad me salpicó como agua fría. De repente, nuestro breve respiro de la discusión se sintió como un intruso no bienvenido entre algo mucho más importante.

Temblorosa, puse la mano en el pecho de mi marido y sentí que su corazón se aceleraba.

—¿Qué clase de amenaza?

Me devolvió la mirada. Por un momento, pareció no saber qué palabras utilizar. Luego, cubrió mi mano con la suya y admitió, en una voz no más alta que un susurro tenso:

—Que no dudará en darte una dura lección.

## Capítulo 31
## Aleksey

Salí del coche y extendí mi mano para ayudar a Elia a salir al cálido sol. Hacía un día precioso en Chicago, con el sol en lo alto y sin una nube en el cielo. Sería casi un día perfecto para navegar.

Pero hoy no iba a hacerlo. Hoy enviaba a mi mujer a Nueva York sin mí, y no me gustaba cómo me sentía al hacerlo. Ya estaba de mal humor por no haber dormido lo suficiente la noche anterior, preocupándome la mitad de la noche por si cometía un error al enviarla con su padre.

En realidad, *sabía* que estaba cometiendo un gran error. Pero no iba a decírselo a nadie. Incluso esta mañana, mientras me enterraba en el calor de Elia, escuchando su respiración, pensaba en la fría cama a la que volvería esta noche.

Ella no estaría allí.

No quería pensar en lo que sentiría. Era una sensación inquietante.

—¿Aleksey?

Saliendo de mis pensamientos, miré a mi mujer. Ella estaba ansiosa. Podía verlo en sus ojos.

—¿Sí, querida?

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—Tienes una mirada muy rara.

—Solo pensaba —dije, mis palabras no estaban lejos de la verdad. Elia no necesitaba saber lo que había estado pensando o lo mucho que quería volver a meterla en el coche y olvidar que había decidido hacer esto—. ¿Estás lista?

Elia asintió y miré a Boris, que tenía esa familiar sonrisa en la cara. No confiaba en nadie más que en él. No iba a enviarla de vuelta con su padre sin que uno de mis hombres la vigilara. Boris me mantendría informado de que ella estaba a salvo.

—Ya sabes que hacer —le dije a él.

Su sonrisa se desvaneció y me dedicó una solemne inclinación de cabeza, las palabras no dichas pasando entre nosotros. Él estaba muy consciente del embarazo de Elia y del deber que ahora recaía sobre sus hombros.

Volviéndome hacia Elia, enmarqué su rostro con las manos, rozando ligeramente sus mejillas con los pulgares.

—No vayas a ninguna parte sin Boris —le dije—. Necesito que me prometas que lo harás.

Arrugó la nariz.

—Va a ser difícil hacer pis con él mirando.

—Elia, hablo en serio.

—Vale, sí. Entendido —suspiró ella—. Ahora bésame y envíame por mi camino, Aleksey. Antes de que vuelva a subirme a ese coche y me niegue a irme.

La iba a echar muchísimo de menos. Bajé la cabeza y rocé sus labios una, dos veces.

—Si necesitas algo, Boris sabe qué hacer.

Elia levantó la mano, me acarició la mejilla y me miró a los ojos.

—Ten cuidado, Aleksey. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Elia apretó su frente contra la mía durante un momento y yo aspiré su aroma antes de que se separara, cada fibra de mi ser me decía que no la dejara marchar. Las cosas habían ido tan bien entre nosotros últimamente. Mi entera puta vida era mejor últimamente gracias a ella.

En lugar de eso, volví al coche donde me esperaba Sergei. Era el brigadier que ocuparía el lugar de Boris mientras él iba a Nueva York con Elia.

—Llévame a casa —le dije, cerrando la puerta tras de mí.

Asintió con la cabeza y puso el coche en marcha, observé a Elia subiendo a bordo del jet privado.

Sólo podía esperar no haber tomado una decisión que al final iba a destruirme.

## Capítulo 32
## Aleksey

Cuando regresé al pent-house, encontré allí a mi Tío y a Madre.

Mi Tío estaba sentado en la isla de la cocina, con un vaso de whisky delante, y Madre estaba sentada a su lado. Tenía cara de preocupación. Una con la que no quería lidiar.

—Alyosha —dijo ella finalmente, rompiendo el silencio—. Espero que no te importe que hayamos venido sin avisar.

—Por supuesto que no —dije con suavidad, acercándome yo mismo a la barra y controlando mi expresión.

—Misha me ha dado la buena noticia y quería verla yo misma. ¿Dónde está Elia?

—No está aquí, Madre. La envié a Nueva York para que estuviera con su padre unas semanas. ¿O es que a Mikhail Yevgenievich se olvidó mencionarlo?

Mi madre parecía cabizbaja.

—No —dijo—. No, no me lo dijo en absoluto.

—Eso pasa mucho hoy en día —dije mientras servía un trago, con mi mano apretando el vaso—. ¿No estás de acuerdo, Tío?

—Pensaba que tu encantadora esposa estaría aquí —dijo él despreocupadamente—. Me desconcierta que la envíes con su padre estando embarazada. Viajar en su estado es estresante para el bebé, Alyosha.

Volví la mirada hacia él.

—Puedes dejar de actuar, Tío.

Los ojos de él se abrieron de par en par.

—¿De qué estás hablando, Alyosha? —dijo.

—Es Aleksey Fyodorovich cuando hablo de negocios —gruñí, recordándole que no me importaba el entrañable nombre en sus mentirosos labios.

—Mis disculpas —inclinó la cabeza—, pero Raissa Antonovna está aquí. ¿Realmente es el momento de hablar de negocios?

—Lo es —volví a tomar de mi bebida con amargura—. Porque creo que es una oportunidad para que seamos sinceros entre nosotros.

—Alyosha, ¿de qué estás hablando? —preguntó Madre.

—El tío Misha tiene planes para quitarme lo que es mío por derecho.

Se quedaron mirándome un momento antes de él soltar una carcajada.

—¿Es una broma, Alyosha? Porque no tiene mucha gracia —dijo él.

—Estoy de acuerdo —dije—. No tiene nada de gracia. Pero debes admitir, Tío, que las cosas lucen muy sospechosas. Quiero decir, Padre muere, y te casas enseguida con Madre. Me prohíbes asistir a su propio funeral. Me dices que debo casarme con Elia Tarallo, y ahora la acusas de envenenar mis pensamientos. Sólo quiero que me des una respuesta sincera, Tío. ¿Qué estás planeando?

—Alyosha —dice Madre—. Alyosha, por favor. Sé que fue duro para ti no asistir al funeral de tu padre, pero Misha y yo pensamos que te lo habrías tomado mal.

—¿Me lo habría tomado mal? —dirigí mi mirada hacia ella—. ¿Ninguno de ustedes pensó que yo podría querer estar en su funeral? ¿Para tener un cierre?

—Sólo pensamos que… —Madre entrelazó los dedos y sacudió la cabeza—, después de ese desagradable asunto con… con…

*Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo*. El fantasma regresó y me quedé mirando fijamente a mi madre, desafiándola a pronunciar su nombre.

Levantó la vista y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Con Svetlana —dijo ella al fin.

Una sola palabra, un solo nombre, y eso fue todo lo que necesité para traer de vuelta aquellos horribles recuerdos que creía haber olvidado pero que solo había reprimido. Los gritos. Los olores. La sensación de las pesadas manos de mi padre sobre mi hombro mientras me susurraba al oído.

*Que esto te sirva de lección, Alyosha. Nunca olvides esto.*

—¿Fuiste *tú*? —le contesté a ella en voz baja—. ¿Fuiste tú quien *le* convenció para que me prohibiera asistir al funeral de Padre?

—Alyosha, te conozco —Madre tomó mi mano entre las suyas—. Sé cómo habrías reaccionado. Lo he visto en ti desde que eras un niño. Habrías querido herir a tu padre. Maldecir su memoria. Y por mucho que tu padre y yo tuviéramos nuestras diferencias, realmente creí que se merecía un momento singular de paz.

—Un momento singular que no querías que yo arruinara —arrebaté mi mano de su agarre—. ¿Y cuánto tiempo llevabas follándotelo antes de que muriera papá?

—¡Aleksey, basta! —gritó el tío Misha levantándose—. ¡No permitiré que le hables así a tu madre!

—Eres mi Tío y mi subordinado, Mikhail Yevgenievich —gruñí—. No tienes derecho a decirme lo que tengo que hacer. Sé lo que planeas a mis espaldas —volví a mirar a mi madre—. Y puede que ella también lo sepa.

—¡Basta! —Madre intentó agarrarme la mano de nuevo, pero la rechacé—. ¡Eres mi hijo, mi carne y mi sangre! Una vez fuiste parte de mí. ¿O lo has olvidado, Alyosha?

—Quiero que os vayáis los dos —me aparté de ellos y luché por mantener la voz firme—Ahora.

Esperaba algún tipo de protesta. Pero no hubo nada. Ni siquiera un resoplido de mi madre. Años de responder a los caprichos de mi padre le habían enseñado a no discutir. Le habían enseñado que la obediencia era el único camino.

Los pasos los llevaron hasta la puerta y oí cómo se cerraba. Sólo entonces me di la vuelta. Y descubrí que mi tío seguía de pie dentro.

—Eres un tonto, sobrino —dijo—. Yo nunca iría contra tu padre, contra esta Bratva, ni contra ti. Aunque me insultes. Aunque le rompas el corazón a tu madre.

—¿Crees que me puedes influenciar en este momento?

—No —se atrevió a dar un paso adelante, sonriendo satisfecho—. No creo que sea capaz de hacer otra cosa que lograr que me odies. Aunque yo sea completamente inocente. Incluso si he intentado decirte cómo estás jodiendo todo por lo que tu padre estaba trabajando.

—¿Entonces por qué no me lo dices, Tío? —gruñí—. ¡Cuanto más te guardes esta información, menos me inclinaré a confiar en ti!

—Esperaba decíroslo a ti *y a tu mujer* en persona.

—¿Por qué no me lo dices a mí? Puedo decírselo a ella después.

Tío Misha rio sombríamente.

—¿Crees que habrá un después? ¿Crees que ella va a volver? Le devolviste las llaves del reino a nuestro enemigo.

Ahí estaba otra vez. La misma palabra que había usado antes para describir a la familia de Elia: *enemigo*.

—¿Crees que Ludovico realmente alguna vez nos perdonó? ¿O a ti? —preguntó con calma—. ¿No crees que está jugando algún juego? Quiero decir, una hija cuya mejor amiga trabaja en la oficina del fiscal. Una larga disputa que le costó su único hijo. Una oportunidad de vengarse. Se la jugó, esperando que tú fueras el mismo tonto impulsivo que no pudo desbancarle en diez años, y funcionó, joder.

Se acercó más, hasta que nuestras narices prácticamente se tocaron.

—¿Crees que eres el único con derecho a heredar?

—¿Entonces por qué ella? —le pregunté—. ¿Por qué alguien, Ludovico incluido, accedió a esto?

La mano de mi tío me golpeó el pecho.

—¡Porque Ludovico estaba débil y no tenía elección! Lo teníamos agarrado por las pelotas. Todo lo que tenía iba a ser nuestro. Yo pensé que serías capaz de follarte a su hija, hasta embarazarla, sin sentir nada por ella. Pero quizá esos años en Nueva York te volvieron sentimental.

—¿Y qué hay del Bogatyr? —pregunté, cambiando de tema antes de enfadarme demasiado—. ¿Qué tiene que ver con esto? En realidad, una mejor pregunta. ¿Quién coño es?

—Un gilipollas sin reputación que surgió más rápido de lo que ninguno de nosotros esperaba. Intentó matar a tu padre varias veces —respondió el tío Misha—. Justo al mismo tiempo que te enviaron a Nueva York. Siempre pensamos que era alguien a sueldo de Ludovico que entendería el mensaje una vez que tú hicieras tu trabajo. Pero siguió adelante. Incluso después de que mataras al hijo de Ludovico. Necesitábamos algo más. Algo que llamara su atención. No quería arriesgarme a verte morir en el funeral de tu padre. Habría roto el corazón de tu madre más fuerte de lo que acabas de hacerlo. Así que convencí a tu madre de que te habrías molestado demasiado ver a tu padre incluso todos estos años después de… bueno, ya sabes de…

—Svetlana.

—Sí. Svetlana.

—La boda… —sentí que se me caía el corazón al darme cuenta—. Así que todo esto era sólo…

—Una treta —suspiró—. Mira, Alyosha. Siento haberte ocultado esta información. Pero tuve que hacerlo. El Bogatyr sigue ahí fuera. Sigue trabajando para Ludovico. Él mató a tu padre. Y desafortunadamente para todos nosotros, hiciste lo único que Ludovico quería que hicieras. Le diste exactamente lo que necesitaba. Su hija llevando a nuestro heredero de regreso en su casa. Como dije, Alyosha. Eres un tonto.

—Ten cuidado, Tío —le advertí—. Sigue siendo mi mujer, y sigue llevando a mi hijo.

Mi tío se rio.

—Así es —dijo, con un nuevo brillo en sus ojos—. Pero presta atención a mi advertencia. Ella es un medio para un fin. Y en el momento en que lo olvides, su padre nos enterrará. Te enterrará a ti. Y cuando eso suceda, no habrá nada más que puedas hacer para detenerlo.

Reprimí mi rabia y la sustituí por una sonrisa fría y calculadora capaz de hacer que un hombre adulto se meara en los pantalones.

—Lárgate de aquí —dije—. Lárgate o te echo, y no me refiero a por la puerta.

Levantó las manos.

—Claro, sobrino —alcanzó la puerta antes de volverse hacia mí de nuevo—. Lo único que quiero es que confíes un poco más en tu familia y un poco menos en tu mujer. Puede que se haya abierto de piernas para ti, puede que incluso haya gritado como puta para ti. Pero nunca olvidará lo que le hiciste a su hermano. La sangre siempre es más espesa, no importa lo bien que se sienta su pequeño coño caliente.

Sin esperar mi respuesta, abrió la puerta de un tirón y la cerró de un portazo. Me quedé solo en el silencio de mi pent-house.

Un millón de pensamientos se arremolinaban en mi cabeza, y cada uno de ellos me conducía hacia una única y horripilante pregunta.

*¿Y si el tío Misha tenía razón?*

## Capítulo 33
## Elia

De nuevo en casa de mi padre.

Recorrí con la mirada el dormitorio que había sido mío desde que tenía memoria, intentando sentir la calidez que había encontrado entonces. Las paredes seguían siendo del mismo azul de ensueño, tan claro que parecía blanco con la iluminación adecuada.

El edredón blanco que había elegido años atrás para que hiciera juego con la decoración seguía sobre la cama. Los muebles eran tan blancos como la alfombra de felpa bajo mis pies descalzos.

Faltaban los efectos personales, que habían sido guardados en cajas después de mi boda con Aleksey. Pero aparte de eso, la habitación estaba casi exactamente como la recordaba.

El vacío no me sorprendió. Así era como mi padre hubiera preferido que estuviera: todo limpio y ordenado, sin adornos decorativos, como él los llamaba. No veía la razón de tener nada sentimental en su vida. Nunca lo había tenido.

Ni siquiera le había visto desde que llegué hacía unas dos horas, agotada por el viaje. Lo atribuí al embarazo y agradecí que la distancia entre Chicago y Nueva York fuera corta y manejable.

Boris, fiel a la palabra de Aleksey, me había acompañado hasta el dormitorio antes de prometerme que estaría a una llamada de distancia si me metía en algún lío. Me alegré de que estuviera aquí conmigo. Yo ya no era Elia Tarallo. Era Elia Korolev y estaba casada con el peor enemigo de mi familia. Había dormido con el asesino de mi hermano y llevaba a su hijo en mi vientre.

Con una sola de esas opciones me habría bastado para ser un objetivo más dentro de la propia mafia Tarallo. ¿Pero dos? Casi me sorprendió que no me hubiera recibido en la puerta un grupo de hombres de mi padre, dispuestos a convertirme en rehén. Me abracé con fuerza, deseando de repente que Aleksey hubiera venido.

Sólo de pensar en mi marido me dolía el pecho. Ya le echaba de menos, lo cual era ridículo, pues acabábamos de vernos esta mañana. ¿Era porque había pasado prácticamente cada momento de vigilia a su lado desde nuestra noche de bodas? ¿O era por otra cosa?

¿Era porque sentía algo de verdad por él?

Respirando hondo, me miré en el espejo detrás de la puerta y decidí centrarme en mi atuendo y no en el hecho de que ansiaba a Aleksey como lo hacía. Esta noche había optado por un look discreto: una camisa negra transparente sobre una camiseta y unos vaqueros ajustados. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta. Mi padre ya me había avisado por SMS de que quería que cenáramos juntos, y yo sabía que tenía que presentarme como la mujer de Aleksey y no como la hija de Ludovico.

Nunca me iba a tomar en serio, tuviera el título que tuviera. Era la verdad de todo.

Lo que él no sabía era que yo tenía una agenda oculta. Necesitaba respuestas a mis propias preguntas, empezando por el hecho de por qué no me había dado el broche de Luca. Él sabía lo que significaba para mí y él no le daba ningún uso.

¿Lo había tirado a la basura cuando Aleksey se lo devolvió? Tal vez. Era algo que él haría.

Miré el reloj, abrí la puerta y bajé al comedor, donde el delicioso olor de la cena llenaba el ambiente. Aunque yo había llegado cinco minutos antes, papá ya estaba en la mesa con el teléfono pegado a la oreja.

—Me importa una mierda a quién tengas que llamar —ladró al teléfono, sin levantar la vista cuando entré—. Haz que ocurra o me olvidaré de que existes y todos los demás lo harán también.

Tomé asiento como de costumbre y retiré la servilleta del plato. Inmediatamente se agolpó el personal de la casa y dejé que me sirvieran vino y agua, sin querer avisar a mi padre de que estaba embarazada. Les dediqué una leve sonrisa, miré la ensalada que me habían servido y recordé los días en que mi padre sólo me permitía comer ensaladas en casa.

Le *preocupaba*, como él decía, mi figura y el hecho de que '*proyectara*' una imagen de pereza impropia de mí misma.

Como resultado, las ensaladas se convirtieron en una forma de vida durante meses, hasta que él se sintió satisfecho de que yo tuviera mi aspecto y pasó a otra cosa.

Desde entonces odiaba las ensaladas en esta casa.

Unos minutos después, él terminó la llamada y guardó el móvil en el bolsillo de su traje.

—Elia —saludó con un tono de voz casi aburrido.

—Padre.

—Francamente, me sorprende que te haya enviado de vuelta tan pronto. No pensé que se cansaría de ti tan rápido.

Agarré el tenedor con la mano, manteniendo mi ira bajo control.

—Mi marido pensó que me gustaría estar en casa de visita —dije, con el mismo tono de falsa amabilidad que había utilizado durante años—. ¿Se equivocó?

Sus ojos por fin se encontraron con los míos y vi la tensión de su boca.

—Por supuesto que no. Eres mi hija y mi heredera. Eres bienvenida a mi casa siempre que quieras.

*Su casa*. El día que él muriera, quemaría esta maldita casa hasta los cimientos.

—Gracias, Padre.

—Si lo hubiera sabido —continuó mientras yo pinchaba la ensalada con mi tenedor—. Habría invitado a algunos de nuestros amigos a unirse a nosotros. Tienes suerte de que estuviera en la ciudad.

—Siento no habértelo dicho antes —murmuré y me obligué a meter la lechuga en mi boca. El familiar sabor vacío en mi lengua casi me provoca arcadas, pero perseveré. No iba a mostrarle debilidad a mi padre—. Me alegro de estar en casa —mentí.

Gruñó y nos quedamos en silencio, con el único sonido de los cubiertos raspando los platos de porcelana mientras comíamos.

Dejé la cantidad habitual de ensalada en mi plato y la aparté, preguntándome qué pasaría si hubiera traído a mi marido conmigo. A solas con mi padre, me aterrorizaba lo que pudiera hacer o su siguiente acción. Pero si Aleksey estuviera a mi lado, yo no le temería tanto.

La tristeza se apoderó de mi alma cuando pensé en Aleksey. ¿Qué estaría haciendo? ¿Estaba preocupado por mí como yo lo estaba por él? ¿Me echaba de menos?

—No has tocado el vino, Elia —La voz de mi padre me sacó de mis pensamientos. Claro que se daría cuenta.

—Esta noche me duele la cabeza —mentí, cogiendo el agua en su lugar—. Debe ser el viaje.

Sus sagaces ojos se clavaron en mí y se entrecerraron.

—No me mientas, Elia.

No respondí y bebí un trago de agua, con el estómago revuelto. No me cabía duda de que lo sabía. Siempre tenía formas de saberlo.

—Yo…

Agitó una mano en mi dirección, haciéndome callar.

—Estás embarazada, ¿verdad?

Y ahí estaba. Como siempre había sido. Había descubierto mis secretos sin una sola pregunta. No tenía sentido seguir ocultándolo.

—Sí —admití, manteniendo los hombros rectos—. Estoy embarazada.

Inesperadamente, una sonrisa se dibujó en el rostro de mi padre mientras se acomodaba en su silla.

—Deberías estar contenta. Has conseguido exactamente lo que debías.

La forma en que lo dijo me dejó sintiéndome asquerosa y violada. No quería pensar que eso era lo único que le importaba: cómo me habían vendido como a una yegua de cría. ¿Y todo para qué? ¿Para avanzar en su causa? ¿Para avanzar en *sus* objetivos?

Con cuidado, aparté la silla.

—No me siento muy bien.

—Siéntate —se levantó, con irritación en la cara—. Y come.

Sacudiendo la cabeza, coloqué la servilleta sobre el plato aún lleno.

—Lo siento, padre. No puedo.

—¡Eso es inaceptable! —golpeó la mesa con la palma de la mano—. ¡Te sentarás y terminarás tu comida!

No pude soportarlo más, y estallé.

—¿Sabes lo que es inaceptable? El hecho de que me ocultaras el broche de Luca. ¡Sabías que yo se lo había regalado! Sabías que me importaba. ¿Por qué no me lo diste cuando Aleksey te lo devolvió?

Mi padre me miró fijamente durante un minuto entero.

—¿De qué coño estás hablando?

—Sabes de lo que hablo —respondí, cerrando la mano en un puño—. Quiero que me lo des.

Eso era todo lo que quería, pero no tanto porque fuera de mi hermano. Quería alguna prueba de que Aleksey no me estaba mintiendo al respecto. Quería creerle a mi marido. Quería pensar que sentía verdadero remordimiento por haber matado a mi hermano.

Porque eso haría que mi vida fuera mucho más fácil.

—No lo tengo —dijo Padre finalmente—. Korolev debe haberlo guardado como trofeo después de matar a Luca.

—No —dije, negando con la cabeza—. Me dijo que te lo había devuelto.

La bofetada surgió de la nada, me zumbaron los oídos y me ardió la mejilla por su mano.

Retrocedí a trompicones, parpadeando para despejar las lágrimas que de repente habían brotado de mis ojos.

Me apuntó con el dedo como si fuera una pistola.

—¡No te atrevas a llamarme mentiroso!

—¡Entonces al menos déjame ver la tumba de Luca! —me defendí, tragando la emoción en mi voz. No era la primera vez que mi padre me pegaba, pero maldita sea, iba a ser la última. Sería la última vez que estuviera en su presencia si no me daba lo que quería.

Estaba cansada de cumplir sus órdenes.

—No molestarás a los muertos por una mentira que te dijo tu marido.

—No es una mentira —respondí—. ¡Sé que no lo es!

A mi padre se le escapó una breve carcajada.

—Entonces eres más tonta de lo que pensaba. Si volviste a Nueva York por esto, entonces te han enviado aquí en una búsqueda inútil. Deberías volver a Chicago y registrar sus pertenencias. Estoy seguro de que encontrarás el broche que buscas y sabrás quién te ha estado mintiendo de verdad.

Resoplé. Sus palabras no podían estar más lejos de la realidad.

—Siempre me has manipulado —dije en voz baja, con la mejilla palpitante—. Incluso con Dylan.

—¿Así que esta noche quieres desenterrar la memoria de todos y cada uno de los muertos? —mi padre se acercó a mí. Luché contra el impulso de encogerme ante su presencia—. ¿No te das cuenta de que siempre os he protegido a ti y a tu hermano?

—¿Protegido? —respondí—. ¿Así es como lo llamas? *Asesinaste* a Dylan. Enviaste a Luca a la muerte. Y ahora me has casado con el hombre que lo mató.

—¡¿Crees que no lo sé?! —bramó—. ¿Sabes lo que sacrifiqué al entregarte a Korolev? Si me hubieran dado una opción, nunca te habrías casado con ese bastardo.

Sus palabras me sacudieron hasta la médula. ¿*Una opción*? ¿Él no quería que me casara con Aleksey? Pero había firmado el acuerdo. Había elegido unirnos. ¿Verdad?

—Eres mi única *heredera*, Elia —añadió—. ¿Realmente crees que te habría entregado así?

Tenía razón… Y que Dios me ayude, pero le creí. Mi padre siempre había puesto a la mafia primero, lo que significaba que los Korolev lo habían forzado a esto.

Dios mío. *¿Lo sabía Aleksey?* ¿Sabía lo que habían puesto sobre la mesa el día que firmó el acuerdo?

¿Era parte del plan para arruinar a mi familia? ¿De verdad me había engañado?

—Vete a casa con ese cabrón —terminó, con los hombros caídos. Nunca había visto a mi padre tan abatido, y de repente me preocupé, y mucho—. Averigua la verdad. Se llevó a mi hijo y ahora intenta poner a mi hija en mi contra.

Abrí la boca, sin saber qué decir. Estaba tan segura de que mi padre era el malo de la película, como lo había sido casi toda mi vida, pero ahora, al verlo así, sentí que pequeñas semillas de duda empezaban a infiltrarse en mi mente.

*¿Y si decía la verdad y era Aleksey quien mentía? ¿Qué iba a hacer yo?*

—Cuando descubras la verdad, vuelves a casa conmigo y empezaremos a planear la venganza que le debemos a Luca.

Después de eso, abandoné el comedor y subí a trompicones las escaleras hasta la seguridad de mi dormitorio, llegando incluso a cerrar la puerta con llave. Me debatí entre llamar a Aleksey y luego a Lana, pero al final decidí no llamar a ninguno de los dos. Nadie más podía saberlo. No era una conversación para mantener por teléfono.

*Necesitaba ver la reacción de Aleksey en persona.*

Me desplomé contra la puerta e intenté calmar el repentino temblor que se apoderó de mi cuerpo. Podía estar durmiendo con un mentiroso, un hombre que era mejor manipulador que mi propio padre.

Significaba que yo me había creído todo lo que él me había contado, todo lo que él había hecho para que yo hiciera la vista gorda a lo que era la verdad.

*Oh Dios*… había confiado en él. Había pensado que lo *amaba*. Le había suplicado que me follara... le había suplicado quedarme con él esta mañana. Me había puesto de rodillas por él.

Sacudiendo la cabeza, me aparté de la puerta y fui al baño, despojándome de mi ropa mientras avanzaba. No podía ser verdad. Aleksey me había prometido que estaría a salvo con él. Me había dicho que podía confiar en él, pasara lo que pasara. Después de todo, si hubiera pensado que existía el riesgo de que mi padre me dijera la verdad esta noche, ¿me habría mandado a casa?

Abrí el grifo de la ducha y, tras probar la temperatura, me metí bajo el chorro, dejando que golpeara mi dolorido cuerpo. No podía sacar conclusiones precipitadas, todavía no. Necesitaba pruebas para decidirme, y si mi padre se negaba a admitir que tenía el broche, yo tenía que demostrar que Aleksey no lo tenía.

Sólo así podría creerle a mi propio marido.

Apoyé la frente contra el frío muro de piedra y dejé caer las lágrimas, sabiendo que parte de aquella emoción se debía a mi embarazo. ¿Era un error esperar que Aleksey no estuviera intentando mentirme y que mi padre, el hombre que me había dado una vida de pesadilla, estuviera equivocado?

Justo cuando pensaba que mi vida empezaba a recomponerse, ahora se desmoronaba sin remedio. No sabía qué hacer. Si Aleksey me había mentido, iba a quedar destrozada, más aún ahora que estaba embarazada de él.

Tenía que volver.

Tenía que ver a Aleksey y estar segura.

No importaba cuál fuera el resultado.

## Capítulo 34
*Más temprano ese mismo día*
Ludovico

Entré en mi estudio y cerré la puerta tras de mí por costumbre. Aunque sabía que nadie me molestaría aquí, no tenía intención de que me pillaran por sorpresa.

Después de años de mantener las manos lo suficientemente limpias como para mantener a raya a la ley, se me había dado bien esconder la mano hasta el momento oportuno.

Me acerqué a mi escritorio, me senté en la silla que había detrás y abrí el cajón para coger lo que había venido a buscar. Las cosas estaban a punto de ponerse en marcha, y lo único que necesitaba era darles ese último empujón.

Saqué mi teléfono y envié un mensaje. Una semilla estaba a punto de plantarse, y pronto esa semilla crecería hasta convertirse en un árbol a mi favor.

No pasó mucho tiempo antes de que llamaran suavemente a mi puerta. Comprobé la hora para asegurarme de que aún me quedaban unas horas antes de que apareciera mi caprichosa hija.

—Adelante —ladré. La puerta se abrió y uno de mis empleados hizo pasar a un hombre. Era el enviado de un misterioso benefactor al que yo sólo conocía como el *Bogatyr*, nos conocimos tras la muerte de Luca.

No fue necesario intercambiar nombres. Me había dicho que el Bogatyr y yo buscábamos lo mismo: *acabar con el linaje Korolev*, en venganza después de que masacraran a mi hijo.

A lo largo de los años, el Bogatyr había sido muy útil, siempre tres pasos por delante de la ley, de los Korolev y de cualquiera que pudiera convertirse en una amenaza contra mí. Cuando Berkowitz tomó medidas enérgicas en la ciudad, fue el Bogatyr quien me avisó. Cuando el crimen organizado de la ciudad fue barrido, mis manos permanecieron limpias.

Por lo tanto, yo había mantenido mi parte del trato. Juntos, habíamos tramado y planeado. No lo había visto nunca, pero me daba cuenta que era un estratega aterradoramente astuto.

Y cuando me instó a enviar a mi hija, la única heredera que me quedaba, a los Korolev, actué sin dudarlo.

Ahora, el Bogatyr había demostrado ser útil una vez más. Me había advertido de que mi hija volvía a casa, inesperada e imprevistamente, pero no del todo inoportuna.

Su enviado estaba ante mí con las manos entrelazadas.

—¿Está preparado para lo que viene, Don Tarallo?

—Lo estoy —asentí con la cabeza, metí la mano en el cajón y saqué dos objetos: un sobre con

dinero y un diminuto broche que era todo lo que tenía de mi hijo. Una cosa tan pequeña, pero que me resultaba insoportablemente pesada en la mano. Por un momento, me resistí a soltarlo.

El hombre revisó rápidamente el dinero. Satisfecho con la cantidad, se lo metió en el bolsillo y cogió el broche.

—¿Funcionará? —le pregunté.

Sonrió con satisfacción.

—¿Se ha equivocado alguna vez el Bogatyr?

*No*… admití en silencio. *Jamás*.

El hombre cogió el broche y lo apretó en el puño con descuido y, por un momento, luché contra el impulso de arrancárselo de la mano.

—Le avisaré cuando esté hecho.

Le miré fijamente.

—Encárgate de que así sea.

Sin decir nada más, desapareció. Me desplomé en la silla, suspirando. Estaba solo. Luca se había ido hacía años, y Elia… apreté el puño al pensar en Aleksey Korolev poniendo sus manos sobre mi pequeña. Las mismas manos manchadas con la sangre de mi hijo.

No había sido fácil entregarla. Pero era *parte del plan*, me había asegurado el enviado del Bogatyr. Sería la forma en que ambos conseguiríamos lo que queríamos.

Capítulo 35
*A la mañana siguiente*
Elia

—¿Querías verme? —pregunté cansada en el umbral de la puerta.

Mi padre levantó la vista y me miró. Yo tenía moratones en donde mi padre me había abofeteado anoche, y no había corrector que pudiera disimularlos bien. Además, había dormido como una mierda toda la noche, pensando en quién decía la verdad y quién me mentía.

Esto debía ser exactamente lo que mi padre quería que yo hiciera. Toda mi vida había estado plantando dudas en mi propia mente y haciéndome creer que él era la única persona en la que podía confiar. Me gustaría poder decir que no funcionó. Pero incluso ahora tenía mis dudas sobre lo que Aleksey me había contado.

Él se levantó de la silla y salió de detrás de su escritorio. Su rostro tenía una expresión que casi parecía de arrepentimiento.

—Quiero disculparme por mi comportamiento de anoche —dijo, sorprendiéndome—. Me pasé de la raya.

Entrecerré los ojos. Este no era el padre que yo conocía.

—Nunca te disculpas, y mucho menos conmigo.

—Quizá esté pasando página —se encogió de hombros—. Llevas en tu vientre a mi nieto, aunque este sea un Korolev.

Instintivamente me llevé la mano al vientre. Algo en la forma en que mi padre pronunció esas palabras me produjo un escalofrío. Él debía de tener otro plan, algo que implicaba a mi hijo, y la única razón por la que se disculpaba era para hacerme más sumisa.

Quería algo de mí. *Necesitaba* algo de mí.

—No me mientas, Padre —sacudí la cabeza—. Dime la verdad. ¿Qué buscas?

—Nunca te he mentido.

Me burlé y sacudí la cabeza.

—Toda mi vida me has mentido. ¿Y ahora te sientas ahí y te *atreves* a decirme lo contrario?

—Tienes razón —dijo él—. Hay algo que quiero de ti.

Esperé con la respiración contenida.

—Quiero que creas que Aleksey Korolev nunca devolvió el broche de Luca. Y puedo probarlo.

Y así como así, mi corazón se rompió de nuevo.

Él no se preocupaba por mí. No le importaba Luca. *Sólo quería tener razón*.

—Sabes —empecé—, toda mi vida esperé que cambiaras. Pero sé que no lo has hecho.

—Elia, te lo dije —dijo él—. Ayer me pasé de la raya. No esperaba verte ni oírte acusarme de mentiroso tan pronto después de volver a casa. Bueno, actué con el corazón y no con la cabeza.

Él se levantó y yo retrocedí con familiar miedo.

—Para compensarte —me hizo señas para que me acercara a su escritorio—. Puedes buscar en este escritorio, donde encontrarás cosas que nunca has visto. Cartas a tu madre. Dibujos que tú y tu hermano hicisteis de niños. Pero, ¿sabes lo que no tengo ahí que tú me acusas de tener?

Cerré los ojos y un pequeño susurro escapó de mis labios.

—No.

—El broche de Luca.

—No te creo.

Me cogió la mano con más cuidado que nunca y sentí que algo pequeño y frío me presionaba la palma. Cuando lo vi, era la llave de su escritorio.

—Entonces búscalo tú misma.

Me temblaron las manos mientras le miraba. ¿Era una prueba? Durante toda mi vida, mi padre me había puesto a prueba, pero nunca así. *Nunca* me permitió acercarme a este escritorio, excepto al otro lado.

—Adelante —me instó.

Temblando, introduje la llave en el primer cajón y lo abrí. Dentro había papeles y escrituras de las distintas propiedades que poseía por toda la ciudad. *Lana se lo pasaría en grande con esto…* pensé. Pero no había broche.

Abrí el siguiente cajón y, fiel a lo que había dicho, encontré cartas que él había escrito a mi madre cuando eran jóvenes. Sus diferentes caligrafías me devolvieron la mirada a través de los años: los garabatos de él eran salvajes y desordenados, y los de ella eran líneas ordenadas y limpias. Las volví a colocar en su sitio. No estaba el broche.

El siguiente cajón contenía una pistola y balas sueltas. Por un momento, me atreví a pensar que

una de las balas era el broche. Pero tampoco estaba aquí.

Finalmente, abrí el último cajón y jadeé. Él no mentía. Páginas y páginas de dibujos de cuando Luca y yo éramos niños. Trazos descoordinados en lápiz de color, rotuladores y lápiz de color. Algunos los había olvidado. Otros, todavía los recordaba como si los hubiera dibujado ayer.

Pero, aun así, no había broche.

Mi padre me había dicho la verdad.

Temblando, volví a dejar la llave sobre el escritorio y me alejé rápidamente.

—Elia —me llamó.

Me detuve en la puerta, luchando por contener las lágrimas mientras la voz de Luca susurraba desde lo más profundo de mi mente. *Los Tarallos siempre han tenido fuerza*.

—Aquí siempre tendrás un hogar —dijo Padre, y clavó el último clavo en el ataúd—. Siempre puedes volver a casa.

Respiré hondo y tembloroso, sin saber cómo responder o cómo *quería* responder. Lo único que sabía en ese momento era que no podía quedarme en esta oficina. Porque entonces quizá nunca reuniría las fuerzas para volver a Chicago con este nuevo y horrible conocimiento.

*Mi marido era un mentiroso.*

## Capítulo 36
## Elia

El avión aterrizó en la pista y respiré con el corazón latiéndome con fuerza. Estaba de vuelta en Chicago, un Chicago lluvioso. El tiempo hacía juego con mi estado de ánimo. Nada podía quitarme la pesadez del pecho ni hacerme sentir segura. No después de mi descubrimiento.

Debería haberme sentido segura al volver aquí. Debería haber sentido que volvía a casa.

En lugar de eso, me sentía como una balsa zarandeada en un mar de incertidumbre. No quería creerle a mi padre. Pero él había demostrado que decía la verdad. No tenía el broche de Luca. Al menos no en su despacho.

Así que ahora, tenía que buscar en un segundo lugar. Tenía que confirmar con mis propios ojos que Aleksey me había estado mintiendo.

—Bienvenida a casa, princesa —me dijo Boris desde su asiento al otro lado del pasillo, poniéndose en pie en cuanto el avión se detuvo por fin bruscamente.

Evité sus ojos mientras me desabrochaba el cinturón, esperando que no notara ningún cambio inmediato en mí. Había hecho todo lo posible por parecer impasible e ilegible, pero algo me decía que Boris lo había visto todo.

Ni siquiera estaba segura de poder confiar en él. Después de todo, trabajaba para Aleksey y era uno de sus hombres de confianza. Si no podía confiar en Aleksey, entonces también tenía que estar en guardia contra él.

De repente, deseé haber llamado a Lana mientras estaba en Nueva York. Había resistido el impulso de llamarla porque no quería involucrarla más de lo necesario. Pero ahora…

Bajé las escaleras del avión con cuidado, con Boris pisándome los talones. Para mi sorpresa, Aleksey no me estaba esperando fuera con un coche.

—¿Dónde está? —pregunté suavemente al llegar al último escalón.

—Debe estar ocupado. Me dijo que se reuniría contigo en el pent-house —respondió Boris.

Intenté que sus palabras no me molestaran mientras caminaba hacia el coche y me subía al fresco interior de cuero. Anoche le había enviado un mensaje a Aleksey para avisarle que hoy volvía a casa. Le había dicho que todo iba bien, aunque no fuera así.

Él sólo me había dado las buenas noches, y yo había pasado el resto de la misma tumbada en la cama, preguntándome qué significaba aquello. No hubo ningún mensaje de seguimiento. Ni siquiera se molestó en llamar. Era casi como si, en el poco tiempo que llevábamos separados, ambos hubiéramos recordado las circunstancias de nuestro matrimonio.

¿Acaso se había dado cuenta de que era más feliz cuando yo no estaba? Yo había pensado que estábamos en una posición diferente justo antes de irme. Pero ahora, ya no estaba tan segura.

Odiaba que mi padre se hubiera metido en mi cabeza. Era lo que mejor sabía hacer. Envenenaba a la gente contra sí misma y les hacía creer que él era su salvador antes de aplastarlos. Había visto sus manipulaciones y había sido blanco de muchas de ellas durante toda mi vida.

Sin embargo, esto… esto no se sentía como si me estuviera manipulando. Esto se sentía genuino. Y eso era lo que más me asustaba. Porque ahora, mientras el coche salía a toda velocidad del aeropuerto de O'Hare, me hacía la misma pregunta una y otra vez:

*¿Puedo seguir confiando en Aleksey?*

Por mucho que quisiera hacerlo, sabía que no podría seguir adelante hasta que pudiera confirmar que él tampoco me había estado mintiendo. Y sólo había una forma de hacerlo. Mi futuro y el de mi hijo dependían de ello.

El coche se dirigía hacia la ciudad e intenté apartar las dudas que empezaban a crecer en mis entrañas. ¿Qué le diría cuando le viera? ¿Se daría cuenta inmediatamente de que me pasaba algo?

Me mordí el labio inferior y me llevé una mano al vientre. Si Aleksey me había mentido sobre el broche, ¿sobre qué más me mentiría? ¿De verdad murió Luca como Aleksey decía? ¿O sucedió lo que dijo mi padre: que Aleksey descuartizó a Luca en la calle y dejó su cuerpo pudriéndose?

Cuando llegamos al pent-house, Boris no entró en el ascensor conmigo.

—Ha sido un placer, princesa —me hizo una reverencia burlona.

—Gracias —murmuré. Me dedicó una breve inclinación de cabeza antes de que las puertas se cerraran tras de mí. El ascensor retumbó y me preparé para ver a mi marido.

Era curioso. Cuando él me había enviado a Nueva York, yo le había suplicado que me dejara quedarme. Y ahora que subía a verle, lo único que quería era huir lejos.

Pero no podía. No debía hacerlo. Tenía que descubrirlo por mí misma.

Enderezando los hombros, respiré hondo y saqué la fuerza que normalmente reservaba para reunirme con mi padre. ¿Qué le iba a decir ahora? *Hola, me has mentido en todo y por eso tengo que registrar tu escritorio.* De alguna manera, dudaba que él aceptara eso tan fácilmente.

Las puertas del ascensor se abrieron y la realidad se abatió sobre nosotros.

—Elia.

No había sonrisa en su rostro. Sus ojos eran fríos, y supe que algo había sucedido. Algo había cambiado.

*Oh Dios.*

Obligando a mis pies a moverse, salí del ascensor, poniendo los ojos en mi marido.

—Aleksey.

Me acerqué a él, pero me dio la espalda.

—¿Todo está bien? —le pregunté.

Asintió con la cabeza, pero la frialdad no le abandonó y sentí que el corazón se me ralentizaba en el pecho.

—Me alegro de que estés en casa —dijo. Pero no había calidez en sus palabras ni signos de felicidad en la forma en que sus ojos me miraban.

Respiré hondo.

—Yo también me alegro.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente y, por un momento, parecieron endurecerse.

—¿Cómo está tu padre?

—Sigue siendo el mismo gilipollas de siempre —dije. Quería desesperadamente romper la tensión del ambiente. ¿Debería preguntarle por el broche? ¿Me diría la verdad?

¿Me dejaría siquiera mirar?

Aleksey se acercó y mi respiración se cortó cuando escudriñó mi cara, con ojos entrecerrados.

—¿Qué te ha pasado?

¡*Mierda*! Creí que había cubierto bien el moratón, pero el maquillaje debe haberse corrido por la humedad.

—No es nada.

—No parece que fuera nada —respondió, con voz acerada—. ¿Te ha pegado?

Cerré los ojos ante el aterciopelado roce de su pulgar sobre la zona dolorida, dejando que parte de su calor se filtrara en mi fría piel.

—No importa.

Nunca importó. En el pasado cometí el error de contárselo a una empleada de mi padre. Ella juró sacarme de la casa. Mi padre la hizo desaparecer, y yo aprendí a no hablarlo.

Cuando los labios de Aleksey rozaron la zona, mis ojos se abrieron de golpe.

—Nunca volverá a pegarte —dijo contra mi piel—. Nunca más.

En esos momentos, casi podía olvidar el nerviosismo de la mañana, cuando había jurado averiguar la verdad al llegar a casa.

Este era el marido que yo anhelaba, el que parecía preocuparse por mí, por el que yo cuestionaba mis sentimientos.

—Elia.

Nos interrumpió el estridente sonido de un teléfono sonando y Aleksey maldijo, retrocediendo lejos de mí. Tuve que tragar aire e intentar recomponerme. *¡Qué fácil habría sido olvidarme del estúpido broche y de las acusaciones de mi padre!*

Tenía que demostrar que mi padre se equivocaba. Porque si tenía razón, no sabía lo que yo haría.

Aleksey se acercó a la pared de ventanas. Me dirigí a la cocina y saqué una botella de agua de la nevera. Apenas podía oír lo que decía por teléfono, pero su tono cortante me decía que, fuera lo que fuese, no era nada bueno. Me bebí casi la mitad de la botella antes de que él llegara hasta mí dando zancadas.

—Tengo que irme —me dijo—. Hay asuntos que requieren mi atención.

Quería rogarle que no se fuera porque sabía que en cuanto abandonara el pent-house, me sentiría tentada por mi propia curiosidad, mi propia *necesidad*, de encontrar el broche. Y si lo encontraba, cambiaría todo. Pero en lugar de eso, todo lo que dije fue:

—Está bien.

—¿Estás bien, Elia?

Le sonreí con los labios apretados.

—Sólo cansada. Tengo un pequeño humano dentro que absorbe toda mi energía estos días.

La expresión de Aleksey se suavizó por un momento.

—Entiendo. Descansa. Pronto estaré en casa. Te lo prometo.

Sentí que se me partía el corazón con aquellas palabras y forcé una sonrisa.

—Estaré esperando que vuelvas.

Aleksey sonrió. Por un momento, todo estuvo bien entre nosotros. Pero su sonrisa se desvaneció y él carraspeó.

—Te veré luego —dijo.

—Vale —agarré con fuerza la botella de agua en la mano—. Ten cuidado.

Parecía como si él quisiera decir algo más, pero no lo hizo. En lugar de eso, entró en el ascensor y desapareció. No supe cuánto tiempo estuve allí, mirando las puertas cerradas para ver si volvía. Pero finalmente, salí de mis pensamientos, tiré la botella de agua a la basura y me dirigí dentro del lugar que había empezado a llamar hogar.

Si iba a buscar el broche, ahora era el momento de hacerlo.

Empecé por el dormitorio, rebuscando cuidadosamente entre sus cosas y tratando desesperadamente de ignorar la forma en que su colonia asaltaba seductoramente mis sentidos mientras lo hacía. No encontré nada.

Lo siguiente fue su despacho, un lugar en el que no había estado desde que habíamos follado sobre el escritorio. No se parecía en nada al ornamentado que tenía mi padre, pero tenía una vista panorámica de la ciudad, aunque la última vez que estuve aquí no pasé mucho tiempo contemplándola.

Tiré del primer cajón que abrí, aparté unos papeles y se me paró el corazón.

Allí estaba… el broche. El rostro demoníaco me sonrió, como burlándose de mi ingenuidad.

—Luca…

Se me doblaron las rodillas y me dejé caer en la silla de Aleksey, sin querer creer lo que estaba viendo. Tenía las pruebas delante de mí, pero seguía sin creérmelo. No quería creerlo.

Aleksey me había mentido.

Con dedos temblorosos, metí la mano en el cajón y saqué el broche, casi dejándolo caer en el proceso.

*Era real. Esto era real.*

—No —sollocé, dejando caer el broche sobre el escritorio. ¡No podía ser real! ¿Cómo pudo mentirme así? ¿Cómo podía mentirme sobre lo que había amenazado con separarnos desde el principio? Aleksey sabía lo que mi hermano significaba para mí.

¿De verdad había inventado un estúpido cuento de hadas para que yo bajara mis barreras? ¿Hizo

todo esto para que yo me lanzara sobre él hasta que él fuera lo único que yo quería?

De verdad ¿alguna vez le importé una mierda?

Alguien gritaba, y sólo cuando me tapé la cara para ocultar el feo sonido que brotaba de mi garganta me di cuenta de que era yo.

¡Qué tonta era! Aleksey no era diferente de mi padre, ni de su tío. No era diferente de ninguno de esos monstruos.

Me odié a mí misma por los pensamientos que tuve sobre él, los sueños sobre un futuro. Odiaba haberle suplicado por su beso. Odiaba haber permitido que me follara.

Odiaba haberle correspondido.

Odiaba que su bebé estuviera creciendo en mi vientre.

No supe cuánto tiempo estuve allí sentada, llorando entre mis manos, pero cuando se me acabaron las lágrimas, cerré el cajón con calma y recogí el broche del escritorio.

Ahora sólo había un curso de acción.

Tenía que confrontar a Aleksey con pruebas y ver cuál sería su excusa.

¿Volvería a mentirme? ¿Se enfadaría conmigo? ¿Me diría que era un truco? Se me hizo un nudo en la garganta al pensar en todas las posibilidades. Cada una de ellas me rompía el corazón un poco más de lo que creía posible.

Nunca debí confiar en él. Debí haberme ceñido a mi plan de odiarle. Porque si lo hubiera odiado desde el principio, esto no me estaría doliendo tanto.

Frotándome la cara con una mano, me levanté de la silla y salí del despacho, sin molestarme en dejar las cosas donde las había encontrado.

Me importaba una mierda que Aleksey supiera que había estado fisgoneando.

Porque había encontrado exactamente lo que buscaba.

*La verdad.*

## Capítulo 37
## Aleksey

—¿Y ella no te dijo nada?

Boris negó con la cabeza, estirando las piernas ante sí.

—Nada más que darme las gracias. Ella lo vio dos veces, y la primera vez hubo muchos gritos. Salió corriendo de allí. Pero la segunda vez fue todo muy tranquilo.

Me froté la mandíbula, con el humor más negro que nunca. Ludovico la había golpeado. Había puesto las manos en lo que era mío, le había estropeado la cara y la había asustado. Lo vi en sus ojos cuando llegó a casa. Algo había ido mal allí, algo que ella no me estaba contando.

Pero lo que me molestaba no era sólo el hecho de que la hubiera golpeado. Había otra cosa.

—Lo siento, Alyosha —dijo Boris, con una expresión de cansancio en el rostro—. Si hubiera sabido que iba a pegarle, habría insistido en estar presente.

—No es culpa tuya —suspiré—. No fuiste tú quien la obligó a volver.

*Lo había hecho yo. Y cargaré con esa culpa yo solo.*

Pero ahora que ella había vuelto, algo parecía estar mal. No sólo con ella, sino también conmigo. La conversación con mi Tío me había sacudido de una manera que no esperaba. No quería pensar que Elia pudiera estar tramando algo a mis espaldas. Me dolía pensar que así fuera. Me dolía aún más pensar que el Tío Misha podría tener razón.

El coche llegó al pent-house y se me apretaron las tripas. Elia estaba dentro y tenía que enfrentarme a ella. De alguna manera, todo se había ido a la mierda en un par de días. La había enviado a Nueva York para que estuviera a salvo, y ella había vuelto corriendo. Pero la mujer que volvió ya no era la misma.

Yo tenía más preguntas que respuestas, y eso me inquietaba.

—Asegúrate de que el resto de los brigadistas hagan sus rondas —le dije a Boris—. No quiero más problemas ni imprevistos. De lo contrario, el culo de alguien será mío.

—Si, Aleksey Fyodorovich —se removió contra el asiento—. Me encargaré de que así sea.

Asentí. La razón por la que había dejado a Elia tan pronto como regresó fue porque algún idiota pensó que sería buena idea vender drogas en *mi* territorio sin pagar sus cuotas. Si bien se esperaba de los principiantes y, hasta cierto punto, se les toleraba, no ocurría lo mismo con los ladrones. Así que me pasé la mayor parte de lo que debería haber sido una feliz reunión con mi mujer repartiendo sentencias en la calle.

Se fijaron las condiciones, se aclararon las normas y yo me llevé mi paga. Ahora, el traficante sabía con quién se metía. Y si alguna vez lo olvidaba, sólo tenía que mirar el dedo que le faltaba para recordarlo.

—Asegúrate de que sepan que les haré personalmente responsables de cualquier otra infracción que llegue a mis oídos —dije, alcanzando el picaporte de la puerta—. Espero transparencia por parte del resto. Nada de ese operativo secreto de mierda sobre el Bogatyr que mencionó mi Tío.

—Suena sospechoso —coincidió Boris—. Quiero decir, es una excusa muy conveniente. Nunca he oído hablar del Bogatyr, y ninguno de los tipos con los que hablé parecía saber de él tampoco. El hombre es un fantasma.

—O es completamente inventado —asentí.

—Exacto.

Le había contado a Boris toda la conversación con mi Tío, tanto en el cementerio como en el pent-house después de que Elia se marchara. Él había hecho algunas preguntas por iniciativa propia y no había vuelto más que con callejones sin salida. Mirándole, le dije:

—¿Y qué hay con Elia?

Boris se frotó la barbilla.

—No lo sé. La verdad es que no lo sé. A estas alturas, confío en todo el mundo tanto como puedo. Y te recomiendo que hagas lo mismo. Algo cambió en ella después de hablar con su padre. Pude verlo. Tú también seguro puedes verlo. Ten cuidado, Alyosha.

—Lo tendré —dije mientras bajaba del coche.

Cuando entré en el ascensor y subí, sentí una opresión en el pecho ante lo que estaba a punto de encontrarme. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, el pent-house estaba oscuro. Fruncí el ceño y entré. El silencio era sepulcral, y una pequeña pizca de miedo me recorrió la espalda.

—¿Elia? —llamé, sacando mi pistola de la funda del hombro—. ¿Estás aquí?

Manteniendo el arma a mi lado, me acerqué lentamente al pasillo y finalmente vi la luz que se filtraba por la rendija de la puerta de la habitación ligeramente abierta.

—¿Elia? —volví a llamar.

Una sombra llenó la puerta y ella salió. Suspiré aliviado y enfundé la pistola.

—¿Me oíste la primera vez?

—Estaba en el baño —dijo en voz baja, su voz tenía un tono extraño—. ¿Todo bien?

Asentí con la cabeza, apoyándome en la pared, pero sin acercarme a ella.

—Ya me he ocupado de todo.

Ella tenía un aspecto casi enfermizo. Su piel tenía un aspecto ceniciento. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Incluso su pelo, normalmente peinado y ordenado, lucía desgreñado. ¿Estaba cansada por el viaje? ¿O de verdad era el embarazo lo que le estaba quitando la energía?

¿O había ocurrido algo más? ¿Algo con su padre que diera credibilidad a las afirmaciones de mi Tío? Odiaba las dudas, preocuparme por lo que ocurría bajo mi propio techo.

¿En quién podía yo realmente confiar?

¿En mi mujer? ¿En mi tío? ¿En nadie?

—¿Has comido? —me forcé a decir, tratando de facilitar la inevitable e incómoda conversación que estaba a punto de tener lugar. No quería discutir con ella, pero necesitaba saber a qué atenerme.

—No pude —negó Elia con la cabeza.

Otra vez ese extraño tono.

—¿Por qué? —pregunté despacio—. Háblame, Elia.

Levantó la cabeza y vi la ira vibrando en su mirada.

—¿Quieres que hable contigo? ¿De verdad? Vale. Empecemos por que me digas las verdades de las mentiras. ¿Qué te parece esto? —dijo y lanzó algo en mi dirección.

Lo cogí en el aire y sentí cómo el metal mordía la palma de mi mano.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—¿Por qué no lo miras? —el ácido goteaba de sus labios.

Abrí la palma y lo miré. Me invadió la frialdad cuando vi la demoníaca cara que me sonreía.

*Ya había visto esto antes. Lo había tenido en mi mano, encerrado en mi puño.*

—¿Dónde encontraste esto?

—¡Oh, claro! —ella soltó una carcajada áspera—. ¡Vete a la mierda, Aleksey! Sabes muy bien de dónde lo he sacado.

Yo sacudí la cabeza y miré el broche en mi mano. La última vez que lo había visto estaba en manos de Ludovico Tarallo. Recuerdo que se lo entregué en la palma de su mano y me alejé. Recordé cómo se desplomó en su silla. Si él se lo había dado a Elia, ¿por qué ella estaba enfadada conmigo? Esto no tenía sentido.

—¿Tu padre te lo dio?

—¡Ojalá hubiera sido así! —dijo Elia y empezó a avanzar hacia mí, con los puños apretados a los lados—. Encontré esto en el cajón de tu escritorio. Me mentiste.

*¿Qué?*

—¡Yo no te mentí! —repliqué con firmeza, luchando por contener mi propia indignación—. Se lo di a tu padre al día siguiente de la muerte de tu hermano. Yo mismo lo puse en sus manos.

Era imposible que ese broche hubiera estado *aquí*… o, significaba que alguien lo había *colocado*.

—¡Basta ya! ¡No mientas! —gritó ella, con emoción en cada palabra—. ¡Sólo dime la verdad!

Yo ya no pude contener mi ira.

—¡Te estoy diciendo la verdad! —rugí fuerte—. ¿Por qué revisaste mi mierda de todos modos, Elia? ¿Te dijo tu padre que fueras a husmear? ¿Formaba esto parte del plan?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Cómo te atreves!

—¿Cómo me atrevo? —ella fue la que me llamó mentiroso. Ella era la que había vuelto siendo otra persona. ¿Qué le dijo Ludovico? —. Te envié a Nueva York para que estuvieras a salvo, y volviste siendo una mujer diferente. Te pones a husmear entre mis cosas sin mi permiso, y ahora me acusas de mentiroso cuando no he sido más que sincero contigo.

—¡Vete a la mierda! —gritó y se dio la vuelta.

La cogí del brazo y la giré para que me mirara.

—¡No te alejes de mí, joder!

—¡Suéltame! —gritó, intentando zafarse de mi agarre.

—Estás ocultando algo —dije en tono sombrío—. ¿Verdad?

Elia se quedó mirándome un momento y su expresión pasó lentamente de la sorpresa a la comprensión.

—Crees que trabajo para mi padre —dijo, sin molestarse en ocultar el desdén de su voz.

Crucé los brazos sobre el pecho y la fulminé con la mirada.

—¿Y no es cierto? —espeté—. Eso explicaría todo este cambio. ¿Qué otra cosa puedo pensar?

Su boca se abrió y luego se cerró.

—¡Maldito pedazo de mierda! —gruñó de nuevo—. ¡Sabías lo mucho que ese broche significaba para mí! Sabías que era lo único de mi hermano… —su voz se entrecortó y mi pecho se apretó incómodo cuando las lágrimas brillaron en sus ojos—. Te inventaste una puta historia al respecto. ¿Para qué? ¿Para poder follarme sin remordimientos de conciencia?

—¡Te dije la verdad! —luché por mantener la rabia fuera de mi voz—. Le di el broche a tu padre. No sé cómo llegó aquí. Pero seguro que no es por lo que tú crees, Elia. No te he mentido.

De repente, el moratón de su cara adquirió un significado más siniestro. ¿Y si era un castigo de su padre? Y si era porque había vuelto a su padre con el trabajo a medio hacer: un bebé en su vientre, pero ni una gota de mi sangre en sus manos.

—¡Dilo, Aleksey! Di que no se lo diste.

—¡Yo se lo di! —grité, sintiendo que mi ira aumentaba de nuevo—. ¡Nunca te he mentido, Elia!

Alguien había colocado esto en mi despacho, y yo quería saber quién y por qué había ocurrido.

*El Bogatyr sigue ahí fuera*, susurró la voz del tío Misha en mi cabeza. *Sigue trabajando para Ludovico. Mató a tu padre. Y desafortunadamente para todos nosotros, hiciste lo único que Ludovico quería que hicieras. Le diste exactamente lo que necesitaba*.

Y entonces me di cuenta de otra cosa: *¿Y si el Bogatyr no era un hombre?*

Me quedé mirando a Elia, con el corazón golpeándome el pecho. ¿Podría ser ella el Bogatyr? Todo encajaría, ¿no? ¿Qué sabía yo realmente de Elia Tarallo? Si el Bogatyr había aparecido en la misma época en que yo fui a Nueva York, ¿cómo podía estar yo seguro de que no era Elia?

Ella ya me había mencionado cómo ella y su hermano jugaban el papel de Dones para planear y trazar estrategias desde que eran niños.

*Ella* fue la que me dijo que mintiera al tío Misha. ¿Y si todo esto no era más que *su* elaborado plan?

—¿Quién eres, Elia? —susurré—. ¿Quién eres *realmente*?

—Podría preguntarte lo mismo —su expresión cambió—. Intentas distraerme —acusó—. Intentas culpar de esto a otra persona, ¿verdad?

Finalmente, se apresuró a entrar en el dormitorio y cerró la puerta de un portazo. Oí un *clic* cuando la puerta se cerró.

Guardé el broche en el bolsillo del abrigo y me acerqué a la puerta, golpeándola con el puño.

—¡Déjame entrar! —grité—. ¡Esto no ha terminado, Elia!

Puede que yo hubiera matado a su hermano, pero si Elia era la Bogatyr de la que me había advertido mi Tío, entonces *ella* había matado a mi padre. *Una víbora en mi cama*, en efecto.

Volví a golpear la puerta.

—¡No me hagas echar esta puerta abajo, carajo! —grité. No estaba muy lejos de hacerlo.

—¡Déjame en paz!

Ella lloraba detrás de la puerta. Podía oírlo en su voz. Por mucho que quisiera odiarla en ese momento, no pude. Me debatía entre la necesidad de consolarla y la de sacudirla hasta que creyera que yo le estaba diciendo la verdad.

Apoyé la frente en la puerta y respiré hondo. Me encontraba en una encrucijada.

—Elia, por favor —dije calmo—. Déjame entrar. Tenemos que hablar.

—¡No!

—No iré a ninguna parte —le dije, apartándome de la puerta y colocándome contra la pared de enfrente—. En algún momento, vas a tener que salir.

*Y yo estaba dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario.*

## Capítulo 38
## Elia

Me sequé las lágrimas y miré hacia la puerta. Aleksey había enmudecido al otro lado, pero yo sabía que seguía ahí fuera. No era un hombre que se rindiera tan fácilmente, y si él podía encontrar otra forma de entrar en esta habitación, sabía que lo haría, y él también lo sabía.

Me dolía la cabeza. Me dolía el corazón. Quería creer que me estaba diciendo la verdad, que alguien había colocado el broche en su despacho. Pero no podía creerlo. Padre me había estado diciendo la verdad todo el tiempo. No hubo tiempo para que alguien hubiera ido de Nueva York a Chicago en el poco tiempo que yo estuve allí.

—Elia.

La voz de Aleksey estaba apagada, pero aún podía oír el cansancio en su voz. Me había acusado de cosas horribles, de ocultarle cosas. Como si yo estuviera cooperando con mi padre y cumpliendo sus órdenes. ¿Acaso pensaba que yo *quería* este matrimonio?

Había sido sincera con Aleksey sobre el hecho de que yo no era más que una participante involuntaria obligada a ello, igual que él. ¿Cómo podía pensar que le ocultaba *algo*?

—Elia, lo siento.

Hice una pausa. ¿Había oído bien? ¿Aleksey acababa de disculparse? No lo creía capaz de eso. Dudaba que alguna vez se hubiera disculpado con alguien. Mi corazón se ablandó, no lo suficiente como para abrir la puerta, pero sí para que estuviera más dispuesta a escuchar. Había dolor en sus ojos cuando le lancé el broche y mis acusaciones. Tal vez… sólo tal vez… él odiaba esta pelea tanto como yo.

—Siento lo que dije —continuó, sonando como si estuviera justo contra la puerta—. Saqué conclusiones precipitadas. Por favor, abre la puerta y hablemos de esto.

Me levanté, rodeándome la cintura con los brazos, y miré la puerta. ¿Debía? ¿Podría confiar en que seríamos capaces de hablar y sólo hablar? ¿No gritar y acusarnos mutuamente de cosas horribles?

Aleksey no era estúpido, ni alguien descuidado. Si él no hubiera devuelto el broche, el último lugar donde lo habría guardado sería en un cajón cualquiera del escritorio.

O bien yo tenía que aceptar que podía estar diciendo la verdad, o bien podía seguir creyendo que me estaba mintiendo.

Pero fuera cual fuera el resultado final, nada de eso cambiaría el hecho de que seguía casada con él o de que esperaba un hijo suyo.

Exhalando un suspiro, crucé la habitación y abrí la puerta, encontrándome a Aleksey al otro lado,

con el brazo apoyado en el umbral.

—No tienes ningún arma en tu mano —dijo—. Supongo que no quieres matarme.

—Todavía no —murmuré, y me senté en la esquina más alejada de la cama.

Aleksey entró en la habitación con cautela, como si yo estuviera a punto de tenderle una trampa.

—Gracias por abrirme la puerta.

—Dijiste que querías hablar —agarré una almohada y la puse sobre mi regazo, para tener algo a lo que agarrarme—. De acuerdo. Hablemos.

Cruzó la habitación y se sentó en la esquina opuesta de la cama, con las manos colgando entre las piernas.

—Perdí los estribos hace un rato y no era necesario. Pido disculpas —dijo él.

—Disculpas aceptadas. Pero no estamos hablando de eso, ¿verdad?

—No, no es de eso.

—El broche —le dije suavemente—. Lo encontré aquí. Mi padre dijo que nunca lo recibió.

Aleksey cerró los ojos y una suave burla escapó de sus labios.

—Claro que diría eso. Yo no tengo prueba de ello, pero te juro que lo puse en sus manos personalmente. Amenazó con matarme cuando me marché y me advirtió que no volviera a poner un pie en su propiedad. Pero en aquel momento parecía derrotado, desplomado en aquella silla. Fue la primera vez que le vi tal como era: un padre que había perdido a su hijo.

La forma en que describió a mi padre coincidía con cómo lo había visto yo antes de irme. Cansado, viejo y derrotado. Y la amenaza que Aleksey describía…

Sonaba como algo que mi padre *diría*.

Ignorando el tirón de mis tripas, me froté las manos. Estaba cansada.

—No sé qué hacer aquí, Aleksey.

—Yo tampoco —dijo al cabo de un momento—. No me gusta esto entre nosotros. No me gustan los secretos.

¿*Secretos*? ¿Qué secretos podía yo ocultarle? Él lo sabía todo de mí. Él veía todo lo que yo tenía para ofrecer. Teníamos mucho más que hacer ahora mismo, y lo último que necesitábamos era pelearnos.

—No tengo secretos para ti, Aleksey; lo sabes.

Me miró y algo brilló en sus ojos. ¿Sospecha? ¿Contrición? Fuera lo que fuese, desapareció tan rápido que tal vez nunca existió.

—¿Eres tú el Bogatyr?

Arrugué la cara, confundida. ¿*Boga-qué*?

—No sé de qué me hablas.

Aleksey no me contestó y miró hacia otro lado, fijando la vista en la pared como si ésta contuviera las respuestas del universo. Al cabo de un rato, me devolvió la mirada.

—¿En quién confías? —preguntó—. ¿En el monstruo que te vendió a mí, sabiendo que maté a tu hermano? ¿O en el monstruo que nunca te ha mentido?

Tragué saliva.

—No sé si puedo confiar en alguno de los dos —admití—. Ambos son igual de horribles.

—Tienes razón —suspiró—. Pero que sepas esto, Elia. Yo nunca te haría daño…

—Me hiciste daño el día de nuestra boda —solté, interrumpiéndolo, recordando la vergüenza de aquel día. No sólo me había perseguido, sino que me había obligado a chupársela a un lado de la carretera, me había visto ponerme el vestido y me había obligado a marchar hacia el altar con su semen en mi cara. Me había humillado. Y ni una sola vez había expresado el más mínimo remordimiento.

—Ese día te odié —le dije.

—Lo sé —respondió secamente.

—Todavía te odio de vez en cuando.

—Lo sé —repitió Aleksey. Extendió la mano con cuidado para apartarme el pelo de la cara—. Créeme. Yo también intenté odiarte. *Quise* odiarte desde el momento en que supe que me casaba contigo, Elia.

No podía culparlo por eso. Yo había sentido lo mismo.

—Pero entonces te vi en Nueva York —continuó, bajando su mano—. La noche antes de nuestra fiesta de compromiso. Era imposible apartar la mirada de ti. Y cada momento después de eso… me hiciste sentir. Despertaste algo en mí que creía muerto. Y en algún momento me di cuenta de que no podía odiarte, por mucho que lo intentara.

Por más que intenté contenerla, una sonrisa se enganchó en mis labios. Aquella noche me había intrigado. La forma en que me abrazó y se inclinó lentamente hacia mí. El pánico que se había apoderado de mi garganta cuando pensé que me besaría. Me intrigaba. Se suponía que era mi enemigo y, sin embargo, hacía arder mi corazón.

—Fuiste irresistible para mí —dijo Aleksey—. Hiciste que quisiera saber más de ti. No te pareces en nada a tu padre, Elia. No importa lo que pase entre nosotros, no importa cuánto nos lastimemos, nunca podría llegar a odiarte —suspiró fuerte—. Todo lo que pido es que confíes en mí. Que me creas.

Sus palabras me desgarraron el corazón.

—Quiero creerte —respondí al cabo de unos instantes—. Porque lo último que quiero creer es que me estás mintiendo sobre el broche. O sobre cualquier cosa.

Era la verdad. Yo quería creer que él tenía las mejores intenciones en todo lo que hacía, que no tenía que preocuparme de que maquinara o intentara manipularme, pero la semilla de la duda había sido plantada. Y sus brotes ya asomaban por la tierra.

El broche, ese estúpido broche, era una cuña que nos separaba. No importaba lo que él ahora dijera o hiciera.

—¿Qué es el Bogat… eso que dijiste? —dije. Ni siquiera podía decir esa palabra.

—¿El Bogatyr?

—Sí.

Suspiró.

—No sé. Un enemigo, supongo.

—¿Supones? —pregunté, incrédula—. ¿Quién te habló de él?

—Mi Tío.

—¿Y confiaste en *él*? —sentí que se me partía el corazón al admitirlo—. Tú fuiste quien me dijo que no podías confiar en tu Tío. Pero en un par de días, ¿aceptaste su palabra por encima de la mía?

—Ya no sé en quién confiar —Aleksey se levantó—. ¿Por qué no me cuentas sobre la visita a tu padre?

Vi cómo se quitaba el abrigo y luego las armas que llevaba encima, colocándolas con cuidado en la mesilla de noche para tenerlas al alcance de la mano. Era un ritual que le había visto hacer

varias veces desde que nos casamos.

Pero esta noche, los movimientos familiares parecían diferentes. Esta noche los sentía como una amenaza.

Aleksey se acomodó contra las almohadas y palmeó el espacio a su lado.

—Ven aquí. Pareces muy agotada.

Cautelosamente, me metí en la cama y él apartó las mantas para que pudiera meterme debajo. Me rodeó los hombros con el brazo y, sin querer, me acerqué a su pecho para apoyar allí mi mejilla.

—Discutimos —empecé—. Me dijo algunas cosas que no quería creer —ahora no estaba tan segura de a quién creer, y algo me decía que Aleksey también estuvo discutiendo—. ¿Cuándo te contó tu tío lo del Bogatyr?

—En cuanto te fuiste —suspiró, acariciándome el pelo.

De repente, las cosas empezaron a tener sentido.

—Están intentando separarnos —dije, levantando la cabeza para mirarle.

En sus ojos brilló la sorpresa antes de entrecerrarlos.

—Tal vez —dijo.

Me mordí el labio inferior. No estaba segura de lo que quería decir con eso, pero al menos los dos estábamos hablando y no gritándonos. Era una mejora, aunque no mucho.

Alguien quería que estuviéramos separados, enfrentados. Y ese *Bogatyr*… ese Bogatyr debía estar detrás de todo. Pero si Aleksey no sabía mucho sobre él, no tenía sentido que le preguntara.

—Dime qué más dijo tu padre —dijo Aleksey.

—Sabe que estoy embarazada, obviamente —me apresuré a decir—. Lo adivinó enseguida. Cree que es una bendición.

—Por supuesto que sí —murmuró Aleksey.

—Quiso hacerme creer que nunca había recibido el broche —continué—. Me dejó registrar su escritorio. Nunca me dejaba acercarme a ese escritorio cuando era niña.

Aún no estaba segura al cien por cien de que Aleksey me estuviera diciendo la verdad, pero estaba dispuesta a concederle el beneficio de la duda. Tenía que hacerle ver mi propia lógica. De lo contrario, nos haríamos pedazos.

—No sé qué puedo hacer para demostrarte que digo la verdad —dijo. Le pesaba la voz—. Todo lo que tengo es mi palabra.

*Su palabra*. Todo lo que teníamos entre nosotros eran *palabras*.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Aleksey inclinó la cabeza.

—Siempre.

Retorcí las manos en el edredón.

—¿Me has echado de menos?

Me plantó un suave beso en la sien.

—Cada segundo que estuviste fuera. Nunca pensé que podría echar tanto de menos a alguien como a ti.

Levanté la mano y se la puse en los labios.

—Quiero creerte —admití—. De verdad.

Aleksey apretó los labios contra mi dedo.

—Entonces dime qué hace falta —dijo—. Dime lo que tengo que hacer, Elia. Cualquier cosa, y lo haré.

Se me cortó la respiración. ¿Estaba dispuesto a *cualquier cosa*? Quitando el dedo, decidí tirar la cautela al viento.

—Bésame —respondí—. Bésame y demuéstrame que hablas en serio. Que nunca me mentirías. Que siempre serás sincero.

Una ligera sonrisa cruzó su rostro y mi corazón dio un vuelco. Subió la mano para acariciarme la mejilla intacta, rozando con el pulgar las huellas de las lágrimas que antes me habían marcado la piel. Con cautela, me acercó y yo lo permití.

Su aliento suave y cálido me rozó momentáneamente los labios. Se me cerraron los ojos. Sus labios se movieron desde la sien hasta los párpados, dándome suaves besos. Cuando me besó la punta de la nariz, mi corazón se estremeció.

Sus labios se movieron hasta la línea de mi mandíbula, por todas partes menos por el único lugar que quería que besara.

Recorrió la columna de mi cuello y reprimí un gemido, abriendo los ojos para encontrar un lugar donde poner las manos sobre su cuerpo. Pero, aun así, ansiaba el beso. Como prueba.

Como si pudiera leerme la mente, sus labios se posaron finalmente sobre los míos y yo jadeé en su boca, deseosa de devorarlo tanto como él deseaba devorarme a mí. Mi mano se deslizó por su pelo y tiré de él más cerca, gimiendo mientras me mordisqueaba el labio inferior. Su beso fue suave, mucho más suave que cualquier otro beso que antes hubiéramos compartido.

No era un beso de lujuria, sino uno que me aseguraba quién era él. Apretó la comisura de sus labios contra los míos y suspiró mientras profundizaba el beso.

Su mano volvió a acercarse a mi mejilla y se apartó, mirándome fijamente a los ojos.

—Voy a demostrarte lo sincero que soy —dijo en voz baja, pasándome el pulgar por los labios enrojecidos—. Voy a demostrártelo hasta que aceptes que nunca te mentiré. Que siempre seré sincero contigo.

—Entonces hazlo —exhalé, con la voz temblorosa por la necesidad.

La sonrisa de Aleksey me produjo escalofríos y, de repente, no pude acercarme lo suficiente a él. Volvió a acercar sus labios a los míos y el beso se volvió posesivo. Su lengua se deslizó en mi boca abierta mientras se enredaba conmigo. De algún modo, acabé debajo de él, sin que su boca abandonara la mía, y la familiar sensación recorrió mis venas.

Quería a Aleksey. Ahora mismo no me importaba mi padre, ni su tío, ni el Bogatyr, ni ese estúpido broche.

Yo quería sentirle. Quería olvidarme de todo lo demás, que estuviéramos un rato en nuestro pequeño capullo. *El mundo entero podía esperar*.

Así que le devolví el beso a Aleksey, dejando que la emoción contenida saliera a flote con cada pasada de mi lengua. Este era nuestro lugar. Sólo nosotros dos, dos personas que no podían saciarse la una de la otra.

Aquí era donde mi sueño permanecía y, al menos por un rato, podía vivir dentro de él.

Aleksey me besó por completo, hasta que tuve que apartarme para respirar entrecortadamente.

—¿Me crees ahora? —susurró mientras yo luchaba por tragar aire—. Dime, Elia.

Lo miré fijamente a los ojos. Miles de razones, por las que debía salir de esta cama, flotaban en mi cabeza. Me dio un vuelco el corazón al ver cómo él esperaba mansamente a que yo respondiera, como si lo tuviera todo en la palma de la mano.

No había razón para que yo dijera palabras. Sólo tenía que mirarme a los ojos y saber que le creía. *Ahora y siempre*.

Sentía que haría cualquier cosa por él, y eso me aterrorizaba más que cualquier otra cosa a la que me hubiera enfrentado antes.

¿Y si me perdía en él, sólo para descubrir que había estado mintiendo todo este tiempo?

¿Y si había algo más en su historia? ¿Más de lo que decía?

Fue esa preocupación que mordisqueaba en el fondo de mi mente lo que me hizo guardar silencio. No podía decirle lo que él quería oír. Todavía estaba muy confundida con lo que había sabido hoy. Ya no podía pensar. No quería pensar más. Lo único que quería era que siguiera besándome, que me besara tan fuerte que hiciera que me olvidara de todo.

Una sombra pasó brevemente por sus ojos antes de que volviera a inclinar la cabeza hacia mí. Sus manos se sintieron cálidas contra mi piel al rozar nuestros labios. Poco a poco, volvió a encender el fuego que había en mi interior, aquel sobre el que él había tenido un control absoluto desde que nuestros caminos se cruzaron. Y por mucho que quisiera negarlo, Aleksey podía conseguir que yo hiciera lo que él quisiera en la santidad de nuestro dormitorio.

Eso debería ser lo único que importara entre nosotros. No deberíamos permitir que otros dictaran los términos de nuestro matrimonio. Sin embargo, vivíamos en un mundo en el que dictar era lo que mejor hacían los demás a nuestro alrededor.

Y a medida que él profundizaba el beso, con las manos moviéndose lentamente por mi cuerpo, no sabía si alguno de los dos podría sobrevivir a ello.

## Capítulo 39
## Aleksey

Besé a Elia suavemente, recorriendo sus labios con una ternura que no sabía que había en mí. Sus manos se enredaron en mi pelo y le acaricié los labios hasta que los abrió para permitirme un mejor acceso, deslizando mi lengua por los acogedores recovecos de su boca. Besar a Elia era mejor que cualquier droga.

Elia emitió un sonido en lo más profundo de su garganta cuando mis manos agarraron sus caderas. Presioné mi cuerpo contra el suyo para que pudiera sentir lo que me hacía. Siempre era así con ella, esa necesidad de poseerla. Y yo sabía que ella lo deseaba tanto como yo.

Y sentí la necesidad en ese momento. Quería que me dijera que era yo quien tenía el control. Quería ser por el que ella jadeaba, el que ella miraba y elegía cada vez.

Cuando le dije que nunca podría llegar a odiarla, estaba diciendo la verdad. Lo había intentado. Dios sabe que lo intenté. Pero cada vez, ella encontraba una manera de superarlo. Desde el momento en que casi la beso después de que esos dos matones intentaran salirse con la suya, hasta ahora.

Quizá Elia siempre debió estar aquí, debajo de mí, sin la interferencia de nuestras familias. Quizá siempre hubiéramos estado juntos así.

Rompió el beso, jadeante.

—Llevas demasiada ropa —apreté los labios contra su frente antes de apartarme de ella y colocarme al otro lado de la cama—. Quítatela.

Elia, jadeante, no se movió.

—¿Crees que puedes mandarme ahora mismo?

Solté un gruñido bajo, permaneciendo en mi sitio.

—Si quieres que alivie ese húmedo dolor entre tus piernas, Elia, harás lo que te digo.

Oí su aguda respiración antes de sentir cómo se levantaba de la cama. El corazón me latía con fuerza en los oídos, cada fibra de mi ser deseaba llevarla contra la pared, a cualquier parte, para calmar mi propio dolor interior.

No creía que pudiera desearla más de lo que lo hacía ahora.

—¿Qué consigo…? —sus delicados dedos jugando con el tirante de su camiseta de tirantes— ¿si me quito la ropa?

Aliviado al oír la timidez en su voz, bajé mi mano y me agarré.

—Esto. Tú te quedas con esto.

Sus mejillas se sonrojaron mientras sus ojos seguían mi mano y cuando su lengua salió para humedecer su labio inferior, gemí para mis adentros.

—Es una oferta que *casi* vale la pena considerar —dijo.

—No tienes ni idea.

Si ella no empezaba a quitarse la maldita ropa ahora, se la iba a arrancar.

Finalmente, la mano de Elia bajó hasta el dobladillo de su camiseta de tirantes y se la quitó para mostrar sus pechos, más pesados por el embarazo. En la penumbra, me maravillé ante sus rosadas areolas, los pezones rígidos por el aire fresco y se me hizo la boca agua.

Elia jugueteó con la cinturilla de sus bragas, se los bajó por el culo, mostrando solo el pequeño encaje que le cubría el coño antes de quitárselos totalmente.

—¿Es esto lo que quieres ver? —me preguntó con voz sensual.

—Sí —susurré y asentí con la cabeza. Quería sus manos sobre mí, tocándome, recordándome que ella me deseaba.

Ella se acercó a la cama y yo me levanté hacia ella a la par, me saqué la camisa de los pantalones mientras lo hacía. Deseaba tocarla, pero no lo hice.

Porque si lo hacía, esta provocación terminaría antes de empezar de verdad.

Sus dedos se posaron sobre los botones de mi camisa y, antes de que me diera cuenta, me la estaba quitando por los hombros y dejándola caer al suelo. Su aliento caliente me recorría la piel y me provocaba escalofríos. Cuando llegó a mi cinturón, la detuve con la mandíbula apretada.

—No —dije con firmeza, la sangre acudiendo a mi parte inferior—. Tócame primero.

Elia levantó la vista y me perdí en sus ojos. Por un momento, pensé que se daría la vuelta o se negaría a cumplir mis exigencias. Pero el momento pasó y sus dedos rosados se deslizaron sobre mi piel. Sus uñas rozaron ligeramente mis hombros en pequeños círculos antes de descender por mis brazos. Cada roce era como una lengüeta de fuego que crecía a cada segundo, amenazando con consumirme y haciendo que fuera demasiado fácil olvidar todas las cuestiones sin resolver que había entre nosotros.

Cuando llegó a mi pecho, extendió la mano sobre mi corazón y respiré agitadamente al ver el anillo de casada en su dedo a la escasa luz de la habitación.

—Eres mía —gruñí, tomando su mano—. Para siempre.

*Era mía. Llevaba mi nombre y mi hijo.*

Mi marca estaba en toda Elia Korolev.

En lugar de aceptarlo, retiró mi mano.

—Eso ya lo veremos —dijo en voz baja, antes de acercarse para besarme—. ¿Quieres que te pertenezca?

Metí la mano en su pelo y tiré suavemente de ella, hasta que me miró.

—Sabes que sí —le dije. Pero yo quería oírlo de su boca. *Necesitaba* oírlo de su boca.

Elia frunció los labios como si pensara, pero permaneció en silencio, con la mano aún apoyada en la hebilla de mi cinturón. De acuerdo. Seguiríamos con el tira y afloja de sus palabras, pero los dos sabíamos cómo iba a acabar esto.

Por fin, sus dedos reanudaron sus movimientos y me quitaron los pantalones, empujándolos por mis caderas para liberar mi miembro ante ella. Una gota perlada de semen decoraba la punta. Incluso en esta penumbra, pude ver cómo sus ojos se abrían de par en par anticipando lo que se avecinaba.

—Túmbate en la cama —le dije, luchando contra el impulso de enterrarme de una vez dentro de ella—. Y abre las piernas.

Elia hizo lo que le pedí. Su cuerpo temblaba de excitación. Disfrutaba tanto como yo.

La vi tumbarse boca arriba, separar las piernas y levantar las rodillas para dejarme ver su centro húmedo.

—Dime que quieres que te toque —deslicé mi mano hasta su rodilla, arrancando un suave gemido de sus labios. El aroma de su excitación llenó el aire. Me incliné y presioné con los labios el interior de su muslo lechoso, pero no más. Cerró los ojos y respiró, gimiendo.

Esperé sus palabras, mientras mis dedos amasaban insistentemente su suave piel.

—Dime, Elia.

Abrió los ojos, con la necesidad brillando en ellos.

—Aleksey, por favor.

—Por favor, ¿qué?

—Por favor, tócame.

—Buena chica —murmuré, y mi mano pasó por fin de la suave extensión de su muslo a su húmedo montículo. Jadeó y se arqueó ante mis caricias, pero me contuve—. Suplícamelo.

—Oh, Dios —jadeó ligeramente.

Me incliné hacia su rostro y le susurré al oído.

—Suplícamelo —repetí.

—Tócame —suplicó, su mano empujando mi hombro—. Tócame, por favor.

Metí lentamente un dedo en su interior. Estaba empapada.

—¿Así?

—¡Sí! —jadeó—. Así.

Me encantaba que se abandonara a su propio placer de esa manera, como si no pudiera vivir sin mí. Me coloqué entre sus piernas y me arrodillé. Sus piernas se abrieron aún más y su embriagador aroma brotó, invitándome a beber hasta la última gota de su néctar. La besé a lo largo del muslo mientras le acariciaba el culo con la mano y apretaba sus nalgas.

Su respiración se aceleró sobre mí. Entonces, con un movimiento fluido, la atraje hacia mí y presioné con la lengua su húmeda y palpitante raja. No pudo contener más sus gemidos y sus dedos se entrelazaron en mi pelo.

—¡Sí! —jadeó, incitándome—. ¡Así Aleksey, así!

Gruñí en lo más profundo de mi garganta y pasé la lengua por su sensible nódulo antes de deslizarla por sus delicados pliegues. Cabalgó sobre mi cara como si fuera a apartarme en cualquier momento. Mis manos subieron hasta sus pechos y los apreté posesivamente mientras sus muslos se cerraban en torno a mi cabeza.

El primer estremecimiento fue rápido, mucho más rápido de lo que esperaba. El segundo le siguió poco después. Cuando llegó el tercero, un fuerte gemido brotó de su hermosa garganta. Se arqueó sobre la cama antes de caer de espaldas, jadeando con fuerza mientras yo la besaba a lo largo del muslo.

—Buena chica —murmuré mientras me enderezaba y admiraba el hermoso desastre que había creado.

Tenía los ojos muy abiertos, el cuerpo enrojecido y parecía completamente follada, aunque yo ni siquiera había empezado. Separé sus rodillas y tomé mi polla con la mano para acariciar su húmeda y tentadora entrada.

—Dime que eres mía —gruñí.

Elia abrió los ojos y me miró.

—No.

Esa sola palabra me salpicó como un cubo de hielo. Sabía por qué no podía decirlo. No confiaba en mí y yo no confiaba en ella. Qué matrimonio tan jodido el nuestro.

—Dímelo, Elia.

Apretó los labios y negó con la cabeza, abanicando el pelo sobre el edredón como una mancha de tinta.

—No te daré lo que quieres, Elia —le dije mientras acariciaba ligeramente mi polla contra su cuerpo, tenso por la necesidad—. Hasta que me digas que eres mía.

Me devolvió la mirada, pero desde donde yo estaba, parecía más bien una mirada asesina.

No podía alejarme de ella, no con ella así. No había nada más entre nosotros excepto esto. Casi podía creer que íbamos a estar juntos independientemente de lo que pensaran los demás.

—Entonces, dime que me deseas —le dije.

Sus ojos brillaron con intensidad.

—Te deseo. Te deseo más que a nada —dijo.

Eso fue suficiente para mí en ese momento. Tiré de sus caderas hasta el borde de la cama y posicioné mi polla.

—Un día —le dije, con el pecho agitado mientras la penetraba lentamente, lo suficiente para que ella pudiera sentir cada centímetro mientras se retorcía—, me dirás que eres mía.

Intentó agarrarme, pero la sujeté con los brazos por encima de la cabeza contra la cama mientras enfundaba mi polla en su interior. Sus caderas se alzaron a mi encuentro, instándome a moverme, pero me quedé quieto.

—Dime que llegará ese día —le dije con un susurro sobre su boca.

—Algún día —separó los labios y arqueó las caderas hacia arriba, hundiéndome en ella aún más —. Pero no hoy.

Me quedé en su boca mientras la penetraba hasta el fondo, sintiendo cómo se convulsionaba alrededor de mi polla. Ella me devolvió el empujón con fuerza. Cuando intenté apartarme del beso, sus dientes rozaron mi lengua, instándome a quedarme.

Seguí sujetándole las muñecas para que no pudiera tocarme. Luchábamos por el control. Lo notaba. Ambos estábamos concentrados en asegurarnos de que el otro sufriera de la forma más placentera posible. Mi mano libre se paseaba por todas partes, tocándole los pezones y ahuecando sus pechos mientras la penetraba. Ella apretó sus húmedas paredes a mi alrededor al ritmo de cada embestida, mientras una familiar tensión volvía a surgir entre nosotros.

Poco a poco, sentí que sus movimientos se volvían más erráticos. Su respiración se aceleró y su rostro enrojeció en el intento. Su intento de controlarme estaba cediendo y yo estaba a punto de ganar.

—¡Aleksey! —jadeó mientras un delicioso temblor abrazaba mi polla y el calor de su liberación cubría toda mi longitud.

—Eso es —dije, continuando con mis embestidas—. Córrete para mí, Elia. Córrete por tu marido.

Ella gritó, luchando contra mi agarre de sus muñecas, pero la mantuve en su lugar, aumentando mis empujones. Yo mismo me tambaleaba sobre el borde, pero quería ver a Elia exprimida ante mí. Quería que se derrumbara bajo mis caricias, bajo mi cuerpo. Quería que se convirtiera en un desastre indefenso de placer.

Que recordara esto y olvidara todo lo demás.

Gimió y jadeó, y sentí que por fin perdía el control. Se me apretó el estómago y me brotaron gotas de sudor en la frente por el dolor de contenerme.

—Me perteneces —jadeé, y mis caricias se volvieron irregulares—. ¡Mírame!

Los ojos de Elia encontraron los míos y yo aceleré el ritmo, nuestros cuerpos golpeándose al unísono. El sudor rodaba por mi espalda y me vi obligado a soltar sus muñecas para hacer más palanca en la cama. Extendió las manos y me recorrió la espalda. Su cabeza se inclinó hacia delante y sus labios se cerraron en torno al punto sensible de mi clavícula.

Un solo mordisco y perdí el control. Su nombre brotó de mis labios mientras yo lo hacía dentro de ella.

Al cabo de unos minutos, empecé a sentir que mi cuerpo volvía a mí, mis piernas temblaban por la fuerza de mi propio orgasmo.

*Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo.*

¿Por qué? ¿Por qué tenía que surgir ese recuerdo ahora? No iba a seguir por ese puto camino con Elia tendida ante mí, con el cuerpo agitado por lo que acabábamos de hacer.

Mirando hacia la cama, encontré a Elia mirándome. Finalmente, me di la vuelta lentamente y ella

se levantó.

—Ahora vuelvo —dijo.

La miré entrar en el baño, respirando lentamente. Todo estaba tan jodido que no sabía qué decirle ahora ni hacia dónde se dirigía nuestro matrimonio.

Quedaban tantas cosas por hablar entre nosotros.

Tantas preguntas sin respuesta.

## Capítulo 40
## Elia

Me miré en el espejo y noté el rubor en mi cara. Todo mi cuerpo estaba saciado y sentía que apenas podía funcionar. La necesidad de dormir era abrumadora.

Pero no podía. Todavía no.

Me había pedido que admitiera que le pertenecía, que yo era suya, pero aún quedaban tantas preguntas sin respuesta entre nosotros que me estaba destrozando.

¿De verdad me importaba? No debería.

Y sin embargo…

Sentí calor al pensar en lo que acabábamos de hacer y deseé desesperadamente volver a sentirlo. Tal vez eso era lo mejor de nosotros, lo que hacíamos en el dormitorio. Muchos matrimonios se construyeron sobre menos.

Pero un verdadero matrimonio no debería basarse sólo en eso. Sin embargo, este nunca fue un verdadero matrimonio.

Con un suspiro, me lavé la cara y volví al dormitorio, donde encontré a Aleksey sentado en la cama. Levantó la vista cuando entré y mis mejillas se sonrojaron al darme cuenta que estaba desnuda. Los ojos de Aleksey recorrieron mi cuerpo y sentí cada mirada abrasadora en mi piel, deseando que sus manos estuvieran allí en su lugar.

—Elia —dijo, con voz grave y sensual.

Caminé hacia él deliberadamente, con el corazón martilleándome en el pecho. Ya tenía el estómago apretado por la necesidad, los pechos pesados y tensos por su contacto.

—¿Qué me estás haciendo? —dijo en voz baja cuando me coloqué entre sus piernas desnudas, notando que su polla empezaba a agitarse donde hacía un momento había estado flácida contra su pierna.

Le puse las manos en los hombros y le obligué a recostarse en el edredón.

—Quiero más, Aleksey.

Sus ojos se abrieron de par en par, pero me permitió subirme sobre él, colocándome sobre su polla.

—Te amo así —dijo en voz baja, subiendo las manos para acariciar mis pechos doloridos.

Te amo. Esa palabra parecía extraña saliendo de su boca con todo lo que estaba pasando.

¿Amaba yo a Aleksey? Puede que en algún momento me lo planteara. Tal vez, durante una de nuestras innumerables peleas, incluso lo hubiera dicho. Pero yo ya no estaba segura. Todo lo que había sentido antes de mi viaje con mi padre podría haberme engañado haciéndome creer que era amor.

¿Pero ahora? Ahora no estaba segura.

Cuando sus pulgares rozaron mis endurecidos pezones, jadeé, mi cuerpo empezó a temblar por la necesidad de tenerlo de nuevo dentro de mí. Su polla había vuelto a la vida y presionaba, caliente e insistente, contra mi culo.

—Vamos —dijo, con sus manos moldeando mis pechos—. Tómame, Elia. Tómame todo.

Obedientemente, bajé sobre su polla y gemí cuando me llenó por completo, estirando los doloridos puntos de antes. No era dolor lo que sentía. Era deseo.

—Eso es —me instó, levantando las caderas para llenarme hasta el fondo—. Móntame. Úsame. Toma lo que quieras.

Lo deseaba. Deseaba a Aleksey en más de un sentido, pero no era el momento ni el lugar para hablar de ese deseo en particular.

Con un gemido, empecé a galopar contra él, sintiendo sus manos callosas sobre mi piel, provocándome de otras maneras que me hacían arder. Palabras en ruso salieron de su garganta, aumentando la humedad que crecía entre nosotros. Me balanceé con más fuerza, tratando de encontrar ese punto en lo más profundo de mí para satisfacer el dolor que no desaparecía.

Me sentía poderosa encima de él, como si pudiera obligarle a hacer lo que yo quisiera. Las manos de Aleksey bajaron para agarrarme las caderas y yo las aparté de un manotazo. Era mi turno. No el suyo.

Se rio y sentí el sonido retumbar en mi cuerpo. Coloqué sus manos sobre mis muslos y presioné con todas mis fuerzas para mantenerlas allí mientras mis caderas lo cabalgaban con temerario abandono.

Intentó tomar el control, levantar mis caderas, hacer su movimiento, pero yo me negué. Mi boca encontró la suya mientras mi humedad lo envolvía. Nuestras lenguas chocaron mientras nuestros movimientos se volvían más frenéticos. Lo cabalgué con fuerza, mi cuerpo tembló hasta que sentí que el semen de Aleksey me inundaba. Pero incluso entonces, me negué a parar, no hasta conseguir lo que quería.

Aleksey respiraba entrecortadamente y ya no podía contener sus gemidos.

—Elia… —jadeó—. Elia, por favor.

Tapé su boca con mi mano y me aferré a sus caderas con mis piernas. Podía intentar apartarme,

pero yo no iba a ir a ninguna parte. Sin piedad, seguí cabalgándole, con mi cuerpo zumbando de placer y poder. Indefenso, se aferró a mí y enterró la cara entre mi cuello y mi hombro. Su lengua azotaba mi piel, pero lo único que hacía era incitarme.

Yo quería que él sintiera lo que yo sentía. Perder el control. Romperse bajo mi cuerpo.

Y entonces lo sentí. La liberación profunda que estaba buscando. Mis dedos se clavaron en sus hombros mientras un largo grito de placer salía de mi garganta. Me aferré a él con todas mis fuerzas mientras mi cuerpo se sacudía alrededor de su palpitante vara. Una oleada tras otra de húmedo y ardiente calor inundó el espacio que nos separaba mientras mis ojos se ponían en blanco, arrastrándome bajo el oleaje del placer hasta que sentí que me ahogaba.

Los dos nos aferramos el uno al otro, jadeando, y sentí cómo su polla se ablandaba lentamente dentro de mí.

A pesar de todo, aún podíamos disfrutar el uno del otro así, sin la interferencia de nadie más en nuestras vidas. Sabía que el momento era fugaz, pero ahora mismo no me importaba.

Sólo quería olvidar todo lo demás.

En este momento, podía olvidar quién era yo y quién pensaba él que yo era. Podía olvidar que podría estar mintiéndome sobre el broche, sobre cualquier cosa.

Pero esto no iba a durar para siempre. La realidad se derrumbaría inevitablemente en cualquier momento. Cuando me separé de su sudoroso pecho, noté que la realidad ya había vuelto.

Aleksey me observó mientras me despegaba de él y hacía otro viaje al baño para recuperar el aliento antes de salir. Cuando volví, estaba sentado de nuevo en la cama, con los pantalones puestos. Cogí su camiseta, que estaba en la silla, y me la puse, dejándola caer hasta medio muslo.

Una incomodidad tácita surgió entre nosotros. Y sentí que ninguno de los dos sabía adónde ir. Pensar en eso me rompió el corazón. Ojalá no me hubiera pedido nunca que fuera a Nueva York.

Así no hubiéramos abierto esa herida que ambos creíamos curada.

Me acerqué a él y enseguida me hizo sitio. Su frente se apoyó en mi estómago. Era extrañamente vulnerable que me mostrara esta faceta suya y las lágrimas amenazaron mis ojos, mis manos acariciando su cabeza.

—Odio esto —susurré, enredando los dedos en su pelo—. Odio el legado que estamos obligados a mantener. Para ti. Para mí. Para nosotros.

Sentí que Aleksey se ponía rígido, pero no me disculpé por mis palabras. Era la verdad. Estábamos obligados a pagar los pecados de nuestros padres, nuestras familias. Ninguno de los dos tendría nunca una vida normal, a pesar de ello.

No me molestaba que Aleksey quisiera que me doblegara ante él. A pesar de todo, seguía confiando en que no me haría daño, en que él realmente quería que yo estuviera a salvo. Si no en sus brazos, al menos atrapada entre ellos.

—Yo también —admitió en voz baja.

Las palabras de Aleksey me sacaron de mis pensamientos y bajé la mirada a tiempo para verle levantar la cabeza, con la emoción desnuda en los ojos.

—Quizá no tenga por qué ser así —dije. Un pensamiento aterrador y tentador entró en mi cabeza. El mismo que había alimentado desde que era una niña. El mismo que pensaba cada vez que soportaba la ira de mi padre. El mismo pensamiento que tuve cuando grité y tiré de mi pelo al enterarme de la muerte de Luca.

—Huyamos juntos, Alyosha —le dije, acunando su cara entre mis manos—. Solos tú y yo.

Algo cambió en los ojos de Aleksey.

—¿Qué has dicho?

—Huyamos juntos —repetí, con la respiración entrecortada en los pulmones—. Dejemos todo esto atrás. Nuestro hijo podría crecer libre de esta vida. Puedo llamar a Lana. Ella puede arreglar algo, lo que sea. Podríamos vivir una vida normal.

—Elia.

Las lágrimas nublaron mis ojos cuando le abrí mi deseo más profundo. Había pasado toda mi vida imaginando que mi familia podría ser diferente. Donde otras chicas soñaban con nacer en la riqueza y el privilegio, yo quería lo contrario.

Quería una vida normal con una familia normal. Una casa en los suburbios, suspirando por las facturas del teléfono. *Ese* era mi sueño.

—Por favor, Aleksey. Sería una vida sencilla, pero podríamos llenarla de amor. Podríamos ser felices —supliqué. Se me llenaron los ojos de lágrimas y, antes de que pudiera parpadear, se me escapó una por la mejilla—. Por favor. Huyamos juntos. Tú y yo.

Algo parecido a la tristeza cruzó su rostro antes de que una tormenta de rabia lo sustituyera. Me apartó bruscamente y se levantó de la cama.

Se movió con rigidez. Intenté cogerle la mano, pero me apartó. Y cuando nuestros ojos se cruzaron, me encogí ante lo que vi. Odio. Odio. Una rabia implacable.

Aleksey metió los pies en unos mocasines y se dirigió a la puerta del dormitorio.

—Nunca —me espetó. Su voz era áspera, tan áspera que sentí que me acuchillaba el corazón.

—¿Por qué? —volví a intentarlo, no quería que nos encontráramos enfrentados como antes—. ¿Por qué no? Es lo mejor que podemos hacer por nosotros. Por nuestro bebé. Por…

—¡BASTA! —gritó Aleksey, recogió sus armas y las metió en la chaqueta que se había puesto.

El hombre que me rogó que fuera suya ya no existía. En su lugar estaba el rostro despiadado del Pakhan de la Bratva.

—¿Adónde vas? —pregunté—. Por favor, habla conmigo, Aleksey —no quería que se marchara y se fuera así a donde fuera que iba—. ¿Qué he hecho mal?

Ni siquiera me dedicó una mirada mientras salía del dormitorio y cerraba la puerta de un portazo. El marco traqueteó y, por un momento, no supe qué había pasado. La expresión de su cara y su reacción a mi sugerencia me habían destrozado la mente. ¿Acaso no quería una vida de la que sentirse orgulloso? ¿No quería que nuestro hijo creciera de forma diferente a como lo habíamos hecho él y yo?

Corrí hacia la puerta, la abrí de un tirón y corrí por el pasillo justo a tiempo para ver cómo se cerraban las puertas del ascensor.

Se había ido. Se había marchado. Me había abandonado.

Se me cerraron las tripas y me dejé caer contra el sofá, llorando a lágrima viva. No sabía qué había dicho mal para que reaccionara así, pero fuera lo que fuera, no era bueno.

No podía respirar, tragaba saliva para que el aire entrara en mis pulmones. Algo había enfadado a Aleksey hasta el punto de pensar que no podía quedarse más tiempo. Todo lo que había hecho era intentar pintar el cuadro sin esa nube sobre nuestras cabezas, y sin embargo no había sido suficiente.

Nada de lo que yo deseaba se iba a hacer realidad, y ahora no sabía a qué atenerme con mi propio marido.

Mi mano temblorosa bajó hasta mi estómago y froté el lugar donde descansaba nuestro hijo.

¿Podría haber amor, amor verdadero, entre nosotros? ¿O es que eso nunca fue posible para gente como nosotros? Me quité las lágrimas de la cara y me obligué a serenarme. Sentí una nueva determinación.

Tenía que encontrar la manera de evitar que nuestro hijo se criara en esta horrible vida. Tenía que encontrar la forma de evitar que cayera en la misma trampa en la que crecieron sus desestructurados padres.

Yo era una Tarallo, y los Tarallos siempre han tenido fuerza. Y usaría esa fuerza para atravesar lo que se interpusiera en mi camino.

Y si Aleksey no volvía…

No. No iba a pensar en eso. Él volvería, y cuando lo hiciera, hablaríamos.

Yo le haría escuchar.

Porque si nos separábamos una vez más, no estaba segura de que pudiéramos volver a estar juntos.

## Capítulo 41
## Aleksey

Balanceé la botella entre los dedos antes de llevármela a la boca, dejando que el líquido fluyera por mi garganta.

—Más despacio, Alyosha —dijo Boris, mientras la alcanzaba—. Ya es suficiente.

—Yo diré cuándo es suficiente —espeté y tiré de la botella, el licor se agitó contra el cristal.

Boris me miró y sacudió la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

Le acerqué la botella.

—Cállate y bebe conmigo. *¡Eto moi prikaz! (¡Es una orden!).*

—No puedes ordenarme que beba.

—Soy tu Pakhan —dije amargamente—. Puedo ordenarte que mueras.

Lentamente, Boris me quitó la botella y bebió un sorbo.

El cielo estaba más borroso que de costumbre mientras contemplábamos el muelle vacío. Después de salir del pent-house, llamé a Boris para que me trajera hasta aquí, lo más lejos posible de Elia. Incluso a través de la bruma del licor, aún podía oír su voz suplicante mezclándose con el fantasma de Svetlana.

*Huyamos juntos, Alyosha. Solos tú y yo.*

Ella no tenía ni idea de lo que me había hecho.

—Beber no hará que desaparezca, Alyosha.

—¡No te traje aquí para hablar! —solté, odiando lo que sentía por la situación. ¿Qué estaba haciendo ella? Lo que habíamos hecho juntos me había cambiado, había hecho que me preocupara, que sintiera. Y en una sola frase, me había hecho recordar.

No podía soportarlo. Casi las mismas palabras exactas... El mismo tono suplicante.

Volqué la botella, sorbiendo el licor antes de que Boris me la arrebatara.

—¡Basta! —La tiró al suelo, rompiéndola en cientos de pedazos.

La bruma del alcohol me envolvió y, de repente, me sentí diez años más joven. De repente, volví

a vivir aquella horrible noche en mi mente, una noche que nunca podría olvidar.

***

Aquella noche, yo había llegado de hacer todos los preparativos necesarios para dejar atrás el mundo que mi padre había construido, el tipo de vida exacto que Elia había descrito. Excepto que, entonces, estaba con Svetlana. Era hermosa y la única mujer que amé hasta que Elia entró en mi vida.

Realmente pensé que ella y yo podríamos vivir una vida lejos del camino que mi padre había trazado para mí.

—Volemos juntos, Aleks —me había dicho antes de aquella fatídica noche—. Solos tú y yo.

Pero no llegamos muy lejos. Cerré los ojos y pude *sentir* las ásperas manos de mi padre arrastrándome fuera del coche. Boris estaba conmigo entonces, y se vio obligado a ver conmigo cómo Padre dictaba sentencia.

Luché. ¡Oh, si! luché como nunca antes lo había hecho. Le rogué a mi padre que la dejara ir. Le dije que cualquier pecado cometido, sólo lo había cometido yo. Cualquier castigo que diera, que solo fuera mío.

Aquella fue la última noche que lloré.

Svetlana gritó cuando la empujaron al suelo. Pataleó cuando le arrancaron la ropa. Intentó alcanzarme, pero mi padre me inmovilizó para que nuestras manos no se tocaran. Incluso cuando ella me buscaba desesperada, rogándome que la salvara.

Y entonces los brigadistas de mi padre se alinearon detrás de ella. Uno tras otro.

—Que esto te sirva de lección, Alyosha —había gruñido Padre en mi oído mientras me obligaba a ver cómo sus hombres la violaban, yo luchando en vano por salvarla—. Nunca lo olvides.

Y cuando todo terminó, Svetlana yacía sollozando en el suelo, sangrando entre las piernas. Moratones, cortes y quemaduras de cigarrillo le marcaban la cara, los brazos y las piernas. Había sido tan hermosa y Padre se lo había arrebatado todo. Fue entonces cuando mi padre añadió el último acto de humillación. Me dio un fajo de billetes y me dijo que le pagara y le diera las gracias por haber sido una buena puta.

Esa noche, intenté beber hasta morir. Y lo habría conseguido si Boris no hubiera estado allí.

Tres meses después, me enviaron a Nueva York. Le pregunté a mi padre por ella antes de irme. Él simplemente se encogió de hombros y me dijo que había desaparecido en las calles como todas las putas lo hacían, y que con toda probabilidad ya estaba muerta.

***

—¡Alyosha! —me sacudió Boris y volví al presente.

No podía darle a Elia lo que quería. Porque, en el fondo, temía que el Tío Misha la castigara de la misma manera que lo hizo mi padre conmigo. Y, si no era el tío Misha, lo haría su padre. O este misterioso Bogatyr.

—¿Tiene esto que ver con tu esposa? —preguntó Boris en voz baja.

Suspiré y miré hacia el cielo nocturno que daba vueltas, las olas del muelle sonando como si estuvieran muy lejos. Elia me debilitaba. No debí haber bajado la guardia con ella.

—¿Recuerdas la última noche que hicimos esto? —balbuceé—. Hace diez años.

—Alyosha… —dijo Boris y dejó de luchar conmigo. La comprensión y la simpatía tiñeron su voz—, deja morir el pasado.

—No puedo, Borya —murmuré—. Ella hizo que volviera… ella hizo que todo volviera.

Mirando a Boris, me debatí entre contarle lo que había pasado entre Elia y yo. Todo. No sabía qué hacer a continuación, o si lo que hiciera sería lo correcto.

Por primera vez en mi vida, estaba inseguro de mí mismo.

## Capítulo 42
## Aleksey

—Aleksey Fyodorovich —gritó una voz familiar detrás de mí.

Boris se puso en pie rápidamente para ser tan corpulento. Lentamente, me levanté con él y vi aparecer la familiar figura del Tío Misha.

—¿Qué haces aquí, tío?

—Podría preguntarte lo mismo —replicó con ligereza—. ¿Qué ha pasado?

Me quedé mirando a mi Tío. No debería sorprenderme que pudiera encontrarme dondequiera que estuviera. Era deber de todo brigadier saber dónde estaba su Pakhan. Sin duda, Tío Misha me estaba controlando.

—¿Has estado en mi pent-house? —pregunté con ligereza, sin saber por qué había surgido la pregunta.

La sorpresa se filtró en su expresión.

—No, claro que no. He oído que estabas por aquí y quería asegurarme de que estabas bien.

Me invadió una mezcla de emociones. No sabía si quería mandarlo a la mierda o abrazarlo.

—Estoy aquí para ayudarte, sobrino —dijo, suavizando su expresión—. Siempre he estado aquí para ti, Alyosha. Y siempre estaré aquí para usted, mi Pakhan. Sé que no soy tu padre, pero eso nunca me ha impedido velar por ti.

Sonaba tan sincero que hice una pausa. ¿Podría decírselo? ¿Podría creerle? ¿O se trataba solo de otra estratagema?

Sólo había una forma de averiguarlo. Tragando saliva, tomé una decisión de la que esperaba no arrepentirme.

—Tú tenías razón.

Frunció los labios y suspiró.

—Me temo que vas a tener que ser más específico.

—Fui un tonto, Tío —dije con fuerza—. Tú tenías razón. Confié en esa víbora en mi cama y casi pago un alto precio por ello.

Boris murmuró una maldición. El tío Misha se acercó, me puso la mano en el hombro y me dio un suave apretón.

—Lo siento, Alyosha —dijo, con la voz llena de tristeza—. Lo siento de verdad.

—No, no lo sientas —dije, dejando que mi amargura se reflejara en mis palabras—. Sólo estabas cuidando de mí. De la Bratva.

—¿Qué pasó?

—Intentó que huyera, Tío. Intentó que yo renunciara a todo esto.

—*¡Suka blyat!* —maldijo el tío Misha—. Debe haber recibido instrucciones de su padre.

—Hay más —dije—. Le pregunté si ella era la Bogatyr.

Los ojos del tío Misha se abrieron de par en par.

—¿Y?

—Dijo que no lo era. Dijo que no tenía ni idea de quién era.

—Y ¿le crees?

—No le creo.

—No es culpa tuya, Aleksey —dijo mi Tío mientras bajaba las manos—. Te la jugaron desde el principio, como a todos nosotros. Ludovico es más astuto de lo que pensaba.

Recordé mis interacciones con Elia, pensando en todas las veces que me sonrió, las veces que parecía feliz. *Yo había sido feliz*. ¿Todo era realmente una estratagema de su padre? ¿Del Bogatyr?

—Pero podemos arreglar esto —agregó el Tío Misha—. Podemos acabar con todo esto. Si Ludovico cree que puede joder a nuestra familia, se lo haremos pagar. Vengaremos a tu padre. Haremos que la zorra de su hija sepa lo que significa hacerte daño.

—¿Qué vas a hacer? —espeté.

El tío Misha sonrió.

—Lo que mejor sabemos hacer, Alyosha. Hacerle a Ludovico lo que él te acusó a ti de hacerle a su hijo. Descuartizarlo y dejar su cuerpo tirado en las calles para los perros. Pero necesito tu ayuda, Alyosha.

—¿Qué ayuda podrías necesitar de mí? —pregunté, curioso.

El tío Misha respiró hondo, se arrodilló ante mí, inclinó la cabeza y extendió la palma de la

mano.

—Uno no acaba con un Don rival tan descuidadamente. Necesitaré tu permiso, mi Pakhan. Necesitaré a tus hombres. Sólo tienes que decirlo y yo haré que las calles de Nueva York se tiñan de rojo con la sangre Tarallo esta misma noche.

Miré a Boris, que escuchaba atentamente el plan de mi Tío con el ceño fruncido. Me volví hacia mi Tío, arrodillado y con la cabeza aún inclinada. El licor martilleaba mi cerebro, y el rostro de Elia apareció a mi vista. Era la actual heredera de la mafia Tarallo. El niño que llevaba en su vientre era la próxima generación del legado de nuestras dos familias.

Sin familia, no teníamos nada. Yo había destruido su vida cuando me llevé la de su hermano. Ahora, ella estaba destruyendo la mía.

*Que esto te sirva de lección, Alyosha,* gruño la voz de Padre detrás de mí. *No lo olvides nunca*.

Se me hizo un nudo en la garganta mientras miraba fijamente a mi Tío, sabiendo que sus palabras eran sinceras. La muerte de mi padre debía ser vengada, eso era cierto. Sin embargo, ¿no había jurado acaso que no me volvería como mi padre? Pero, ¿no era yo el heredero del negocio familiar? ¿No era yo el Pakhan de la Bratva Korolev?

¿Cómo quedaría yo si no me aseguraba que la persona, probablemente responsable de su muerte, escapara de la justicia?

—Cumpliste con tu deber —agregó el tío Misha a mis pies—. La dejaste embarazada. Ahora dame permiso para cumplir el mío.

*Permiso,* pensé amargamente. Como si alguna vez él necesitara permiso para hacer estas cosas. Él, que me ocultó tantas cosas. Él, de quien sospeché traición durante tanto tiempo. Y pensar que era el único que nunca había dejado de decirme la verdad.

—Permiso concedido, Mikhail Yevgenievich —dije finalmente, con voz suave pero acerada—. Llévate a mis hombres. Ve a Nueva York. Y no vuelvas hasta que Ludovico Tarallo esté muerto.

Una sonrisa feroz se dibujó en el rostro de mi Tío cuando se puso en pie, y me estrechó en un fuerte abrazo, palmeándome la espalda con el puño cerrado.

—Como ordenes, mi Pakhan. Se cumplirá.

Me separé de su abrazo.

—No la cagues.

—Por supuesto —respondió, alisándose el abrigo—. Tu padre estaría orgulloso del hombre en que te has convertido.

Incliné la cabeza en señal de reconocimiento cuando se dio la vuelta para marcharse. Una sensación de alivio me invadió cuando el Tío Misha desapareció en la oscuridad.

—¿Qué carajo? —gruñó Boris en cuanto volvimos a quedarnos solos—. ¿Te has vuelto loco?

Me volví hacia mi viejo amigo.

—Ve con él.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué dices?

—Ve con mi Tío, Borya —busqué la voz de mi padre—. *Eto moi prikaz*.

Él apretó la mandíbula y por un momento pensé que me daría un puñetazo en toda la cara. No me gustaba pelearme con él. Pero era la única forma de conseguir que no discutiera. Los dos lo sabíamos.

—Bien —dijo un momento después, con las manos aferradas a los costados—. Acataré tu orden. Pero quiero que sepas que estoy en total desacuerdo con tu decisión.

—Cuéntamelo todo en cuanto esté hecho —asentí secamente—. Sigues siendo mis ojos y mis oídos.

Boris suspiró, moviéndose silenciosamente en la oscuridad hacia la dirección en la que mi Tío había desaparecido. Un momento después, me quedé solo en el muelle.

Me volví hacia el agua oscura, deseando que Boris no hubiera roto la botella que ahora yacía en el suelo en brillantes pedazos. Cerré los ojos y dejé que las pesadillas del pasado me invadieran con horribles detalles.

*Esta es la única manera*, me mentí a mí mismo.

# Epílogo
## Bogatyr

Tiré distraídamente de los puños de mi blusa de manga larga, observando cómo la lluvia resbalaba por la ventanilla del coche. Era más de medianoche y el club Blindfold estaba abarrotado. Cada vez que se abría la puerta, el edificio emitía unos estridentes sonidos. Una risueña multitud esperaba fuera su turno para entrar. Los porteros parecían cansados mientras dejaban pasar a otro grupo de chicas con poca ropa.

Mi dedo rozó las cicatrices de las quemaduras de cigarrillo en la palma de mi mano y suspiré. Hubo un tiempo en que yo habría estado allí con ellas. E incluso ahora, seguía anhelando estar allí con ellas, tan guapas y hermosas y sin cicatrices.

Pero alguien me había arrebatado esas cosas. Y ninguna añoranza podría devolvérmelas.

Miré mi reflejo en el espejo retrovisor del coche y retrocedí ante el horrible rostro, lleno de cicatrices, que me había devuelto la mirada durante diez años. Un odio familiar brotó de mi interior.

—Vete a la mierda, Aleksey… —susurré—. Jódete.

Aquella noche había querido suicidarme mientras yacía en el suelo, tratando desesperadamente de convencerme de que no acababa de ocurrir lo peor que cualquiera se pudiera imaginar. Cerré los ojos y una lágrima rodó por mi mejilla cicatrizada. Aún podía oír las risas de los hombres de su padre. Aún sentía los cortes y las quemaduras por todo el cuerpo. El dolor punzante entre mis piernas.

Pero nada me dolió más que cuando Aleksey puso aquel fajo de billetes en mi mano y me dio las gracias por haber sido una buena puta. Tal y como le ordenó su padre. Como un perro apaleado.

Y en ese momento, me llené de una nueva determinación: un odio nuevo e imperecedero. Este odio me mantuvo viva, incluso después de saber que nunca podría tener un hijo debido al calvario por el que pasé.

Me juré a mí misma que lo destruiría. A su familia. Y a todo lo que él apreciaba.

Me bastaron unos cuantos mensajes grabados en los cadáveres de brigadistas Korolev, que yo misma maté, y falsas amenazas de que un traficante de armas para el que mi padre solía vender armas estaba llegando a Chicago. Fyodor Korolev estaba prácticamente ávido de enviar a su único hijo a Nueva York para anticiparse a una amenaza que nunca existió.

Y donde iba Aleksey, yo le seguía.

Diez años, pensé amargamente. Diez años observándole desde las sombras. Diez años esperando que pensara en mí.

Y durante diez años, le vi follar por toda Nueva York, dejando tras de sí un rastro de aventuras de una noche. Cada una de ellas hermosa, como yo solía ser.

¿Alguna vez le importé una mierda? ¿Le importaba algo siquiera?

La muerte de Fyodor fue el resultado de los planes de una década que finalmente se hicieron realidad. El sucio bastardo con frecuencia buscaba chicas jóvenes y guapas, mientras su esposa estaba ocupada follando con otros hombres.

Una simple cápsula de ricina, un oportuno soborno al camarero, y Fyodor murió en su cama.

El mundo no se enteró de nada, pero su muerte no sació mis ansias de venganza.

En cuanto a Ludovico, la muerte de su hijo, Luca, lo había vuelto insensato. Estaba dispuesto a aliarse con cualquiera y hacer cualquier cosa, si eso significaba que podía lastimar a los Korolev.

Cuando mi enviado le dijo que entregara su hija al mismo hombre que asesinó a su hijo, lo hizo sin dudarlo. Era un bastardo, igual que Fyodor. Todos estos monstruos eran iguales.

¿Yo? Yo era el mayor monstruo de todos, porque les hacía *temer*.

—Señora, ya están aquí —la voz de mi enviado sonó a mi lado.

Abrí los ojos y miré al frente. Un coche se había detenido. Reconocí a Mikhail en el asiento del conductor. Pero el familiar rostro del hombre que estaba a su lado fue lo que hizo que mi corazón diera un vuelco.

*Boris.*

Él también había estado allí la noche en que los hombres de Fyodor me destruyeron. Se había visto obligado a mirar junto a Aleksey. A compartir su culpa.

Siempre fue la sombra de Aleksey, y por un breve y aterrador momento, pensé que Aleksey también podría estar aquí. Por un momento, me atreví a imaginar que Aleksey podría reconocerme y estrecharme entre sus brazos, suplicándome perdón.

*El pasado está muerto, Svetlana*. Apreté el puño, clavándome las uñas en la palma.

La verdad era que… incluso después de diez años odiando a Aleksey Korolev, seguía deseándolo. Odiaba no poder quitármelo de la cabeza. Me perseguía en mis sueños. Sueños en los que yo estaba completa e intacta. Sueños en los que aún era hermosa.

Pero ahora, él estaba casado. Un matrimonio que yo había planificado y que él nunca había querido. Su novia, por lo que yo sabía, lo deseaba tanto como yo. Tanto que se había quedado embarazada casi inmediatamente después de casarse con él. Saber eso me destrozó el corazón de nuevo.

*Se suponía que debía ser mi hijo*, pensé con amargura. *No el tuyo, zorra indigna. Tenía que ser mío. ¡MÍO!*

Mantuve la mirada fija en Mikhail y Boris. Miraban fijamente hacia la puerta del Blindfold, esperando a ver quién salía. Yo había avisado a uno de los informantes de Korolev en Nueva York que Ludovico iba a estar aquí esta noche. Ludovico había cumplido su propósito, y ahora era el momento de atar este cabo suelto.

Una expectación salvaje me recorrió mientras observaba con la respiración contenida. Diez años de planificación estaban a punto de llegar a su culminación. Mi venganza estaba cerca. Prácticamente podía saborearla.

Volví la mirada hacia la puerta del Blindfold cuando se abrió fatídicamente. Ludovico Tarallo salió con dos chicas escasamente vestidas en brazos. Entrecerré los ojos al ver sus caras bonitas y sus vestimentas, las que yo ya no me atrevía a ponerme, y sentí que volvía a buscar el cómodo calor del odio.

En el otro coche, Mikhail hizo un gesto. Una sonrisa se curvó en mis labios destrozados.

Una vez que Ludovico estuviera muerto… entonces sería el momento de meter la cuña entre Aleksey y su bonita mujercita. Y ella era hermosa. Tan hermosa. Pequeña, de gran figura, con una cara tan inocente que casi dudaría en destruirla.

*Casi*.

Pero, haría que le doliera igual que a mí.

¿Gritaría ella como yo? ¿Le rogaría a él que la salvara, como lo hice yo?

¿Me vería destrozarla como vio él a los hombres de su padre arruinarme a mí?

*Sólo había una manera de averiguarlo.*

FIN DEL LIBRO 1

La historia de Elia y Aleksey continúa en el Libro 2 – *Involuntariamente Mio*

https://www.amazon.es/dp/B0CW1FMSDY